

LA
QUINTA
ESTACIÓN

TODA ERA TIENE QUE LLEGAR A SU FIN

N. K. JEMISIN



E

N. K. Jemisin

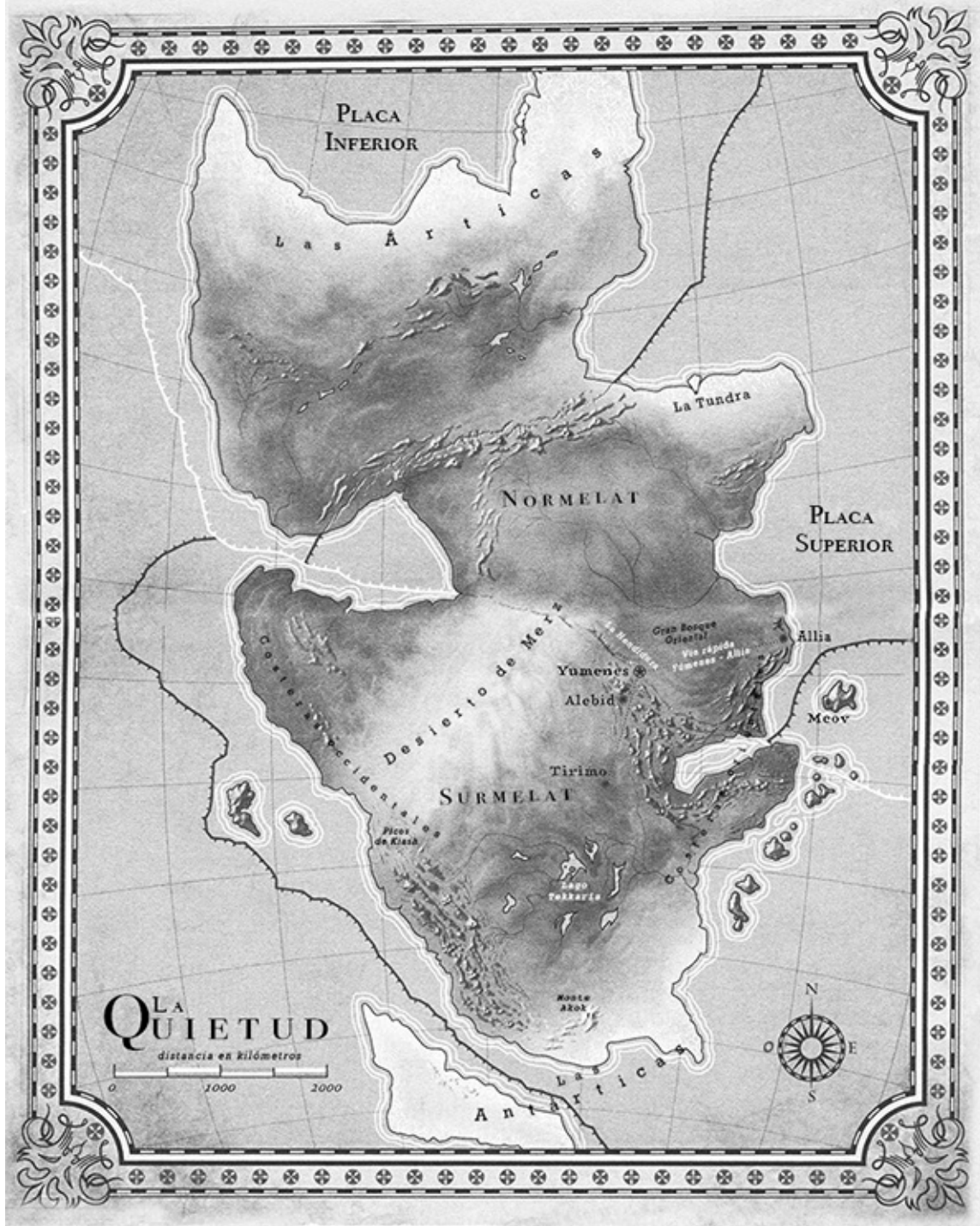
LA QUINTA ESTACIÓN

Título original: *A Time to Run*

N.K. Jemisin, 2015

Traducción: David Tejera Expósito

*Para todos aquellos que tienen que luchar
por el respeto que el resto recibe por omisión*



Prólogo

Aquí estás

Empecemos por el fin del mundo. ¿Por qué no? Superémoslo y pasemos a cosas más interesantes.

Antes que nada, un final un tanto personal. Algo sobre lo que ella no podrá dejar de pensar una y otra vez en días venideros, la imagen de su hijo fallecido mientras intenta buscarle sentido a algo que carece de él. Cubrirá el cuerpecito roto de Uche con una manta (a excepción de la cara, porque le da miedo la oscuridad) y se sentará impasible junto a él, sin prestar atención al mundo que se acaba en el exterior. El mundo ya ha terminado en su interior, y no es la primera vez que experimenta alguno de estos dos finales. Está curtida en mil batallas.

«Pero ya es libre», piensa en ese momento, y también más tarde.

Y son su resentimiento y su cansancio los que responden a esa pregunta velada cada vez que la perplejidad y la conmoción le permiten cuestionárselo:

«No lo era. No del todo. Pero ahora lo será.»

Pero necesitas un contexto. Volvamos a empezar por el final, pero desde un punto de vista continental. Estamos en un mundo.

Uno como cualquier otro. Con montañas, llanuras, cañones y deltas de ríos. Lo de siempre. Es normal en todo, menos en su tamaño y su dinamismo. Es un mundo que se mueve mucho. Es como un anciano inquieto que yace en una cama: jadea y suspira, hace pucheros y se tira pedos, bosteza y engulle. Como era de esperar, los habitantes de este mundo lo han llamado la Quietud, una tierra de tranquilidad y fina ironía.

La Quietud tiene otros nombres. En otras eras lo formaban varias masas de tierra. Ahora es un continente grande, único y extenso, aunque en el futuro volverá a dividirse.

Muy pronto, en realidad.

El final da comienzo en una ciudad: la ciudad habitada más antigua, grande y magnífica del mundo. Se llama Yumenes, y en tiempos fue el corazón de un Imperio. Todavía es el corazón de muchas cosas, aunque el Imperio ha ido languideciendo desde su apogeo, como suele ocurrir con los imperios.

Yumenes no es única por su tamaño. Hay otras muchas grandes ciudades en esta parte del mundo, engarzadas a lo largo del ecuador, como un cinturón continental. En el resto del mundo, las aldeas no suelen convertirse en pueblos, ni los pueblos suelen llegar a ser ciudades, porque es difícil mantener una estructura social cuando la tierra hace todo lo posible por engullirlas. Pero Yumenes ha mantenido la estabilidad durante la mayor parte de sus veintisiete siglos de existencia.

Yumenes es única porque solo en ella sus habitantes se han atrevido a construir algo, no para mantenerse a salvo ni para estar cómodos ni para admirar su belleza, sino para demostrar su valentía. Los muros de la ciudad son una obra maestra de mosaicos y relieves de buen gusto que narran la historia extensa y brutal de sus habitantes. Las toscas moles que conforman sus edificios están adornadas con torres altas y majestuosas que recuerdan a dedos de piedra, con faroles forjados a mano que se alimentan de la energía de esa maravilla moderna que es la hidroelectricidad, con elegantes puentes en arco forjados en cristal con audacia, y con unas estructuras arquitectónicas llamadas terrazas, sencillas hasta

decir basta y que nadie en la historia conocida había construido antes. (Aunque gran parte de la historia no se conoce. Recuérdalo.) Las calles no están pavimentadas con adoquines fáciles de reemplazar, sino con una sustancia suave, impoluta y milagrosa que los habitantes llaman asfalto. Hasta las chabolas de Yumenes tienen esa bravura, ya que a pesar de ser casuchas de paredes endebles que se derrumbarían en una tormenta y, no digamos ya, con un temblor, ahí siguen, impertérritas durante generaciones.

En el centro de la ciudad hay muchos edificios altos, así que no es de extrañar que uno de ellos sea más grande y amenazador que todos los demás juntos: una estructura enorme cuya base es una pirámide en forma de estrella esculpida con precisión en un bloque de obsidiana. Las pirámides son las estructuras arquitectónicas más estables, y esta tiene la estabilidad de cinco pirámides. ¿Por qué no? Y como estamos en Yumenes, una enorme esfera geodésica, cuyos muros facetados son similares al ámbar translúcido, corona la pirámide y da la impresión de sostenerse a duras penas, aunque la totalidad de la estructura está pensada con el propósito de sostenerla. Da la impresión de ser inestable, que es lo que cuenta.

La Estrella Negra es el lugar en el que los líderes del Imperio se reúnen para hacer sus cosas de líderes. En la esfera ambarina se encuentra el emperador, que se preserva con mucho mimo y pulcritud. Recorre las salas áureas con elegante desesperanza, hace lo que se le ordena y teme el día en que sus dueños decidan que su hija se ha convertido en mejor adorno que él.

Ninguno de estos lugares y personas tiene importancia alguna, por cierto. Solo los nombro para que te sitúes.

Pero sí que hay un hombre que importa muchísimo.

Puedes imaginar su aspecto. También puedes imaginar lo que piensa. Puede que te equivoques, que no sea más que una conjetura, pero también cabe tener en cuenta que hay probabilidades de estar en lo cierto. Si nos basamos en sus acciones posteriores, en este mismo momento solo podría estar pensando en algunas cosas en concreto.

Se encuentra de pie sobre una colina no muy lejos de los muros de obsidiana de la Estrella Negra. Desde ese lugar puede observar casi toda la ciudad, oler el humo y perderse entre el parloteo. Un grupo de mujeres jóvenes anda por uno de los caminos de asfalto de debajo. La colina donde se encuentra está en un parque muy transitado por los habitantes de la ciudad. («Conservad zonas verdes entre los muros», advierte el litoacervo, aunque en la mayoría de las comunidades la tierra en barbecho se usa para plantar legumbres y otros cultivos que ayudan a nutrir la tierra. Solo en Yumenes se usan los herbajes como adorno.) Las mujeres se ríen de algo que ha dicho una de ellas y el sonido asciende hacia el hombre con la brisa pasajera. Cierra los ojos y saborea el trémulo rumor de sus voces, la leve reverberación de sus pasos, similar a la del aleteo de las mariposas contra sus glándulas sesapinales. Le es imposible sesapinar a los siete millones de habitantes de la ciudad, que lo sepa. Es bueno, pero no tanto. Aunque sí, siente a muchos de ellos. Están aquí. Respira hondo y se vuelve uno con la tierra. Se entrelazan con los filamentos de sus nervios, sus voces baten el vello de su piel, sus hálitos hacen vibrar el aire que respira. Están sobre él. Están en su interior.

Pero sabe que no es ni será nunca uno de ellos.

—¿Sabías —pregunta, en tono familiar— que el primer litoacervo estaba de verdad tallado en piedra? Se hizo para que no se pudiera cambiar y no se amoldara ni a la política ni a las modas. Para que perdurara.

—Lo sé —responde su acompañante.

—Ajá. Sí, había olvidado que tal vez estuvieras allí cuando se esculpió —suspira mientras ve cómo las mujeres se pierden de vista—. Amarte me da seguridad. No puedes fallarme. No puedes morir. Y sé de antemano qué precio hay que pagar.

Su compañera no responde. No es que aguardase una respuesta, pero una parte de él albergaba la esperanza. Había estado muy solo.

Pero la esperanza es algo irrelevante, igual que otros tantos sentimientos que sabe que solo le aportarán angustia si vuelve a tenerlos en cuenta. Ya lo ha pensado lo suficiente. Se acabaron los titubeos.

—Un mandamiento escrito en piedra —dice el hombre, y abre los brazos.

Imagina que le duele la cara de sonreír. Sonríe desde hace horas: con los dientes apretados, los labios estirados y los ojos entrecerrados que se enorgullecen de sus patas de gallo. Sonreír es el arte de hacer que los demás se lo crean. Es importante tener en consideración los ojos, pues de lo contrario los demás se darán cuenta de que los odias.

—Las palabras esculpidas son la verdad absoluta.

No habla con nadie en particular, pero al lado de aquel hombre hay una mujer, o algo parecido. Su similitud con lo que en términos humanos podría llamarse género solo es superficial, como si estuviera ahí por cortesía. De igual manera, la especie de cortina holgada que lleva como vestido no está hecha de tela. Parece haber dado forma a su anquilosada figura para cumplir con las expectativas de las criaturas mortales entre las que deambula en la actualidad. Es posible que, de lejos, la ilusión la haga pasar por una mujer que no se mueve. Pero cualquiera que la observe de cerca se dará cuenta de que su piel parece porcelana blanca, y no es una metáfora. Sería una escultura preciosa, quizá realista hasta la náusea para los gustos locales. La mayor parte de los yumenescíes prefieren una abstracción afable antes que la vulgaridad del mundo real.

Se gira hacia el hombre, despacio, ya que los come piedras se mueven lentamente si no es bajo tierra, un movimiento que rompe el embrujo de su belleza y lo convierte en algo muy diferente. El hombre se ha acostumbrado; aun así, no la mira. No quiere que el asco le eche a perder el momento.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta a ella—. Cuando termine, quiero decir. ¿Se alzarán los tuyos de los escombros para someter el mundo bajo su voluntad?

—No —responde ella.

—¿Por qué no?

—Eso apenas les interesa a unos pocos. Además, vosotros seguiréis aquí.

El hombre comprende a quién se refiere con ese «vosotros». Los vuestros. La humanidad. Suele hablar con él como si representara a toda su especie. Él también la trata así.

—Pareces muy segura.

No responde. Los come piedras rara vez se preocupan de corroborar lo obvio. Está contento porque las palabras de la mujer le molestan, sean las que sean, perturban el aire de una manera muy distinta a como lo hace la voz humana. No sabe a qué se debe. Tampoco le importa, pero ahora solo quiere que permanezca en silencio.

Quiere que todo permanezca en silencio.

—Termina —la apremia—. Por favor.

Y se abalanza hacia delante, haciendo acopio del autocontrol que el mundo le ha sacado de las

entrañas, el mismo con el que le han lavado el cerebro y con el que también le han traicionado; acopio de la sensibilidad que sus maestros le han inculcado durante generaciones de chantajes, violaciones y una selección en absoluto natural. Abre los dedos de las manos y los retuerce cuando siente que varios lugares reverberan en el plano de su conciencia: sus compañeros esclavos. No puede liberarlos, no en sentido literal. Lo ha intentado antes y ha fracasado. No obstante, sí que puede hacer que su sufrimiento sirva a una causa mayor que la arrogancia de una gran ciudad y el temor de un Imperio.

Se sumerge a más profundidad y se apropia del tamborileo estrepitoso, profuso, reverberante y fluctuante de la inmensidad de la ciudad, del sosiego del lecho de roca sobre el que se aposenta, del batir turbulento del calor y la presión de las profundidades. Luego se dilata y se apropia de la enorme pieza de puzle deslizante de la corteza terrestre sobre la que se asienta el continente.

Por último, estira la mano. Para alcanzar el poder.

Con su mano imaginaria lo recoge todo: los estratos y el magma y las personas y la energía. Todo. A su alcance. No está solo. La tierra lo acompaña.

Luego lo rompe.

La Quietud es un lugar que no se está quieto ni en el mejor de los días.

Ahora oscila y reverbera, se produce un cataclismo. Ahora hay una línea, que la cruza a duras penas en horizontal, demasiado recta, demasiado perfecta para el fenómeno antinatural que supone, una línea que abarca el contorno del ecuador de la Tierra. El punto de origen de esa línea es la ciudad de Yumenes.

La línea es profunda y reciente, como una herida en carne viva en el planeta. El magma fluye por ella, de un rojo cálido y deslumbrante. A la Tierra se le da bien sanarse. La herida cicatrizará rápido en términos geológicos, y luego el océano purificador seguirá la línea para dividir la Quietud en dos masas de tierra. Pero hasta que eso ocurra, la herida supurará no solo calor, sino también gas y una ceniza áspera y oscura que borrarán el cielo de la práctica totalidad de la Quietud durante unas semanas. Se marchitarán las plantas de todas partes, y los animales que dependen de ellas morirán de hambre, y los animales que se comen a estos animales también morirán de hambre. El invierno llegará antes de tiempo, será más duro, y también muy largo. Acabará, claro, como cualquier otro invierno, y luego el mundo volverá a ser el mismo que era antes. Poco a poco.

Poco a poco.

Los habitantes de la Quietud viven siempre preparados para el desastre. Han construido muros, cavado pozos y guardado comida, y podrían vivir fácilmente durante cinco, diez o hasta veinticinco años en un mundo sin sol.

En este caso, «poco a poco» significa «en unos miles de años».

Mira. De hecho, las nubes de ceniza ya se están despejando.

Ya hemos visto cómo funcionan las cosas a nivel continental. A nivel planetario deberíamos tener en cuenta también los obeliscos, que flotan por encima de todo.

Hubo una época en que los obeliscos tuvieron otro nombre, la misma época en que los fabricaron, los lanzaron y los usaron, pero nadie recuerda ese nombre ni el propósito de esos grandes dispositivos. En la

Quietud los recuerdos se resquebrajan como la pizarra. De hecho, hoy en día nadie les presta atención, por enormes, preciosos y un poco aterradores que sean: unas esquivas cristalinas gigantes que flotan entre las nubes, rotan despacio y se desplazan por trayectorias incomprensibles, desdibujándose de vez en cuando como si no fueran del todo reales, un efecto quizá provocado por los reflejos de las luces. (Ya te digo yo que no lo es.) Es obvio que los obeliscos no son algo natural.

Es igual de obvio que también son irrelevantes. Impresionantes, pero inservibles: otra lápida más de otra civilización más que fue pasto de la destrucción gracias a los obstinados esfuerzos del Padre Tierra. A lo largo del mundo hay muchos otros de estos túmulos: miles de ciudades en ruinas, millones de monumentos en honor a héroes y dioses que nadie recuerda, varias docenas de puentes hacia ninguna parte. Elementos que ya no sirven para ser admirados, sino que forman parte de la sabiduría popular de la Quietud. Los que construyeron esas antiguallas eran débiles y perecieron como les corresponde a los débiles. De lo que no cabe duda es de que fracasaron. Y los que construyeron los obeliscos fracasaron más que ningún otro.

Pero los obeliscos existen, desempeñan un papel en el fin del mundo y, por lo tanto, son dignos de mención.

Volvamos a lo personal. Hay que tener los pies en la tierra. Ja, ja.

La mujer que te he mencionado, la del hijo muerto, por suerte no estaba en Yumenes. De lo contrario, este relato sería muy corto. Y tú no existirías.

Se encontraba en un pueblo llamado Tirimo. En las costumbres de la Quietud, un pueblo es una de las formas en las que se gestiona una comu (o comunidad). Pero Tirimo es una comu casi demasiado pequeña como para merecer dicho nombre. El pueblo se encuentra en el valle homónimo, en la falda de las montañas Tirimas. La masa de agua más cercana es un arroyo intermitente que los oriundos denominan Pequeño Tirika. En un idioma en desuso, a excepción de estas obstinadas particularidades lingüísticas, *eatiri* significa «tranquilo». Tirimo se encuentra alejado de las relucientes e inalterables ciudades de las Ecuatoriales, por lo que los lugareños se asientan aquí con los temblores en mente. No cuenta con torres artificiosas ni cornisas, solo muros contruidos con madera y ladrillos rojizos y baratos de la región, levantados sobre cimientos de piedra tallada. No hay carreteras de asfalto, sino laderas inclinadas divididas por caminos de tierra, y solo algunos de esos caminos han sido cubiertos con tablas de madera o adoquines. Es un lugar tranquilo, aunque el cataclismo que acaba de acontecer en Yumenes no tardará en enviar réplicas sísmicas que arrasarán toda la región.

En ese pueblo hay una casa como cualquier otra. Esa casa, contruida sobre una de esas laderas, es poco más que un agujero excavado en la tierra delimitado con arcilla y ladrillos para protegerlo del agua y techado con madera de cedro y césped. Las personas más refinadas de Yumenes se ríen (o reían) de estas construcciones primitivas cuando se rebajan (o rebajaban) a hablar de tales nimiedades, pero, para los habitantes de Tirimo, vivir entre la tierra es algo básico y razonable. Mantiene las cosas frescas en verano y calientes en invierno, y, además, protege de temblores y tormentas por igual.

La mujer se llama Essun. Tiene cuarenta y dos años. Es como la mayoría de las mujeres de las medlat: alta cuando está erguida, de espalda recta y cuello largo, con caderas que podrían gestar a dos bebés con facilidad, pechos que podrían alimentarlos también con facilidad y manos grandes y ágiles. De

figura recia y entrada en carnes, características bien valoradas en la Quietud. El pelo le cae alrededor de la cara en rizos fibrosos que se entrelazan, del tamaño de un dedo meñique, oscuros, más castaños en las puntas. Para algunos estándares tiene la piel de un color demasiado ocre parduzco y, para otros, de un tono oliváceo demasiado claro. A la gente como ella los yumenescies los llaman (o llamaban) mestizos de las medlat: poseen algunos rasgos sanzedinos, pero no los suficientes.

El chico era su hijo. Se llamaba Uche y estaba a punto de cumplir tres años. Era pequeño para su edad, de ojos grandes y nariz chata. Había sido prematuro, pero tenía una sonrisa encantadora. Contaba con todos los rasgos que los niños humanos suelen tener para ganarse el amor de sus padres desde que la especie había evolucionado hacia algo parecido a la conciencia. Era un niño sano e inteligente, y debería seguir vivo.

La mujer se encontraba en la sala de estar de la casa. Era acogedora y tranquila, una habitación donde la familia podía reunirse para hablar, comer, jugar, retozar o acurrucarse. Le gustaba cuidar de Uche en aquel lugar. Creía que lo había concebido en aquel lugar.

Su padre lo había matado a golpes en aquel lugar.

Y por añadir algo más de esta historia por última vez, hablemos de lo que ocurrió al día siguiente en el valle que rodea Tirimo. Por aquel entonces, ya habían pasado las primeras secuelas del cataclismo, aunque más adelante habría réplicas.

El extremo septentrional de dicho valle había quedado devastado: árboles astillados, paredes de roca desprendidas o una cortina de polvo que seguía sin asentarse y flotaba en el aire sulfuroso y reposado. Después del impacto del primer movimiento sísmico, no quedó nada en pie: fue el tipo de temblor que hace pedazos todo lo que encuentra a su paso y reduce esos pedazos a gravilla. Por allí también había cadáveres: pequeños animales que no pudieron escapar, y ciervos y otras bestias de gran tamaño que vacilaron al hacerlo y quedaron sepultadas entre los escombros. En este último grupo se podrían incluir aquellas personas que tuvieron la mala suerte de andar por las rutas comerciales el día equivocado.

Los exploradores de Tirimo que habían llegado hasta allí para evaluar los daños no se acercaron a los escombros, sino que los observaron desde la lejanía en lo que quedaba de carretera. Se sorprendieron de que el resto del valle (la misma parte donde se encontraba Tirimo y varios kilómetros a la redonda) hubiera salido indemne. Bueno, en realidad, no se sorprendieron. Se miraron entre ellos con una inquietud funesta, porque todos sabían lo que significaba un supuesto golpe de suerte como aquel. «Mirad en el centro del círculo», advertía el litoacervo. Había un maldito orograta en algún lugar de Tirimo.

Era aterrador, pero más aterradoras eran aún las noticias provenientes del norte y el hecho de que el líder de Tirimo les hubiera ordenado reunir la mayor cantidad posible de cadáveres de animales a lo largo del reconocimiento. La carne que no se había podrido se podía curar, y la piel y el pelaje se podían curtir. Por si acaso.

Los exploradores terminaron por marcharse, sin dejar de darle vueltas a ese «por si acaso». Si no hubieran estado así de preocupados, quizás habrían visto un objeto en la falda del peñasco que se acababa de formar, un objeto que yacía discretamente entre un abeto derribado y un cúmulo de rocas. Su forma y su tamaño deberían haberlo hecho difícil de obviar. Era un pedrusco de calcedonia con forma de

riñón alargado, y moteado de topos de un color entre grisáceo y verde oscuro; destacaba entre la arenisca blanquecina amontonada a su alrededor. De haberse acercado, habrían visto que era un torso de un tamaño similar al de un cuerpo humano. De haberlo tocado, habrían quedado fascinados por la densidad de la superficie de aquel objeto. Daba la impresión de ser pesado, y tenía una fragancia similar a la del acero que recordaba a sangre y herrumbre. Les habría sorprendido saber que era cálido al tacto.

Pero no hay nadie cerca cuando aquel objeto emite un quejido y se divide a lo largo en una mitad perfecta, como si lo hubieran cortado. Cuando se escucha una especie de aullido sibilante debido al vapor y al gas presurizado que escapa de su interior y hace que todas las criaturas del bosque que se encuentran cerca y han sobrevivido se escabullan en busca de un refugio. En un abrir y cerrar de ojos, una luz empieza a asomarse a través de los bordes de las fisuras. Es similar a las llamas, y también líquida, parecida al cristal chamuscado, y se acumula en el suelo alrededor de la base del objeto. Luego se queda quieto durante mucho rato. Se enfría.

Pasan varios días.

Poco después, algo rompe el objeto desde el interior y se arrastra unos metros antes de desmayarse. Pasa otro día.

Ahora que se ha enfriado y está roto, una corteza de cristales de tamaño irregular, algunos de color grisáceo y otros de un rojo oscuro como la sangre venosa, cubre la cara interna del objeto. Un líquido pálido y aguado se acumula en el fondo de cada una de las dos cavidades, como si la mayor parte de los fluidos que contenía la geoda se hubieran filtrado en el suelo sobre el que se encuentra.

El cuerpo que estaba en su interior yace bocabajo entre las rocas, desnudo y con la piel seca, pero jadea, como si hubiera realizado un esfuerzo. No obstante, se yergue poco a poco. Cada movimiento es deliberado y muy lento. Tarda mucho. Cuando está erguido se dirige a trompicones (despacio) hacia la geoda y se apoya en ella para mantener el equilibrio. Ahora que está apoyado se inclina (despacio) y extiende la mano hacia el interior. Rompe una de las puntas de un cristal rojo con un movimiento brusco y repentino. Es un pedazo pequeño, tal vez del tamaño de una uva, y afilado como una esquirla.

El chico (porque eso es lo que parece) se la mete en la boca y la mastica. También hace mucho ruido: un crujir rechinante que resuena por todo el claro. Poco después, traga. Luego empieza a temblar, con violencia. Entrelaza los brazos alrededor del cuerpo durante unos instantes y emite un sutil gemido, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que está desnudo, tiene frío y se halla en unas condiciones lamentables.

No sin esfuerzo, el chico recupera el control de su cuerpo. Vuelve a estirar la mano hacia la geoda, haciendo otro esfuerzo, y arranca más de esos cristales. Forma una pequeña pila sobre el objeto a medida que los arranca. Las esquirlas romas y consistentes de cristal se desmenuzan entre sus dedos, como si estuvieran hechas de azúcar, aunque, en realidad, son mucho más sólidas. Pero también es cierto que sin duda alguna no es un niño y le resulta sencillo.

Se pone en pie por fin y se zarandea con los brazos llenos de aquellas piedras lechosas y sanguinolentas. El viento sopla con fuerza unos instantes, y su piel reacciona con punzadas de dolor. Al sentir las se retuerce, rápido y con movimientos erráticos, como si de un muñeco de cuerda se tratara. Luego se enfada consigo mismo. Se concentra y sus movimientos se vuelven más delicados, incluso más rítmicos. Más humanos. Como si lo hiciera para reafirmarse, asiente para sí, quizá satisfecho.

En ese momento, el chico se da la vuelta y empieza a caminar hacia Tirimo.

Tienes que recordar una cosa: el final de una historia no es más que el comienzo de otra. Al fin y al cabo, todo esto ya ha sucedido antes. La gente se muere. Los antiguos órdenes establecidos se acaban. Nacen nuevas sociedades. Y cuando decimos que «esto es el fin del mundo», no es más que una mentira, ya que al planeta no le ha sucedido nada.

Pero así es el fin del mundo.

Así es el fin del mundo.

Así es el fin del mundo.

Por última vez.

Tú al final

Eres ella. Ella eres tú. Te llamas Essun, ¿recuerdas? La mujer que perdió a su hijo.

Eres una orogén que ha vivido diez años en el pequeño e insignificante pueblo de Tirimo. Solo tres personas saben lo que eres en realidad, y has dado a luz a dos de ellas.

Bueno, de las que lo saben ya solo queda una con vida.

Durante los últimos diez años has vivido una vida de lo más normal. Llegaste a Tirimo procedente de algún lugar cualquiera, a la gente del pueblo no le importó de dónde ni por qué. Como era obvio que habías recibido una buena educación, conseguiste trabajo como profesora en el creche local para los niños de edades comprendidas entre diez y trece años. No eres ni buena ni mala profesora: los niños se olvidan de ti al crecer, pero aprenden. Tal vez el carnicero sepa cómo te llamas, porque le gusta coquetear contigo. El panadero no, porque eres callada y, al igual que el resto del pueblo, solo te ve como la esposa de Jija. Jija es un hombre que creció y se crio en Tirimo, un esmerador de piedra de la casta al uso de los Resistentes. Todo el mundo lo conoce y les cae bien, por lo que tú también les caes bien. Es la cara visible del cuadro en el que se representa la vida que habéis formado juntos. Tú eres la invisible. Te gusta que sea así.

Eres madre de dos hijos, pero ahora uno de ellos está muerto, y la otra, perdida. Quizá también haya muerto. Lo descubres un día al volver a casa del trabajo. La encuentras vacía, demasiado tranquila, y ves a un niño ensangrentado y con heridas en el suelo de la sala de estar.

En ese momento... te vienes abajo. Intentas que no sea así, pero es demasiado. ¿O no? Demasiado. Has sufrido mucho y eres muy fuerte, pero hasta alguien como tú tiene sus límites.

Pasan dos días antes de que alguien venga a buscarte.

No has salido de la casa en la que se encuentra tu hijo muerto. Te has levantado, usado el baño, comido algo del refrigerador y bebido hasta la última gota de agua del grifo. Cosas que puedes hacer sin pensar, por inercia. Después de hacerlas, volvías al lado de Uche.

(Durante uno de esos viajes, le llevaste una manta. Lo cubriste con ella hasta la altura de su barbilla destrozada. Una costumbre. Las tuberías de la calefacción han dejado de traquetear. Empieza a hacer frío en la casa. Podría coger un resfriado.)

Al día siguiente, ya tarde, alguien toca a la puerta delantera de la casa. No te molestas en responder. Tendrías que plantearte de quién se trata y si lo dejarías entrar. Pensar esas cosas podría recordarte que el cadáver de tu hijo está debajo de la manta, y ¿por qué querrías algo así? Haces caso omiso de los golpes en la puerta.

Alguien golpea la ventana de la habitación delantera. Parece persistente. También haces caso omiso.

Alguien termina por romper los cristales de la puerta trasera de la casa. Oyes pasos en el pasillo que discurre entre la habitación de Uche y la de Nassun, tu hija.

(Nassun, tu hija.)

Los pasos llegan hasta la sala de estar y se detienen.

—¿Essun?

Conoces la voz. Joven y masculina. Te resulta familiar, reconfortante en cierto modo. Lerna, el hijo de Makenba, que vive calle abajo. El que se marchó unos años y volvió hecho un doctor. Ya no es un niño

y lleva tiempo sin serlo, así que te aseguras de empezar a pensar en él como si se tratara de un adulto.

Vaya, has vuelto a pensar. Cuidado, detente.

Inspira, y tu piel reverbera con el aura de terror que emana cuando se acerca lo suficiente para ver a Uche. Para tu sorpresa, no grita. Tampoco te toca. Aunque se pone al otro lado de Uche y te mira, inquisitivo. ¿Pretenderá saber lo que pasa por tu cabeza? Nada, nada. Luego retira la manta para ver bien el cuerpo de Uche. Nada, nada. La vuelve a colocar, y esta vez le cubre la cara a tu hijo.

—Eso no le gusta —dices. Es la primera vez que hablas en dos días. Es raro—. Le da miedo la oscuridad.

Después de un momento de silencio, Lerna retira la manta hasta debajo de los ojos de Uche.

—Gracias —dices.

Lerna asiente.

—¿Has dormido?

—No.

En ese momento, Lerna rodea el cadáver y te coge del brazo para levantarte. Tiene cuidado, pero sus manos son firmes y no se rinde cuando tu reacción consiste en no ceder. Ejerce más presión, inflexible, hasta que consiga levantarte o tirarte al suelo. Al menos te deja elegir. Te levantas. Con la misma firmeza y amabilidad te guía hacia la puerta delantera.

—Puedes descansar en mi casa —te ofrece.

No quieres pensar, así que no le respondes que tienes una cama propia decente y que gracias. Tampoco le dices que te encuentras bien y que no necesitas su ayuda, cosas que no son verdad. Te lleva afuera y hacia la esquina del edificio, sin dejar de agarrarte por el codo. Hay grupos de personas en las calles. Algunos de ellos se acercan y preguntan cosas a las que Lerna responde. No te enteras de nada. Sus voces son poco más que un ruido ininteligible que tu mente no se molesta en interpretar. Lerna responde por ti, algo que le agradecerías si consiguieras que te importara.

Te lleva a su casa, que huele a hierbas, productos químicos y libros, y te mete en una cama grande sobre la que descansa un gato gris y gordo. El gato se aparta lo suficiente para que te puedas echar y luego se acurruca a tu lado cuando te quedas quieta. Te sentirías cómoda si esa sensación de calidez y bienestar no te recordara a cuando Uche se echa contigo.

Se echaba contigo. No, cambiar las formas verbales requiere pensar. Se echa.

—Duerme —dice Lerna. No es difícil hacerle caso.

Duermes mucho, pero luego te levantas. Lerna ha llevado algo de comida a la cama en una bandeja: un caldo aguado, fruta troceada y una taza de té. Todo se ha quedado ya a la temperatura ambiente. Comes y bebes, y luego vas al baño. La cisterna del retrete no funciona. Hay un cubo lleno de agua a su lado que Lerna debe de haber dejado ahí para estos casos. Le das vueltas y sientes la necesidad de pensar, pero te resistes, resistes y resistes, te mantienes en ese tranquilo y agradable silencio de la inconsciencia. Tiras algo de agua por el retrete, bajas la tapa y vuelves a la cama.

En sueños, te encuentras en esa habitación mientras Jija lo perpetra. Allí están Uche y él como la

última vez que los viste: Jija ríe, tiene a Uche sobre una rodilla y juegan al «terremoto» mientras el niño se carcajea, aprieta los muslos e intenta mantener el equilibrio con los brazos. De improviso, Jija deja de reír, se levanta, tira a Uche al suelo y comienza a darle patadas. Sabes que no es así como ocurrió. Viste las marcas del puño de Jija, cuatro moratones en paralelo en el estómago y la cara de Uche. En el sueño son patadas, pero los sueños no tienen lógica.

Uche no deja de reír y agitar los brazos, como si todavía fuera un juego a pesar de la sangre que le cubre la cara.

Te despiertas entre gritos, que dejan paso a unos sollozos que no puedes ahogar. Lerna entra e intenta decir algo, intenta contenerse y al fin logra hacerte beber un té fuerte que sabe fatal. Te vuelves a dormir.

—Ha pasado algo en el norte —dice Lerna.

Estás sentada en el borde de la cama. Él, en una silla delante de ti. Bebes más de ese té asqueroso, y tu dolor de cabeza es peor que el de una resaca. Es de noche, pero una luz tenue ilumina la habitación. Lerna solo ha encendido la mitad de los faroles. Por primera vez notas un olor extraño en el aire que el humo de los faroles no consigue ocultar del todo: un olor a azufre, fuerte y acre. Lleva ahí todo el día y ha ido a más. Es más fuerte cuando Lerna está fuera.

—El camino que sale del pueblo lleva dos días hasta arriba de gente que viene de esa dirección. —Lerna suspira y se frota la cara. Tiene quince años menos que tú, pero ya no lo aparenta. Su pelo natural es de color gris, como muchos cebaki, pero las marcas de la cara hacen que parezca mayor. Las marcas y las recientes ojeras—. Parece que ha habido un temblor. Uno grande, hace unos días. Aquí no hemos notado nada, pero en Sume... —Sume es el valle cercano, a un día a caballo—. El pueblo ha quedado... —Niega con la cabeza.

Asientes, pero lo sabías antes de que te lo dijera, o al menos lo suponías. Antes de ayer, cuando estabas sentada en la sala de estar y observabas los restos de tu hijo, notaste que algo se dirigía al pueblo, una especie de convulsión terrestre tan potente como nunca habías sesapinado. La palabra «temblor» no le hace justicia. Fuera lo que fuese, habría derrumbado la casa con Uche dentro, así que lo evitaste... Levantaste un rompeolas formado por tu voluntad y algo de energía cinética que tomaste de esa misma convulsión. No te hizo falta pensar, hasta un recién nacido podría haberlo hecho, aunque quizá no con la misma maestría. El temblor se dividió, circundó el valle y pasó de largo.

Lerna se humedece los labios. Levanta la cabeza para mirar y luego desvía la mirada. Él es el otro, además de tus hijos, que sabe lo que eres. Lo sabe desde hace tiempo, pero es la primera vez que se enfrenta a las consecuencias de ello. Tampoco puedes pararte a pensar en eso.

—Rask no deja que nadie entre ni salga. —Se refiere a Rask, Rask Innovador Tirimo, el líder electo del pueblo—. Todavía no ha cerrado el pueblo del todo, por ahora, pero pensaba dirigirme a Sume por si podía encontrar ayuda. Rask me dijo que no y luego mandó a los malditos mineros a los muros para sustituir a los Lomocurtido que hemos enviado a explorar. Les ha dicho específicamente que no me dejen salir. —Lerna cierra el puño con fuerza, con resentimiento en la mirada—. Hay gente en la carretera imperial de ahí fuera. Muchos están heridos o enfermos, y ese cabrón herrumbroso no me deja ayudar.

—Lo primero es vigilar las puertas —suspiras. Estás ronca. Gritaste mucho después de aquel sueño con Jija.

—¿Cómo?

Le das otro sorbo al té para aclararte la garganta.

—Del litoacervo.

Lerna te mira. Conoce ese fragmento, todos los niños lo aprenden en el creche. Cuando crecen, todos aprenden esos cuentos populares de acervistas sabios y astutos geomestros que empiezan a advertir a los escépticos a medida que surgen las señales, no se les cree y salvan a la gente cuando sus palabras empiezan a hacerse realidad.

—¿Crees que ha llegado el día, Essun? —dice, apesadumbrado—. ¿El día del fuego subterráneo? No puedes pensarlo en serio.

Lo dices en serio. Ha llegado el día. Pero sabes que aunque intentes explicárselo no te creerá, así que te limitas a negar con la cabeza.

Se hace un silencio sosegado y desgarrador. Después de una pausa, Lerna dice, con delicadeza:

—He traído a Uche hasta aquí. Está en la enfermería, en... el depósito de cadáveres. Me pondré con.. los preparativos.

Asientes, despacio.

Lerna duda.

—¿Fue Jija?

Vuelves a asentir.

—¿Lo... lo viste...?

—Cuando llegué a casa del creche.

—Vaya. —Otro silencio incómodo—. Se dice que faltaste el día antes del terremoto, que tuvieron que llevar a los niños de nuevo a sus casas porque no pudieron encontrar sustituto. Nadie sabía si estabas enferma o qué. —Ya, bueno. Es probable que te hayan despedido. Lerna respira hondo y suelta el aire. Te sirve como advertencia, estás casi lista para lo que viene ahora—. El terremoto no nos ha afectado, Essun. Ha rodeado la ciudad. Ha estremecido algunos árboles y revuelto algunas de las rocas del arroyo. —El arroyo se encuentra en el extremo septentrional del valle, donde nadie se ha percatado de la presencia de la enorme y humeante geoda de calcedonia—. Dentro de la ciudad y en los alrededores es como si no hubiera ocurrido nada. Forma una circunferencia casi perfecta. Vaya.

En otra época quizá lo habrías ocultado. En aquel entonces tenías razones para ello, tenías una vida que proteger.

—He sido yo —dices.

Lerna aprieta la mandíbula, pero asiente.

—Nunca se lo he contado a nadie. —Duda—. Que eras... orogénica, quiero decir.

Qué educado y correcto es. Has escuchado maneras muy despectivas de denominar tu naturaleza. Él también, pero nunca las pronunciaría. Tampoco Jija, aunque alguien soltara alguna vez en su presencia un «orograta» sin darse cuenta. Siempre decía que no quería que los niños se acostumbraran a esas palabras...

Llega sin que te des cuenta. De improviso, te inclinas hacia delante y te dan arcadas. Lerna se sobresalta y se apresura a coger algo que tiene cerca... un orinal, que no te hace falta. No te sale nada del estómago y, poco después, cesan las arcadas. Respiras con cuidado, varias veces. Sin articular palabra, Lerna te ofrece un vaso de agua. Estás a punto de rechazarlo, pero luego cambias de opinión y lo aceptas.

La boca te sabe a bilis.

—No fui yo —dices, al fin.

Él frunce el ceño, confundido, y te das cuenta de que cree que aún te refieres al terremoto.

—Jija. Nunca supo lo que yo era. —Piensas, y no deberías pensar—. No sé ni cómo ni qué, pero Uche... era un crío, todavía no sabía controlarlo. Es posible que Uche hiciera algo y Jija se diera cuenta de que...

De que tus hijos eran como tú. Es la primera vez que aceptas del todo algo así.

Lerna cierra los ojos y deja escapar un largo suspiro.

—Ahora lo entiendo.

No puede ser por eso. Esa no puede ser razón suficiente para que un padre asesine a su propio hijo. No hay nada que justifique algo así.

Se humedece los labios.

—¿Quieres ver a Uche?

Para qué. Lo has visto así durante dos días.

—No.

Lerna suspira y se pone en pie, sin dejar de atusarse el pelo con la mano.

—¿Vas a contárselo a Rask? —preguntas, pero Lerna te dedica una mirada que te hace sentir desconsiderada. Se ha enfadado. Lo tienes por un chico tan tranquilo y amable que no creías que pudiera enfadarse.

—No le voy a contar nada a Rask —espetta—. No se lo he dicho a nadie en todo este tiempo y no voy a hacerlo ahora.

—Entonces, ¿qué...?

—Voy a buscar a Eran. —Eran es la portavoz de la casta al uso de los Resistentes. Lerna es un Lomocurtido, pero al volver a Tirimo después de hacerse doctor lo adoptaron los Resistentes. La ciudad ya contaba con los Lomocurtido suficientes y los Innovadores no tuvieron suerte cuando se lo jugaron a lanzar la esquirra. Tú también has pedido ser una Resistente—. Voy a decirle que estás bien y que ella se encargue de decírselo a Rask. Tú a descansar.

—Cuando te pregunte que por qué Jija...

Lerna niega con la cabeza.

—Ya lo sabe todo el mundo, Essun. Saben unir los puntos. Está más claro que un diamante que el centro del círculo se encontraba en este barrio. Al ver lo que hizo Jija, no les habrá sido difícil llegar a la conclusión de cuáles fueron sus razones. No se han dado cuenta de que ocurrió antes, pero tampoco le han prestado atención al orden de los acontecimientos. —Lo miras mientras asimilas lo que te cuenta, y luego Lerna frunce los labios—. La mitad de las personas han quedado muy afectadas, pero la otra mitad se alegran de que Jija lo haya hecho. ¡Porque todo el mundo sabe que un niño de tres años tiene el poder suficiente para iniciar un terremoto en Yumenes, a miles de kilómetros de distancia!

Niegas con la cabeza, aturdida en parte por el enfado de Lerna y porque esa gente fuera capaz de pensar que tu simpático e inteligente hijo pudiera ser capaz... que fuera el responsable de... Pero el primero que lo pensó fue Jija.

Vuelves a sentir náuseas.

Lerna vuelve a respirar hondo. Lo ha hecho a lo largo de toda la conversación. Es una costumbre que

tiene, ya lo sabías de antes. Es su manera de tranquilizarse.

—Quédate aquí y descansa. Volveré pronto.

Se marcha de la habitación. Oyes que hace ruido a posta delante de la casa. Un instante después, se marcha a esa reunión. Te planteas descansar, pero decides no hacerlo. En lugar de ello, te levantas y vas al baño de Lerna, donde te lavas la cara hasta que el agua caliente que sale del grifo, de improviso, borbotea, se vuelve de un color pardo, empieza a dar olor y termina reducida a un pequeño chorro. Se ha roto una cañería en alguna parte.

«Ha pasado algo en el norte», había dicho Lerna.

«Los hijos son nuestra perdición», te dijo alguien una vez, hace mucho tiempo.

—Nassun —le susurras a tu reflejo. En el espejo ves los ojos que ha heredado tu hija de ti, grises como la pizarra y algo melancólicos—. Dejó a Uche en la sala de estar. ¿Qué hizo contigo?

No hay respuesta. Cierras el grifo. Luego suspiras, a nadie en particular.

—Tengo que marcharme.

Y tienes que hacerlo. Tienes que encontrar a Jija, y sabes que es mejor que no te entretengas. Los habitantes del pueblo pronto vendrán a por ti.

* * *

Los temblores dejan réplicas. Las olas que rompen siempre vuelven. La montaña que se agita rugirá.

Tablilla primera. «De la supervivencia»,
versículo quinto

Damaya, en inviernos remotos

La paja es tan cálida que Damaya no quiere salir de ella. En la modorra de la duermevela, piensa que es una manta, como la colcha que su bisabuela le cosió una vez con pedazos de uniformes. Años antes de que muriera, yaya trabajaba de costurera para el ejército de Brevard y se quedaba la tela que le sobraba de los arreglos. La manta que hizo para Damaya estaba compuesta por filas serpenteantes de color negro, azul marino, gris pardo, gris y verde, como si se tratara de columnas de hombres desfilando. Pero se la había hecho yaya con sus propias manos, y a Damaya nunca le importó que fuera fea. Siempre olía a limpio y a viejo con un toque a humedad, por lo que era fácil imaginar que aquella paja (que olía a húmedo y estiércol viejo, pero también tenía ese punto afrutado de los hongos) era la manta de yaya. La manta de verdad estaba en la habitación de Damaya, en la cama donde la había dejado. La cama en la que no volvería a dormir jamás.

Ahora oye voces fuera de aquel montón de paja: otra persona habla con mamá; ambos se acercan. Se escucha el repiqueteo de la madera al abrirse la puerta del granero, y luego entran. Oye otro ruido cuando la puerta se cierra a su paso. Su madre alza la voz y la llama:

—¿DamaDama?

Damaya se acurruca con fuerza y aprieta los dientes. Odia ese estúpido mote. Odia la manera delicada y agradable en que su madre lo pronuncia, como si lo dijera con cariño y no fuera una mentira.

Al ver que Damaya no responde, madre dice:

—No puede haber salido. Mi marido ha revisado todas las cerraduras del granero.

—¡Ay! Las cerraduras no sirven con los de su especie.

Es la voz de un hombre. No es la de su padre, ni la de su hermano mayor, ni tampoco la del líder de la comu, ni la de nadie que conozca. La voz de ese hombre es grave y habla con un acento desconocido para ella: es agudo e intenso, alarga mucho las oes y las aes y acorta el principio y el final de todas las palabras. Suena inteligente. Emite un débil tintineo al andar, tanto que se pregunta si llevará encima un enorme juego de llaves. ¿Será que quizá tiene mucho dinero en los bolsillos? Ha oído que en algunas partes del mundo se usa dinero de metal.

Al pensar en llaves y dinero, Damaya se acurruca más todavía, porque por supuesto también ha oído a otros niños del creche susurrar acerca de los mercados donde venden niños en ciudades lejanas de piedra biselada. No todos los lugares del mundo son tan civilizados como las Normelat. Se reía al oír aquellos cuchicheos, pero ahora todo es diferente.

—Aquí —escucha decir al hombre, no demasiado lejos—. Diría que es reciente.

Madre emite un sonido de asco, y Damaya se siente abochornada cuando repara en que acaban de encontrar el rincón que usa como baño. Ese lugar huele fatal, a pesar de que ha tirado paja encima para cubrirlo cada vez que ha ido.

—Haciéndolo en el suelo como los animales. No la eduqué para esto.

—¿Acaso hay baño aquí dentro? —pregunta el comprador de niños, con tono amable y curioso—. ¿Le habéis dado un cubo?

Madre queda sumida en un silencio prolongado, y al cabo Damaya se da cuenta de que el hombre acaba de llamarle la atención a su madre con aquellas sencillas preguntas. Damaya no está acostumbrada

a esas reprimendas. El hombre no ha alzado la voz ni insultado a nadie. Pero su madre permanece allí de pie, estupefacta, como si después de aquellas palabras le hubiera propinado un golpe en la cabeza.

Una risilla le sube por la garganta, pero logra taparse la boca a tiempo para evitar que se le escape. La habrían oído reírse por ver a su madre avergonzada, y aquel comprador de niños sabría lo mal que se comporta. Pero ¿acaso sería malo? Quizás así les pagara menos a sus padres por ella. Pensar en ello casi hace que se le vuelva a escapar la risilla, porque Damaya odia a sus padres, los odia de verdad, y cualquier cosa que les ocasione sufrimiento haría que se sintiera mejor.

Luego se muerde la mano, con fuerza, y se odia a sí misma. Se odia porque es normal que madre y padre la vendan si es capaz de pensar algo así.

Oye pasos cerca.

—Aquí hace frío —dice el hombre.

—La habría dejado en la casa si hubiera hecho más frío —responde madre, y Damaya casi vuelve a reírse al escuchar aquel tono defensivo y antipático.

Pero el comprador de niños no le hace caso a madre. Sus pasos se acercan y son... raros. Damaya puede sesapinar los pasos. Casi nadie puede hacerlo; las cosas grandes como terremotos y eso, sí, pero no algo tan delicado como el roce de un pie contra el suelo. (Siempre ha sabido de esta capacidad, pero hasta hace poco no había reparado en que es una especie de advertencia.) Es más difícil percibirlo cuando no está en contacto directo con el suelo. En tal caso se transmitiría a través de la madera del armazón del granero y de los clavos con los que se sujeta. Aun así, a pesar de encontrarse en un piso superior, sabría a qué atenerse. Un latido, otro latido, el paso y luego la reverberación hasta el infinito; un latido y otro latido, un latido y otro latido. Por el contrario, los pasos del comprador de niños no suenan así, no reverberan. No puede sesapinarlos, solo oírlos. Y eso no le había pasado nunca.

Y ahora sube por la escalerilla, hacia el atilillo donde ella está acurrucada entre la paja.

—Vaya —dice nada más subir—. Aquí arriba hace más calor.

—¡DamaDama! —Ahora su madre parece enfadada—. ¡Baja de ahí!

Damaya se acurruca con más fuerza debajo de la paja y se queda en silencio. Los pasos del comprador de niños se escuchan cada vez más cerca.

—No tengas miedo —dice, con su voz característica. Está más cerca. Siente cómo la reverberación de su voz pasa de la madera al suelo y luego a la roca, para luego volver en sentido contrario. Más cerca—. Vengo a ayudarte, Damaya Lomocurtido.

Otra cosa que odia: su apellido al uso. No tiene el lomo curtido para nada, ni tampoco su madre. Lo único que significa eso de «lomocurtido» es que sus antepasados femeninos tuvieron la suerte de que las aceptaran en una comu, pero no la capacidad de lograr una plaza segura en ella. Su hermano Chaga le dijo una vez para molestarla que los Lomocurtido, al igual que los comubundos, eran los primeros en sufrir las consecuencias cuando las cosas se ponían difíciles. Luego se había reído, como si aquello fuera gracioso. Como si no fuera verdad. Pero claro, Chaga es un Resistente, como padre. A cualquier comu le gusta tenerlos cerca, con independencia de lo difíciles que se pongan las cosas, por si hay una hambruna o enfermedades o cosas de esas.

Los pasos del hombre se detienen justo delante de la pila de paja.

—No tengas miedo —repite, ahora con más ternura. Madre sigue abajo, en el suelo, y es probable que no pueda oírlo—. No permitiré que tu madre te haga daño.

Damaya inspira.

No es tonta. El hombre es un comprador de niños, y los compradores de niños hacen cosas terribles. Pero después de oírle decir eso, y también porque una parte de ella está cansada de tener miedo y enfadarse, se estira. Sale del sedoso y cálido montón y se sienta, mientras observa a aquel hombre a través de sus rizos y del sucio forraje.

Tiene un aspecto igual de extraño que su voz, y no es de ningún lugar que se encuentre cerca de Palela. Su piel es casi blanca, pálida como el hueso, tanto que a la luz del sol parece que podría convertirse en humo y desaparecer en el aire. Tiene el pelo largo y liso, lo que, unido a su piel, podría indicar su naturaleza ártica, aunque eso no encaja con su color: negro azabache, como el color de la tierra que rodea a un viejo estallido. Los habitantes de las Costeras orientales tienen el pelo así de oscuro, aunque más rizado en lugar de liso. También tienen la piel negra a juego con él. Además es grande, más alto y ancho de hombros que padre. Los hombros grandes de padre dan paso a un pecho amplio y una gran barriga; pero en el caso de este hombre, todo parece estrecharse. Toda la figura del extraño parece más delgada y esbelta de lo que debería. No encaja en ninguna raza.

Pero lo que más le llama la atención a Damaya son los ojos de aquel comprador de niños. Son blancos, o casi. Ve la blancura de sus ojos, y luego un disco de un color ligeramente gris que casi no se distingue de ese blanco, ni de cerca. A la luz tenue del granero tiene las pupilas grandes, y son sobrecogedoras entre tanta ausencia de color. Ha oído hablar sobre ojos como aquellos, los llaman geliris en las historias y en el litoacervo. No abundan, y siempre son un mal presagio.

Pero en ese momento el comprador de niños sonríe a Damaya. Esta no se lo piensa dos veces y le devuelve la sonrisa. Deposita en él su confianza de inmediato. Sabe que no debería, pero lo hace.

—Pues aquí estás —dice, en voz baja para que madre no lo oiga—. DamaDama Lomocurtido, ¿no es así?

—Damaya a secas —responde, casi sin pensar.

El hombre inclina la cabeza con elegancia y le tiende una mano.

—De acuerdo. Entonces, ¿te vienes con nosotros, Damaya?

Damaya no se mueve, y él no la coge. Se queda quieto, inerte como la piedra, ofreciéndole la mano sin obligarla. Respira hasta diez veces. Veinte. Sabe que va a tener que ir con él, pero quiere que él piense que es por elección propia. Luego, coge la mano y permite que la levante. No deja de sostenerle la mano mientras ella se sacude toda la paja que es capaz, y luego tira de ella para acercarla un poco.

—Un momento.

—¿Mmm?

Pero el comprador de niños ya le ha puesto la otra mano detrás de la cabeza y con dos dedos aprieta en la base de su cráneo, con una presteza y habilidad tales que no le da tiempo a sobresaltarse. El hombre cierra los ojos un momento y tiembla de manera casi imperceptible. Después suspira y la suelta.

—El trabajo es lo primero —dice, con tono enigmático. Ella se toca la nuca, confundida y notando aún la presión de los dedos de aquel hombre—. Ahora volvamos abajo.

—¿Qué has hecho?

—No es más que una especie de pequeño ritual. Algo que servirá para que sea más sencillo encontrarte si te pierdes alguna vez. —Ella no sabe a qué se refiere—. Venga, tengo que decirle a tu madre que te vienes conmigo.

Así que es verdad. Damaya se muerde el labio, y el hombre se da la vuelta y se dirige hacia la escalerilla. Ella lo sigue, uno o dos pasos detrás.

—Pues ya está —dice el comprador de niños cuando se acercan a madre en el piso de abajo. Madre suspira cuando la ve, quizá por el enfado—. ¿Sería tan amable de prepararle la maleta? Una o dos mudas de ropa, algo de comida para el viaje y un abrigo, y nos pondremos en camino.

Madre se acerca, sorprendida.

—Regalamos su abrigo.

—¿Lo habéis regalado? ¿En invierno?

Habla con tranquilidad, pero de repente madre parece enfadada.

—Tiene un primo que lo necesitaba. Aquí no tenemos armarios llenos de ropa bonita para regalar. Y...

—Madre duda y mira a Damaya. Damaya le esquiva la mirada. No quiere saber si madre se arrepiente de haber regalado el abrigo. No quiere enterarse de si su madre no se arrepiente.

—Y ha oído que los orogenes sienten menos frío que el resto de las personas —añade el hombre, compungido—. Es un mito. Doy por hecho que ha visto a su hija pasar frío en algún momento.

—Esto... —Madre parece nerviosa—. Sí, pero pensaba que...

Que Damaya fingía. Eso era lo que le había dicho el día en que llegó a casa procedente del creche y cuando la instalaban en el granero. Madre estaba enfadada y con los ojos llenos de lágrimas, y padre estaba sentado en silencio y apretaba los labios. Damaya lo había ocultado, afirmó su madre, les había ocultado todo y había fingido ser una niña cuando en realidad era un monstruo y, como tal, les había mentado. Madre siempre supo que había algo extraño en su hija, siempre había sido una mentirosa...

El hombre niega con la cabeza.

—Sea como fuere, va a necesitar algo de protección contra el frío. Hará más calor a medida que nos acerquemos a las Ecuatoriales, pero tenemos semanas de camino por delante antes de llegar.

Madre aprieta la mandíbula.

—Así que de verdad la va a llevar a Yumenes...

—Claro que... —El hombre la mira—. Vaya. —Luego mira a Damaya. Ambos miran a Damaya, que siente cómo aquellos ojos se clavan en ella. Se retuerce—. Pensaba que había venido a matar a su hija y, aun así, hizo que el líder de la comu me mandara llamar.

Madre se pone tensa.

—No. No es eso, no quería... —Estira las manos, que le cuelgan en los costados. Luego inclina la cabeza, como si se arrepintiera, aunque Damaya sabe que es mentira. Madre no se arrepiente de nada de lo que ha hecho. Si ese fuera el caso, ¿por qué hacerlo?

—La gente normal no se puede hacer cargo de... niños como ella —responde madre, en voz muy baja. Le lanza una mirada rápida a Damaya—. Casi mata a un niño en la escuela. Tenemos otro hijo y vecinos y... —En ese momento parece coger confianza y levanta la cabeza—. Y es lo que debe hacer todo ciudadano responsable, ¿o no?

—Cierto, no le falta razón. Su sacrificio servirá para crear un mundo mejor.

Aquello suena a elogio. Es una frase hecha. No así el tono.

Damaya vuelve a mirar al hombre, confundida, porque los compradores de niños no matan niños. Eso no tendría sentido. Y ¿a qué viene eso de las Ecuatoriales? Ese lugar está muy lejos hacia el sur.

El comprador de niños mira a Damaya y, de alguna manera, es consciente de su confusión. Esboza un

gesto tranquilizador, algo que debería ser imposible con esos ojos aterradores.

—A Yumenes —les dice el hombre a madre y a Damaya—. Sí, todavía es joven, así que la voy a llevar al Fulcro. Allí le enseñarán a controlar su maldición. Su sacrificio también servirá para crear un mundo mejor.

Damaya vuelve a mirarlo, como si en ese momento se hubiera dado cuenta de lo equivocada que estaba. Madre no había vendido a Damaya. Tanto ella como padre la habían regalado. Y no es que madre la odiara; en realidad, le tenía miedo. ¿Acaso hay diferencia? Quizá. Damaya no sabe cómo sentirse al respecto ahora que acaba de descubrir todo eso.

Y el hombre... está claro que no es un comprador de niños. Es un...

—¿Eres un Guardián? —pregunta Damaya, para confirmar lo que ya sabe. Él sonríe. Ella no sabía que los Guardianes fueran así. Se los imaginaba altos, de mirada férrea y cargados de armas y conocimientos arcanos. Bueno, alto sí que es.

—Lo soy —responde, y le coge la mano. Le gusta mucho tocar a la gente, piensa ella—. Soy tu Guardián.

Madre suspira.

—Si quiere, le puedo dar una manta.

—Será suficiente. Gracias. —Luego el hombre se queda en silencio y espera. Unos instantes después, su madre se da cuenta de que espera a que vaya a buscarla. Asiente, intranquila, y se marcha hacia la salida del granero, toda envarada. El hombre y Damaya se quedan solos.

—Toma —dice, al tiempo que levanta los brazos. Lleva lo que debe de ser un uniforme: hombreras rígidas con mangas y perneras largas y reforzadas, una vestimenta de color bermellón que parece resistente pero incómoda. Como la colcha de yaya. También tiene una capa corta, más decorativa que útil, pero se la quita y se la pone a Damaya. Tiene el tamaño suficiente para cubrirla y todavía conserva el calor de su cuerpo.

—Gracias —dice Damaya—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Schaffa Guardián Warrant —responde.

Nunca ha oído hablar de un lugar llamado Warrant, pero debe de existir. De lo contrario, ¿por qué tendría ese apellido de comu?

—¿Guardián es tu apellido al uso?

—Sí, de los Guardianes. —Alarga mucho la palabra al decirlo, y Damaya se ruboriza—. No somos muy útiles para las comus; al menos, no cuando no ocurre nada fuera de lo normal.

Damaya frunce el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Te echarán cuando llegue una estación? Pero si...

Por las historias que ha escuchado, sabe que los Guardianes son muy versátiles: grandes guerreros y cazadores y, a veces, más de las que deberían, asesinos. Las comus necesitan gente así en los momentos difíciles.

Schaffa se encoge de hombros y se aparta para sentarse en un viejo fardo de paja. A su lado hay otro, pero Damaya permanece en pie para estar a la misma altura que él, le gusta. A pesar de estar sentado, es más alto que ella, pero al menos no tanto como antes.

—Los orogenes del Fulcro existen para servir a la humanidad —dice—. De ahora en adelante no tendrás apellido al uso, ya que tu valor recaerá en tu propia naturaleza, no en una capacidad heredada.

Desde su nacimiento, un orogén es capaz de detener un terremoto, incluso sin recibir entrenamiento; y tú eres uno de ellos. Con comu o sin ella, es lo que eres. No obstante, con entrenamiento y la ayuda de otros orogenes experimentados del Fulcro, no solo serás valiosa para una comu, sino para toda la Quietud. — Abre los brazos—. Como Guardián, y gracias a los orogenes que tengo a mi cargo, desempeño un papel de similar importancia. Y por eso es de recibo que comparta el destino de los que tengo a mi cargo.

Damaya siente mucha curiosidad, y tiene tantas preguntas que no sabe por dónde empezar.

—¿Tienes a otros...? —Titubea ante la idea, las palabras con las que definirse a sí misma—. Otros... como yo... —Pero se queda sin palabras.

Schaffa se ríe al sentir su entusiasmo. Le alegra.

—Ahora mismo soy el Guardián de otros seis —dice, e inclina la cabeza para que Damaya vea que no hay problema alguno en decirlo, ni en pensarlo—. Tú incluida.

—¿Y te los has llevado a todos a Yumenes? ¿Los encontraste así? ¿Como a mí?

—No exactamente. Me encargaron el cuidado de algunos de ellos, los que nacieron en el Fulcro, y heredé de otros Guardianes. A otros los he encontrado desde que me asignaron la ruta de esta parte de las Normelat. —Vuelve a abrir los brazos—. Cuando tus padres informaron de que tenían un hijo orogén al líder de Palela, este mandó un telegrama a Brevard, de allí lo enviaron a Geddo y de allí a Yumenes, y así se pusieron en contacto conmigo. —Suspira—. Fue cuestión de suerte que pasara por el nódulo que se encuentra cerca de Brevard el día posterior a que llegara el mensaje. En caso contrario, habría tardado en verlo dos semanas más.

Damaya conoce Brevard, aunque Yumenes le suena a lugar legendario y el resto de los lugares que ha nombrado Schaffa no son para ella más que palabras de los libros de texto del creche. Brevard es el pueblo más cercano a Palela, y es mucho más grande. Es el lugar adonde padre y Chaga van a vender los cultivos después de la cosecha. Luego se da cuenta de lo que acaba de decir el hombre. Dos semanas más en aquel granero, pasando frío y cagando en una esquina. Ella también se alegra de que haya visto aquel mensaje en Brevard.

—Tienes mucha suerte —dice. Parece que se lo ha visto en la cara. Su expresión se vuelve más sombría—. No todos los padres hacen lo correcto. En ocasiones no aíslan a sus hijos, tal y como recomiendan el Fulcro y los Guardianes. A veces sí, pero recibimos el mensaje demasiado tarde y una turba enfurecida se ha llevado y lapidado al chiquillo. No seas injusta con tus padres, Dama. Estás sana y salva, y eso es de agradecer.

Damaya se estremece un poco, como si le costara aceptarlo. Él suspira.

—Y, a veces —continúa—, los padres de un orogén intentan esconder a su hijo. Evitar que reciba entrenamiento y dejarlo sin Guardián. Algo que nunca termina bien.

Eso es algo en lo que ha pensado durante las dos últimas semanas, desde que ocurrió aquello en la escuela. Si sus padres la quisieran, no la habrían encerrado en el granero. No habrían llamado a este hombre. Madre no le habría dicho esas cosas horribles.

—Y ¿por qué no...? —espeta, antes de darse cuenta de que él lo ha dicho a propósito. Todo para descubrir si alguna vez había pensado en por qué no la habían escondido y dejado allí. Ahora sabía la verdad. Damaya aprieta con fuerza las manos en los bordes de la capa con la que se cubre, pero Schaffa apenas asiente.

—Primero, porque tienen otro hijo, y el menor castigo para aquellos a los que ocultan un orogén sin

registrar y los pillan es echarlos de la comu. —Damaya lo sabe, pero le ofende igual. Si sus padres se preocuparan por ella, se arriesgarían. ¿O no?—. Tus padres no podían permitirse conservar su casa, su modo de vida y la custodia de ambos hijos, así que eligieron conservar ciertas cosas en lugar de perderlo todo. Pero tu naturaleza en sí es un peligro, Dama. Es algo que no puedes ocultar, como no puedes ocultar que eres una mujer, ni lo lista que eres para ser tan joven.

Damaya se ruboriza: no está segura de que haya sido un cumplido. Él sonríe para que vea que sí lo es. Sigue hablando.

—Cada vez que la tierra se mueve, escucharás su llamada. Cada vez que te encuentres en peligro, usarás de manera inconsciente la fuente más cercana de calor y movimiento. Lo harás con la misma naturalidad con la que un hombre fuerte usa sus puños. Harás todo lo posible para protegerte al afrontar una amenaza, como es natural. Y al hacerlo, morirá gente.

Damaya se encoge. Schaffa vuelve a sonreír, amable como siempre. Es entonces cuando Damaya recuerda aquel día.

Acababa de comer y estaba en el patio. Había almorzado un rollito de judías sentada junto al estanque con Limi y Shantare, como solía hacer mientras el resto de los niños se tiraban la comida unos a otros. Otros se apiñaban en un rincón del patio mientras se revolcaban en la tierra y hablaban entre ellos. Aquella tarde tenían un examen de geometría. Entonces Zab se había acercado a las tres, aunque en realidad con la que quería hablar era con Damaya.

—Vas a dejar que me copie de ti —le dijo.

A Limi se le escapó una risita. Pensó que a Zab le gustaba Damaya. Pero a Damaya no le gustaba, era horrible y siempre la molestaba, la insultaba y la hacía rabiar, hasta que ella tenía que gritarle para que la dejara en paz y se buscaba problemas con el profesor por hacerlo.

—No me voy a meter en problemas por tu culpa —le respondió Damaya.

—No lo harás si lo haces bien. Solo tienes que pasarme la hoja... —dijo él.

—No —lo interrumpió ella—. No hará falta que lo haga bien, porque no voy a hacerlo. Márchate. — Se giró hacia Shantare, con la que hablaba cuando Zab había llegado para interrumpirla.

Lo siguiente que recuerda es que estaba en el suelo. Zab la había empujado con ambas manos y la había tirado de la roca en la que estaba sentada. Dio una voltereta y aterrizó bocarriba. Con el transcurso del tiempo, y después de disponer de dos semanas encerrada en el granero para pensar en ello, recuerda la sorpresa en la cara del chico, como si no esperara tirarla con tanta facilidad. Pero en aquel momento solo tuvo en cuenta que se encontraba en el suelo, rodeada de barro, con la espalda fría, húmeda y sucia, que todo a su alrededor le olía a lodazal recalentado y a césped pisoteado, y que se le había manchado el pelo y su mejor traje, lo que iba a hacer que madre se enfadara mucho. Ella también estaba enfadada, así que agarró el aire y...

Damaya se estremece.

«Y al hacerlo morirá gente.»

Schaffa asiente, como si pudiera escuchar sus pensamientos.

—Eres como la obsidiana, Dama. —Lo dice en voz baja—. Un regalo de la tierra, pero no olvides que Padre Tierra nos odia, y que sus regalos ni son gratis ni son seguros. Si te recogemos, pulimos tus asperezas y te tratamos con el cuidado y respeto que mereces, te convertirás en algo valioso. Pero si te dejamos campar a tus anchas, harás papilla al primero que se interponga en tu camino. O, peor aún,

destrazarás y harás daño a mucha gente.

Damaya recuerda el gesto de Zab. Cómo el aire se enfrió tan solo un instante y se acumuló a su alrededor, como un globo a punto de estallar. Aquello bastó para que se formara una capa de hielo en la hierba sobre la que se encontraba y que se congelaran las gotas de sudor del cuerpo de Zab. En ese momento se detuvieron, se empujaron y se quedaron mirándose.

No olvida su cara.

«Casi me matas», leyó en ella.

Schaffa la mira con atención, pero no deja de sonreír.

—Tú no tienes la culpa —dice—. Casi todo lo que se dice sobre los orogenes es mentira. No tienes la culpa de haber nacido así, ni tampoco tus padres. No te enfades con ellos ni contigo misma.

Damaya empieza a llorar. Sabe que tiene razón. En todo, en todo lo que dice. Odia a madre por haberla dejado allí, odia a padre y a Chaga por permitir que lo hiciera, y se odia a sí misma por haber nacido así y haberlos decepcionado. Ahora Schaffa sabe que es débil y mala persona.

—Tranquila —dice, mientras se levanta y se acerca a ella. Se arrodilla y le coge las manos. Ella llora con más fuerza. Pero Schaffa le estrecha las manos con decisión, hasta que le hace daño, y ella empieza a tranquilizarse y lo mira a través de sus ojos llenos de lágrimas—. Aguanta, pequeña. Tu madre volverá pronto. Nunca llores cuando puedan verte.

—¿Q-qué?

Le da la impresión de estar triste (¿será por ella?), mientras acerca las manos para rodearle la cara con ellas.

—No es seguro.

No tiene ni idea de a qué se refiere.

Aun así, deja de llorar. Cuando se ha limpiado las lágrimas de las mejillas, él le limpia con el pulgar una que había dejado y, después de echar un vistazo rápido, asiente.

—Es posible que tu madre se dé cuenta, pero servirá con todos los demás.

La puerta del granero resuena cuando vuelve su madre, que ahora viene seguida de su padre. Padre aprieta la mandíbula y no mira a Damaya, a pesar de que no la ha visto desde que madre la encerró en el granero. Ambos no dejan de mirar a Schaffa, que está en pie y se mueve un poco para ponerse delante de la niña y asiente para dar las gracias cuando coge la manta doblada y el paquete envuelto en cuerda que madre le ofrece.

—Le hemos dado agua a su caballo —dice padre, serio—. ¿Quiere llevarse forraje?

—No hace falta —responde Schaffa—. Si nos damos prisa, llegaremos a Brevard antes de medianoche.

Padre frunce el ceño.

—Será complicado.

—Sí, pero cuando llegemos a Brevard, a nadie de este pueblo se le ocurrirá la genial idea de seguirnos por el camino y despedirse de Damaya por las malas.

A Damaya le cuesta un poco entenderlo, pero luego se da cuenta: la gente de Palela quiere matarla. Pero eso está mal, ¿no? No serían capaces de hacer algo así. ¿O sí? Recuerda a toda la gente que conoce. A sus profesores del creche. A los otros niños. A las señoras de la estación de carretera que eran amigas de yaya antes de que esta muriera.

Padre también lo piensa: lo intuye por su expresión. Frunce el ceño y abre la boca para decir lo mismo que la niña piensa al respecto: que no harían algo así. Pero se detiene antes de articular palabra. Mira a Damaya una vez más, con angustia en la mirada, antes de recordarse a sí mismo mirar hacia otro lado.

—Aquí tienes —le dice Schaffa a Damaya, y le tiende la manta. Es la de yaya. La mira y luego mira a madre, pero ella no le devuelve la mirada.

Llorar no es seguro. Cuando se quita de encima la capa de Schaffa y este la cubre con la manta, con esa sensación rancia, familiar, rasposa y perfecta, no hace ningún gesto. Schaffa le dedica una mirada y asiente un poco, para dar su aprobación. Luego la coge de la mano y la lleva hacia la salida del granero.

Madre y padre lo siguen, pero no dicen nada. Damaya tampoco dice nada. Mira hacia la casa una vez más y ve cómo alguien mira a través de unas cortinas justo antes de cerrarlas de improviso. Chaga, su hermano mayor, el que le enseñó a leer, a montar en burro y a tirar piedras para que rebotaran en la superficie de los estanques. Ni siquiera le dice adiós con la mano... pero no es porque la odie. Ahora lo entiende.

Schaffa aúpa a Damaya al lomo del caballo más grande que ha visto en su vida, uno de capa reluciente y cuello largo, y luego trastea en la silla de detrás y dobla la manta entre sus piernas y pies para que no se roce ni le salgan sabañones. Luego se marchan.

—No mires atrás —advierte Schaffa—. Te será más fácil.

Damaya no lo hace, y más adelante se dará cuenta de que también tenía razón.

Aun así, mucho tiempo después deseará haberlo hecho.

* * *

[ilegible] el geliris de los ojos, el pelo soplocinéreo, una buena nariz para filtrar, los dientes afilados, la lengua llena de ampollas.

Tablilla segunda, «Una verdad incompleta»,
versículo octavo

3

Estás de camino

Aún intentas decidir quién quieres ser. Ya no tiene sentido ser la persona que has sido hasta entonces: aquella mujer murió con Uche. Lo discreta que era, lo tranquila que era, lo normal que era. Nada de eso sirve ya. No, cuando han tenido lugar acontecimientos de tal magnitud.

Pero sigues sin saber dónde han enterrado a Nassun, si es que Jija se molestó en enterrarla. Tendrás que ser la madre que tu hija amaba hasta que consigas despedirte de ella.

Así que decides no limitarte a esperar la muerte.

La muerte que vendrá a por ti; quizá no ahora, pero pronto. Aunque ese gran temblor del norte no haya afectado a Tirimo, todo el mundo sabe que debería haberlo hecho. Las glándulas sesapinales no fallan; al menos, no con algo de una fuerza tan tintineante, consistente y capaz de embotar la mente. Todo el mundo lo habrá sesapinado, desde los recién nacidos hasta los ancianos más despistados. Y ahora que se acercan por el camino refugiados de los pueblos y aldeas menos agraciadas (refugiados que viajan todos hacia el sur), los habitantes de Tirimo han empezado a escuchar rumores. Habrán empezado a notar el aroma sulfuroso del aire. Habrán mirado hacia arriba y visto cómo empieza a cambiar el cielo. Se lo habrán tomado como un mal presagio. (Que lo es.) Quizás el líder, Rask, por fin haya enviado a alguien para ver qué ha ocurrido en Sume, el pueblo que hay en el valle más cercano. Casi todos los habitantes de Tirimo tienen familia allí, y los dos pueblos se han intercambiado bienes y habitantes desde hace generaciones. Las comus son siempre lo primero, claro, pero la familia y la especie solo son importantes cuando nadie pasa hambre. Rask todavía puede permitirse ser generoso. Quizá.

Y cuando los exploradores regresen e informen de la ruina que sabes en que se habrá convertido Sume... y de que no han encontrado supervivientes, o al menos no muchos, será imposible negarlo. Lo único que quedará entonces será el miedo. Gente asustada en busca de un chivo expiatorio.

Así que te obligas a comer algo y no piensas en otros momentos y comidas que has compartido con Jija y los niños. (No poder reprimir las lágrimas es mejor que no poder reprimir un vómito, pero tampoco es que puedas elegir.) Luego sales con tranquilidad por la puerta del jardín de Lerna y vuelves a tu casa. No parece haber nadie fuera. Deben de estar todos con Rask, a la espera de noticias y órdenes.

En la casa, en uno de los abastos ocultos debajo de las alfombras, se encuentra el portabasto de la familia. Te sientas en el suelo, en la habitación en la que Uche murió a golpes, y allí te pones a ordenar el saco para quitar todo lo que no vas a necesitar. La vieja y cómoda muda de ropa de viaje de Nassun es demasiado pequeña. Jija y tú llenasteis el saco antes de que Nassun naciera, y cometisteis el error de no renovarlo. Algo de fruta deshidratada cubierta de moho blanco y mullido. Puede que sea comestible, pero todavía no estás tan desesperada como para planteártelo. (Todavía.) En el saco también están los documentos que prueban que Jija y tú sois propietarios de la casa, y otros que confirman que habéis pagado los impuestos del cuadrante, que estáis registrados en la comu de Tirimo y que pertenecéis a la casta al uso de los Resistentes. Dejas todo eso ahí, tu identidad financiera y legal de los últimos diez años, junto a una pila de desechos entre los que se encuentra la fruta mohosa.

El fajo de dinero que había en una cartera de goma (en papel, porque no era demasiado) no serviría para nada cuando la gente se diera cuenta de lo mal que estaban las cosas, pero hasta entonces podría serte útil. Yesca de buena calidad que ya no servía. Te quedas el cuchillo de desollar de obsidiana que

Jija se empeñó en meter y que no crees que vayas a usar: tienes mejores armas naturales. Servirá para comerciar, o al menos como medida disuasoria. También puedes comerciar con las botas de Jija, que están en buenas condiciones. No volverá a ponérselas, porque lo encontrarás pronto y será su final.

Haces una pausa. Vuelves a pensar en eso último, pero ahora como la mujer que has elegido ser. Mejor: lo encontrarás pronto y le preguntarás por qué lo hizo. Cómo ha sido capaz de hacerlo. Y, lo más importante, le preguntarás dónde está tu hija.

Vuelves a colocarlo todo en el portabasto y lo metes dentro de una de las cajas que Jija usaba para las entregas. Nadie sospechará al verte con una de ellas por el pueblo, porque, hasta hace unos días, solías hacerlo para echar una mano a Jija con la cerámica y con sus herramientas de esmerar. Quizás alguien termine por preguntarse por qué te entretienes con pedidos cuando el líder está a punto de declarar la Ley Estacional, pero la mayoría no se dará cuenta al principio, que es lo que importa.

Pasas al salir por el lugar del suelo en el que Uche yació durante días. Lerna se llevó el cuerpo y dejó allí la manta, por lo que no se ven las salpicaduras de sangre. Aun así, apartas la mirada.

Tu casa es solo una más de las que hay en aquel rincón, enclavada entre el extremo meridional del muro y el herbaje del pueblo. Cuando Jija y tú decidisteis comprarla, elegisteis esa porque está aislada en un sendero angosto rodeado de árboles. Se encuentra en el camino que va directo desde el centro del pueblo hasta la zona verde, algo que siempre le gustó a Jija y sobre lo que siempre discutías con él. No te gustaba encontrarte con más gente de la necesaria, mientras que él era sociable e inquieto, le frustraba el silencio...

Sientes un arrebato de rabia demoledor, categórico y paralizante que te toma por sorpresa. Tienes que detenerte en el umbral de la puerta de tu casa y apoyarte en el marco mientras resuellas para no empezar a gritar o para evitar apuñalar a alguien (¿a ti misma, quizá?) con ese maldito cuchillo para desollar. O peor aún, para evitar que hagas descender las temperaturas.

Vale. Te equivocabas. Al fin y al cabo, las náuseas no son una respuesta tan mala al dolor.

Pero no tienes tiempo para algo así, no tienes fuerzas, de modo que te concentras en otras cosas. En cualquier cosa. En la madera del marco de la puerta en la que apoyas la mano. En el aire, que notas con más intensidad ahora que estás fuera. El olor a azufre no parece haber empeorado, al menos por el momento, lo que quizá sea una buena señal. No sesapinas ningún conducto abierto en la tierra que esté cerca, lo que indica que todo aquello viene del norte, del lugar donde se encuentra la herida, esa apertura supurante que recorre el continente de costa a costa y que sabes con certeza que está allí, aunque lo único que has oído son los rumores de los viajeros que vienen de la carretera imperial. Esperas que la concentración de azufre no vaya a más, porque llegado el caso la gente empezará a sentir náuseas y asfixiarse, la próxima vez que llueva los peces del riachuelo morirán y la tierra se echará a perder.

Sí. Mejor. Poco después te alejas de la casa por fin y recuperas del todo tu apariencia tranquila.

No hay mucha gente fuera, ni en los alrededores. Rask debe de haber decretado el cierre del pueblo. Las puertas de las comu se cierran en esos casos y, ahora que Rask ha tomado la medida preventiva de colocar a los guardias en sus puestos, hay gente en los alrededores de una de las torres de guardia del muro. Esto no debería ocurrir hasta que se declare una estación, y maldices para tus adentros la cautela de Rask. Esperas que no haya hecho nada que te ponga las cosas más difíciles todavía para escabullirte.

El mercado está cerrado, al menos por ahora, para que nadie acapare bienes ni amañe los precios. El toque de queda comienza al anochecer y obligan a cerrar todos los negocios que no son de vital

importancia para la protección o para los suministros de la ciudad. Todo el mundo sabe cómo actuar en estos casos. Todo el mundo tiene tareas asignadas, pero muchas de ellas se pueden realizar en los interiores: hacer cestas para almacenar, deshidratar y conservar toda la comida perecedera de las casas, reutilizar las ropas y herramientas viejas. Todo sigue las normas y la eficiencia imperial, unos procedimientos que son muy útiles para realizar tareas prácticas y para mantener ocupado a un gran grupo de personas inquietas. Por si acaso.

Aun así, mientras recorres el camino que rodea la zona verde (durante los cierres nadie entra en ellas, pero no porque las normas lo impidan, sino porque en esos momentos recuerdan que son terrenos de cultivo en vez de una zona bonita donde plantar tréboles y flores silvestres), vigilas lo que hacen otros ciudadanos de Tirimo. Lomocurtido, en su mayor parte. Un grupo construye el cobertizo y delimita el prado de la zona verde que se usará para el ganado. Construir algo es un trabajo duro, y quienes participan en la tarea están demasiado inmersos en ella como para prestar atención a una mujer solitaria que lleva una caja. Algunos de ellos te reconocen al pasar, gente a la que has visto antes en el mercado o que ha hecho negocios con Jija. Cruzas las miradas con algunos, pero son fugaces. Te conocen lo suficiente como para saber que no eres una extraña y, por el momento, están demasiado ocupados para recordar que eres la madre de un maldito orograta.

O para preguntarse de cuál de sus progenitores ha heredado aquella maldición tu fallecido niño orograta.

En el centro de la ciudad hay más personas. Aquí te pierdes entre la multitud y caminas al mismo ritmo que los demás, saludas cuando te saludan e intentas no pensar en nada que haga que tu expresión parezca despreocupada o aburrida. Alrededor del despacho del líder hay mucho alboroto: capitanes del bloqueo y portavoces de las castas que vienen a informar sobre las tareas del cierre que han terminado antes de organizar las siguientes.

El resto deambula por el lugar y espera enterarse de lo que ha ocurrido en Sume y otros lugares, pero ni aquí llamas la atención de la gente. ¿Por qué deberías? El aire apesta a tierra quebrada, y todo lo que se encuentra en un radio de más de treinta kilómetros ha quedado destrozado por el mayor terremoto que nadie con vida haya visto jamás. La gente tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

Pero eso puede cambiar rápido. No te relajas.

La oficina de Rask se encuentra en una pequeña casa ubicada entre las reservas de grano construidas sobre pilares y las carrocerías. Te pones de puntillas para ver por encima de la multitud y no te sorprende comprobar que Oyamar, la mano derecha de Rask, se encuentra en pie en el porche de la casa y habla con dos hombres y una mujer que tienen encima más barro y argamasa que ropa. Es posible que hayan apuntalado el pozo, otra de las advertencias del litoacervo en caso de terremoto y algo que también aconsejan los procedimientos de los cierres imperiales. Si Oyamar está aquí, cabe esperar que Rask ande por ahí trabajando o, conociéndolo, durmiendo después de no haber descansado ni un solo instante durante los tres días transcurridos desde que tuvo lugar el incidente. Es posible que tampoco estuviera en la casa, porque allí es el primer lugar donde la gente lo buscaría. Como Lerna habla por los codos, sabes dónde se esconde Rask cuando no quiere que nadie lo moleste.

La biblioteca de Tirimo da vergüenza ajena. Si existe es porque el abuelo del marido de una de las líderes anteriores no dejó de dar la brasa y escribir cartas al gobernador del cuadrante hasta que este decidió financiar una para que se quedara tranquilo. Casi nadie la había usado desde la muerte de aquel

anciano y, a pesar de que siempre había peticiones de cierre en las reuniones oficiales de la comu, nunca salían adelante por falta de votos. Y así estaba: una casucha infestada de ratas que no era mucho más grande que la sala de estar de tu casa, y que estaba hasta arriba de estanterías llenas de libros y pergaminos. Un niño enjuto podía pasar entre las estanterías sin esfuerzo, pero ni eres enjuta ni eres una niña, así que tienes que abrirte paso de lado como si fueras un cangrejo. Ni te planteas llevar la caja, así que cuando entras la dejas en el suelo al lado de la puerta. Y no importa, porque ahí no entra nadie excepto Rask, que está encorvado sobre un pequeño palé en el fondo de la casucha, el único lugar donde las estanterías más bajas dejan el espacio suficiente para su cuerpo.

Cuando por fin consigues abrirte paso a través de las pilas, Rask suelta un bufido, levanta la cabeza para mirarte y parpadea, al tiempo que empieza a fruncirle el ceño a la persona que acaba de molestarlo. Luego se detiene a pensar, porque es un tipo con la cabeza amueblada y por eso lo han elegido los habitantes de Tirimo, y ves en su cara el momento exacto en el que pasas de ser la esposa de Jija a la madre de Uche, luego la madre de un maldito orograta y luego, bendita Tierra, una orograta. Eso es bueno. Hace que todo sea más fácil.

—No voy a hacerle daño a nadie —dices antes de que pueda retroceder, gritar o lo que quiera que haga cuando se ponga nervioso. Y para tu sorpresa, cuando escucha esas palabras, Rask parpadea, se lo piensa y el pánico desaparece de su cara. Endereza la espalda, la apoya contra la pared de madera y se te queda mirando, reflexivo, durante un rato.

—Supongo que no has venido a hablarme de eso —dice.

Te humedeces los labios e intentas ponerte en cuclillas. Es complicado, porque no hay mucho espacio. Tienes que apoyar el culo contra una estantería y acercas las rodillas más de lo que te gustaría hacia Rask. Esboza una sonrisa ante tu evidente incomodidad, pero luego recuerda lo que eres, la sonrisa se le borra de la cara y, al fin, frunce el ceño, molesto por ambas reacciones.

—¿Sabes adónde puede haber ido Jija? —preguntas.

Rask tuerce el gesto. Por edad, podría ser tu padre, pero es el hombre menos paternal que has conocido jamás. Siempre has querido sentarte con él en cualquier parte a compartir una cerveza, aunque algo así no encajaría con el aura de persona corriente y tímida que has utilizado. La mayor parte de los habitantes del pueblo piensa lo mismo, aunque no te consta que beba. Pero la mirada que te dedica en aquel momento te hace pensar por primera vez que sería buen padre, si es que llega a tener hijos.

—Conque es por eso... —responde, con voz ronca por el sueño—. ¿Ha matado al niño? Es lo que piensa todo el mundo, pero Lerna ha dicho que no está seguro.

Asientes. Tampoco pudiste articular la palabra «sí» delante de Lerna.

Rask te lanza una mirada escrutadora a la cara.

—¿Y el niño era...?

Vuelves a asentir, y Rask suspira. Te das cuenta de que no te ha preguntado si eres nada.

—Nadie vio hacia dónde se dirigía Jija —añade, mientras levanta las rodillas y apoya el brazo en ellas—. La gente se ha centrado en hablar del... asesinato... porque es más fácil que hablar de... —Se levanta y hace un gesto de indefensión con las manos—. Corren muchos rumores, ya sabes, mucho más lodo que rocas. Algunos vieron cómo Jija cargaba el carro y se marchaba con Nassun...

Te quedas sorprendida.

—¿Con Nassun?

—Sí, con ella. ¿Por qué...? —Rask se da cuenta en ese momento—. Vaya, mierda, ¿ella también lo es?

Te esfuerzas para no temblar. Aprietas los puños para evitarlo, y por un momento notas la cercanía de la tierra bajo tus pies y cómo se enfría el aire a tu alrededor, antes de reprimir la desesperación, el júbilo, el terror y la furia que sientes.

—No sabía que estuviera viva. —Es todo lo que consigues decir tras lo que se te antoja una pausa muy larga.

—Vaya. —Rask parpadea y recupera la mirada compasiva de antes—. Pues sí, estaba con él y se marcharon. Nadie vio ni pensó nada raro. Solo supusieron que se trataba de un padre que intentaba enseñarle el negocio a una hija o darle algo que hacer para que no se metiera en problemas; lo normal. Luego se produjo ese desastre en el norte y todo el mundo se olvidó de ello hasta que Lerna nos comunicó que os había encontrado a ti y... y a tu hijo. —Hace una pausa y aprieta la mandíbula—. Nunca habría dicho que Jija era de los de esa calaña. ¿Te pegaba?

Niegas con la cabeza.

—Nunca.

Si Jija hubiera sido una persona violenta de antemano, todo habría sido más fácil. Podrías haberte culpado por tu falta de prudencia y tu desidia, en lugar de por haber cometido el pecado de reproducirte.

Rask respira hondo y despacio.

—Mierda. Es que... me cago en... —Niega con la cabeza y se atusa el pelo ralo y gris. No es gris de nacimiento, como Lerna y otros de pelo soplocinéreo. Recuerdas cuando tenía el pelo castaño—. ¿Vas a buscarlo?

Tiene la mirada inquieta. En su voz hay algo parecido a la esperanza, y te das cuenta de que quiere decir algo pero no lo hace por educación: «Márchate de la ciudad cuanto antes, por favor.»

Asientes, encantada de complacerlo.

—Necesito un pase para la puerta.

—Sin problema. —Hace una pausa—. Sabes que no podrás volver.

—Lo sé. —Te obligas a sonreír—. No me apetece nada.

—No me extraña. —Suspira. Luego cambia de postura, como si estuviera incómodo—. Mi... mi hermana...

No sabías que Rask tuviera hermana. Entonces te das cuenta.

—¿Qué le ocurrió?

Se encoge de hombros.

—Lo normal. Vivíamos en Sume. Allí alguien se dio cuenta de lo que era, se lo dijo a otros fulanos y la secuestraron por la noche. No recuerdo gran cosa. Tenía seis años. Mi familia se mudó aquí conmigo después de aquello. —Tuerce la boca, pero no llega a ser una sonrisa—. Por eso nunca he querido tener churumbeles.

También sonríes.

—Ni yo tampoco.

Pero Jija sí.

—Por el óxido de la Tierra. —Cierra los ojos un momento y luego se pone en pie de improviso. Tú también, porque de lo contrario tu cara quedaría demasiado cerca de sus viejos pantalones sucios—. Si

pensabas irte ya, te puedo llevar hasta la puerta.

Eso te sorprende.

—Me voy ya, pero no tienes por qué acompañarme.

En realidad, no estás segura de que sea una buena idea. Puede que así llames más la atención de lo que te gustaría. Pero Rask niega con la cabeza, esboza un gesto sombrío y aprieta la mandíbula.

—Sí que tengo. Vamos.

—Rask...

Te mira y, esta vez, tú eres la que hace una mueca. No lo hace por ti. La turba que se llevó a su hermana no se habría atrevido a hacerlo si en aquella época hubiera sido un hombre. O quizá también lo habrían matado.

Rask carga la caja mientras avanzáis desde las Siete estaciones, la calle principal de la ciudad, hasta la puerta principal. Estás nerviosa e intentas aparentar tranquilidad y confianza; nada más lejos de la realidad. Si de ti hubiera dependido, no habrías elegido venir por aquí, entre tanta gente. Rask llama la atención: lo llaman, lo saludan o se acercan para preguntar si sabe algo nuevo... y en ese momento te ven a su lado. La gente deja de saludar. Dejan de acercarse y empiezan a observar desde lejos, en grupos de dos y de tres. A veces hasta os siguen. Podría parecer el típico fisgoneo de los pueblos pequeños, al menos a simple vista, pero ves que esos grupos de gente también susurran y sientes cómo te miran, lo que te crispa los nervios.

Rask saluda al guardia de la puerta cuando os acercáis. En el lugar hay como una docena de Lomocurtido que, en otras circunstancias, serían mineros o granjeros, pero ahora se apiñan en la puerta principal sin organización alguna. Hay dos en los puestos de vigía de la parte alta del muro, desde donde pueden vigilar la salida, y otros dos en el suelo, cerca de los ventanillos de la puerta. El resto está ahí, con expresión aburrída o haciéndose chistes entre ellos. Tal vez Rask los eligiera por su capacidad de intimidar, pues todos tienen una complexión grande sanzedina y dan la impresión de poder valerse por sí solos, incluso sin los cuchillos de cristal y las ballestas que llevan ahora.

El que se acerca a saludar a Rask, en realidad, es el más pequeño: un hombre a quien conoces, aunque no recuerdas cómo se llama. Has dado clase a sus hijos en el creche del pueblo. Te das cuenta de que él también te recuerda porque no aparta de ti la mirada y tiene los ojos entrecerrados.

Rask se detiene y pone la caja en el suelo. Luego la abre y te tiende el portabastos.

—Karra —le dice al hombre a quien conoces—, ¿va todo bien por aquí?

—Iba bien hasta ahora —responde Karra, sin quitarte los ojos de encima. La manera en la que te mira hace que se te endurezca la piel. Algunos de los otros Lomocurtido posan la mirada en Karra y Rask, como si esperaran recibir órdenes de alguno de ellos. Una mujer te mira fijamente, pero al resto parece bastarle con lanzarte alguna que otra mirada furtiva.

—Me alegro de oírlo —dice Rask. Ves que frunce un poco el ceño, quizá porque se ha dado cuenta de las mismas cosas que tú—. Dile a tu gente que abra la puerta un momento, ¿vale?

Karra sigue sin quitarte los ojos de encima.

—¿Crees que es buena idea, Rask?

Rask frunce el ceño y camina con decisión hacia Karra, hasta que se le queda mirando cara a cara. Rask no es un tipo corpulento. No es un Lomocurtido, sino un Innovador, aunque eso ya dé igual.

—Sí —asiente Rask, con voz tan baja y tensa que, por fin, Karra se pone firme y lo mira sorprendido

—. Lo creo. Abre la puerta, si no te importa. Y si el aburrimiento no te tiene oxidado.

Recuerdas una frase del litoacervo. Estructuras, versículo tercero: «Los líderes firmes son aquellos en los que más se puede confiar.»

Karra aprieta la mandíbula, pero un instante después asiente. Intentas parecer ocupada mientras miras el portabasto. Los tirantes están muy sueltos. Jija fue el último que se lo puso.

Karra y el resto los de encargados de la puerta empiezan a moverse y a manipular el sistema de poleas que la levanta. La mayor parte del muro de Tirimo está hecho de madera. No se trata de una comu acaudalada que se pueda permitir importar buena piedra ni los albañiles necesarios, aunque no deja de ser mejor que las comu peor dirigidas o las nuevas que ni siquiera han llegado a levantar un muro. Eso sí, la puerta es de piedra, porque siempre es el punto más débil del muro de toda comu. Solo tienen que abrirla un poco para ti, y se detienen después del movimiento lento, algunos chirridos y de que los que tiran de las poleas les griten a los vigilantes si se acerca algún intruso.

Rask se gira hacia ti, sin ocultar su incomodidad.

—Lo siento... por lo de Jija —dice. Ni una mención a Uche, pero quizá sea lo mejor. Necesitas aclarar tus pensamientos—. Todo ha sido una mierda. Espero que encuentres a ese cabrón.

Lo único que consigues es mover la cabeza. Se te cierra la garganta. Tirimo ha sido tu hogar durante los últimos diez años. Solo empezaste a considerarlo como tal (un hogar) después del nacimiento de Uche, pero nunca pensaste que llegarías a hacerlo. Recuerdas que perseguías a Uche por el herbaje cuando aprendió a correr. Recuerdas cómo Jija ayudó a Nassun a construir una cometa y a volarla; los restos siguen todavía en un árbol de la zona este del pueblo.

Pero irse no es tan difícil como habías pensado. Y menos ahora, con las miradas de tus antiguos vecinos deslizándose por tu piel como aceite podrido.

—Gracias —murmuras, y esperas que abarque todo lo que quieres expresar, porque Rask no tenía por qué haberte ayudado.

Ha expuesto su liderazgo al hacerlo. Ahora los encargados de la puerta lo respetan menos y correrán los rumores. La gente no tardará en saber que simpatiza con los orogratas, y eso es peligroso. Los líderes no pueden permitirse ese tipo de debilidades cuando se acerca una estación. Pero lo que más te importa en este momento es la sensación de decencia, una amabilidad y honor que no esperaste recibir nunca. No estás segura de cómo reaccionar.

Rask asiente, también incómodo, y se marcha mientras te diriges hacia el hueco de la puerta. Quizá no viera cómo Karra hace un gesto con la cabeza hacia otro de los encargados de la puerta, quizá tampoco viera cómo aquella mujer levanta el arma y la apunta hacia ti. Quizá, piensas luego, Rask habría detenido a la mujer o evitado de alguna manera lo que iba a ocurrir, de haberlo visto.

Pero tú la ves, casi en los límites de tu visión periférica. Y todo lo que sucede a continuación pasa demasiado rápido como para pensar. Y como no piensas, como desde hace tiempo has evitado pensar y ya no estás acostumbrada, como pensar es algo que te recuerda que tu familia está muerta, que todo lo que antes considerabas como algo feliz ahora es una mentira y pensar en ello haría que te vinieras abajo y empezar a gritar, a gritar y a gritar...

... y como hace tiempo, en otra vida, aprendiste la manera de responder a ese tipo de amenazas de una forma muy particular...

... estiras las manos hacia el aire que te rodea y tiras de él...

... te aferras a la tierra que tienes debajo, te anclas a ella, te centras y...

... cuando la mujer dispara la ballesta, la saeta sale disparada hacia ti hecha un borrón. Y justo antes de que impacte contra ti, estalla en millones de trozos de hielo brillante.

«Mala, muy mala», resuena una voz en tu cabeza. La voz de tu conciencia, grave y masculina. Aquella voz pertenece a otra vida, algo que casi olvidas en el instante en que ocurre todo esto.

Vida. Miras a la mujer que acaba de intentar matarte.

—¡Pero qué... joder! —Karra te mira, sorprendido por no verte caer muerta al suelo. Flexiona el cuerpo, con los puños muy apretados, y da pequeños saltitos debido a los nervios—. ¡Disparad de nuevo! ¡Matadla! Me cago en la Tierra, venga ya, antes de que...

—Pero ¿qué coño hacéis?

Rask, que parece que al fin se ha dado cuenta de lo que ocurre, se da la vuelta. Es demasiado tarde.

Bajo tus pies y los del resto, la tierra empieza a temblar.

Al principio es difícil percibirlo. No se siente nada en las glándulas sesapinales, como ocurriría si aquel temblor viniera de la propia tierra. Es una de las razones por las que la gente como ellos teme a la gente como tú, porque eres impredecible y no pueden prepararse contra ti. Eres como una sorpresa, como un dolor de muelas repentino, como un ataque al corazón. La vibración que provocas se incrementa, rápido, y el retumbar empieza a sentirse no solo con las glándulas sesapinales, sino también con los oídos, los pies y hasta en la propia piel. Y en ese momento ya es demasiado tarde.

Karra frunce el ceño y mira hacia el suelo que tiene bajo los pies. La mujer de la ballesta se detiene a medio cargar el siguiente proyectil y abre los ojos desmesuradamente, sin dejar de contemplar la vibración de la cuerda de su arma.

Estás de pie y te rodean un remolino de copos de nieve y los pedazos de saeta de la ballesta. Alrededor de tus pies hay un círculo de unos sesenta centímetros de escarcha que recubre la tierra. Tus rizos se agitan con suavidad en la brisa que empieza a soplar.

—No lo hagas —susurra Rask, que se sorprende al encontrarse con tu mirada. (No sabes qué aspecto debes de tener en aquel momento, pero no parece ser agradable.) Niega con la cabeza, como si aquel movimiento fuera capaz de detenerte, y luego da un paso atrás. Y otro—. Essun.

—Lo matasteis —le dices a Rask. No es algo racional. Intentas dirigirte a él en particular, pero no puedes evitar hablar en plural. Rask no ha intentado matarte ni tiene nada que ver con Uche, pero aquel intento de asesinato ha despertado tu instinto, tu rabia y tu frío. Cobardes. Animales que ven a un niño como una presa. Una parte de ti sabe que Jija es el único culpable de lo de Uche..., pero Jija creció en Tirimo. ¿De dónde puede surgir un odio capaz de hacer que un hombre mate a su propio hijo? De todo lo que lo rodea.

Rask coge aire.

—Essun...

Y entonces la superficie del valle se parte en dos.

La primera sacudida es tan fuerte que tira a todo el mundo al suelo y agita todas las casas de Tirimo. Luego las casas se sacuden y repiquetean, a medida que la sacudida pasa a convertirse en una vibración constante. La primera que se derrumba es la tienda de reparación de carros de Saider, la vieja estructura de madera del edificio se viene abajo sobre los cimientos. En el interior se escuchan gritos, una mujer consigue escapar antes de que se desplome el marco de la puerta. En la zona este del pueblo, la que está

más cerca de la montaña, hay un desprendimiento. Tres casas y una parte del muro de la comu quedan enterradas bajo la avalancha repentina de lodo, árboles y rocas. En las profundidades de la tierra, un lugar que solo tú puedes sentir, se empiezan a resquebrajar los muros de arcilla del acuífero subterráneo que abastece los pozos del pueblo. El agua del acuífero comienza a filtrarse. Tardarán semanas en darse cuenta de que acabaste con el pueblo en aquel preciso instante, pero se acordarán de ti cuando los pozos se queden sin agua.

O al menos lo harán aquellos que sobrevivan a lo que está ocurriendo. El círculo de escarcha de tus pies y el remolino de copos de nieve comienza a extenderse. Muy rápido.

Primero alcanza a Rask. Intenta escapar a medida que el borde del toro que te rodea se acerca hacia él, pero se encuentra demasiado cerca. Lo pilla en medio de una zancada, le congela los pies y le solidifica las piernas hasta alcanzar la espina dorsal, y luego, en un suspiro, lo hace caer al suelo con la consistencia de una roca, con la piel grisácea como su pelo. La siguiente víctima del círculo es Karra, que no ha dejado de gritar que te maten. El grito se ahoga en su garganta cuando cae, congelado en un instante, el aliento helado se escapa de entre sus dientes apretados y se hiela en el suelo cuando le robas todo su calor.

No solo acabas con la vida de tus vecinos del pueblo, claro. Un pájaro que estaba posado en una valla cercana cae de ella, congelado. El césped cruje, la tierra se endurece y el aire silba y aúlla a medida que pierde densidad y humedad..., pero nadie ha guardado nunca luto por las lombrices.

Rápido. El aire revolotea con fuerza a lo largo de toda la calle Siete estaciones y hace que los árboles crujan y que todo el que se encuentre cerca grite al darse cuenta de lo que ocurre. El suelo no ha dejado de moverse. Te meces con él porque conoces su cadencia, te resulta fácil mantener el equilibrio sobre él. Lo haces sin pensar siquiera, porque en tu mente solo hay hueco para una cosa.

Esta gente ha matado a Uche. Su odio, su miedo, su violencia gratuita. Ellos.

(Él.)

Mató a tu hijo.

(Jija mató a tu hijo.)

La gente sale despavorida hacia las calles, grita y se pregunta por qué no los ha avisado nadie. Matas a cualquiera que sea tan estúpido o esté tan asustado como para acercarse a ti.

Jija. Todos son Jija. Toda esta ciudad herrumbrosa es Jija.

Pero la comu, o al menos la mayor parte de ella, se salva por dos razones. La primera es que la mayor parte de los edificios no se derrumban. A pesar de que Tirimo es muy pobre para construirlos de piedra, sus constructores están bien pagados y son éticos, por lo que han usado las técnicas que recomienda el litoacervo: las estructuras flotantes y la viga central. La segunda es que la falla geológica del valle, la misma que acabas de desplazar con tus pensamientos, se encuentra unos cuantos kilómetros hacia el oeste. Por este motivo, la mayor parte de la población de Tirimo sobrevivirá, al menos hasta que se sequen los pozos.

Por este motivo, y por el grito aterrado y omnipresente de un niño cuyo padre intenta escapar de un edificio que se bambolea con mucha intensidad.

Te giras hacia el sonido casi de inmediato, de forma natural, y tus oídos de madre encuentran el lugar de donde proviene. El hombre abraza al niño con ambos brazos. Ni siquiera lleva un portabasto, solo se ha preocupado de coger a su hijo. El niño no se parece en nada a Uche. Observas cómo brinca y vuelve

hacia la casa en busca de algo que el hombre ha dejado atrás. (¿Su juguete favorito? ¿Quizá su madre?) Y es en aquel momento y de improviso cuando piensas.

Y te detienes.

Te detienes. Porque mira lo que has hecho, Tierra indolente.

El temblor se detiene. El aire vuelve a soplar a tu alrededor, esta vez más cálido y húmedo. Tu piel y el suelo que te rodea se empapan de inmediato debido a la condensación. El retumbar del valle empieza a desaparecer, y solo se escuchan los gritos, los crujidos de la madera que se viene abajo y la sirena de terremotos, cuyo desesperanzado lamento ha empezado a sonar tarde.

Cierras los ojos. Estás dolorida, tiembles y piensas: «No, yo maté a Uche. La culpa es mía, por ser su madre.» Hay lágrimas en tu cara, y pensaste que no deberías ponerte a llorar en un sitio así.

Pero ya nadie se interpone entre la puerta y tú. Los guardias que han podido escapar lo han hecho, aunque Rask, Karra y otros muchos fueron demasiado lentos. Te pones el portabasto al hombro y te diriges a la apertura mientras te frotas la cara con la mano. Sonríes, aunque se trate de una situación amarga y dolorosa. Resulta inevitable admitir la ironía que entraña. No querías quedarte esperando a que la muerte fuera a por ti. Muy bien.

Menuda estúpida estás hecha. La muerte siempre estuvo aquí. La muerte eres tú.

* * *

No olvides nunca lo que eres.

Tablilla primera, «De la supervivencia»,
versículo décimo

Sienita, cortada y pulida

«Menuda mierda», piensa Sienita bajo la protección de su alegre sonrisa.

Pero no permite que aquella ofensa se refleje en su rostro. Ni siquiera se mueve, ni un ápice, en la silla. Sus manos, que portan cuatro anillos sencillos hechos de cornalina, ópalo blanco, oro y ónice, descansan sobre las rodillas. Las tiene debajo del escritorio y no están a la vista desde la posición de Feldespato. Podría cerrarlas sin que ella se enterara. No lo hace.

—Como sabrás, los arrecifes de coral son todo un reto. —Feldespatto, que tiene en sus manos el gran cáliz de salvaguardia, sonrío por encima del borde. Sabe muy bien lo que se esconde bajo la sonrisa de Sienita—. No es igual que la piedra ordinaria. El coral es poroso y flexible. Es muy complicado conseguir el control necesario para romperlo sin provocar un tsunami.

Y Siena podría hacerlo hasta en sueños. Un bianillado podría hacerlo. Hasta un balasto podría, aunque tal vez con daños colaterales. Estira la mano para coger su cáliz de salvaguardia, afianza la semiesfera de madera entre los dedos para que no se agite y da un trago.

—Le agradezco que se me haya asignado un instructor, superiora.

—No lo agradezcas. —Feldespatto también sonrío y da un trago a su cáliz de salvaguardia, al tiempo que levanta un dedo meñique anillado. Parece que estuvieran enfrentándose en un duelo de protocolo: la sonrisa más comemierda de las dos gana—. Si te sirve de consuelo, nadie pensará mal de ti por ello.

Porque todos saben a qué se debe. Aquello no borra la ofensa, pero le da a Siena algo de consuelo. Al menos su nuevo «instructor» es un decanillado. Que tengan tan buen concepto de ella es algo que también la consuela. Intentará pensar en ello para subirse la autoestima lo máximo posible.

—Acaba de terminar una ruta por las Surmelat —dice Feldespato, con amabilidad. El tema de la conversación no tiene nada de amable, pero Siena aprecia el esfuerzo de la anciana—. Lo normal sería que le diéramos más tiempo para descansar antes de encargarle otra misión, pero el gobernador del cuadrante insiste en que hay que tomar medidas con el bloqueo del puerto de Allia lo más pronto posible. La misión es tuya, él solo irá para supervisarte. Tardaréis cosa de un mes en llegar allí, y eso si no os desviáis y viajáis a buen ritmo. Ten en cuenta que no hay prisa, ya que lo del arrecife de coral no es algo que haya surgido de repente.

Cuando dice eso, Feldespato parece muy enfadada durante un instante. El gobernador del cuadrante de Allia o el Liderazgo de Allia deben de haber sido muy pesados con el tema. En todos los años que Feldespato la ha tenido a su cargo, el gesto más hostil que Siena le ha visto poner a la anciana es una débil sonrisa. Ambas conocen las normas: los orogenes del Fulcro, los orogenes imperiales, los ropasbrunas, aquellos a quienes nadie debería matar, comoquiera que se los llame, siempre tienen que ser educados y profesionales.

Los orogenes del Fulcro tienen que transmitir confianza y destreza siempre que estén en público. Los orogenes del Fulcro no deben mostrar ira, porque eso hace que los tácticos se pongan nerviosos. Cierto es que Feldespato nunca sería tan maleducada como para usar un impropio como «tático», razón por la que es superiora y le han dado responsabilidades de supervisora, mientras que a Sienita aún le cuesta limar sus propias asperezas sola. Tendrá que ser más profesional si quiere llegar al puesto de Feldespato. Eso y, por lo visto, también alguna que otra cosa más.

—¿Cuándo lo conoceré? —pregunta Sienita. Luego toma un sorbo de su salvaguardia para que la pregunta parezca más informal, como si fuera una conversación entre dos viejas amigas.

—Cuando gustes —responde Feldespato, y se encoge de hombros—. Se aloja en el pasillo de superiores. Le enviamos instrucciones y le pedimos que acudiera a la reunión... —De nuevo aparenta estar un poco irritada. La situación debe de ser terrible para ella, terrible—. Pero tal vez no haya visto el mensaje y se esté recuperando de la ruta. Viajar solo por las montañas Likesh es complicado.

—¿Solo?

—Los pentanillados o superiores ya no tienen que viajar con un compañero o un Guardián cuando salen del Fulcro. —Feldespato le da un sorbo a su cáliz de salvaguardia, impasible ante la sorpresa de Sienita—. A ese nivel se considera que la maestría con la orogenia es suficiente para darnos un mínimo de independencia.

Cinco anillos. Ella tiene cuatro. No se traga que aquello tenga algo que ver con la maestría de la orogenia: si un Guardián tiene dudas sobre la voluntad de un orogén para acatar las normas, ese orogén no conseguirá siquiera el primer anillo. Y mucho menos el quinto. Quizá...

—Entonces solo iremos él y yo.

—Sí. Hemos considerado que es lo más efectivo, dadas las circunstancias.

Claro.

Feldespato continúa.

—Lo encontrarás en la Trascendencia Somática. —Se trata del complejo de edificios que alberga a casi la totalidad de la guarnición de superiores del Fulcro—. Torre principal, piso superior. Hay muy pocos orogenes de alto rango, y la mayor parte no tiene alojamientos separados, él es el único decanillado que hay ahora mismo, pero ahí arriba al menos le hemos conseguido algo de espacio adicional.

—Gracias —dice Siena mientras vuelve a inclinar el cáliz—. Iré a verlo al terminar.

Feldespato hace una pausa larga y la amabilidad de su rostro la vuelve más inescrutable de lo habitual, cosa que pone sobre aviso a Sienita. Luego dice:

—Es un decanillado, lo que le da derecho a renunciar a cualquier misión que no sea una emergencia. Es algo que deberías saber.

Un momento. Los dedos de Sienita dejan de jugar con el cáliz y mira a la anciana a los ojos. ¿Acaso Feldes ha dicho lo que acaba de escuchar? No puede ser. Siena entrecierra los suyos, sin ánimo ya de ocultar sus sospechas. Qué raro. Feldespato le acaba de decir la manera de librarse. ¿Por qué?

Feldespato le dedica una ligera sonrisa.

—Tengo seis hijos.

Vale.

Pues eso lo deja claro. Siena da otro sorbo e intenta no torcer el gesto al llegar a la gravilla blancuzca del fondo del cáliz. La salvaguardia es una bebida nutritiva, pero no le gusta a nadie. Se hace con una leche vegetal que cambia de color ante la presencia de cualquier contaminante, hasta la saliva. Se sirve a los invitados y en las reuniones, porque... bueno, porque es una salvaguardia. Es una manera educada de decir: «No te voy a envenenar.» No ahora, al menos.

Siena abandona la compañía de Feldespato y sale del Primordio, el edificio administrativo. El Primordio se encuentra entre un grupo de edificios en la linde de un paraje medio silvestre y lleno de

vegetación que recibe el nombre de Jardín Anular. Dicho jardín tiene acres de extensión y conforma una extensa franja de varios kilómetros que rodea al Fulcro. Sí, el Fulcro es así de grande, una ciudad en sí misma encajada dentro de la propia y enorme Yumenes como... Sienita casi termina aquel pensamiento con un «como un niño en el vientre de su madre», pero hacer hoy esa comparación le parece un tanto grotesco.

Saluda a sus compañeros estudiantes al pasar cuando los reconoce. Algunos de ellos forman grupos de pie o sentados y hablan, otros pasan el rato en el césped o entre las flores mientras leen, coquetean o duermen. Las vidas de los anillados son sencillas, excepto en las misiones desarrolladas fuera del Fulcro, que suelen ser cortas y poco frecuentes. Un grupo de balastos avanza firme por el estrecho camino adoquinado, todos ellos en fila y bajo la atenta mirada de unos estudiantes que se han prestado voluntarios. Los balastos no tienen permitido disfrutar del jardín: ese es un privilegio reservado solo para aquellos que han superado el examen del primer anillo y cuya iniciación ha sido aprobada por los Guardianes.

Como si al pensar en los Guardianes los hubiera invocado, Siena avista unas figuras con uniforme bermellón que se agrupan en pie junto a uno de los muchos estanques del Anular. Al otro lado del estanque hay otro Guardián que holgazanea en un rincón lleno de rosales y que hace como que escucha con atención mientras un estudiante cercano canta frente a un exiguo público que está sentado. Quizás el Guardián sí que lo escuche de verdad: a veces lo hacen. Y a veces también necesitan relajarse. Pero Siena repara en que tiene la mirada puesta en uno de los miembros del público en particular: un joven blanco y delgado que no parece prestarle demasiada atención al cantante. Se mira las manos, que descansan sobre los muslos. Tiene una venda que une y endereza dos de sus dedos.

Siena no deja de caminar.

Primero se detiene en la Adarga Combada, uno de los muchos grupos de edificios que alojan a cientos de estudiantes orogenes. Agradece que sus compañeros de habitación no estén en casa y no la vean coger de su baúl lo que necesita. El rumor de que le han encargado una misión no tardará en llegarles. Luego se marcha del lugar, para terminar en la Trascendencia Somática. La torre es una de las construcciones más antiguas del complejo del Fulcro. Es baja, alargada y construida con bloques de mármol blanco de una angulosidad imperturbable, algo que no casa con la arquitectura moderna e indómita de Yumenes. El gran portón de doble hoja da paso a un vestíbulo elegante, con el suelo y las paredes estampadas con relieves de la historia de Sanze. Camina sin prisa y saluda a los instructores con quienes se cruza, aunque no los reconozca, ya que quiere conseguir el trabajo de Feldespato, sube por la escalinata poco a poco, y vuelve a hacer una pausa para apreciar la gracia del baile de luces y sombras que proyectan las estrechas ventanas. La verdad es que no está segura de qué hace tan especiales esas formas, pero todo el mundo afirma que son una maravillosa obra de arte y quiere que la vean apreciándolas.

Se detiene a tomar aliento en el piso más alto, donde la luz solar crea un entramado de espinapez sobre una lujosa alfombra que cubre el suelo, y allí por fin es capaz de apreciar algo de verdad: el silencio. La soledad. En aquel pasillo no hay nada que se mueva, ni siquiera los estudiantes de los niveles más bajos a los que han encargado tareas de limpieza. Había escuchado rumores, pero ahora lo sabe de primera mano: el decanillado tiene todo el piso para él solo.

Deduca que aquella es la verdadera recompensa de conseguir la excelencia: la privacidad. Y también

poder elegir. Siena cierra los ojos un momento en el que le corroe la envidia y luego anda por el pasillo hasta que llega hasta la única puerta que tiene un felpudo delante.

Pero en ese momento duda. No sabe nada de ese hombre. Ha conseguido el mayor rango de la orden, lo que significa que ya a nadie le preocupa lo que haga mientras no airee sus costumbres más embarazosas. También es un hombre que no ha tenido poder durante la mayor parte de su vida, pero hace poco ha conseguido cierta autonomía y privilegios sobre otros. Nadie lo degradará por cosas tan triviales como la perversión o el abuso. No si la víctima es otro orogén.

Pero no puede hacer nada. No tiene elección. Sienita suspira y toca la puerta.

Y como para ella aquello tenía más de superar una prueba que de ir al encuentro de una persona, se sorprende cuando al otro lado una voz irritada le espeta:

—¿Qué pasa?

Todavía no ha encontrado respuesta a la pregunta cuando oye unos pasos que rebotan contra la piedra. Son bruscos y hay irritación en ellos, lo nota por el sonido, y luego la puerta se abre de improviso. El hombre que la mira lleva una túnica arrugada, tiene la mitad del cabello aplastado y unas marcas de tela conforman un mapa fortuito en una de sus mejillas. Es más joven de lo que esperaba, pero no es joven: debe de doblarle la edad. Unos cuarenta. Pero creía que... Bueno, conoce a tantos hexanillados y heptanillados sexagenarios y septuagenarios que esperaba que un decanillado fuese aún más anciano. Y también más tranquilo, solemne y sosegado. Que fuera algo, al menos. Ni siquiera lleva puestos los anillos, aunque con tanto aspaviento ha logrado ver que tiene marcas más pálidas en algunos de los dedos.

—¿Qué, por los mismísimos temblores de la Tierra? —Cuando Siena lo mira, cambia a un registro que no había escuchado antes, aunque le suena a las Costeras y también a que está muy enfadado. Luego el hombre se atusa el pelo con la mano, y Siena casi se ríe. Tiene una mata tupida y muy rizada, el tipo de cabello que necesita cuidados para parecer elegante, y así no hace más que empeorarlo.

—Les dije a Feldespato —comienza, ahora en un sanzedino muy fluido y sin ocultar que intenta calmarse— y al resto de las cotorras entrometidas de la junta consultiva de instructores que me dejaran en paz. Acabo de llegar de una ruta y, en el último año, no he tenido ni dos horas que no haya compartido con un caballo o con un extraño. Si has venido para darme más órdenes, voy a dejarte congelada ahí mismo.

Está muy segura de que exagera. El tipo de exageración que no debería usar, ya que los orogenes del Fulcro no deben bromear con según qué cosas. Es una de las normas no escritas... aunque quizás un decanillado esté por encima de esas cosas.

—No son órdenes, para ser exactos —consigue decir, y se le tuerce el gesto.

—Entonces no quiero escuchar lo que quiera que hayas venido a decirme. Oxídate de aquí.

Y empieza a darle con la puerta en las narices.

Al principio no se lo cree. ¿Qué clase de...? Pero ¿en serio? Ha sido una falta de respeto tras otra. Ya era lo bastante complicado tener que hacer esto, pero ¿que encima la humillaran al hacerlo?

Bloquea la puerta con el pie antes de que todo termine así, se inclina hacia delante y dice:

—Soy Sienita.

En la mirada iracunda que le dedica, le queda claro que aquello no significa nada para él. El hombre toma aire para empezar a gritar a saber qué, pero ella no tiene ganas de escucharlo y, antes de que lo

haga, le espeta:

—He venido para follar contigo, por la Tierra ardiente. ¿No te compensa interrumpir tu plácido descanso?

Una parte de ella se sorprende por sus palabras y por su rabia. El resto queda satisfecho, porque ha conseguido cerrarle esa boca oxidada.

La deja entrar.

La situación es incómoda. Sienita se sienta en una mesa pequeña de la *suite* (una *suite*, tiene toda una *suite* con habitaciones amueblada para él solo), y él está muy inquieto. Se sienta en uno de los sofás de la habitación, muy al borde. Sienita repara en que es el borde más alejado de ella, como si le diera miedo sentarse cerca.

—No pensaba que volverían a empezar tan pronto —dice mientras se mira las manos, que tiene entrelazadas delante—. Vale que siempre me dicen que es necesario, pero no... No pensaba que... —susurra.

—Entonces no es tu primera vez —dice Sienita. Solo tiene la posibilidad de rechazar algo así desde que ha conseguido el décimo anillo.

—No, no, pero... —Respira hondo—. Antes no lo sabía...

—¿El qué no sabías?

Tuerce el gesto.

—Con las primeras mujeres... creía que estaban interesadas.

—Tú...

Entonces es cuando lo entiende. Siempre se intenta disfrazar la verdad. Ni siquiera Feldepató llegó a afirmar que su tarea consistía en gestar un hijo de aquel hombre en un año. Se supone que esa falta de claridad facilita las cosas, pero ella nunca lo ha visto así. ¿Por qué hacer como si la situación fuera lo que no es? Pero para él, todo aquello no era fingir. Eso la sorprende, porque... Venga ya. ¿Cómo se puede ser tan inocente?

La mira, cada vez más compungida.

—Sí. Lo sé.

Sienita niega con la cabeza.

—Ya veo.

No importa. Aquí la inteligencia tiene poco que decir. Se levanta y empieza a desabrocharse el cinturón del uniforme.

El hombre la mira.

—¿Sin más? Pero si ni nos conocemos.

—No es necesario.

—No me gustas.

El sentimiento es mutuo, pero Sienita se abstiene de insistir en algo tan obvio.

—Mi menstruación terminó la semana pasada. Es un buen momento. Si lo prefieres, te puedes quedar quieto mientras yo me encargo de todo. —No es que ella tenga mucha experiencia, pero no puede ser más complicado que la tectónica de placas. Se quita la chaqueta del uniforme y luego saca algo del bolsillo y se lo enseña: una botella de lubricante, casi llena. El hombre la mira un tanto horrorizado—. De hecho, es hasta mejor que no te muevas. Ya será incómodo de por sí.

El hombre también se levanta y empieza a alejarse. Su gesto nervioso... no es que sea divertida, no, pero Sienita no puede evitar cierto alivio al observar su reacción. No, no es solo alivio. El hombre es el débil en aquella situación, a pesar de sus diez anillos. Ella es la que tendrá que llevar un hijo indeseado en su vientre, algo que podría incluso matarla y que, si no lo hace, le cambiará el cuerpo y también la vida para siempre. Pero en ese momento, al menos es ella la que manda. Eso es lo que hace que se sienta... no bien, pero mejor de alguna manera, por ser la que tiene el control.

—No tenemos por qué hacerlo —sugiere, sobresaltado—. Puedo negarme. —Hace una mueca—. Sé que tú no, pero yo sí, así que...

—No te niegues —dice ella, con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Por lo que has dicho: soy yo la que tiene que hacerlo. No tú. Si no es contigo, será con otra persona.

Feldespató tenía seis hijos, y ni siquiera era una orogén demasiado prometedora. Sienita sí. Si no tenía cuidado, molestaba a las personas equivocadas o dejaba que la tildaran de estrecha, acabarían con su carrera y la asignarían para siempre al Fulcro, lo que limitaría el resto de su vida a yacer bocarriba y convertir los gruñidos y resoplidos de los hombres en bebés. Y tendría suerte si solo eran seis, tal y como estaban las cosas.

El hombre la mira como si no entendiera nada, aunque ella sabe que sí.

—Acabemos con esto —dice Sienita.

Luego el hombre la sorprende. Esperaba más balbuceos y quejas, pero en lugar de eso apoya una mano en un costado. Aparta la mirada y empieza a retorcer la mandíbula. Todavía tiene un aspecto ridículo con esa túnica y despeinado, pero su mirada... Parece que lo hubieran condenado a una tortura. Sabe que no es guapa, al menos no para los estándares de las Ecuatoriales. Tiene demasiados rasgos mestizos de las medlat, pero él tampoco es que sea un purasangre: con ese pelo, esa piel que de negra parece azul y lo bajo que es. Ella es alta, con independencia de que sea hombre o mujer, pero él es delgado y no es fornido ni intimidado mucho. Si entre sus ancestros había algún sanzedino, son familiares muy lejanos y ya no queda en él nada de su superioridad física.

—Acabemos —murmura—. Cierto. —El músculo de su mandíbula no deja de moverse, y aprieta los dientes muy fuerte. Y... vaya. No la mira y, de improviso, ella se pone contenta porque lo que ve en su cara es odio. Lo ha visto antes en otros orogenes... Ese óxido. También lo ha sentido en sus entrañas cuando se le ha permitido el lujo de la soledad o de la sinceridad total, pero nunca lo ha expresado como acaba de hacer él. Luego el hombre la mira, y ella intenta no encogerse.

—No naciste aquí —dice el hombre, impasible. Ella tarda en darse cuenta de que es una pregunta.

—No. —No le gusta ser el objeto de las preguntas—. ¿Y tú?

—Sí, claro, se me crio en la orden. —Sonríe. Se hace raro ver que una sonrisa sobresale entre tanto odio—. Y no fue algo tan circunstancial como lo será nuestro hijo. Soy producto de dos de las líneas de sangre más antiguas y prometedoras del Fulcro, o eso me han dicho. Tuve un Guardián casi desde mi nacimiento. —Mete las manos en los bolsillos de su túnica arrugada—. Tú eres una feral.

No sabe a qué se refiere. Siena pasa unos instantes preguntándose si es una nueva forma de decir «orograta», hasta que al fin descubre el significado. Hasta ahí ha llegado.

—Mira, no me importa cuántos anillos lleves...

—Me refiero a que así es como te llaman. —Vuelve a sonreír y su rencor es tan evidente que Sienita no puede evitar quedar en silencio y confusa—. No sé si lo sabías. Los ferales, los ajenos, no suelen saberlo o no les importa. Esa es la manera en la que te definen cuando eres un orogén nacido de padres que pertenecen a una línea de sangre que nunca antes había dado muestras de la maldición, eso es lo que piensan de los que son como tú. Que sois un chucho, al contrario de los purasangre domesticados. Que sois un accidente que va en contra de su plan. —Niega con la cabeza y su voz se agita—. Todo se reduce a que no son capaces de predecirlo. Sois la prueba viviente de que nunca llegarán a entender la orogenia, de que no es una ciencia, sino otra cosa. De que nunca podrán controlarnos de verdad. No del todo.

Siena no sabe qué decir. No tenía ni idea del asunto de los ferales ni se sentía diferente, pero, ahora que lo piensa, la mayor parte de los orogenes del Fulcro han nacido allí. Y vale, sí que se ha dado cuenta de cómo la miran, pero lo atribuía a que ellos eran de las Ecuatoriales y ella de las Normelat, o a que ella había conseguido su primer anillo antes que el resto. Ahora él se lo ha aclarado, pero ¿qué tiene de malo ser feral?

Tiene que ser malo. Los orogenes tienen que demostrar que son dignos de confianza, y si el problema es que los ferales son impredecibles... El Fulcro tiene una reputación que mantener. Por eso lo hacen, en parte. Por eso hay entrenamientos, uniformes y una infinidad de normas que cumplir, pero también deberían cumplirse las normas de las líneas de sangre. ¿Qué hace ella ahí, entonces?

Le halaga de alguna manera que, a pesar de ser una feral, quieran que su legado forme parte de las líneas de sangre. Pero luego se para a pensar en si lo hace por verle el lado bueno a esa humillación.

Está tan sumida en sus pensamientos que se sobresalta cuando el hombre suspira, como si se rindiera.

—Tienes razón —dice, seco y ya más metido en el asunto, porque aquello no podía terminar de otra manera. Además, mantener una actitud formal les permitirá a ambos hacer como que aquello es algo digno—. Perdona. Tienes... por el óxido de la Tierra. Venga. Vamos al lío.

Entran en el dormitorio, y él se desnuda, se tumba e intenta ponerse un poco a tono, aunque no sirve de nada. Sienita da por hecho que ese es uno de los riesgos de hacer algo así con alguien mayor, aunque seguro que se debe más al hecho de que el sexo no suele funcionar cuando no apetece. Intenta mantener un gesto neutro, se sienta a su lado y le aparta las manos. El hombre parece avergonzado, y ella se lamenta porque, como sea de manera consciente, se puede pasar ahí todo el día.

Cuando Sienita toma las riendas, él se empieza a animar, quizá porque así es capaz de cerrar los ojos e imaginar que lo hace con quien quiera. La chica aprieta los dientes, se monta a horcajadas sobre él y lo cabalga hasta que le duelen los muslos y los pechos por los rebotes. El lubricante no ayuda demasiado. La sensación no es tan buena como cuando lo hace con un consolador o con sus dedos. Pero parece que para él la imaginación es más que suficiente, porque al cabo deja escapar algo parecido a un gemido de satisfacción y termina.

Cuando Sienita se empieza a poner las botas, él suspira, se incorpora y la mira con un gesto tan lóbrego que hasta se siente avergonzada por lo que le acaba de hacer.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —pregunta.

—Sienita.

—¿Ese es el nombre que te pusieron tus padres? —Ella lo mira, y los labios del hombre se tuercen y forman algo parecido a una sonrisa—. Lo siento. Es la envidia.

—¿Envidia?

—Yo he nacido en el Fulcro, ¿recuerdas? Aquí siempre he tenido el mismo nombre.

Vaya.

El hombre duda. Parece que el asunto le afecta.

—Puedes... puedes llamarme...

Ella lo interrumpe, porque ya sabe su nombre y porque tampoco es que pretendiera llamarlo por él, con usar un pronombre para diferenciarlo de los caballos es suficiente.

—Feldespatto dice que tenemos que partir mañana hacia Allia.

Se pone la otra bota y se levanta para colocárselas bien.

—¿Otra misión? ¿Ya? —Suspira—. Debería haberlo imaginado.

Sí, debería haberlo hecho.

—Eres mi instructor y tienes que ayudarme a eliminar una barrera de coral en un puerto.

—Muy bien. —Él también reconoce que es una misión de mierda. Solo hay una razón para que lo envíen a realizar algo así—. Ayer me pasaron un informe sobre el asunto. Supongo que al final tendré que leerlo. ¿Nos vemos en los establos al mediodía?

—Tú dirás, tú eres el decanillado.

El hombre se frota la cara con ambas manos, y ella se siente un poco mal, pero solo un poco.

—Vale —responde, poniéndose serio—. Nos vemos al mediodía.

Se marcha, dolorida, molesta por el ligero aroma a ese hombre que desprende, y cansada. Tal vez la fatiga se deba al estrés que le causa el hecho de tener que pasar un mes en los caminos con un hombre a quien no soporta y haciendo algo que no quiere hacer para contentar a unas personas a quienes cada vez desprecia más.

Pero es lo que entraña ser una persona civilizada, que hay que hacer lo que aquellos que tienen superioridad moral dicen que deberías hacer, por un supuesto bien mayor. Aunque tampoco se puede decir que no vaya a ganar nada: casi un año de incomodidad, un bebé que ni se tendrá que preocupar de criar porque se lo entregará al creche inferior nada más nacer, y una misión de alto rango que completará con la asistencia de un superior poderoso. Una experiencia y mejora de reputación con las que se encontrará más cerca del quinto anillo, lo que significa que tendrá su propia habitación y se librárá de sus compañeros. Le encargarán misiones mejores, más permisos y más independencia. Lo vale. Por el fuego de la Tierra que lo vale.

No deja de pensar en ello mientras vuelve a su habitación. Luego hace la maleta para marcharse, lo coloca todo para que cuando llegue esté recogido, y se da una ducha, una muy metódica en la que se frota hasta que le escuecen todos los rincones de su piel a los que alcanza.

* * *

Decidles que algún día podrán llegar a ser majestuosos, como nosotros. Que nos pertenecen, con independencia de cómo los tratemos. Que deben ganarse el respeto que el resto recibe por omisión. Decidles que la aceptación requiere un mínimo, y que ese no es menos que la pura perfección. Matad a aquellos que se burlen de las contradicciones y decidle al resto que merecían la muerte por dudar y ser débiles. Se destruirán ellos solos al intentar conseguir algo que nunca llegarán a alcanzar.

Erlsset, vigésimo tercer emperador de la Afiliación Ecuatorial Sanzedina,
durante el decimotercer año de la estación de los Dientes.
Comentario recogido durante la celebración de una fiesta,
poco antes de la fundación del Fulcro

No estás sola

Cae la noche, y te encuentras sentada a oscuras en una colina a sotavento.

Estás muy cansada. Matar a tanta gente te agota. Y lo peor es que casi ni te lo propusiste y ni siquiera hiciste tanto como podrías haber hecho. La orogenia es una ecuación extraña. Se alimenta del movimiento, el calor y la vida de tus alrededores; lo amplifica todo mediante un proceso de concentración, catálisis o un azar casi predecible; extirpa el movimiento, el calor y la muerte de la tierra. Pierdes poder por un lado, ganas poder por otro. Pero se necesita mucho esfuerzo para que ese poder fluya sin interrupción y evites que el acuífero del valle se convierta en un géiser o reduzcas a escombros la superficie. Te acaban doliendo los dientes y la parte posterior de los ojos. Caminas durante mucho tiempo. Mientras tanto, intentas devolver a su lugar lo que has tomado, pero no deja de supurar a través de tu piel, a pesar de que ahora te pesa el cuerpo y te duelen los pies. Eres un arma capaz de mover montañas. Con un simple paseo no te desharás de semejante poder.

No obstante, caminaste hasta la caída de la noche, y luego un poco más, y ahora estás aquí, acurrucada y sola en el borde de unas tierras en barbecho. Te da miedo encender un fuego, a pesar de que empieza a hacer frío. Sin fuego no ves demasiado, pero tampoco te ven: una mujer sola, con un fardo lleno y solo un cuchillo para defenderse. (No es que estés indefensa, pero un agresor no se enteraría hasta que fuera demasiado tarde, y hoy no te gustaría matar a nadie más.) A lo lejos alcanzas a ver la curva de una vía rápida, que se eleva con mofa sobre las llanuras. Las vías rápidas suelen tener faroles eléctricos, cortesía de Sanze, pero no te sorprende que esa esté a oscuras: aunque el terremoto del norte no hubiera tenido lugar, los procedimientos habituales durante una estación implican desconectar toda la energía hidroeléctrica y geoléctrica que no sea esencial. Además, está demasiado lejos como para que merezca la pena desviarse.

Llevas una chaqueta y no tienes nada que temer en campo abierto, excepto las ratas. Dormir sin un fuego no te matará. No ves demasiado mal, a pesar de la falta de fuego o de faroles. El cielo aparece cubierto por unas volutas de nubes similares a la tierra labrada del jardín que tuviste. No te cuesta verlas, porque algo que se encuentra hacia el norte las ha iluminado con unos resplandores rojos que proyectan sombras. Cuando miras hacia allá ves también una cordillera de montañas irregulares que se eleva en el horizonte, y también el titileo gris cerúleo de la punta de un obelisco que asoma a través de un banco de nubes, pero ninguna de esas cosas revela nada. Más cerca de allí ves aletear a lo que podría tratarse de una bandada de murciélagos que salen para alimentarse. Es tarde para los murciélagos, pero las cosas cambian durante las estaciones, cosa de la que ya advierte el litoacervo. Los seres vivos hacen todo lo posible para prepararse y sobrevivir.

La fuente de aquel brillo viene de detrás de las montañas, como si el ocaso se hubiera equivocado de dirección y estuviera inmóvil en aquel lugar. Sabes cuál es su origen. Debe ser maravilloso verla de cerca, ver cómo ese terrible desgarrón escupe fuego hacia los cielos, aunque preferirías no tener que hacerlo nunca.

No lo harás, porque te diriges hacia el sur. Aunque Jija no haya comenzado su viaje en esa dirección, es probable que lo haya hecho después de que el terremoto del norte pasara por ahí. Es la dirección que tomaría cualquier persona en su sano juicio.

Aunque claro, un hombre que mata a golpes a su hijo quizá no se pueda incluir en ese grupo. Y una mujer que encuentra así a su hijo y deja de pensar durante tres días... Vale, tú tampoco, pero no hay nada mejor que hacerle caso a tu demencia.

Has comido algo de lo que llevas contigo: pan para el camino untado con una pasta de akaba del tarro que metiste ahí hace lo que ahora parece una eternidad, cuando tenías una familia. La akaba se conserva bien después de abierta, pero no dura para siempre y ahora que lo has hecho tendrás que usarla en las próximas comidas hasta que se acabe. No te importa: te gusta. Has bebido agua de la cantimplora que llenaste hace unos kilómetros en el surtidor del pozo de una estación de carretera. Encontraste gente allí, unas docenas. Algunos estaban acampados en los alrededores, y otros, solo de paso. Todos tenían una expresión que empiezas a identificar como pánico retardado. Porque al fin todos han empezado a darse cuenta de lo que significan el temblor y el resplandor de los cielos nubosos, y de que estar fuera de las puertas de una comunidad en un momento así implica (a la larga) una pena de muerte, excepto para los pocos que están dispuestos a ser tan crueles y despiadados como para hacer lo que sea necesario para sobrevivir. Y las probabilidades son escasas, incluso para ellos.

Ninguna de las personas a quienes viste en la estación de carretera quería creerse capaz de algo así, o eso discerniste al echar un vistazo a sus caras, ropa, cuerpos y bravatas. Ninguno de ellos parecía un apasionado de la supervivencia ni un caudillo. Lo único que encontraste en esa estación fueron personas normales, algunas aún cubiertas de una costra de lodo al haber escapado con sus propias manos de avalanchas de tierra o edificios derrumbados, y otras que sangraban por heridas mal tratadas o, directamente, sin tratar. Viajeros a los que pilló fuera de casa, supervivientes cuyo hogar ha dejado de existir. Viste a una señora, que todavía llevaba puesta una bata de dormir hecha jirones y arrugada por un lado, sentada junto a un joven que solo llevaba una camisa larga llena de manchas de sangre, ambos con la mirada apesadumbrada. Viste a dos mujeres abrazándose con fuerza para intentar olvidar sus penurias. Viste a un hombre de tu edad con apariencia de Lomocurtido que no apartaba la vista de sus manos grandes y de dedos anchos y quizá se preguntaba si era tan sano y joven como para que le permitieran vivir en algún lado.

Varias tragedias, la clase de historias para las que te preparaba el litoacervo. Pero ahí no decía nada de maridos que matan a hijos.

Te apoyas contra un viejo poste que alguien clavó en la colina (quizá sean los restos de una valla que llegaba hasta ahí), tus manos descansan en los bolsillos de la chaqueta y tienes las rodillas levantadas. Poco a poco, te das cuenta de que algo ha cambiado. De que no hay ningún sonido que te llame la atención, aparte del viento y los crujidos y repiqueteos del césped. No hay ningún aroma que sobresalga frente al del azufre al que ya te has acostumbrado. Pero sí que hay algo. Algo diferente. Ahí fuera.

Alguien.

Abres los ojos de improviso y una parte de tu mente pasa a fundirse con la tierra, se prepara para matar. Todo lo demás se paraliza: hay un chaval a unos metros, sentado en la hierba con las piernas cruzadas y mirándote.

Al principio no te das cuentas de lo que es. Es oscuro. Él mismo es oscuro. Te preguntas si pertenecerá a una de las comus de las Costeras occidentales. Pero el pelo se le mece cuando vuelve a soplar la brisa, y ves que tiene algunos mechones lisos como la hierba que os rodea. ¿De las orientales, entonces? Parece tener el resto del cabello cubierto de... una mascarilla para el pelo o algo así. No. Eres

madre. Es suciedad. Lo tiene cubierto de suciedad.

Es mayor que Uche, pero no tanto como Nassun. Tendrá unos seis o siete años. En realidad, no estás segura de que sea un chico: ya lo descubrirás luego. Por ahora te fías de tu criterio. Está sentado y encorvado de una manera que resultaría extraña para un adulto, pero es muy normal para un niño a quien no le han enseñado a sentarse bien. Lo miras un instante. Te devuelve la mirada. Ves un tenue brillo en sus ojos.

—Hola —dice. Es la voz de un chico, alta y clara. Has acertado.

—Hola —respondes. Conoces historias de terror que empiezan de esta manera, con bandas de niños comubundos salvajes que se han convertido en caníbales. Pero quizá sea demasiado pronto para que hayan llegado hasta ese punto: la estación acaba de comenzar—. ¿De dónde has salido?

Se encoge de hombros. Quizá no lo sabe. Quizá no le importa.

—¿Cómo te llamas? Yo me llamo Hoa.

Es un nombre corto y extraño, pero el mundo ya es grande y extraño de por sí. Más raro aún es que no te haya dicho sus apellidos. Es muy joven y quizá todavía no haya conseguido el apellido de comu, pero habrá heredado el de la casta al uso de su padre.

—¿Hoa a secas?

—Ajá —asiente, se gira y empieza a preparar una zona de tierra, dándole unos golpecitos para confirmar que es segura—. ¿Puedo dormir aquí?

Miras y luego sesapinas a tu alrededor, escuchas. En la hierba no se mueve nada, y el chico es la única persona que tienes cerca. Eso no explica cómo ha llegado hasta ti sin que te dieras cuenta; pero bueno, es pequeño y sabes por experiencia que los niños pequeños pueden hacer muy poco ruido si se lo proponen. Aunque eso suele significar que traman algo.

—¿Has venido con alguien más, Hoa?

—No.

Está demasiado oscuro como para que te haya visto entrecerrar los ojos, pero igualmente reacciona a dicho movimiento inclinándose hacia delante.

—¿De verdad! Estoy solo. Me he encontrado con otros por el camino, pero no me gustaban y me oculté. —Hace una pausa—. Tú sí me gustas.

Qué encantador.

Suspiras, te vuelves a meter las manos en los bolsillos y liberas tu mente de la tierra. El chico también se relaja un poco (algo que sí distingues en la oscuridad) y se empieza a tumbar en el suelo desnudo.

—Un momento —dices al tiempo que extiendes la mano para coger tu equipaje. Luego le lanzas un saco de dormir. Lo coge y, por un momento, parece confundido, hasta que se da cuenta de lo que es. Pone una sonrisa, lo desenrolla y se acurruca sobre él como un gato. No te molestas en decirle cómo se hace bien.

Quizá mienta. Quizá sea una amenaza. Le dirás que se marche por la mañana porque no quieres cargar con un niño: te retrasaría. Y seguro que alguien lo busca. En algún lugar hay una madre cuyo hijo no ha muerto.

Pero esa noche te puedes permitir ser humana, al menos por un tiempo. Te reclinas contra el poste y cierras los ojos para dormir.

Por la mañana empieza a caer ceniza.

* * *

Son algo arcano, algo alquímico, ¿sabes? Como la orogenia si pudiera manipular las estructuras infinitesimales de la materia en lugar de limitarse solo a las montañas. Es obvio que están relacionados de alguna manera con la humanidad, algo evidente por la forma de estatuas humanas que vemos que adoptan, pero también es cierto que pueden adquirir otras formas. Nunca lo sabremos.

Umbl Innovador Allia, «Tratado sobre los casihumanos con conciencia», Sexta Universidad,
año Imperial 2323 - Segundo año
de la estación del Ácido

Damaya, pulverizada hasta el hartazgo

Los primeros días de camino con Schaffa transcurren sin novedades. No son aburridos. Hay momentos aburridos, como cuando la carretera imperial en la que se encuentran atraviesa interminables campos de tallos de kirga o de samishet, o cuando dichos campos dejan paso a estrechos paseos de bosques lúgubres tan silenciosos y tupidos de vegetación que Damaya no articula palabra por temor a enfadar a los árboles. (En los cuentos, los árboles siempre se enfadan.) Pero hasta ese paisaje es nuevo para ella, ya que nunca ha cruzado las fronteras de Palela, ni siquiera para ir a Brevard con padre y Chaga cuando hay mercado. Intenta no parecer una auténtica pueblerina que abre la boca de asombro cada vez que pasan junto a algo extraño, pero a veces no puede evitarlo, incluso cuando siente que Schaffa se ríe de ella a sus espaldas, aunque no recuerde ningún momento en el que se haya reído de ella.

Brevard es un lugar repleto de gente, angosto y de construcciones altas, algo que ella nunca había experimentado. Por eso se encorva sobre la montura mientras la atraviesan, mirando hacia los edificios amenazantes que se ciernen a ambos lados de la calle y preguntándose en qué momento se derrumbarán sobre los transeúntes. A nadie parece importarle que los edificios tengan una altura absurda y se apiñen unos contra otros, así que deben de ser así a propósito. Hay docenas de personas a su alrededor, a pesar de que el sol ya se ha puesto y está acostumbrada a que a esa hora la gente se disponga a ir a la cama.

Pero nadie lo hace. Pasan junto a un edificio bien iluminado con faroles de aceite del que salen unas risas tan estridentes que le vence la curiosidad y pregunta.

—Es una posada, o algo así —responde Schaffa, y luego se ríe entre dientes ante la inocencia de su pregunta—. Pero no nos vamos a quedar en esa.

—Hay mucho ruido —afirma ella, dándoselas de entendida.

—Sí, claro, eso también; pero el mayor problema es que no es el mejor lugar donde alojar a un niño. —Damaya espera, pero él cambia de tema—. Vamos a un lugar donde ya me he quedado algunas veces. La comida es decente, las camas están limpias, y nuestras pertenencias no correrán el peligro de desaparecer por la mañana.

Así es como transcurre la primera noche de Damaya en una posada. Todo le sorprende: comer en una habitación llena de extraños, probar comida que sabe diferente de lo que cocinan sus padres o Chaga, bañarse en una jofaina de cerámica enorme con un fuego debajo en lugar de hacerlo en medio barril aceitoso lleno de agua fría en mitad de la cocina, o dormir en una cama mayor que la suya y la de Chaga juntas. La cama de Schaffa es aún mayor, normal al ser tan alto, pero ella se queda igual de embobada mientras lo ve arrastrarla hacia la puerta de la habitación de la posada. (Al menos eso sí que le resulta familiar: padre lo hacía a veces cuando se rumoreaba que había comubundos en los caminos cerca del pueblo.) Se ve que ha pagado más por la cama.

—En la cama soy todo un terremoto —dice, y sonrío como si fuera un chiste—. Si es muy estrecha, me caeré al suelo.

Damaya no tiene ni idea de a qué se refiere hasta que llega la mitad de la noche y oye a Schaffa quejándose inquieto mientras duerme. Si se trata de una pesadilla, debe de ser una terrible, y piensa en levantarse para despertarlo. Odia las pesadillas, pero Schaffa es un adulto y los adultos necesitan dormir, o eso le decía siempre su padre cuando Chaga o ella hacían algo que lo despertaba. Eso siempre

enfadaba a su padre, y no quiere que Schaffa se enfade. Es la única persona del mundo que se preocupa por ella. Por eso se queda tumbada, nerviosa e indecisa, hasta que el hombre grita algo ininteligible que suena como si se estuviera muriendo.

—¿Estás despierto? —pregunta en voz muy baja, porque sabe que no lo está... hasta que responde.

—¿Qué pasa? —Tiene la voz ronca.

—Tenías... —No sabe qué decir. «Tenías una pesadilla» suena a algo que le diría su madre. ¿Se le puede decir algo así a un adulto fuerte y grandullón como Schaffa?—. Hacías ruido —dice.

—¿Ronquidos? —Suspira con fuerza en la oscuridad—. Lo siento. —Luego se gira y se queda en silencio durante el resto de la noche.

Por la mañana, Damaya se olvida de lo ocurrido, al menos durante un rato. Se levantan, comen algo de lo que le han dejado en una cesta junto a la puerta y se llevan el resto cuando vuelven a ponerse en camino hacia Yumenes. A la luz del alba, Brevard es un poco menos extraña y aterradora, quizá porque ahora Damaya ve las pilas de excrementos de caballos junto a las calles, a jóvenes que portan cañas de pescar y a mozos de cuadra que bostezan mientras cargan con cajas y fardos. Ve también a mujeres jóvenes que acarrear cubos de agua hacia el interior de los baños públicos para que los calienten, y a jóvenes descamisados que baten mantequilla o muelen arroz en los cobertizos de detrás de los grandes edificios. Todo le es familiar y le ayuda a comprender que Brevard no es más que un pueblo pero a gran escala. Sus habitantes no son diferentes de Chaga o yaya y, para ellos, Brevard es tan familiar y aburrida como Palela lo era para ella.

Viajan durante medio día, se detienen para descansar y continúan durante el resto, hasta que dejan Brevard muy atrás y solo se ve la rocosa y fea extensión de kilómetros de tierra quebrada que los rodea. Schaffa le explica que por la zona hay una falla activa que ha removido la tierra durante años e incluso décadas, y que por eso algunos lugares del suelo están más elevados y no hay vegetación.

—Estas rocas no existían hace diez años —dice mientras señala con un gesto una pila enorme de rocas desmoronadas de color verde grisáceo que parecen tener los cantos afilados y estar húmedas sin razón aparente—. Pero entonces hubo un temblor de los fuertes, uno de nueve. O eso me han dicho: yo me encontraba de ruta por otro cuadrante. Y ahora que veo esto, me lo creo.

Damaya asiente. Nota al anciano Padre Tierra más cerca en aquel lugar que en Palela. Bueno, quizá «más cerca» no sea la mejor forma de describirlo, pero no conoce una palabra que lo describa mejor. Quizá... más fácil de tocar, si es que pretendiera hacer algo así. Y también... nota que la tierra que los rodea es más frágil. Como una cáscara de huevo atravesada por unas finas líneas casi imperceptibles, pero que vaticinan la muerte del pollito que hay en el interior.

—Quieta —dice Schaffa, y le propina un empujón con la rodilla.

—No hacía nada.

Damaya se sorprende y cree que no le ha mentado.

—Escuchabas la tierra, eso ya es algo.

¿Cómo lo ha sabido Schaffa? Damaya se encorva en la montura, sin saber muy bien si tiene que disculparse. Inquieta, deja reposar las manos en el pomo de la silla de montar. Se siente incómoda porque la silla es enorme, como todo lo que pertenece a Schaffa. (Excepto ella.) Tiene que hacer algo para entretenerse y no ponerse a escuchar de nuevo. Pasa un momento así, y luego Schaffa suspira.

—Supongo que no podía esperar otra cosa —dice, y la decepción que denota su voz molesta mucho a

Damaya—. No es tu culpa. Sin entrenamiento eres como... como yesca muy seca. Y vamos de camino por un sendero rodeado de un fuego abrasador que no deja de soltar chispas. —Se pone a pensar—. ¿Te ayudaría si te cuento una historia?

Una historia sería fantástico. Damaya asiente y trata de que no se note su entusiasmo.

—Muy bien —dice Schaffa—. ¿Sabes algo de Shemshena?

—¿De quién?

Schaffa niega con la cabeza.

—Vaya con las pequeñas comus de las medlat, por el fuego de la Tierra. ¿No te enseñaron nada de eso en tu creche? Supongo que solo te habrán enseñado algo de historia, y a contar. Y lo último para poder controlar los cultivos y esas cosas.

—No hay tiempo para mucho más —responde Damaya, que se siente rara al lanzarse a defender Palela—. Puede que los niños de las comus de las Ecuatoriales no tengan que ayudar con los cultivos, pero...

—Lo sé, lo sé, pero no deja de ser una pena. —Cambia de postura y se acomoda en la silla—. Muy bien, no es que sea un experto, pero te contaré la historia de Shemshena. Hace mucho tiempo, durante la estación de los Dientes, que fue... la tercera estación después de la fundación de Sanze, ¿hace unos mil doscientos años?, un orogén llamado Misalem decidió intentar matar al emperador. Ten en cuenta que esto sucedió cuando los emperadores hacían cosas de verdad y mucho antes de que se estableciera el Fulcro. En aquella época, la mayoría de los orogenes no habían recibido entrenamiento, como tú, y actuaban o bien por instinto, o bien dejándose llevar por sus emociones. Eran pocos los que llegaban a la edad adulta. Pues Misalem no solo se las había ingeniado para sobrevivir, sino que también había conseguido entrenar. Tenía un control fantástico, quizás al mismo nivel que un tetra o pentanillado...

—¿Un qué?

Le vuelve a dar un empujón con la rodilla.

—Son los rangos que se usan en el Fulcro. Deja de interrumpir.

Damaya se sonroja y obedece.

—Un control fantástico —continúa Schaffa—, que Misalem usó sin demora para acabar con todo ser vivo en varios pueblos y ciudades, e incluso con algunos refugios de comubundos. Miles de personas en total.

Damaya coge aire, horrorizada. Nunca se le había ocurrido que los orogratas... Hace una pausa. Ella también. Ella es una orograta. De repente deja de gustarle esa palabra que ha escuchado toda la vida. Es denigrante y no debería pronunciarla, aunque los adultos lo hagan sin cuestionárselo. En ese momento le suena peor que nunca.

Pues orogenes. Es terrible que los orogenes puedan matar a tanta gente con tanta facilidad. Pero claro, por eso la gente los odia.

Y a ella. Por eso la gente la odia.

—¿Por qué lo hizo? —pregunta, olvidándose de que no debería interrumpir.

—Eso mismo me pregunto yo. Quizás estuviera loco. —Schaffa agacha la cabeza para mirarla a la cara, se pone bizco y mueve las cejas. Es algo tan gracioso e inesperado que Damaya suelta una risita, y Schaffa le dedica una sonrisa cómplice—. O quizá Misalem fuera malvado y ya está. No obstante, avisó de que se dirigía a Yumenes y amenazó con reducir la ciudad a escombros si no se le aseguraba una

audiencia con el emperador... para matarlo. A todos les apenó que el emperador anunciase que acataría las demandas de Misalem, pero también se sintieron aliviados. ¿Cómo no? No tenían ni idea de qué hacer contra un orogén de semejante poder. —Suspira—. Pero cuando el emperador acudió al encuentro, no fue solo: lo acompañaba una mujer, su guardaespaldas Shemshena.

Damaya se retuerce un poco, emocionada.

—Debió de haber sido muy buena para trabajar como guardaespaldas del emperador.

—Vaya si lo era. Una guerrera de renombre de una de las mejores líneas de sangre sanzedinas. Para colmo, era de la casta al uso de los Innovadores y había estudiado a los orogenes y aprendido algo sobre cómo funcionaban sus poderes. Por ello hizo que, antes de la llegada de Misalem, todos los ciudadanos de Yumenes abandonaran la ciudad. Los ciudadanos se llevaron con ellos todos los víveres y los cultivos. Hasta llegaron a cortar árboles y arbustos para quemarlos, y también quemaron sus casas para, al final, extinguir las llamas y dejar solo la ceniza fría y húmeda. Esa es la naturaleza de tu poder: transferencia cinética, catálisis sesapinal. Es imposible que la voluntad de una persona sea suficiente para mover una montaña.

—¿A qué te refieres con...?

—No, no —la interrumpe Schaffa, con amabilidad—. Me quedan muchas cosas por enseñarte, pequeña, pero esa parte la aprenderás en el Fulcro. Déjame terminar.

Damaya se queda en silencio, a regañadientes.

—Me atrevería incluso a decir que buena parte de la fuerza que necesitarás cuando aprendas a usar bien tus poderes vendrá de tu interior. —Schaffa le toca el cogote como hizo en el granero, dos dedos por encima del inicio de su pelo, y ella se sobresalta un poco porque nota una especie de chispa cuando lo hace, como estática—. Pero el resto vendrá del exterior. Si la tierra se agita o si el fuego de su interior se encuentra en la superficie o cerca de ella, podrás usar esa energía. Tendrás que usar esa energía. Cuando el Padre Tierra se revuelve, expulsa tanta que usar una pequeña parte no os hace daño ni a ti ni a nadie.

—¿No se enfría el aire? —Damaya intenta con todas sus fuerzas contener su curiosidad, pero la historia es demasiado buena, y la idea de usar la orogenia de forma segura sin causarle daño a nadie es muy fascinante—. ¿No muere nadie?

Nota que el hombre asiente.

—Cuando usas la energía de la tierra, no. Pero claro, el Padre Tierra nunca se mueve cuando uno desea. Aunque no haya energía de la tierra a su disposición, un orogén todavía puede hacer que la tierra se mueva, pero lo hace quitando ese calor, esa fuerza y ese movimiento a las cosas que lo rodean. A todo lo que se mueva o tenga temperatura: fogatas, agua, aire o hasta las rocas. Y, como era de esperar, también a los seres vivos. Shemshena no podía deshacerse del suelo o del aire, pero sí que podía, y lo hizo, eliminar todo lo demás. Cuando el emperador y ella se reunieron con Misalem en las puertas de obsidiana de Yumenes, eran los únicos seres vivos de la ciudad y lo único que quedaba en pie de esta eran los muros.

Damaya resopla, sorprendida, e intenta imaginarse Palela vacía, sin ninguna cabra ni matorral, al borde de la destrucción.

—¿Y la gente se fue, sin más, porque lo dijo ella?

—Bueno, en realidad, lo dijo el emperador, pero sí. En aquella época Yumenes era mucho más pequeña, pero no dejaba de ser toda una hazaña. No había elección: era eso, o permitir que un monstruo

los convirtiera en rehenes. —Schaffa se encoge de hombros—. Misalem aseguró que no quería convertirse en emperador, pero ¿cómo creerlo? Un hombre capaz de amenazar a toda una ciudad para conseguir su propósito no se detendría ante nada.

Eso tiene sentido.

—¿Y no supo lo que había hecho Shemshena hasta que llegó a Yumenes?

—No, no lo supo. Cuando llegó ya se había quemado todo, y la gente se marchó en la dirección opuesta. Al enfrentarse al emperador y a Shemshena e intentar reunir energía para destruir la ciudad, no encontró casi nada. No había energía ni ciudad que destruir. En ese momento, mientras Misalem titubeaba e intentaba reunir cualquier atisbo de calor de la tierra y el aire, Shemshena lanzó un cuchillo de cristal dentro del toro de poder de aquel hombre. No lo mató, pero lo distrajo lo suficiente para desactivar su orogenia y Shemshena se encargó de él con otro cuchillo. Aquel fue el final de la mayor amenaza del Imperio de la Antigua Sanze... perdón, de la Afiliación Ecuatorial Sanzedina.

El regocijo hace temblar a Damaya. Llevaba tiempo sin escuchar una historia tan buena. Y si encima es cierta, mejor aún. Sonríe a Schaffa con timidez.

—Me ha gustado la historia.

Además, las cuenta bien, con esa voz grave y aterciopelada. Las imágenes afloraban en su imaginación a medida que hablaba.

—Sabía que te gustaría. Lo que te he contado es el origen de los Guardianes. El Fulcro es una orden de orogenes, y nosotros somos la orden que vigila el Fulcro. Somos los que sabemos, al igual que Shemshena, que, a pesar de vuestro terrible poder, no sois invencibles. Que se os puede derrotar.

Le da a Damaya unas palmaditas en las manos, que tiene sobre el pomo de la montura, y ella deja de temblar y la historia empieza a gustarle menos. Mientras Schaffa la contaba, ella se identificaba con Shemshena, con su valentía al enfrentarse a un terrible enemigo y derrotarlo gracias a su inteligencia y sus habilidades. Pero al escuchar cómo se dirigió a ella después, lo entendió todo: no la ve como una Shemshena en potencia.

—Y por ese motivo los Guardianes entrenamos —continúa, quizá sin darse cuenta de que ella se ha quedado paralizada. Han entrado de lleno en la extensión de tierra quebrada y unas rocas escarpadas y afiladas del tamaño de los edificios de Brevard cercan el camino por ambos lados hasta donde alcanza la vista. La carretera parece esculpida de alguna manera en la propia tierra—. Entrenamos —repite— como hizo Shemshena. Aprendemos cómo funcionan los poderes orogénicos y buscamos la manera de usar esos conocimientos contra vosotros. Buscamos entre los vuestros a aquellos que podrían convertirse en los siguientes Misalem y los eliminamos. Cuidamos del resto. —Se vuelve a inclinar hacia delante para sonreír, pero ahora Damaya no le devuelve la sonrisa—. Ahora soy tu Guardián, y mi misión consiste en asegurarme de que vas a ser útil en vez de perjudicial.

Luego se endereza y se queda en silencio, y Damaya no le pide que cuente otra historia, como pensaba hacer. No le gusta la que acaba de contar, ya no. Y, de alguna manera, ahora tiene claro que él tampoco pretendía que le gustara.

El silencio se prolonga, y la quebraduría empieza a dar paso a una ladera verde e inclinada. No se ve nada a lo lejos: ni granjas ni pastos ni bosques ni pueblos. Sí que hay indicios de que alguien habitó este lugar en otros tiempos: ve un montículo desmoronado y cubierto de moho que en algún momento podría haber sido un silo derrumbado, si estos fueran del tamaño de montañas. También hay otras estructuras

demasiado escarpadas y regulares como para ser naturales, pero muy extrañas y deterioradas como para que ella las reconozca. Se da cuenta de que son ruinas de una ciudad que debió de haber perecido hace muchísimas estaciones, y por eso apenas queda nada de ella en pie. Y al otro lado de las ruinas, difuminado contra el celaje del horizonte, ve un obelisco del color de una nube de tormenta que titila mientras rota poco a poco.

Sanze es la única nación que ha sobrevivido intacta a una quinta estación, y no solo una vez, sino siete. Es algo que aprendió en el creche. Siete eras en las que la tierra se quebró por algún lugar y escupió hacia los cielos cenizas y gas venenoso, lo que dio como resultado un invierno oscuro que duró años o décadas en lugar de meses. Las comus individuales suelen sobrevivir a las estaciones, en caso de estar preparadas. En caso de tener suerte. Damaya conoce el litoacervo, que se les enseña a todos los niños, incluso en las zonas más rurales como Palela. Primero, vigilad las puertas. Mantened los abastos limpios y secos. Haced caso a las enseñanzas y tomad decisiones difíciles, y quizá quede gente que recuerde cómo funciona una civilización cuando la estación termine.

Solo una nación, que vienen a ser muchas comus que aúnan esfuerzos, había sobrevivido en toda la historia conocida. Prosperando, una y otra vez, haciéndose más grande y más fuerte después de cada cataclismo, porque los habitantes de Sanze son más fuertes e inteligentes que el resto.

«¿Más inteligentes que la gente que construyó algo así?», piensa Damaya al ver aquel obelisco titilante en la distancia.

Así debe de ser, porque Sanze sigue en pie y el obelisco no es más que los restos de otra civitusta.

—Te has quedado callada —dice Schaffa al rato, dándole unas palmaditas en las manos que tiene en el pomo para llamar su atención. Las manos del hombre son el doble de grandes que las suyas, lo que las hace más reconfortantes—. ¿Todavía piensas en esa historia?

Ha intentado evitarlo, pero claro que lo ha hecho.

—No te gusta que Misalem sea el villano del cuento. No te gusta ser como Misalem: una amenaza potencial sin una Shemshena que te controle.

Lo afirma: no es una pregunta.

Damaya se retuerce. ¿Cómo es que siempre sabe lo que está pensando?

—No quiero ser una amenaza —susurra. Luego se atreve a añadir—: Pero tampoco quiero que... me controlen. Me gustaría ser... —Tantea las palabras, y luego recuerda algo que su hermano le dijo una vez sobre lo que significaba ser adulto—. Responsable. Por mí misma.

—Es un deseo admirable —responde Schaffa—, pero la cruda realidad, Damaya, es que no puedes controlarte por ti misma. No es tu naturaleza. Eres como un relámpago, peligrosa hasta que se controla con cables. Como el fuego, que, sin duda, es una luz cálida en una noche sombría, pero también puede ser un incendio abrasador que lo destruya todo a su paso...

—¡No voy a destruir a nadie! ¡No soy mala!

De repente, siente que no puede más. Damaya intenta girarse para mirarlo, pero pierde el equilibrio y casi se cae de la silla. Schaffa la agarra y la coloca mirando hacia delante, con un gesto tan firme que, sin palabras, parece decir: «Siéntate bien.» Damaya lo hace, y la frustración la lleva a agarrar el pomo con más fuerza. Y luego, como está cansada y enfadada, le duele el culo por llevar tres días sobre el lomo de un caballo, por lo que ha sufrido durante toda la vida y porque por todo lo que le ha pasado últimamente su vida no volverá a la normalidad, dice, sin sentirlo en realidad:

—¡Y es que no necesito que me controles! ¡Puedo hacerlo yo sola!

Schaffa tira de las riendas. El caballo resopla y se detiene.

El miedo hace que Damaya se ponga tensa. Le ha contestado mal. Su madre siempre le daba un golpetazo en la cabeza cuando hacía algo así. ¿Le pegará Schaffa? Pero el hombre, con la misma parsimonia de siempre, dice:

—¿Estás segura de que puedes?

—¿Que puedo qué?

—Controlarte. Es una pregunta importante. La única que importa, en realidad. ¿Puedes?

—No, es que no... —responde Damaya en voz muy baja.

Schaffa vuelve a poner las manos sobre las suyas en el pomo de la silla. Ella da por hecho que quiere bajarse, así que empieza a apartar las manos para que él se agarre bien. Pero entonces el hombre le vuelve a poner una de las manos en el pomo a la niña y deja que suelte la izquierda.

—¿Cómo te descubrieron?

Damaya no tiene que preguntar para saber a qué se refiere.

—En el creche —susurra—. A la hora comer. Yo... Un niño me empujó.

—¿Te dolió? ¿Tenías miedo o estabas enfadada?

Intenta recordar. Lo que ocurrió aquel día en el patio parece muy lejano.

—Enfadada. —Pero no solo eso, ¿verdad? Zab era más grande que ella y siempre la chinchaba. Y dolió, un poco, cuando la empujó—. Y también tenía miedo.

—Sí. La orogenia es algo instintivo, que nace de la necesidad de sobrevivir ante una amenaza de muerte. Eso es lo peligroso: el poder de tu interior no distingue entre el miedo a un abusón o el pánico a un volcán. No distingue categorías.

A medida que habla, la mano que Schaffa tiene sobre la suya se vuelve más tensa y pesada.

—Tu poder te protege de la misma manera, con independencia de si la amenaza es muy grave o diminuta. Deberías darte cuenta de la suerte que tienes, Damaya, pues lo normal para un orogén es descubrir su poder cuando matan a un miembro de su familia o a un amigo. Al fin y al cabo, aquellos a quienes queremos son los que más nos hacen sufrir.

Al principio, Damaya cree que está enfadado. Quizá no deje de pensar en cosas terribles... Aquello que le hace quejarse inquieto en mitad de la noche. ¿Alguien habrá matado a algún miembro de su familia o a uno de sus mejores amigos? ¿Por eso le aprieta la mano con tanta fuerza?

—Sch-Schaffa —dice de improviso Damaya, con miedo. No sabe por qué.

—Chitón —responde el hombre, que se toma la molestia de alinear sus dedos con los de la niña. Luego empuja hacia abajo con más fuerza, para que el peso de su mano le aplaste los huesos de la palma. Lo hace a conciencia.

—¡Schaffa! —Duele. El hombre sabe que duele, pero no se detiene.

—Ya, ya. Tranquila, pequeña. No pasa nada. —Damaya gimotea e intenta apartar la mano, pero le duele. Le duele la manera firme en la que le pulveriza la mano, el frío inexorable del metal del pomo, sus mismos huesos aplastados contra la piel... Schaffa suspira y la rodea con el otro brazo por la cintura—. No te muevas y sé valiente. Te voy a romper la mano.

—¿Qué...?

Schaffa hace algo que provoca que apriete los muslos del esfuerzo y que la empuja un poco con el

torso hacia delante, pero ella casi ni se da cuenta. Toda su atención se ha centrado en las manos, la de ella y la de él, en el crujido húmedo y horrible, en el movimiento de esas cosas que no se han movido nunca, en ese dolor agudo e inmediato, tan poderoso que la hace gritar. Con la mano que le queda libre, araña la del hombre, desesperada e inconsciente le clava las uñas. El hombre se la aparta y la sujeta contra el muslo de la niña, con tanta fuerza que se clava las uñas ella misma.

Y al sentir ese dolor, de improvviso vuelve a ser consciente de la paz fría y tranquilizadora de la piedra bajo los cascos del caballo.

La presión se relaja. Schaffa levanta la mano rota y la agarra para que ella pueda ver lo que le ha hecho. La niña no ha dejado de gritar, en parte por el puro terror de ver su mano doblada de una manera poco natural, la piel estirada, los tres moratones que parecían formar otro grupo de nudillos y los dedos rígidos y temblorosos.

La piedra la llama. En su interior, encuentra una energía y una calidez capaz de hacerle olvidar el dolor. Está a punto de alcanzar esa promesa de tranquilidad. Pero luego titubea.

«¿Puedes controlarte?»

—Podrías matarme —le dice Schaffa al oído, y a pesar de todo lo demás, ella se queda en silencio para escucharle—. Usa el fuego que se oculta en la tierra o absorbe la energía de todo lo que te rodea. Estoy dentro de tu toro. —Aquello no tiene sentido para ella—. Este lugar no es bueno para la orogenia, sobre todo para ti, que no estás entrenada... Si cometes un error desplazarás la falla que tenemos debajo y provocarás un buen terremoto. Es algo que también podría matarte a ti, pero si sobrevives, serás libre. Encontrarás una comu y suplicarás para que te acepten o te unirás a un grupo de comubundos y sobrevivirás como puedas. Puede que consigas ocultar tu naturaleza si eres lista. Al menos, durante un tiempo. No será mucho, y será mentira, pero sentirás que eres normal. Sé que lo que más quieres es sentirte normal.

Damaya casi no lo escucha. Le palpitan la mano, el brazo y los dientes debido al dolor, lo que anula cualquier otra sensación agradable. Cuando el hombre deja de hablar, la niña hace un ruido y vuelve a intentar apartarla. Los dedos se le tensan como advertencia, y se queda quieta de inmediato.

—Muy bien —dice el hombre—. Has conseguido controlarte gracias al dolor. La mayor parte de los orogenes no pueden hacer algo así sin entrenamiento. Pero ahora viene la prueba de verdad. —Cambia la mano de postura y envuelve con ella la de la niña. Damaya se encoge, pero el hombre lo hace con cuidado. Por ahora—. Diría que tienes la mano rota por tres partes, como poco. Si la entablillas y tienes cuidado, es posible que se te cure sin dejarte secuelas. Pero si la aplasto...

Damaya no puede respirar. El miedo le paraliza los pulmones. Deja escapar el último aliento que le queda y consigue formar una palabra con él.

—¡No!

—Nunca me digas que no —replica él. El calor de sus palabras rebota contra la piel de la niña. Se inclina para susurrárselas al oído—. Los orogenes no tienen derecho a decir que no. Soy tu Guardián. Te romperé todos los huesos de la mano, todos los de tu cuerpo, si creo que es necesario para salvar el mundo de ti.

No le va a destrozar la mano. No lo va a hacer. Ella tiembla en silencio, y Schaffa frota el pulgar contra las tres protuberancias que se le han empezado a formar en el dorso de la mano. Ese gesto tiene algo de contemplativo, algo extraño. Damaya no puede mirar. Cierra los ojos y siente cómo las lágrimas

le resbalan por las pestañas. Está mareada y tiene frío. El latir de su propia sangre resuena en sus oídos.

—¿P-por qué? —Se le entrecorta la voz. Le cuesta respirar. Le parece imposible que ocurra algo así en un camino en medio de la nada, una tarde tranquila y soleada. No lo entiende. Su familia le ha enseñado que el amor es una mentira, que no es macizo como una piedra, que se dobla y desmigaja, que es débil como el metal oxidado. Pero ella pensaba que le gustaba a Schaffa.

Schaffa no deja de agitar la mano rota de la niña.

—Te quiero —dice.

Damaya se encoge, y él la tranquiliza susurrándole al oído, sin dejar de frotarle con el pulgar la mano que le ha roto.

—No lo pongas en duda, pequeña. Pobrecita, que se ha acostumbrado a estar encerrada en un granero y tiene tanto miedo de sí misma que no se atreve a hablar. Y aun así, en tu interior arden el fuego de la astucia y el de la tierra, y no puedo evitar admirarlos, por muy perverso que sea ese último. —Niega con la cabeza y suspira—. Odio hacerte eso. Odio que sea necesario, pero entiéndeme, por favor: tengo que hacerte daño para que tú no se lo hagas a nadie.

Le duele la mano. El dolor palpita al ritmo de su corazón, le arde ARDE, arde ARDE, arde ARDE. La piedra a sus pies le susurra lo bien que se sentiría si apagara ese dolor. Pero ello conllevaría matar a Schaffa... la última persona del mundo que la quiere.

Schaffa asiente, parece que para sí mismo.

—Tienes que saber que nunca te mentiría, Damaya. Mira debajo de tu brazo.

A Damaya le cuesta horrores, primero abrir los ojos y luego apartar el brazo. Pero cuando lo hace ve que en la mano libre del hombre hay un puñal de cristal negro largo y biselado. La punta afilada reposa contra la tela de su camisa, debajo de las costillas. Apunta hacia el corazón.

—Una cosa es sobreponerse a un acto reflejo y otra resistir el deseo consciente y deliberado de matar a otra persona en defensa propia o por cualquier otra razón. —Schaffa le toca el costado con el cuchillo de cristal, como si intentara avivar aquel deseo. La punta está tan afilada que se le clava un poco a través de la ropa—. Pero parece que, al fin y al cabo, sí que puedes controlarte.

Y en ese momento Schaffa le aparta el cuchillo del costado, lo gira con maestría y lo guarda en la vaina del cinturón sin mirar. Luego coloca la mano rota de la niña entre las suyas.

—Prepárate.

Damaya no puede prepararse porque no entiende qué quiere que haga. Esta dicotomía entre lo cruel de sus acciones y lo aterciopelado de su voz la ha dejado muy confundida. Luego se echa a gritar de nuevo cuando Schaffa empieza a colocarle uno a uno los huesos de la mano. Solo tarda unos segundos, pero parece mucho más.

La niña se desploma sobre él, aturdida, temblorosa y débil, y Schaffa azuza el caballo, que empieza a trotar con brío. Damaya ya no siente dolor y casi no se da cuenta de que Schaffa no le ha soltado la mano herida y la aprieta contra su propio cuerpo para minimizar el traqueteo. Damaya no se lo cuestiona. No piensa en nada, no hace nada, no dice nada. No tiene nada más que decir.

Las verdes colinas quedan a sus espaldas, y el terreno vuelve a aplanarse. Ella no presta atención y mira hacia el cielo, hacia el obelisco gris ceniza que no parece cambiar de posición por muchos kilómetros que recorran. A su alrededor, el cielo azul se oscurece hasta llegar a la negrura, y la estructura se convierte en poco más que una mancha negra rodeada por las estrellas que van apareciendo. Cuando la

luz del atardecer se apaga del todo, Schaffa tira de las riendas del caballo, lo dirige hacia un lado de la carretera y se baja para empezar a montar el campamento. Coge a Damaya del caballo para bajarla, y ella se queda en el lugar que le ha dejado mientras él limpia el suelo y hace un círculo de piedras para encender una fogata. No hay madera allí, pero saca de la bolsa unos pedazos de algo que ella no conoce y los usa para encender el fuego. Parece carbón, a juzgar por el olor, o turba reseca. No es que ella preste mucha atención. Sigue allí en pie mientras él quita la silla y atiende al caballo, para luego colocar el saco de dormir en el suelo y poner al fuego una pequeña cacerola. El aroma de la comida empieza poco a poco a tapar el mal olor del fuego.

—Quiero volver a casa —espeta Damaya, que sigue apretándose la mano contra el pecho.

Schaffa deja de preparar la cena por un momento y levanta la cabeza para mirarla. Sus ojos geliris parecen bailar a la luz titilante de la fogata.

—Ya no tienes casa, Damaya. Pero pronto la tendrás en Yumenes. Allí tendrás profesores y amigos. Toda una nueva vida.

Sonríe.

Ha tenido la mano casi dormida desde que el hombre le colocó los huesos, pero también siente un latido ligero y constante. Cierra los ojos y desea que se le pase. Olvidarlo todo. El dolor. La mano. El mundo. Percibe el aroma de algo sabroso, pero no tiene apetito.

—No quiero tener una nueva vida.

Recibe un silencio como respuesta, pero luego Schaffa suspira, se levanta y se acerca a ella. La niña intenta apartarse, pero él se arrodilla delante y le pone las manos en los hombros.

—¿Me tienes miedo? —pregunta.

Siente por un momento el deseo imperioso de mentir. Cree que a él no le gustará escuchar la verdad. Pero le duele todo y está muy aturdida como para tener en cuenta el miedo, la hipocresía o las ganas de contentarlo, así que dice la verdad:

—Sí.

—Bien, porque deberías. No me arrepiento del dolor que te he causado, pequeña, porque necesitas aprender de ese dolor. ¿Ahora qué es lo que piensas de mí?

Niega con la cabeza, pero luego se obliga a responder, porque es necesario.

—Que tengo que hacerte caso si no quiero que me hagas daño.

—¿Y?

Cierra los ojos con fuerza. En sus sueños es la manera en que logra que los monstruos se marchen.

—Y —añade— que me harás daño aunque te obedezca si crees que es lo necesario.

—Eso es. —Damaya casi nota su sonrisa en el tono de voz. Le aparta un mechón de pelo de la mejilla y, al pasar, la acaricia con el dorso de los dedos—. Nada de lo que hago es fortuito, Damaya. Todo es en pos del control. No me des razones para dudar de ti, y no volveré a hacerte daño. ¿Entendido?

No quiere oír las palabras, pero lo hace a pesar de intentar evitarlo. Y a pesar de ello, también algo en su interior se relaja, solo un poco. Aun así, no responde, y él añade:

—Mírame.

Damaya abre los ojos. A la luz de la fogata, la cabeza del hombre es una silueta oscura cubierta por un pelo aún más oscuro. Ella aparta la mirada.

El hombre le agarra la cara con fuerza y la obliga a mirar.

—¿Entiendes?

Aquello es una advertencia.

—Entiendo —responde.

El hombre queda satisfecho y la suelta. Luego vuelve a la fogata y le hace un gesto para que se siente en una piedra que ha dejado cerca. La niña lo hace. Le pasa un plato pequeño de metal lleno de sopa de lentejas, y Damaya empieza a comer; con problemas, porque no es zurda. También bebe de una cantimplora que le pasa el hombre. Orinar es más complicado, porque tiene que alejarse del fuego a tientas en la oscuridad sobre el suelo irregular, lo que hace que la mano le palpите más, pero se las apaña.

Como solo hay un saco de dormir, se tumba al lado del hombre, en el lugar que él le ha indicado. Y cuando le dice que se duerma, la niña vuelve a cerrar los ojos, pero no lo consigue hasta pasado un rato.

En sueños solo siente punzadas de dolor, la agitación de la tierra y ve un enorme agujero de luz blanca que intenta tragársela, poco antes de que Schaffa le dé unas sacudidas para despertarla. Todavía es de noche, pero las estrellas han cambiado de posición. Al principio no recuerda que tiene la mano rota y sonrío al hombre, sin pensar. Él parpadea y le devuelve una sonrisa sincera.

—Hacías ruido —dice.

Damaya se humedece los labios y deja de sonreír, porque en ese momento lo recuerda y porque no quiere decirle cuánto la ha asustado aquella pesadilla. O despertar así.

—¿Roncaba? —pregunta—. Mi hermano me decía que ronco mucho.

La mira en silencio un momento y deja de sonreír. A Damaya cada vez le gustan menos esos pequeños silencios. No son solo pausas en la conversación ni momentos en los que ordena sus pensamientos. Parecen pruebas, aunque no está segura de su finalidad. Siempre la pone a prueba.

—Roncabas —dice al fin—. Sí. No te preocupes, no me voy a quejar de ello, como hacía tu hermano. —Y Schaffa sonrío, como si aquello fuera algo gracioso. El hermano que ya no tiene. Las pesadillas que la afligen.

Pero aquel hombre es la única persona a la que puede amar, así que asiente, vuelve a cerrar los ojos y se relaja a su lado.

—Buenas noches, Schaffa.

—Buenas noches, pequeña. Que la quietud colme tus sueños.

* * *

La estación del Hervor: 1842-1845. Período Imperial. Un punto caliente debajo del lago Tekkaris entró en erupción y lanzó al aire el vapor y las partículas suficientes para que se oscurecieran los cielos y tuviera lugar una lluvia ácida en las comas de las Surmelat, las Antárticas y las Costeras orientales. Las Ecuatoriales y las latitudes septentrionales no sufrieron las consecuencias gracias a los vientos y las corrientes marinas favorables, por lo que los historiadores no se ponen de acuerdo en si se trata de una estación «verdadera».

Las estaciones de Sanze, libro de texto
para niños de doce años en los creches

Uno más y tú hacéis dos

Por la mañana, te levantas y continúas tu camino, y el chico te acompaña. Los dos avanzáis a duras penas entre colinas y una lluvia de ceniza.

El chico se convierte en un problema de inmediato. Para empezar, está sucio. No lo viste bien la noche anterior debido a la oscuridad, pero está cubierto de barro reseco o reseándose, tiene ramitas pegadas y la Tierra sabe qué más. Es probable que lo haya alcanzado una avalancha: suele haber muchas durante los terremotos. De ser así, tiene suerte de estar vivo... Aun así, cuando se levanta y se estira tuerces el gesto al ver las manchas y las costras de barro que ha dejado en tu saco de dormir. Tardas veinte minutos en darte cuenta de que debajo de todo aquel desastre está desnudo.

Cuando le preguntas por ello (y por todo lo demás) se muestra reservado. No tiene edad para serlo, pero lo es. No sabe cómo se llaman la comu de la que viene, ni sus progenitores ni la gente que lo ha criado; en sus palabras, «no son muchos». Dice que no tiene padres. Tampoco sabe su apellido al uso, pero estás segura de que miente descaradamente. Aunque su madre no supiera quién es su padre, habría heredado el de la casta al uso de su madre. Es joven y puede que huérfano, pero no tan joven como para desconocer el mundo en el que vive. Los niños más jóvenes que él ya saben ese tipo de cosas. Uche solo tenía tres años y ya sabía que era un Innovador como su padre, y por eso sus juguetes eran herramientas, libros y objetos que usaba para construir cosas. También sabía que había muchas cosas que solo podía hablar con su madre, y solo cuando no había nadie alrededor. Cosas sobre el Padre Tierra y sus susurros. Uche las llamaba «cosas de las profundidades profundas».

Pero todavía no estás lista para pensar en ello.

En lugar de eso, reflexionas sobre el misterio de Hoa, porque hay mucho sobre lo que reflexionar. Cuando se levanta, te das cuenta de que es un pequeño renacuajo que apenas supera el metro de altura. Puede que actúe como si tuviera diez años, pero o bien es demasiado bajito para su edad o bien actúa con más madurez de la que debería. Piensas que es esto último, aunque no tienes claro por qué. No se puede decir mucho más sobre él, quizá que tiene la piel clara, ya que ves que las manchas de barro que lo cubren son grises en lugar de marrones. Quizá sea de algún lugar cercano a las Antárticas o de la costa occidental del continente, lugares habitados por gente de piel clara.

Y ahora se encuentra aquí, a miles de kilómetros de esos lugares, en la zona nororiental de las Surmelat, solo y desnudo. Muy bien.

Bueno, quizá le haya ocurrido algo a su familia. Quizá se mudaran a otra comu. Mucha gente lo hace: recogen sus cosas y pasan meses o años viajando a través del continente mientras suplican que los acepten en alguna comu en la que llamarán la atención como flores blancas en una pradera parduzca...

Quizá.

Muy bien.

Da igual.

Hoa también tiene los ojos de color geliris. Geliris de verdad. Te dio un poco de miedo por la mañana cuando te levantaste y te miró: cubierto por completo por ese barro oscuro que rodeaba dos puntos de un azul plateado brillante. No parece humano, al igual que el resto de las personas con los ojos de color geliris. Has oído que en Yumenes los ojos geliris son (eran) muy bien valorados en la casta al

uso de los Sementales. A los sanzeditos les gustaba que los ojos geliris fueran tan intimidantes y dieran un poco de miedo. Lo son, pero no son sus ojos lo que hace que Hoa te dé miedo.

También es demasiado alegre como para ser uno de ellos. Cuando te levantaste la mañana después de que se hubiera unido a ti, él ya estaba despierto y jugaba con tu lata de yesca. No había en todo el prado nada para hacer fuego, solo hierba, que se consumiría en cuestión de segundos aunque la encontraras seca y con la que era más que probable que desencadenaras un incendio. Por eso no la habías sacado de tu equipaje la noche anterior. Y ahora él la tenía en las manos y murmuraba para sí mientras jugueteaba con el pedernal, prueba de que había rebuscado entre tus cosas. Eso no te dejó de buen humor para el resto del día. No podías quitarte la imagen de la cabeza mientras recogías: ese chico que era obvio que había sobrevivido a un desastre, sentado desnudo en medio de la pradera mientras llovía ceniza a su alrededor y jugueteaba. Incluso tarareaba algo. Y cuando vio que te despertabas y lo mirabas, te sonrió.

Por eso has decidido llevarlo contigo, aunque creas que te miente sobre el hecho de no saber de dónde viene. Por eso. Porque... es un niño.

Cuando has terminado de preparar las cosas, lo miras y él te devuelve la mirada. Aprieta contra su vientre el fardo que viste la noche anterior: solo ves un montón de jirones enrollados alrededor de algo. Repiquetea un poco cuando lo aprieta. Ves que está nervioso, con esos ojos no puede esconder sus emociones. Tiene las pupilas enormes. Está inquieto, se apoya en un pie y usa el otro para rascarse el gemelo.

—Vamos —dices, y luego te giras para dirigirte hacia la carretera imperial. Intentas obviar el pequeño suspiro que suelta y la manera en la que trota para alcanzarte poco después.

Cuando vuelves a pisar la carretera hay varias personas que la recorren en pequeños grupos. Casi todos se dirigen hacia el sur. Sus pies remueven la ceniza, que por ahora solo es un polvo ligero. Son copos grandes. Por el momento no hacen falta máscaras, suponiendo que alguno de ellos se acordase de cargar con alguna. Un hombre camina junto a un carro desvencijado y un caballo que parece tener un esparaván. El carro va hasta arriba de pertrechos y personas mayores, aunque el que va andando no parece mucho más joven. Todos giran la cabeza hacia ti cuando apareces por detrás de la colina. Un grupo de seis mujeres que parecen viajar juntas para sentirse más seguras cuchichean al verte, y luego una de ellas le dice a otra en voz alta:

—¡Por el óxido de la Tierra, miradla! ¡No!

Al parecer, das la impresión de ser peligrosa. O indeseable. O ambas cosas.

O quizá sea la apariencia de Hoa la que les causa ese rechazo, así que te vuelves hacia el chico. Se detiene cuando lo haces y vuelve a poner un gesto de preocupación, mientras que tú sientes vergüenza por dejar que vaya por ahí con esas pintas, aunque no tengas la culpa de que un chico extraño se haya convertido en tu sombra.

Miras a tu alrededor. Hay un arroyo al otro lado de la vía. No tienes ni idea de cuánto queda para llegar a la siguiente estación de carretera: se supone que están dispuestas en las carreteras imperiales cada cuarenta kilómetros, pero la siguiente tal vez haya quedado inservible por el terremoto del norte. A tu alrededor ves más árboles, lo que indica que dejas atrás las llanuras, pero no los suficientes para que sean una buena cobertura. Además, casi todos están rotos a causa del terremoto. En parte es culpa de la ceniza, no puedes ver mucho más allá de un kilómetro de distancia. Lo que sí ves es que la llanura que rodea la carretera da paso a un terreno más irregular. Gracias a los mapas y a lo que le has escuchado a

la gente, sabes que al sur de las montañas Tirimas hay una pequeña y antigua falla que tal vez esté sellada, una franja de bosque joven que ha crecido después de la última estación, y también, quizás a unos ciento cincuenta kilómetros, las llanuras se convierten en salinas. Más allá de eso se encuentra el desierto, donde las comus son más escasas, están más distanciadas y suelen estar mejor defendidas que las que se encuentran en regiones más acogedoras.

(No crees que Jija se dirija hacia el desierto. Eso sería una estupidez. ¿Quién lo acogería en un lugar así?)

Estás segura de que por la carretera encontrarás comus antes de llegar a las salinas. Si logras adentrarte un poco al chico, es probable que alguna de ellas lo acoja.

—Ven conmigo —le dices, y sales del camino. Te sigue mientras bajas por la gravilla que rodea la carretera, y te das cuenta de que algunas de las rocas son muy afiladas y de que tendrás que añadir un buen par de botas a la lista de cosas que le tienes que conseguir. Por suerte no se hace daño en los pies, aunque sí que se resbala con la gravilla y cae por la pendiente. Te acercas rápido a él cuando deja de rodar, pero ya se encuentra sentado y con gesto contrariado, porque ha caído de lleno en el barro que se ha formado a ambos lados del arroyo.

—Arriba —dices mientras le tiendes la mano.

Mira la mano y, por un momento, te sorprende ver incomodidad en su mirada.

—Estoy bien —responde, mientras desprecia tu mano y se pone en pie por su cuenta, chapoteando en el barro. Luego pasa a tu lado a toda velocidad para recoger el fardo de harapos que había perdido en la caída.

Pues vale, mocosos desagradecidos.

—Quieres que me lave —dice. Es una pregunta.

—¿Cómo lo has adivinado?

No parece darse cuenta del sarcasmo. Deja el fardo en el suelo de gravilla, se mete en el agua hasta que le llega por la cintura y luego se agacha para frotarse. Verlo así te hace recordar algo y rebuscas en tus cosas hasta que sacas una pastilla de jabón. Se gira cuando le silbas y se la lanzas. Te molesta que no sea capaz de cogerla al vuelo, pero se mete en el agua al momento y sale de ella con el jabón en las manos. Luego te ríes, porque lo mira como si nunca hubiera visto algo así.

—¿Qué tal si te froto?

Gesticulas para indicarle cómo hacerlo, sin dejar a un lado el sarcasmo. Él se limita a enderezarse y sonreír un poco, como si le hubieras aclarado las cosas. Luego te hace caso.

—En el pelo también —dices, hurgando de nuevo en el saco sin dejar de echar un ojo a la carretera. Algunos de los que pasan por ella miran hacia abajo para ver qué haces, con gestos de curiosidad o de desaprobación, pero la mayoría ni se molesta en mirar. Lo prefieres.

Buscas tu otra camiseta. Al chico le quedará como un vestido, así que cortas un pedazo del rollo de cuerda que llevas encima para que la use como cinturón y se la ajuste por debajo de la cintura para cubrirse las vergüenzas y para que se caliente un poco el torso. A la larga no le servirá para mucho, claro. Los acervistas dicen que las cosas no tardan mucho en ponerse muy frías cuando empieza una estación. Tendrás que descubrir si están dispuestos a venderte ropa y otros suministros en el próximo pueblo que encuentres, si es que todavía no han declarado la Ley Estacional.

El chico sale del agua y te quedas mirando.

Eso ya es otra cosa.

Ahora que ya no lo cubre el barro, ves que tiene el pelo seco como si fuera soplocinéreo, la textura impermeable tan codiciada por los sanzedinos, y que se le empieza a poner tieso y a encrespar a medida que se seca. Lo tiene tan largo como para calentarle la espalda. Pero no es de color gris, como debería, sino blanco. Y tiene la piel blanca, más que pálida, una tonalidad tan blancuzca que ni siquiera la has visto en los habitantes de las Antárticas. Encima de sus ojos color geliris tiene las cejas blancas. Blanco, blanco y blanco. Al caminar casi se le confunde con el entorno en medio de aquella lluvia de ceniza.

¿Será albino? Es posible. Su cara también tiene algo raro. Te preguntas qué será, y luego te das cuenta: no tiene ningún rasgo sanzedino, a excepción de la textura de su pelo. Tiene las mejillas anchas y la mandíbula y los ojos angulosos, atributos que te resultan francamente extraños. Tiene los labios carnosos pero estrechos, tanto que te preguntas si no tendrá problemas para alimentarse, aunque sabes que es imposible porque de lo contrario no habría sobrevivido hasta ahora. También es bajo. No solo bajo, sino también ancho, como si los suyos estuvieran hechos de una firmeza diferente de la que la Antigua Sanze ha cultivado durante milenios. Quizá los de su raza sean todos así de blancos, sean quienes sean.

Pero nada de aquello tiene sentido. Todas las razas del mundo actual tienen algo de sanzedinos. No es de extrañar, ya que gobernaron la Quietud durante siglos y, en cierto modo, siguen haciéndolo. Y en algunos momentos no se lo tomaron de manera tan pacífica, así que hasta las razas más insulares tienen algo de sanzedinas, quisieran sus ancestros o no. Las particularidades raciales se miden atendiendo a las desviaciones sobre la media sanzedina. Pero está claro que la raza a la que pertenece el chico se las ha ingeniado para mantenerse al margen.

—Por el fuego de las profundidades, ¿qué eres? —preguntas antes de darte cuenta de que podrías herir sus sentimientos. Unos días terroríficos y ya te has olvidado de cómo tratar a los niños.

Pero el chico solo parece sorprendido. Luego sonrío.

—¿El fuego de las profundidades? Qué rara eres. ¿Ya estoy limpio?

Te desconcierta tanto que el chico te llame rara que tardas un rato en darte cuenta de que ha esquivado tu pregunta.

Niegas con la cabeza, como respondiéndote a ti misma. Luego extiendes la mano para pedirle que te devuelva el jabón.

—Sí. Toma.

Y le pasas la camisa por encima para ayudarlo a que meta los brazos y la cabeza. Lo hace con torpeza, como si no estuviera acostumbrado a que lo vistan. Aun así, te resulta más fácil que vestir a Uche. Al menos, este chico es mucho más tranquilo...

Te detienes.

Dejas de pensar durante un rato.

Cuando vuelves en ti misma, el día está más claro y Hoa está echado en el césped que hay cerca. Ha pasado al menos una hora. Quizá más.

Te humedeces los labios y te concentras en él de una forma incómoda, como si esperaras a que diga algo sobre tu... ausencia. Pero él se limita a espabilarse cuando ve que vuelves a reaccionar, se pone en pie y espera.

Muy bien. Es posible que, al fin y al cabo, no os llevéis tan mal.

Cuando volvéis a la carretera, el chico caminabien a pesar de no llevar zapatos, y lo miras con atención en busca de señales que denoten cansancio o debilidad. Te detienes con más frecuencia de lo que lo harías si estuvieras sola, y él parece agradecer los descansos. Aparte de eso, lo lleva bien. Un pequeño incansable.

—No puedes quedarte conmigo —dices, a pesar de ello, en una de vuestras paradas. No quieres que se haga ilusiones—. Intentaré encontrarte una comu. Nos encontraremos con varias por la ruta si tienen las puertas abiertas para comerciar. Pero yo tengo que seguir mi camino, aunque encuentre un lugar para ti. Busco a alguien.

—A tu hija —dice el chico, y te pones tensa. Pasa un rato. El chico hace caso omiso de tu sorpresa y empieza a canturrear y a acariciar su fardo de andrajos como si se tratara de una mascota.

—¿Cómo lo sabes? —susurras.

—Es muy fuerte, aunque no estoy seguro de que sea ella, claro. —El chico te vuelve a mirar y sonrío, ajeno a la manera en la que lo miras—. Hay varios de los tuyos en esa dirección. Eso siempre complica las cosas.

En aquel momento deberías pensar en muchas cosas, pero solo reúnes el valor suficiente para articular una de ellas:

—Sabes dónde está mi hija.

Vuelve a canturrear, como si obviara lo que acabas de decir. Estás segura de que sabe que lo que acabas de decir parece una locura. Estás segura de que, detrás de aquella expresión inocente, se está riendo.

—¿Cómo?

Se encoge de hombros.

—Lo sé, y ya está.

¿Cómo? No es un orogén: lo sabrías. Y, aunque lo fuera, los orogenes no pueden rastrear entre ellos como si fueran perros, ni seguirse desde lejos como si la orogenia dejara a su paso un olor. Solo un Guardián es capaz de hacer algo así, y solo si el orograta es un ignorante o un estúpido que lo permite.

El chico levanta la cabeza, e intentas no amilanarte.

—Lo sé y ya está, ¿vale? Es una habilidad que tengo. —Desvía la mirada—. Es algo que siempre he podido hacer.

Dudas. Pero. Nassun.

Estarías dispuesta a comprarle cualquier tontería si fuera capaz de ayudarte a encontrarla.

—Bien —dices. Despacio, porque es una locura. Estás loca, pero ahora sabes que tal vez el chico también lo esté y debes andarte con cuidado. Pero el mero hecho de pensar en la pequeña posibilidad de que no esté loco o de que esa locura de la que habla funcione de verdad...

—¿A qué... a qué distancia se encuentra?

—A muchos días a pie. Va más rápido que tú.

Eso es porque Jija se llevó el carro y el caballo.

—Nassun sigue viva.

Haces una pausa al decirlo. Demasiadas emociones que reprimir. Rask te había dicho que Jija se había marchado de Tirimo con ella, pero te aterraba pensar que siguiera viva. Aunque una parte de ti no quería creer que Jija fuera capaz de matar a su propia hija, la otra no solo lo creía, sino que además se lo

esperaba. Prepararte para el dolor es una de tus viejas costumbres.

El chico asiente y te mira, con una solemnidad algo extraña en su pequeña cara. Este niño no da la impresión de ser un niño, piensas luego, abstraída.

Pero si es capaz de encontrar a tu hija, te daría lo mismo si fuera el mal de la Tierra reencarnado.

Hurgas en tus cosas hasta que encuentras la cantimplora, la que tiene el agua buena. Rellenaste la otra en el arroyo, pero todavía hay que hervirla. Echas un trago y se la tiendes. Cuando ha terminado de beber, le das un puñado de pasas. Niega con la cabeza y te las devuelve.

—No tengo hambre.

—No has comido.

—No como mucho. —Recoge su fardo. Quizá tenga suministros en él. No importa. La verdad es que te da igual. No es hijo tuyo. Solo sabe dónde se encuentra tu hija.

Deshaces el campamento y continúas el viaje hacia sur, y esta vez el chico camina a tu lado y dirige la marcha con sutileza.

* * *

Escuchad, escuchad bien.

Hubo una era antes de las estaciones en la que la vida y la Tierra, su padre, prosperaron por igual. (La vida también tuvo una madre, pero le ocurrió algo terrible.) Nuestro Padre Tierra sabía que necesitaba que fuéramos ingeniosos, así que usó las estaciones para que nos diferenciáramos de los animales: conseguimos manos ingeniosas para crear cosas, mentes ingeniosas para resolver problemas, lenguas ingeniosas para trabajar juntos y glándulas sesapinales ingeniosas que nos advirtieran del peligro. La gente se convirtió en lo que el Padre Tierra necesitaba que fuera, y mucho más. Luego nos rebelamos contra él, y desde entonces ha dirigido su odio ardiente contra nosotros.

Recordad, recordad bien lo que os digo.

Discurso acervista, «La creación de las tres gentes»,
primera parte

Sienita en la vía rápida

Llega un momento en que Sienita necesita saber cómo se llama su instructor. El hombre le dice que se llama Alabastro, y ella da por hecho que alguien se lo puso con ironía. Tiene que llamarlo más a menudo por su nombre, porque no deja de quedarse dormido en la silla durante los largos días de camino. Eso la obliga a ser la que tiene que prestar atención a la ruta y estar pendiente de los peligros, además de matar el tiempo. El hombre se despierta de inmediato cuando le mienta el nombre, lo que la primera vez le hizo pensar que fingía dormir para evitar hablar con ella. Cuando le cuenta aquello, el hombre parece molesto y responde:

—Pues claro que estaba durmiendo de verdad. Si quieres que esta noche haga algo útil, déjame dormir.

Eso la molesta, porque no es él quien tiene que dar a luz a un bebé por el bien del Imperio y de la Tierra. Tampoco es que se esforzara mucho durante el sexo, que resultó ser una experiencia corta y aburrida.

Pero cuando llevan más o menos una semana de viaje, Sienita se da cuenta de lo que ha hecho durante las cabalgadas de día y hasta por la noche, cuando están echados y pegajosos del sudor dentro del saco de dormir que comparten. Piensa que no es raro que se le haya pasado, ya que es algo que el hombre no deja de hacer en ningún momento, como un débil murmullo en una habitación abarrotada de gente. El hombre ha estado sofocando todos los terremotos de la zona. Todos, no solo los que siente la gente. También los pequeños ajustes y las tensiones infinitesimales de la tierra, algunos de los cuales habrían llegado a convertirse de forma aleatoria en movimientos mayores. Pasen por donde pasen Alabastro y ella, dichos movimientos se detienen por un tiempo. La quietud sísmica es algo normal en Yumenes, pero no debería existir en esas tierras interiores, donde apenas hay cobertura de la red de nódulos.

Cuando Sienita se da cuenta de eso siente... desconcierto. Porque no hay razón para sofocar los microsismos, y hacerlo puede empeorar las cosas la próxima vez que haya un terremoto de mayor intensidad. Fueron muy claros al respecto cuando se lo enseñaron, cuando no era más que una balasto que aprendía geometría y sismología básica: la tierra no se puede contener. Se puede redirigir, pero no detener: ese es el objetivo de un orogén.

Reflexiona sobre todo aquello durante varios días a medida que recorren la vía rápida que transcurre entre Yumenes y Allia, debajo de aquel obelisco rotatorio que brilla como una montaña hecha de turmalina en las partes que tienen la densidad suficiente para tapar la luz del sol. La vía rápida es el camino más rápido entre las capitales de los dos cuadrantes y está construida de la forma más directa posible, de maneras que solo se atreverían en la Antigua Sanze: elevada sobre extensos puentes de piedra que cruzan amplios cañones y, en ocasiones, por túneles que atraviesan montañas demasiado altas para escalar. Eso significa que el viaje por la costa les llevará unas pocas semanas si todo marcha bien, la mitad de lo que les llevaría por una carretera secundaria.

Pero vaya si las vías rápidas son aburridas, por el óxido y el hedor de la Tierra. Mucha gente cree que son trampas mortales que pueden activarse en cualquier momento, aunque lo cierto es que suelen ser más seguras que las carreteras normales: todas las carreteras imperiales fueron construidas por un equipo de genieros y orogenes y colocadas a propósito en lugares que se consideraban estables. Algunas de ellas

han sobrevivido varias estaciones. A lo largo de esos días, Sienita y Alabastro se topan con mercaderes ambulantes atareados, mensajeros y la patrulla del cuadrante local. Todos ellos los miran de reojo al verlos llevar uniformes negros del Fulcro, pero no se dignan dirigirles la palabra. Hay algunas comus a lo largo de los desvíos de la ruta pero muy pocas tiendas en las que comprar suministros, aunque sí plataformas repartidas de manera regular por la carretera con zonas preparadas y techadas en las que acampar. Siena se ha pasado todas las tardes aplastando bichos al lado de una fogata, sin nada más que hacer que observar lo que hace Alabastro. Y también tener relaciones sexuales con él, aunque eso dura apenas unos minutos.

Pero lo que hace ahora es interesante.

—¿Para qué lo haces? —pregunta al fin Sienita, tres días después de darse cuenta de que se dedica a sofocar microsismos. Lo ha hecho de nuevo mientras esperaba la cena: pan del camino caliente con pedazos de carne y ciruelas pasas, apetitoso. Bosteza al hacerlo, aunque es obvio que su esfuerzo le habrá costado. La orogenia siempre tiene un coste.

—¿Hacer el qué? —pregunta mientras neutraliza una réplica y aviva el fuego con cara de aburrimiento. A Sienita le dan ganas de pegarle.

—Eso.

Arquea una ceja.

—Vaya, lo sientes.

—¡Pues claro que lo siento! ¡No dejas de hacerlo!

—Pues no habías dicho nada hasta ahora.

—Porque intentaba descubrir qué era lo que hacías.

Se queda desconcertado.

—Pues quizá deberías haber preguntado.

Como siga lo va a matar. Parece que el sentimiento se transmite a través del silencio, porque el hombre tuerce el gesto y se explica, al fin:

—Lo hago para darles un respiro a los encargados de mantenimiento. Cada microsismo que sofoco los alivia un poco de trabajo.

Siena sabe que hay encargados en los nódulos. De igual manera que las carreteras imperiales conectan a los siervos del antiguo Imperio con Yumenes, los nódulos conectan los alejados cuadrantes con el Fulcro para que su protección llegue lo más lejos posible. Hay puestos remotos por todo el continente y en los lugares que los orogenes superiores consideran los mejores para manipular las fallas y los puntos calientes. En cada uno de esos puestos hay un orogén del Fulcro, cuya única tarea consiste en mantener estable la zona. En las Ecuatoriales, las zonas de protección de los nódulos se solapan, por lo que no hay ni la más mínima sacudida. Yumenes se ha podido desarrollar como lo ha hecho gracias a esto, y a la presencia del Fulcro en su centro. Pero fuera de las Ecuatoriales, esas zonas están más espaciadas para que la protección llegue a la mayor cantidad de población posible, por lo que hay lagunas en la red interconectada. No sale a cuenta, o eso dicen los superiores del Fulcro, poner nódulos al lado de cada comu ganadera o minera de las tierras interiores. Las gentes de esos lugares se las arreglan por su cuenta como bienamente pueden.

Siena no sabe nada sobre los pobres desgraciados a quienes les han asignado una tarea tan tediosa, pero se alegra muchísimo de que no se lo hayan sugerido nunca. Es el típico trabajo que les dan a los

orogenes que nunca llegarán más allá del cuarto anillo, los que tienen mucho poder pero son incapaces de controlarlo. Al menos pueden dedicarse a salvar vidas, aunque eso los condene a pasarse las suyas entre el anonimato y la soledad.

—Quizá deberías dejar los micro a los responsables de mantenimiento de los nódulos —sugiere Sienita. La comida ya está caliente, así que usa un palo para sacarla del fuego. La boca se le hace agua en contra de su voluntad. El día ha sido largo—. Por la Tierra, es probable que necesiten hacer algo para no morir de aburrimiento.

Prueba la comida, y no parece reparar en el silencio del hombre hasta que le ofrece su parte. Sienita frunce el ceño porque vuelve a ver ese gesto en su cara. Ese odio. Y, por lo menos esta vez, una parte de él va dirigido a ella.

—Supongo que nunca has estado en un nódulo.

Por el óxido de la Tierra.

—Pues no. ¿Para qué?

—Porque deberías. Todos los orogratas deberían.

Sienita se encoge un poco cuando el hombre pronuncia aquella palabra. En el Fulcro es delito usarla, así que solo está acostumbrada a oírla en los murmullos apagados de la gente que pasa a su lado por el camino o cuando los balastos se las dan de duros porque no hay instructores cerca. Es una palabra tan fea, cruel y desagradable... Escucharla es como recibir un golpetazo en la oreja. Pero Alabastro la pronuncia de la misma manera que el resto pronuncia «orogén».

El hombre sigue hablando con el mismo tono distante.

—Y si puedes sentir lo que estoy haciendo, eso significa que tú también eres capaz de hacerlo.

Aquello hace que Siena se enfade y se asuste un poco más.

—Por el fuego de la Tierra, ¿para qué querría sofocar microsismos? Lo único que conseguiría es... —

En ese momento se queda en silencio, porque casi dice «estar tan cansada y ser tan inútil como tú», y eso suena muy antipático. Y también se da cuenta de que quizás el hombre haya estado tan cansado y sido tan inútil precisamente por hacerlo.

Si es tan importante como para que el hombre se haya agotado de esa manera, quizá la que se equivoque es ella, por rechazarlo sin pensarlo mejor. Al fin y al cabo, los orogenes tienen que cuidarse entre ellos. Suspira.

—Muy bien. Supongo que no me costará mucho ayudar a un pobre desgraciado que vive en la nada más absoluta y cuya única ocupación en esta vida es mantener la tierra estable.

Al menos así pasará el tiempo más rápido.

El hombre se relaja un poco, y ella se sorprende al verlo sonreír. No suele hacerlo. Pero parece que se equivoca: el músculo de la mandíbula no deja de retorcerse. Se ha enfadado por algo.

—Hay una estación de nódulo a dos días de viaje desde la próxima salida de la vía rápida.

Siena espera a que termine la frase, pero el hombre empieza a comer y a emitir unos sonidos de placer que seguro que tienen más que ver con el hambre que con el hecho de que la comida esté buena. Como ella también tiene hambre, empieza a engullir... pero luego frunce el ceño.

—Espera. ¿Tienes pensado pasar por esa estación? ¿Te refieres a eso?

—Vamos a pasar, sí.

Alabastro le dedica una mirada con la que parece que le da una orden, y en ese momento la chica lo

odia más que nunca.

Esa reacción es del todo irracional. Alabastro le lleva seis anillos de ventaja, y seguro que le llevaría más si el décimo anillo no fuera el último, y ha escuchado rumores sobre su habilidad. Si se enfrentaran, él destrozaría su toro desde dentro y la congelaría en un abrir y cerrar de ojos. Solo por eso, Sienita debería ser amable con él. Para ganarse su favor, algo que sería muy útil, y subir de rango dentro del Fulcro, también debería caerle bien.

Ha intentado ser educada con él y también halagarlo, pero no funciona. Finge que no la entiende o la insulta hasta que se calla. Ha hecho todo lo que los estudiantes del Fulcro hacen para mostrar respeto a los instructores, pero lo único que consigue es molestarlo. Eso la enfada, cosa que a él parece complacerle.

Por ello, aunque no lo haría nunca con otro instructor, le dice:

—Sí, señor.

Y pasan el resto de la tarde en un silencio incómodo y atronador.

Van a la cama y Sienita se acerca a él, como es costumbre, pero esa vez el hombre se pone de lado y le da la espalda.

—Lo haremos por la mañana, si es que tenemos que hacerlo. ¿No deberías tener ya la menstruación?

Esas palabras hacen que Sienita se sienta como la mayor paleta del mundo. Es obvio que él odia el sexo tanto como ella, pero es terrible que haya contado los días para descansar y ella lo haya obviado. Se pone a hacerlo a duras penas, porque no recuerda el día exacto en que le vino la última, y... tiene razón. Se le ha retrasado.

La chica, sorprendida, se queda en silencio. El hombre suspira, ya medio dormido.

—Que se haya retrasado no significa nada. Los viajes afectan mucho al cuerpo. —Bosteza—. Lo haremos por la mañana.

Por la mañana copulan. No hay otra palabra con la que describirlo: una más vulgar no quedaría bien porque es demasiado soso y no es necesario usar eufemismos para que suene menos íntimo, porque no es algo íntimo. Es superficial. Hacer ejercicio, como cuando aprendió aquellos estiramientos previos a un día de cabalgada. Esta vez es más enérgico porque el hombre ha descansado antes; ella casi lo disfruta, y él hasta emite algún sonido cuando se corre. Pero no hay más. Cuando terminan, él se queda tumbado y mira mientras ella se levanta y se lava en una palangana junto al fuego. Está tan acostumbrada a hacerlo que empieza mientras él le pregunta.

—¿Por qué me odias?

Sienita hace una pausa, y durante unos instantes se plantea mentir. Si estuvieran en el Fulcro, mentiría. Si fuera otro de esos instructores obsesionados con los buenos modales y con asegurarse de que los orogenes del Fulcro se comporten adecuadamente en cualquier situación, mentiría. Pero él le ha dejado claro que prefiere la sinceridad, aunque sea inapropiada. Así que Sienita suspira y dice:

—Porque te odio.

Gira sobre sí mismo y se pone bocarriba para mirar el cielo, y ella da por terminada la conversación, hasta que el hombre sigue hablando.

—Creo que me odias porque... porque soy alguien al que puedes odiar. Porque estoy aquí. Me tienes a mano. Pero, en realidad, lo que odias es el mundo.

Al escucharlo, Sienita tira el trapo que ha usado para lavarse en el cuenco de agua y lo mira

fijamente.

—El mundo no dice tonterías como esa.

—No me interesa entrenar a una adúladora. Quiero que conmigo seas tú misma y, cuando lo eres, te cuesta dirigirte a mí con palabras educadas, sin importar lo bien que te trate yo.

Visto así, se siente un poco culpable.

—¿Qué insinúas, pues? ¿Que odio el mundo?

—Odias nuestra forma de vida. La manera en la que el mundo nos obliga a vivir. Que no tengamos elección entre pertenecer al Fulcro o escondernos y que nos den caza como a perros si nos encuentran. O que nos convirtamos en monstruos e intentemos destruirlo todo. Hasta dentro del Fulcro debemos ser cuidadosos para actuar de la manera que ellos quieren que lo hagamos. No podemos... ser nosotros mismos. —Suspira y cierra los ojos—. Tiene que haber una manera mejor de hacer las cosas.

—No la hay.

—Tiene que haberla. Sanze no puede ser el primer Imperio que ha logrado sobrevivir a unas pocas estaciones. A nuestro alrededor hay pruebas de que se puede vivir de otra forma, de otros que también llegaron a ser poderosos.

Levanta la mano hacia la vía rápida y señala hacia la extensión de tierra que los rodea. Están cerca del Gran Bosque Oriental, que no es más que una superficie de árboles que suben y bajan hasta donde alcanza la vista. A excepción de...

... a excepción de que en el lejano horizonte ve algo parecido a una mano esquelética de metal que sobresale de los árboles con los dedos hacia el cielo. Son otras ruinas, y deben de ser gigantescas si se ven desde aquí.

—Difundimos el litoacervo —dice Alabastro mientras se sienta—, pero nunca intentamos dejar constancia de las cosas que se han intentado, de algo diferente que podría haber funcionado.

—Porque no han funcionado. Esa gente está muerta y nosotros seguimos vivos. Nuestra manera es la correcta y ellos estaban equivocados.

El hombre le dedica una mirada que ella interpreta como un «ni me voy a molestar en decirte lo estúpido que ha sonado eso», aunque es probable que no piense eso. Él tiene razón: a Sienita no le gusta.

—No se me escapa que la única educación que has recibido es la del Fulcro, pero piensa por un momento, ¿vale? La supervivencia no es sinónimo de que se haga lo correcto. Podría matarte ahora mismo, pero eso no me convertiría en mejor persona.

Quizá no, pero a ella le daría igual. También le ofende la naturalidad con la que asume que es más débil, aunque tenga toda la razón.

—Muy bien. —Sienita se levanta y empieza a vestirse, poniéndose la ropa entre espasmos—. Dime qué alternativa hay, entonces.

El hombre se queda en silencio un momento. Luego, ella se gira para mirarlo y ve que la mira, incómodo.

—Bueno... —empieza—. Podríamos intentar que los orogenes dirijan las cosas.

Sienita casi se ríe.

—No pasarían ni diez minutos antes de que todos los Guardianes de la Quietud vinieran a lincharnos y trajeran consigo a medio continente para mirar y animarlos.

—Nos matan porque el litoacervo no desperdicia oportunidad alguna de asegurar que somos el mal

desde que nacemos, intermediarios del Padre Tierra, monstruos que ni se pueden hacer llamar humanos.

—Sí, pero no se puede cambiar el litoacervo.

—El litoacervo no para de cambiar, Sienita. —No suele llamarla por su nombre, por lo que llama su atención—. Cada civilización aporta algo, y las partes que no les son útiles a la gente de esa era se olvidan. Por eso la segunda tablilla está tan estropeada: porque alguien, hace tiempo, decidió que no era importante o que se equivocaba, y no se preocupó de mantenerla. O quizá lo hicieran de manera deliberada para intentar que desapareciera, y por eso hay tantas de las primeras copias que también están dañadas, justo de la misma manera. Los arqueomestros encontraron tablillas antiguas en las ruinas de las ciudades de la llanura Tapita y copiaron el litoacervo, en teoría para que pasara a las generaciones futuras. Pero lo que había en las tablillas era diferente, y mucho, de lo que aprendimos en la escuela. Por lo que sabemos, la imposibilidad de cambiar el acervo es un añadido reciente.

No lo sabía. Frunce el ceño. Eso también hace que prefiera no creerlo, o que al menos vuelva a aflorar su aversión por él. Es que... el litoacervo es más antiguo que el conocimiento. Es la razón misma de que la humanidad haya sobrevivido a lo largo de las quintas estaciones, de que se haya ayudado mientras el mundo se volvía oscuro y frío a su alrededor. Los acervistas cuentan historias de lo que ocurre cuando la gente (líderes políticos, filósofos, entrometidos con buenas intenciones o cualquier otra) intenta cambiar el acervo. Se produce un desastre inevitable.

Por ello no le cree.

—¿Cómo sabes lo de las tablillas de Tapita?

—Me han encargado misiones fuera del Fulcro desde hace veinte años. Tengo amigos en todas partes.

¿Amigos que hablan con orogenes de herencia histórica? Suena absurdo, pero aun así...

—En ese caso, ¿cómo se cambiaría el acervo para que...?

No le ha prestado atención al estado de los estratos que la rodean porque está más concentrada en aquella conversación de lo que quiere admitir. Pero él parece seguir sofocando terremotos incluso mientras hablan. Además, el decanillado es él, así que es normal que sea él quien de improviso se tambalee, aspire con fuerza y se gire hacia el horizonte occidental, como si unas cuerdas tiraran de él. Siena frunce el ceño y mira hacia el mismo lugar. El bosque de esa zona de la vía rápida es irregular debido a la explotación forestal y tiene dos carreteras secundarias que se pierden en la espesura. También ve las ruinas de otra civitusta, una cúpula reducida a poco más que escombros a lo lejos, y tres o cuatro pequeñas comus amuralladas que adornan la arboleda por aquí y por allá. No sabe a qué ha reaccionado...

... hasta que en ese momento lo sesapina. ¡Aciaga Tierra, es de los grandes! Uno de ocho o de nueve. No, mayor. El punto caliente se encuentra a unos trescientos kilómetros, en las afueras de una pequeña ciudad llamada Mehi, pero... No puede ser. Mehi está en la frontera de las Ecuatoriales y debería estar bien protegida por la red de nódulos. ¿Por qué...?

Las razones dan igual. Dan igual porque Sienita ve cómo aquel terremoto hace temblar todo el terreno que rodea la vía rápida y que se retuerzan todos los árboles. Algo va mal, la red ha fallado y el punto caliente situado debajo de Mehi se dirige hacia la superficie. Desde el lugar en el que se encuentra, los prototemblores tienen incluso la fuerza suficiente para dejarle un regusto a metal viejo en la boca y que le escueza la parte interna de las uñas. Hasta los testáticos menos sensibles a la sesuna sentirían algo así, esa andanada constante de ondas que haría repiquetear su vajilla y a los ancianos jadear y agarrarse la

cabeza mientras los bebés prorrumpen en llantos. Si nada detiene aquello, los testáticos lo sentirán mucho más cuando un volcán entre en erupción a sus pies.

—Pero ¿qué...?

Sienita empieza a girarse hacia Alabastro, pero se detiene, sorprendida, al ver cómo gruñe en el suelo a cuatro patas.

Un instante después, Sienita lo siente expulsar una onda expansiva de energía orogénica pura que desciende por los pilares de la vía rápida y penetra en el esquistos disgregado del suelo. No se trata de energía propiamente dicha, sino de la fuerza de voluntad de Alabastro y de la energía que alimenta, pero la chica no puede evitar sentir cómo dicha confluencia se dirige a toda velocidad, mucho más rápido de lo que ella podría hacerlo, hacia la agitación que resuena a lo lejos.

E incluso antes de que Siena se dé cuenta de lo que ocurre, Alabastro la agarra de una manera que ella no había sentido nunca. Siente cómo alguien dirige y se apropia de su misma conexión con la tierra, su conciencia orogénica, y eso no le gusta nada. Pero algo la quema cuando intenta recuperar el control de su poder, como si se tratara de una fricción, y en el mundo real suelta un grito y cae de rodillas sin saber qué está pasando. Alabastro los ha ligado de alguna manera, y usa la fuerza de la chica para amplificar la suya sin que ella pueda hacer nada al respecto.

Están juntos, se zambullen al unísono en la tierra y atraviesan girando el gigantesco y mortífero foso abrasador en el que se ha convertido el punto caliente. Es enorme, mide kilómetros y es más grande que montañas enteras. Alabastro hace algo, algo sale disparado, y de improviso Sienita grita de agonía, un dolor que cesa casi al instante. Lo han redirigido. El hombre lo vuelve a hacer, y esa vez la chica se da cuenta: la protege del calor, de la presión y de la rabia del punto caliente. A él no le molesta porque también se ha convertido en calor, presión y rabia, se ha armonizado de una manera que Siena solo ha conseguido hacer con pequeñas cámaras de magma en estratos estables, lo que en ese caso sería comparar las chispas de una fogata con una tormenta de fuego. Para ella es imposible llegar a ese nivel. Se podría decir que el hombre se aprovecha de su poder, pero también descarga toda la energía que ella no puede procesar y la expulsa antes de que sobrecargue sus sentidos, y... La verdad es que no se entera mucho de lo que ocurre. El Fulcro entrena a los orógenos para que no se extralimiten, y no dice nada de lo que les pasa a los que lo hacen.

Antes de que Sienita pueda procesarlo todo, antes de que siquiera pueda hacer acopio de los medios necesarios para ayudarlo ahora que sabe que no puede escapar, Alabastro hace otra cosa. Algo similar a un puñetazo brusco. Perfora algo en algún lugar. Al mismo tiempo, comienza a menguar la presión ascendente de la burbuja de magma. Los impulsa hacia atrás, hacia fuera de las llamas, hacia la tierra que no ha dejado de vibrar; y en ese momento Sienita sabe lo que debe hacer porque lo que siente no son más que terremotos, no es la ira personificada del Padre Tierra. Algo cambia en aquel momento, y la chica puede disponer de la fuerza del hombre. Por la Tierra, cuánta fuerza. Es un monstruo. Y a pesar de ello es sencillo. Le resulta fácil suavizar las ondas, sellar las grietas y reforzar el estrato roto para que no se forme una nueva falla en aquel lugar donde la tierra ha recibido la presión y se ha debilitado. Es capaz de sesapinar las estrías a lo largo de la superficie con una claridad que nunca había experimentado. Las alisa y endurece la tierra que las cubre con una concentración quirúrgica que le era desconocida hasta entonces. Y mientras el punto caliente se asienta para convertirse en otra amenaza contemplativa más y se sofoca el peligro, vuelve a ser consciente de su cuerpo, y ve a Alabastro hecho un ovillo a sus pies, y de

que los rodea una capa de hielo similar a una quemadura que empieza a evaporarse.

Sienita tiembla a cuatro patas. Cuando intenta moverse, le cuesta muchísimo no caerse de morros. Los codos están a punto de cederle, pero se obliga a hacerlo. Se arrastra un metro o dos y llega hasta donde se encuentra Alabastro, que parece estar muerto. Le toca el brazo, y bajo la tela del uniforme nota que tiene el músculo duro, contraído en lugar de flácido, lo que da por buena señal. Lo sacude un poco, se acerca y ve que tiene los ojos bien abiertos y la mira fijamente, no con la inexpresividad característica de los muertos, sino con sorpresa genuina.

—Hesionita tenía razón —susurra de improviso. Ella da un brinco: no esperaba que estuviera consciente.

Maravilloso. Está en una vía rápida en medio de la nada, medio muerta, alguien acaba de usar su orogenia en contra de su voluntad y el único que puede ayudarla es el mismo capullo, oxidado y poderoso hasta decir basta, que lo ha hecho. Intenta recobrar la compostura después de... de...

La verdad es que no tiene ni idea de lo que acaba de pasar. No tiene sentido. Los seísmos no ocurren así. Los puntos calientes que llevan eones estables no explotan de repente. Siempre hay algo que los activa: un movimiento de placas, una erupción volcánica, un decanillado de mal humor... Siempre hay algo. Y al tratarse de algo tan potente, Sienita debería haberlo sesapinado. Debería haber sentido algo antes de escuchar la respiración entrecortada de Alabastro.

Pero por el óxido de la Tierra, ¿qué ha hecho Alabastro? No consigue hacerse a la idea. Los orogenes no pueden actuar juntos. Es algo que está probado: cuando dos orogenes intentan ejercer la misma influencia sobre el mismo acontecimiento sísmico, el que tiene mayor control y precisión se hace con el control. El débil puede seguir intentándolo, lo que los debilitaría a ambos, o el más fuerte podría atravesar el toro de ambos y congelarlos juntos con todo lo demás. Por ese motivo los orogenes con más experiencia dirigen el Fulcro, no solo porque tienen más experiencia, sino también porque pueden matar a cualquiera que se les oponga, cosa que no deberían hacer. Y por ese motivo los decanillados pueden elegir: nadie puede obligarlos a hacer nada. Excepto los Guardianes, claro.

Pero lo que ha hecho Alabastro es muy peculiar, a la par que inexplicable.

Al óxido con todo. Sienita consigue sentarse antes de desplomarse. El mundo gira a su alrededor, y ella se abraza las rodillas levantadas y agacha la cabeza un rato. Hoy no han adelantado camino, ni lo harán. Siena no tiene fuerzas para montar, y no parece que Alabastro pueda salir del saco de dormir. Ni siquiera ha llegado a ponerse la ropa. Se ha limitado a hacerse un ovillo y temblar con el culo al aire, hecho un despojo.

Por todo eso Siena se levanta y empieza a hurgar en el equipaje hasta que encuentra derminther mela: unos pequeños melones de piel dura que crecen bajo tierra durante las estaciones, o eso es lo que dicen los geomestros. Luego los calienta en los restos del fuego y se alegra de que no se haya apagado del todo. Se han quedado sin madera ni combustible, pero las brasas son suficientes para cocinar la mela, así que podrán cenar en unas horas. También saca un fardo de forraje para los caballos, vierte un poco de agua en un balde de tela para que puedan beber, mira la pila de excrementos que han dejado y se plantea retirarla de la vía rápida para no tener que olerlos.

Luego vuelve a meterse en el saco de dormir, que por suerte está seco a pesar de que se acaba de helar. Se acurruca contra la espalda de Alabastro y se relaja. No se duerme. A cada minuto sesapina cómo la tierra se retuerce a medida que el punto caliente se asienta, lo que le impide relajarse del todo.

Aun así, estar ahí echada es suficiente para recuperar fuerzas y pierde la conciencia hasta que el aire frío la pone de nuevo sobre aviso. Anochece.

Parpadea y se da cuenta de que sin querer ha terminado abrazando por detrás a Alabastro. Él sigue hecho un ovillo, pero ahora tiene los ojos cerrados y el cuerpo relajado. Cuando Sienita se incorpora y se sienta, él se sacude un poco y hace lo propio.

—Tenemos que ir a la estación de nódulo —espeta, con voz ronca, lo que no sorprende a la chica para nada.

—No —responde ella, tan cansada que ni siquiera se irrita. Deja de lado la educación—. No voy a cabalgar por una vía rápida de noche y tan cansada. Nos hemos quedado sin turba y empieza a escasear todo lo demás. Necesitamos llegar hasta una comu y comprar suministros. Pero si quieres que vaya contigo a un nódulo que está en el culo del mundo, vas a tener que presentar cargos contra mí por desobediencia.

Sienita nunca ha desobedecido una orden y no sabe muy bien cuáles son las consecuencias, pero está demasiado cansada como para preocuparse.

Alabastro gime y se aprieta las palmas de las manos contra la frente, como si intentara quitarse el dolor de cabeza o enterrarlo aún más. Luego maldice en ese idioma que le ha oído usar en otras ocasiones. Todavía no lo reconoce, pero cada vez está más segura de que es una lengua criolla de las Costeras, lo que le resulta raro porque el hombre dijo que había nacido y se había criado en el Fulcro. Pero claro, alguien debió de criarlo durante esos primeros años antes de que lo soltaran junto al resto de los balastos. Sienita ha oído que muchas de las razas de las Costeras tienen la piel oscura como la suya, por lo que quizás escuche ese mismo idioma cuando lleguen a Allia.

—Si no vienes conmigo, iré solo —espeta el hombre, que pasa al sanzedinés común. Luego se levanta, rebusca para encontrar su ropa y se la pone, con gesto serio. Sienita lo observa mientras lo hace y ve que el hombre tiembla tanto que apenas se tiene en pie. Si se sube a un caballo en esas condiciones, se caerá seguro.

—Oye —dice ella mientras él sigue preparando cosas como si estuviera poseído y sin hacerle caso—. Oye. —El hombre da un brinco y pone cara de enfado, pero Sienita repara en que no ha sido por ella, sino que parece haber oído otra cosa muy diferente: la tierra, la demencia de su voz interior o a saber qué—. Como sigas así, acabarás mal.

—No me importa.

—Deja de... —Se levanta, se acerca a él y lo coge por el brazo cuando está a punto de agarrar la silla de montar—. Deja de ser un estúpido. No puedes...

—No me digas lo que tengo que hacer. —El brazo se le retuerce en la mano de la chica cuando se gira hacia ella para espetárselo en la cara. Sienita está a punto de retroceder, pero de tan cerca puede ver sus ojos inyectados en sangre que brillan con demencia y la rabia que desprenden sus pupilas. Le pasa algo—. No eres una Guardiania. No puedes darme órdenes.

—¿Estás loco? —Es la primera vez, desde que lo conoce, que se siente... incómoda en su presencia. Ha podido hacerse con el control de su orogenia con mucha facilidad. A saber cómo lo habrá hecho. El hombre es muy delgado. A Sienita le sería fácil darle una paliza y dejarlo inconsciente, pero él la congelaría después del primer golpe.

No es ningún estúpido. Seguro que puede hacerlo entrar en razón.

—Iré contigo —afirma, convencida, y él le dedica una mirada llena de agradecimiento que hace que la chica se sienta incómoda por los malos pensamientos que acaba de tener—. Al alba, cuando podamos tomar el desvío hacia las carreteras secundarias sin romperles las patas a los caballos ni quedarnos sin cuello. ¿De acuerdo?

La cara del hombre se retuerce de angustia.

—Es mucho tiempo...

—Hoy no hemos avanzado nada, y la última vez que hablamos del asunto dijiste que era una cabalgada de dos días. Si perdemos los caballos, ¿cuánto tiempo más nos llevaría?

Eso hace que el hombre se quede pensando. Parpadea, gime y trastabilla. Por suerte no está subido en la montura. El rojo del ocaso lo ilumina todo. Detrás de él, a lo lejos, hay una formación de rocas, un cilindro elevado que a simple vista Sienita no sabría decir si es natural, si lo levantó un orogén o si es otra de esas ruinas antiguas, aunque mejor camuflada que las demás. Con ese telón de fondo, Alabastro levanta la mirada hacia el cielo como si fuera a empezar a aullar. Aprieta los puños y los abre. Vuelve a hacerlo.

—El nódulo —dice al fin.

—¿Qué le pasa? —Sienita alarga la última palabra: no quiere que su voz suene como si le siguiera la corriente a un loco.

El hombre duda y respira hondo. Lo hace una vez más, para calmarse.

—Ya sabes que los temblores y estallidos no surgen de la nada, como ha ocurrido con este. Lo que lo ha desencadenado, el desplazamiento que trastocó el equilibrio del punto caliente, tiene su origen en el nódulo.

—¿Cómo sabes...? —Claro que lo sabe: es un decanillado. Y entonces entiende lo que acaba de decir el hombre—. Un momento, ¿insinúas que ha sido cosa del responsable del nódulo?

—Eso es lo que he dicho, sí. —Se gira hacia ella y vuelve a apretar los puños—. ¿Ves por qué hay que ir?

Sienita asiente, inexpresiva. Lo entiende. Sabe que un orogén capaz de crear un supervolcán de la nada no puede hacerlo sin generar un toro del tamaño de un pueblo. No puede evitar echar un vistazo al bosque, en la dirección en la que se halla el nódulo. Desde donde se encuentra no ve nada, pero allá, en algún lugar, un orogén del Fulcro lo ha destruido todo en varios kilómetros a la redonda.

Y eso le hace plantearse la que tal vez sea la pregunta más importante: «¿Por qué?»

—De acuerdo —espeta Alabastro de improviso—. Tenemos que marcharnos a primerísima hora de la mañana e ir lo más rápido que podamos. Si nos lo tomamos con calma, será un viaje de dos días, pero si forzamos un poco los caballos... —Empieza a hablar más rápido cuando ve que la chica abre la boca, dispuesta a oponerse con firmeza a lo que acaba de decir—. Si los forzamos y salimos antes del alba, llegaremos al anochecer.

Sienita no se cree que vaya a sacarle un trato mejor.

—Al alba, pues. —Se rasca el pelo. Tiene el cuero cabelludo lleno del polvo del camino; lleva tres días sin bañarse. Se supone que al día siguiente iban a pasar por Cumbres de Adea, una comu de tamaño medio donde podría haberle insistido para pasar la noche. Pero el hombre tiene razón. Tienen que llegar a ese nódulo—. Pero nos detendremos en el siguiente arroyo o estación de carretera que encontremos. A los caballos no les queda mucha agua.

Resopla, frustrado por las necesidades fisiológicas de los seres vivos. Pero cede.

—De acuerdo.

Luego se agacha junto a las brasas, recoge una de las melas frías, la abre, se la come con los dedos y mastica, distraído. Sienita duda de que la saboree. No es más que combustible. Se come otra mela para acompañarlo y, aunque no descansa del todo, pasan el resto de la noche en silencio.

Al día siguiente, o muy avanzada esa misma noche, ensillan los caballos y se dirigen con cuidado hacia el desvío por el que abandonan la vía rápida y bajan hacia la tierra de debajo. Cuando llegan al nivel del suelo el sol ya ha salido del todo y Alabastro se adelanta y pone los caballos al galope y lo intercala de vez en cuando con un trote ligero para que descansen. Eso impresiona a Siena: pensaba que se limitaría a forzarlos sin tener en cuenta nada más. Al menos, no es estúpido. Ni cruel.

A ese paso consiguen ir a buen ritmo por las carreteras secundarias, que están más transitadas y tienen más cruces, en los que coinciden con carros, viajeros y algunas patrullas militares de la zona. Todos los dejan pasar nada más verlos. Lo encuentra irónico: en cualquier otra circunstancia, aquellos uniformes negros harían que todo el mundo los rehuyera porque repudian a los orogenes. Pero ahora todos han sentido lo que ha hecho el punto caliente. Se apuran para abrirles paso, y en sus caras ve expresiones de alivio y gratitud. El Fulcro viene al rescate. A Sienita le dan ganas de reírse de ellos.

Llegada la noche se detienen para dormir unas pocas horas y volver a ponerse en marcha antes del alba. Aun así, ya es casi noche cerrada cuando ven la estación de nódulo, enclavada entre dos colinas bajas en lo alto de un camino serpenteante. El camino es poco más que un sendero de montaña descuidado con pedazos de asfalto resquebrajado como guiño a la civilización. La estación en sí misma es otro guiño. Han cruzado docenas de comus para llegar hasta allí, y todas con características arquitectónicas diferentes, dependiendo de la zona y las modas que hayan intentado integrar los más adinerados de cada una de ellas, muchas imitaciones baratas del estilo yumenescí. La estación parece sacada del antiguo Imperio: muros grandes y amenazadores de escoria volcánica de tonalidad rojo oscuro que rodean un complejo de tres pequeñas pirámides y una central más grande. Las puertas parecen fabricadas con una especie de acero, lo que hace que Siena tuerza el gesto. Nadie pone puertas de metal para mantener seguro un lugar. Pero lo único que hay en la estación es el orogén que vive en ella y el equipo que lo ayuda. Los nódulos ni siquiera tienen abastos y dependen de las caravanas de suministros de las comus vecinas. Muy pocos querrían robar lo que hay en el interior de sus muros.

Alabastro coge desprevenida a Siena cuando tira con firmeza de las riendas del caballo a bastante distancia de las puertas y echa un vistazo a la estación.

—¿Qué pasa?

—No sale nadie —responde, como si hablara consigo mismo—. No se mueve nada al otro lado de la puerta. No oigo nada en el interior. ¿Y tú?

La chica solo escucha silencio.

—¿Cuántas personas debería haber? ¿El responsable del nódulo, un Guardián y...?

—Los responsables de los nódulos no necesitan Guardianes. Suele haber una pequeña patrulla de entre seis y diez soldados imperiales apostados en la estación para proteger al responsable. También cocineros y esas cosas para servirlos, y siempre hay al menos un médico.

Cuánta servidumbre en tan pocas palabras. ¿Un orogén que no necesita Guardián? Los responsables de los nódulos suelen tener menos de cuatro anillos, y a los rangos inferiores nunca se les permite salir

del Fulcro sin un Guardián, o al menos un instructor que los supervise. Los soldados suelen ser personas supersticiosas de la región que no saben distinguir entre los orogenes entrenados por el Fulcro y cualquier otro. Pero ¿un médico?

No importa.

—Es probable que estén todos muertos —aventura la chica, pero al decirlo duda porque se da cuenta de que no tiene sentido. El bosque que los rodea también debería haber quedado afectado: en kilómetros a la redonda, árboles, animales y el suelo deberían haberse congelado, descongelado y dejado restos de aguanieve, todo en un instante. Las personas que viajaban por la carretera que han dejado atrás deberían estar muertas. ¿De qué otra manera podría el responsable del nódulo haber conseguido un poder semejante para alterar el punto caliente? Pero allí todo parece ir bien, excepto el silencio de la estación de nódulo.

Alabastro espolea su caballo de improviso y no deja lugar a más preguntas. Cabalgan por la colina hacia las puertas cerradas, y Siena no ve la manera de abrirlas si no hay alguien dentro que lo haga. En ese momento, Alabastro sisea algo, se inclina hacia delante y, por un instante, ve un toro estrecho y abrasador que no aparece alrededor de ellos, sino de la puerta. Nunca ha visto que alguien sea capaz de proyectar su toro a otro lugar, pero al parecer es algo que los decanillados sí pueden hacer. El caballo de la chica relincha nervioso cuando de repente aparece un vórtice de frío y nieve delante de ellos, y ella tira de las riendas para que se tranquilice y dé unos pasos hacia detrás. Poco después, se oyen un gemido y un chasquido al otro lado de la puerta. Alabastro libera el toro cuando se abre una de las grandes puertas de acero y, al mismo tiempo, desmonta.

—Un momento, deja que se caliente —dice Sienita, pero el hombre no le hace caso y se dirige a las puertas sin siquiera preocuparse de tener cuidado al caminar por el asfalto húmedo y cubierto de escarcha.

Por el óxido del fuego de la Tierra. Sienita desmonta y ata los caballos alrededor de un pequeño árbol inclinado. Llevan todo el día cabalgando y es necesario que los deje descansar antes de darles agua o de comer. También habría que darles un masaje, pero hay algo en aquel silencio mayúsculo y acechante que la perturba. No está segura de qué. Por esa razón deja los caballos ensillados, por si acaso. Luego sigue a Alabastro hacia el interior.

El interior del complejo está muy tranquilo, y también oscuro. Se trata de un lugar remoto y no hay electricidad, solo faroles de aceite apagados. Al atravesar las puertas principales de metal hay un patio abierto al aire libre con plataformas en los muros interiores y en los edificios cercanos para tener vigilado a cualquier visitante desde todos los ángulos y una posición ventajosa para los francotiradores. Ese tipo de entradas tan amistosas es el mismo que se puede encontrar en cualquier comu bien defendida, aunque a una escala mucho menor. Aun así, no hay nadie en aquel patio, aunque Siena ve a un lado una mesa con sillas donde los guardias parecen haber comido algo y jugado a las cartas hace no mucho tiempo. Todo está en silencio. El suelo está pavimentado con escoria volcánica marcada y desnivelada por las pisadas durante muchos años, aunque ahora no escuche ninguna. Hay una caballeriza a un lado del patio, pero tiene los compartimentos cerrados y no se oye nada en el interior. En el muro contiguo a la puerta hay una fila de botas cubiertas de barro reseco. Muchas parecen haber sido lanzadas o apiladas, en lugar de estar colocadas con cuidado. Si Alabastro estaba en lo cierto y había soldados imperiales en el lugar, no son de los que lo tienen todo preparado por si les viene una inspección. Pero claro, que te

destinen a un lugar como ese no tiene pinta de ser una recompensa.

Siena niega con la cabeza, y de la caballeriza le llega un tufo a almizcle animal que la pone sobre aviso. Huele a caballo, pero no ve a los animales. Cuando se acerca se obliga a abrir los puños, consciente de que los tiene apretados, se asoma por encima de la puerta del primer compartimento y luego mira en los demás para hacer el recuento.

Hay tres caballos muertos, tumbados de lado en el heno. Todavía no se han hinchado, tal vez porque solo las extremidades y las cabezas de los animales están al aire libre. El resto de los cadáveres está cubierto de hielo y condensación, y la mayor parte está todavía congelada. Siena conjetura que llevan unos dos días descongelándose.

En el centro del complejo hay una pequeña pirámide construida con ladrillos de escoria volcánica que cuenta con sus propias puertas de piedra, aunque estas sí que están abiertas. Sienita no sabe adónde ha ido Alabastro, pero supone que se encuentra dentro de la pirámide, que es el lugar en donde debería encontrarse el responsable del nódulo.

Se sube a una silla, usa un poco de pedernal que encuentra cerca para encender uno de los faroles de aceite y luego se adentra en la pirámide... más rápido ahora que ve lo que tiene delante. Y sí, en el interior de los sombríos pasillos de la pirámide ve a los soldados y a los sirvientes que vivían en el complejo: algunos, abatidos mientras corrían; otros, contra los muros o con los brazos estirados hacia el centro de la estructura. Unos intentando escapar de lo que iba a ocurrir, y otros, tratando de llegar hasta el origen del problema para atajarlo. Ninguno lo había conseguido.

Poco después, Sienita encuentra la sala del nódulo.

Tenía que venir de ahí. Se encuentra en medio de la estructura, al otro lado de un arco elegante decorado con un mármol de color rosa pálido y con relieves de raíces de árboles. La sala es alta, abovedada y sombría, pero está vacía... menos en la parte central, donde hay algo... grande. Diría que es una silla, pero ve que está hecha de malla y correas. No parece un asiento muy cómodo, aunque el ocupante parece recostado. El responsable del nódulo está en ella, por lo que...

Oh. Oh.

Oh. Por la puta Tierra ardiente.

Alabastro está en pie junto a la tarima sobre la que se encuentra la silla de malla y mira el cuerpo del responsable del nódulo. Cuando Sienita se acerca, no levanta la cabeza. No hay expresión alguna en su cara. No hay tristeza ni desolación. Solo aquella máscara.

—Hasta el más insignificante de los nuestros debe servir al bien mayor —dice, sin una pizca de ironía en la voz.

El cuerpo del responsable del nódulo que se encuentra en la silla es pequeño y está desnudo. También delgado, con los miembros atrofiados. Sin pelo. También tiene... cosas, como tuberías y conductos, no sabría cómo llamarlas, que se le clavan en los brazos esqueléticos, la garganta huesuda y la pequeña entepierna. Junto al estómago del cadáver hay una bolsa flexible conectada a él de alguna manera que desconoce y llena de... vaya. Hay que cambiar la bolsa.

Se concentra en todos esos pequeños detalles porque la ayudan. Porque una parte de ella está demasiado nerviosa y la única manera que tiene de no sacarla a relucir y que se mantenga en silencio es concentrarse en todo lo que ve. Vaya si es ingenioso lo que ve en ese lugar. No sabía que fuera posible mantener un cuerpo con vida de aquella manera: inmóvil por tiempo indefinido y en contra de su

voluntad. Se concentra en descubrir cómo se consigue algo así. La red de cables es, de por sí, toda una genialidad. También cuenta una manivela para rotar la silla y que el equipo sea fácil de limpiar. La malla podría servir para minimizar la aparición de escaras. También hay un hedor a enfermedad en el ambiente, y en un estante cercano, medicinas líquidas embotelladas y pastillas; cosa comprensible, ya que hacen falta mejores antibióticos que la penicilina hecha en una comu para lograr algo así. Quizás uno de esos tubos sirva para administrarle la medicina al responsable del nódulo. Otro para la comida. Otro para retirar la orina. Y aquel paño de tela para secar las babas.

Pero, por mucho que se concentre en esas minucias, le resulta inevitable ver las implicaciones de todo aquello. El responsable del nódulo es un niño que debe de haberse pasado meses o años en ese estado. Un niño que tenía la piel casi tan oscura como la de Alabastro, y cuyas facciones serían idénticas a las del hombre si no estuviera tan esquelético.

—¿Qué?

Es todo lo que consigue articular.

—Hay ocasiones en las que un orograta no puede aprender a controlarse. —En ese momento la chica comprende por qué usa aquel insulto de manera deliberada. Con esa palabra deshumaniza a una persona que se ha convertido en un objeto. Le ayuda. No hay entonación ni emoción alguna en la voz de Alabastro, pero llega a esa conclusión gracias a su elección de palabras—. En ocasiones, los Guardianes capturan a un feral que es demasiado mayor para someterse a entrenamiento, pero también demasiado joven, por lo que su muerte sería un desperdicio. Y en otras ocasiones algunos de los balastos, sobre todo los más sensibles, no consiguen hacerse con el control. El Fulcro los entrena una temporada, pero si los niños no evolucionan a un ritmo que los Guardianes consideran apropiado, la Madre Sanze tiene otro plan para ellos.

—Y este... —Siena no puede dejar de mirar el cuerpo y la cara del chico. Tiene los ojos abiertos y son marrones, aunque con esa inexpresividad fría de la muerte. Se sorprende de no haber vomitado—. Y ¿este es el plan? Por el magma, Alabastro, he conocido a niños a los que se los han llevado a los nódulos. Pero... pero no...

Alabastro se relaja. La chica no había reparado en lo tenso que estaba el hombre hasta que se inclina lo suficiente para poner una mano en la nuca del chico. Le levanta con cuidado la cabeza, que da la impresión de ser más grande en contraste con el cuerpo, y la gira un poco.

—Tienes que ver esto.

Sienita no quiere, pero mira de todas formas. En la parte posterior de la cabeza afeitada del chico hay una cicatriz grande, intrincada y queloide, adornada por las marcas de unos puntos quirúrgicos extirpados hace tiempo. Se encuentra justo en la unión del cráneo y la columna.

—Las glándulas sesapinales de los orogratas son más grandes y complejas que las de las personas normales. —Cuando considera que Siena ya ha visto suficiente, Alabastro suelta la cabeza del chico. Cae contra la malla de la silla, y hace un ruido sordo y descuidado que la sobresalta—. Solo hay que hacer una pequeña incisión aquí y allá para privar a los orogratas del control de sus glándulas, pero a la vez permitir que sigan funcionando de manera instintiva. Eso, si se sobrevive a la operación.

Qué ingenioso. Sí. Un orogén recién nacido puede detener un terremoto. Es algo con lo que se nace, igual que la habilidad para mamar... y es eso mismo lo que lleva a que muchos niños orogenes sean asesinados. Lo mejor que les puede pasar es que se descubra antes de que tengan la edad suficiente para

entender que se encuentran en peligro.

Pero limitar una vida solo a ese instinto, a esa habilidad para sofocar terremotos...

Sí que debería haber vomitado.

—A partir de ese momento es sencillo. —Alabastro suspira, como si le dictara una lección aburrida en el Fulcro—. Las drogas evitan las infecciones y ese tipo de cosas, se le mantiene con vida para que realice las funciones básicas y así se consigue algo que ni siquiera el Fulcro puede producir: una fuente fiable, inofensiva y muy beneficiosa de orogenia. —Sienita no entiende cómo no se ha puesto enferma, ni tampoco por qué él no grita—. Pero supongo que alguien cometió un error y dejó que este se despertara.

El hombre mira hacia otro lado, y Sienita ve que dirige la mirada hacia el cuerpo de un hombre que está en la pared del fondo. No lleva la misma ropa que los soldados. Es de civil, de calidad.

—¿El médico? —pregunta, y hace un esfuerzo para usar el mismo tono firme y distante que le ha escuchado antes a Alabastro. Así es más fácil.

—Quizá. O quizá sea alguien de la zona que pagó por el privilegio de estar aquí. —Alabastro se encoge de hombros y hace un gesto hacia el moratón reciente que hay en la parte superior de uno de los muslos del chico. Tiene la forma de una mano. Los dedos se marcan a la perfección en la piel oscura—. Me han dicho que hay gente a la que le gustan esas cosas. Fetichistas de la impotencia, básicamente. Disfrutan más si la víctima es consciente de lo que les hacen.

—Por la Tierra, Alabastro. No puede ser.

El hombre vuelve a obviar las palabras de la chica, como si no hubiera dicho nada.

—El problema es que los responsables del nódulo sienten un dolor horrible cuando usan la orogenia. Mira las lesiones. Como no pueden evitar reaccionar a todos los terremotos de los alrededores, incluso los microsismos, los dejan sedados todo el tiempo por compasión. Y todos los orogenes reaccionan de manera instintiva a cualquier amenaza...

Vale. Es por eso.

Siena se tambalea hacia el muro más cercano y regurgita los albaricoques deshidratados y la cecina que se obligó a comer cuando venían a caballo hacia la estación. Esto es terrible. Pensaba que... no creía que... no sabía que...

Luego se limpia la boca, levanta la cabeza y ve que Alabastro la mira.

—Como te había dicho —concluye en voz baja—, todos los orogratas deberían venir a un nódulo, al menos una vez.

—No lo sabía —farfulla mientras se tapa la boca con el dorso de la mano. Las palabras no significan nada, pero se ve obligada a pronunciarlas—. No...

—¿Y eso qué importa? —El ademán impasible de su cara y el tono indiferente de su voz le parecen una crueldad.

—¡A mí me importa!

—¿Y crees que tú eres importante? —De pronto sonrío. Una expresión repugnante, fría como las volutas de vapor que salen del hielo—. ¿Crees que les importamos para otra cosa más que para servirles? Sea o no de manera voluntaria. —Inclina la cabeza hacia el cuerpo maltrecho del chico asesinado—. ¿Crees que él les importaba? Mira lo que le hicieron. Si no nos lo hacen a todos es solo porque somos más versátiles y útiles cuando nos controlamos. Pero para ellos somos poco más que un arma. Un monstruo que pueden usar, sangre nueva que añadir a sus linajes. Otro puto orograta más.

Nunca había escuchado pronunciar una palabra con tanto odio.

Pero allí están, junto a la prueba definitiva de ese odio de todo el mundo, muerto, frío y hediondo, y esa vez no se amilana al pensarlo. Si el Fulcro, los Guardianes, el Liderazgo Yumenescí, los geomestros o quienquiera que sea el responsable es capaz de hacer algo tan terrorífico, no tiene sentido que adornen la verdadera naturaleza de los que son como Sienita o Alabastro. No son personas. No son orogenes. Que sean buenos con ellos ya es un insulto en sí mismo, después de lo que acaba de ver. Son orogratas, eso es lo único que son.

Un momento después, Alabastro se da la vuelta y abandona la habitación.

Acampan en el patio al aire libre. Las instalaciones tienen todas las comodidades que ansía Siena: agua caliente, camas confortables y comida diferente del pan del camino y la carne seca. Pero las personas que se encuentran en el patio no son humanas.

Alabastro está sentado en silencio y mira la fogata que ha encendido Sienita. Tiene una manta alrededor y sostiene una taza de té que le ha preparado la chica, que ha repuesto los suministros con los de la estación. Sienita no lo ha visto beber de la taza. Habría estado bien poder darle algo más fuerte. O no. No sabe bien qué podría hacer un orogén con sus habilidades si estuviera borracho. Se supone que por ese motivo no pueden beber, pero al óxido con la razón. Al óxido con todo.

—Los hijos son nuestra perdición —dice Alabastro, con gesto iracundo.

Sienita asiente, aunque no lo ha entendido. Habla. Eso al menos es bueno.

—Creo que tengo doce hijos. —Alabastro se arropa más con la manta—. No estoy seguro. Nunca me lo dicen. A veces ni siquiera vuelvo a ver a las madres. Pero creo que son doce, y la mayoría no sé dónde están.

Se ha pasado la tarde hablando sobre esos sucesos aleatorios..., cuando se ha dignado decir algo. Sienita no ha conseguido responder a la mayoría de sus frases, así que tampoco se puede decir que haya sido una conversación. Pero esta le hace hablar, porque ha pensado en ello. Ha pensado en lo mucho que se parecía a Alabastro el chico de la silla.

Y dice:

—Nuestra hija...

El hombre la mira a la cara y sonrío. Una sonrisa amable esa vez, pero Sienita no tiene claro si creer en la sonrisa o en el odio que ve detrás de esa expresión.

—Bueno, este solo es uno de los destinos posibles. —Señala con la cabeza los muros rojos y amenazadores de la estación—. Es posible que nuestra hija siga mis pasos y supere todas las expectativas de los rangos anillados y cree nuevos estándares para la orogenia, que se convierta en una leyenda del Fulcro. O quizá sea alguien mediocre y nunca haga nada digno de mención. Quizá no pase de ser una tetra o pentanillada a la que le encargan despejar la barrera de coral que obstruye un puerto y hacer bebés en su tiempo libre.

Sus palabras tienen un tono animado pero oxidado al mismo tiempo, y es difícil prestar atención a lo que dice en lugar de ese tono. Suena reconfortante, justo lo que ella necesita en ese momento. Pero las palabras la mantienen alerta y le ponen la carne de gallina, como si se trataran de cristales afilados que arañan una superficie lisa de mármol.

—O un tático —continúa ella—. Hasta dos orogratas como nosotros... —Pronunciar la palabra es difícil, pero es más difícil decir «orogén», porque el término más respetuoso ahora le parece una mentira—. Hasta nosotros podemos tener un tático.

—Espero que no.

—¿Que esperas que no?

Para ella es lo mejor que le podría pasar al hijo de ambos.

Alabastro extiende los brazos hacia el fuego para calentarse las manos. Justo entonces Sienita se da cuenta de que lleva puestos los anillos. No suele llevarlos, pero en algún momento antes de que llegaran a la estación, a pesar de que no dejaba de temerse lo peor por su hijo, se acordó del decoro y se los puso. Algunos brillan a la luz de la fogata, y otros son opacos y oscuros. Lleva uno en cada dedo, incluso en los pulgares. Sienita nota un pequeño escozor en los seis dedos en los que no lleva anillos.

—Un hijo de dos orogenes anillados del Fulcro —dice el hombre— también debería ser un orogén. Pero, cierto, esto no es una ciencia exacta. Esto que somos no tiene base científica. No es algo lógico. —Sonríe un poco—. Para asegurarse, el Fulcro trata a los niños nacidos de orogratas como orogratas en potencia hasta que se prueba lo contrario.

»Y cuando se prueba lo contrario, se convierten en... personas. —Este es el pensamiento más esperanzador que se le ocurre—. Quizás alguien lo adopte en una buena comu y vaya a un creche de verdad. Quizá consiga hacerse digno de un nombre.

El hombre suspira. Suena muy apesadumbrado, y Siena se queda en silencio, confundida y asustada.

—Ninguna comu adoptaría a nuestro hijo —dice, despacio y rumiando las palabras—. La orogenia se puede saltar una generación, quizá dos o tres, pero siempre regresa. El Padre Tierra nunca nos perdona nuestra deuda.

Sienita frunce el ceño. Ya había oído al hombre decir cosas como estas, cosas que le recuerdan a lo que los acervistas dicen de los orogenes, que son un arma pero no del Fulcro, sino del planeta paciente y vengativo que tienen bajo sus pies. Un planeta que lo único que quiere es destruir la plaga de vida que habita en la superficie que antaño estuviera impoluta. En las palabras de Alabastro hay algo que le hace pensar que el hombre se cree parte de aquellos viejos cuentos. Quizá lo haga. Quizá le ayude el hecho de pensar que los suyos tienen un propósito en la vida, aunque sea aciago.

Pero no es momento para misticismos.

—Vale, nadie la adoptará. —Usa el femenino por inercia—. Y luego, ¿qué? El Fulcro no se hace cargo de los táticos.

Los ojos de Alabastro se parecen a sus anillos, por un momento reflejan el fuego y el siguiente son opacos y oscuros.

—No. Se convertirá en Guardiania.

Por el óxido, eso explica muchas cosas.

Al ver que se queda en silencio, Alabastro levanta la cabeza.

—Pero bueno, olvídate de todo lo que has visto hoy.

—¿Cómo?

—Lo que viste en esa silla no era un niño. —El brillo de sus ojos se ha apagado—. No era ni mi hijo ni el de nadie. No era nada. No era nadie. Estabilizamos el punto caliente y descubrimos qué ocasionó que estuviera a punto de estallar. Buscamos supervivientes y no encontramos ninguno. Eso es lo que

enviaremos en el telegrama a Yumenes. Es lo que diremos ambos si nos preguntan al volver.

—No... No sé si puedo... —La mandíbula desencajada del chico, su mirada perdida. Es terrible, como estar atrapado en una pesadilla infinita. Despertarse agonizante y ver la mirada lasciva de un parásito grotesco. No puede evitar sentir pena por el chico y alivio ahora que ya es libre.

—Harás lo que yo te diga —dice el hombre. Su voz le sienta como un azote, y Sienita le dedica una mirada llena de odio—. Si lloras por algo, que sea por los recursos que se han perdido. Si alguien pregunta, di que te alegras de su muerte. Siéntelo. Créetelo. En realidad, casi mata a más gente de la que eres capaz de contar. Y si alguien te pregunta cómo te sientes al respecto, di que después de ver algo así es normal que nos hagan las cosas que nos hacen. Que sabes que es por nuestro propio bien. Por el bien de todos.

—Bastardo oxidado, no sé...

El hombre se ríe, y ella vuelve a sentir un latigazo de rabia e intenta controlarse.

—No, no me pongas a prueba, Siena. Por favor. —No ha dejado de reírse—. Me amonestarán si te mato.

Una amenaza, al fin. Pues vale, cuando se vuelva a dormir le cubrirá la cara mientras lo apuñala. Hasta las heridas mortales con puñal tardan unos segundos en matar a alguien. Si el hombre consigue concentrar su orogenia en ese pequeño espacio de tiempo, la matará. Pero le costará más centrarse en ella si no puede verla o si la asfixia lo distrae...

Alabastro no ha dejado de reírse. Mucho. Y en ese momento Sienita se da cuenta de que hay una agitación en el ambiente. Una amenaza que parece provenir de los estratos que tiene bajo los pies. Frunce el ceño, abstraída, alerta y sin dejar de preguntarse si será de nuevo el punto caliente... y al fin se da cuenta de que no es una agitación, sino una sacudida con un movimiento casi rítmico. Un ritmo similar al de las carcajadas de Alabastro.

Ahora que se ha dado cuenta, la chica lo mira estupefacta, y el hombre hasta se da una palmada en la rodilla. No ha dejado de reír, ríe porque lo que quiere es destruirlo todo. Y si su hijo casi muerto que no era ni adulto ha podido desatar un supervolcán, ni se imagina lo que su padre sería capaz de hacer si se lo propusiera. O por accidente, si en algún momento pierde el control.

Siena cierra los puños y los apoya en las rodillas. Se queda allí sentada y se clava las uñas en las palmas de las manos hasta que el hombre recupera la compostura. Tarda un rato. Hasta cuando deja de reír, por momentos se pone las manos en la cara y ríe entre dientes, agitando los hombros. Quizá lllore. La chica no lo sabe. Tampoco le importa.

Al cabo, el hombre levanta la cabeza y respira hondo, un par de veces.

—Lo siento —dice al fin. Ha dejado de reír, pero sigue animado—. Cambiemos de tema, ¿te parece?

—Por el óxido, ¿dónde está tu Guardián? —No ha abierto las manos—. Estás como un cencerro.

El hombre suelta una risilla nerviosa.

—Me encargué de ella hace tres años.

Siena asiente.

—La mataste.

—Claro que no. ¿Te crees que soy estúpido? —La risilla se convierte en irritación en un abrir y cerrar de ojos. A Siena le da mucho miedo y ya no le importa admitirlo. El hombre se da cuenta y cambia de actitud. Vuelve a respirar hondo y se desploma—. Mierda. Lo... lo siento.

Ella no dice nada. Alabastro sonríe un poco, con tristeza, como si no esperara que ella reaccionara así. Luego se levanta y se dirige al saco de dormir. Sienita mira cómo se tumba de espaldas al fuego y espera a que su respiración se vuelva más regular. Entonces es cuando ella empieza a relajarse.

Y se sobresalta de nuevo cuando el hombre habla en voz baja.

—Tienes razón —dice—. Llevo años así de loco. Si te quedas mucho tiempo conmigo, te quedarás igual. Si ves más cosas como esta y empiezas a entender lo que significan de verdad. —Suspira con fuerza—. Si me matas, le harás un favor a todo el mundo.

Luego se queda en silencio.

Siena piensa en aquellas últimas palabras quizá más de lo que debería.

Luego se hace un ovillo para dormir lo más cómoda posible entre las piedras duras del patio, enrollada en una manta y con una silla de montar como intento muy incómodo de almohada. Los caballos no han dejado de moverse durante toda la tarde: pueden oler los efluvios de muerte de la estación. Terminan por dormirse, y luego se duerme ella. Espera que Alabastro termine por hacer lo mismo.

En el horizonte, más allá de la vía rápida por la que han llegado all , el obelisco de turmalina continúa su ruta inexorable y se oculta detrás de una montaa.

* * *

Invierno, primavera, verano, otoño. La muerte es la quinta, y la que las controla a todas.

Proverbio de las árticas

Interludio

El molde se fractura. La urdimbre se resquebraja. Eso debería ponerte sobre aviso de ciertas cosas. Cosas que no se nombran y cuya ausencia las hace destacar.

Por ejemplo, date cuenta de que en la Quietud nadie habla de las islas. No es porque no existan o estén deshabitadas; no es el caso. Es porque las islas se suelen formar cerca de las fallas o sobre los puntos calientes y, a escala planetaria, son efímeras: podrían desaparecer con la próxima erupción o el próximo tsunami. Pero los seres humanos también son efímeros a escala planetaria. La cantidad de cosas que ignoran alcanza cotas astronómicas.

Los habitantes de la Quietud tampoco hablan de otros continentes, aunque la sospecha de su existencia es algo factible. Nadie ha dado la vuelta al mundo para demostrar lo contrario: navegar es peligroso si se tienen en cuenta los suministros y las olas de cientos de metros de los tsunamis, olas que no están a la altura de las montañas de agua que se dice que se forman en la amplitud del océano. Es algo que se da por hecho y que civilizaciones más valientes que aseguran que no hay nada más han transmitido en el acervo. La gente tampoco dice nada de los cuerpos celestiales, aunque inundan los cielos como en cualquier otra parte del universo. Ello se debe a que lo que les importa a los habitantes del planeta no son los cielos, sino el suelo. Saben que hay estrellas, un sol y algún cometa o estrella fugaz de vez en cuando.

Pero no son conscientes de lo que falta. ¿Cómo van a serlo? ¿Cómo echar de menos algo que nunca jamás se habrían imaginado? Es algo que no forma parte de la naturaleza humana. Menos mal que la especie humana no es la única que habita este mundo.

Sienita entre el enemigo

Llegan a Allia una semana después. El cielo del mediodía resplandece azul y despejado, a excepción de un obelisco púrpura que titila en la distancia sobre el océano.

Allia es grande para tratarse de una comu de las Costeras. No es como Yumenes, claro, pero sí de un tamaño considerable, una ciudad en toda regla. La mayor parte de sus barrios, tiendas y distritos industriales se concentran en la ladera empinada de una cuenca en la que se formó un puerto de manera natural al derrumbarse la pared de una caldera volcánica, pero hay gran cantidad de asentamientos periféricos a su alrededor. Al entrar, Sienita y Alabastro se detienen junto al primer grupo de edificios y granjas que ven, preguntan por el lugar y, además de tener que hacer caso omiso de las miradas que suscitan sus uniformes negros, descubren que hay varias pensiones cerca. Evitan la primera que encuentran porque un joven de una de las granjas decide seguirlos durante varios kilómetros, sin dejar de tirar de las riendas para detener su caballo cuando cree que se encuentra cerca y podrían descubrirlo. Va solo y no les dice nada, pero puede formar parte de una banda, así que siguen adelante con la esperanza de que su odio no sea mayor que su aburrimiento y que termine por darse la vuelta y volver por donde vino.

La siguiente pensión no es tan agradable como la primera, pero tampoco está mal: un edificio viejo y cuadrado de escayola que, aunque parece llevar en pie varias estaciones, todavía causa buena impresión y se ve resistente. Tiene rosales en cada esquina y han dejado crecer sus tallos por todos los muros, por lo que tal vez la estructura no resista la próxima estación, aunque eso no es problema de Sienita. Una habitación compartida y el alojamiento para dos caballos durante una noche cuestan dos madreperlas, un precio tan ridículo y desorbitado que Sienita casi no puede evitar reírse de la propietaria. (La mujer los fulmina con la mirada.) Por suerte, el Fulcro sabe que, en ocasiones, los orogenes tienen que ganarse el respeto de los ciudadanos con sobornos. Sienita y Alabastro tienen dinero de sobra, además de una carta de crédito que les permitiría sacar más en caso de que fuera necesario. Le pagan a la propietaria, y tanto dinero blanco y bonito junto hace que sus uniformes negros se conviertan en algo aceptable, al menos por un tiempo.

El caballo de Alabastro no ha dejado de cojear desde que lo forzaron para llegar a la estación de nódulo, por lo que antes de descansar buscan a un vaquero para intercambiar aquel animal herido. A cambio les da una yegua pequeña y briosa que le dedica a Alabastro una mirada tan indiferente que Sienita no puede evitar volver a reírse. El día ha ido bien. Y después de una buena noche de descanso en camas de verdad, continúan el viaje.

Las puertas principales de Allia son enormes, de un tamaño más ostentoso y más adornadas incluso que las de Yumenes. Pero no son de piedra, sino de metal, lo que también las convierte en una imitación demasiado recargada de las de la gran ciudad. Y también logran que Siena no entienda cómo algo tan burdo puede proporcionar seguridad, con independencia de que midan más de quince metros y estén hechas de planchas de acero inoxidable llenas de cerraduras y decoradas de filigranas. La primera lluvia ácida de una estación destruiría esas cerraduras, y un buen terremoto de seis grados sacaría las planchas de metal de los goznes e impediría volver a cerrarlas. Todo parece indicar que se trata de una comu que se ha enriquecido hace poco, pero a la que le faltan acervistas que aconsejen al Liderazgo del lugar.

Los responsables de la puerta no son más que un puñado de Lomocurtido, y todos llevan el bonito uniforme verde del ejército de la comu. Casi todos están por ahí sentados. Leen, juegan a las cartas o hacen caso omiso a los comerciantes que entran y salen. Sienita intenta no torcer el gesto ante semejante falta de disciplina. En Yumenes estarían armados, harían guardia y prestarían atención a cada uno de los viajeros que entran en la ciudad. Uno de los Lomocurtido se les queda mirando las ropas, pero los deja pasar sin dejar de mirar los dedos llenos de anillos de Alabastro. A Sienita ni le mira las manos, lo que pone a la chica de mal humor mientras al fin consiguen recorrer las laberínticas calles adoquinadas de la ciudad y llegan a la mansión del gobernador.

Allia es la única gran ciudad del cuadrante. Sienita no recuerda los nombres de las otras tres, ni cómo se llamaba aquella nación antes de convertirse en parte de Sanze: algunas de las viejas naciones solicitaron recuperar sus nombres cuando el Imperio perdió el control, pero con el sistema de cuadrantes les fue mejor, así que acabó por dar igual. Lo que sí recuerda Siena es que es un país de granjeros y pescadores, como corresponde a una región costera. No obstante, la mansión del gobernador es de una belleza arrebatadora y está llena de detalles arquitectónicos yumenescíes como cornisas, ventanas de cristal y un balcón decorativo que da a un patio delantero enorme. En otras palabras, ornamentos irrelevantes que tal vez haya que reparar después de cada pequeño temblor. ¿Y en serio tenían que pintarla de ese amarillo chillón? Parece una especie de fruto rectangular gigante.

Le dejan sus caballos a un mozo de cuadra en la puerta de la mansión y se arrodillan en el patio delantero para que un mayordomo de los Resistentes les lave las manos con jabón, una tradición local que pretende evitar los contagios al líder de la comu. Una vez que han terminado, una mujer muy alta, de piel casi tan negra como la de Alabastro, que lleva una versión blanca del uniforme del ejército de la comu, se acerca al patio y les hace unos aspavientos para que la sigan. Atraviesan la mansión hasta una pequeña recepción, donde la mujer cierra la puerta y se sienta en el escritorio de la habitación.

—Habéis tardado en llegar —dice, a modo de saludo, mientras mira algo en su escritorio y les hace unos gestos apremiantes para que se sienten. Hacen lo propio en las sillas que están al otro lado del escritorio, y Alabastro cruza las piernas y entrelaza las manos, con una expresión indescifrable en la mirada—. Os esperábamos hace una semana. ¿Queréis ir directos al puerto o podéis hacerlo desde aquí?

Sienita casi responde que prefiere ir al puerto, ya que nunca antes ha desarmado una barrera de coral y es posible que encontrarse cerca la ayude a comprenderla mejor. Pero antes de que pueda decir nada, Alabastro dice:

—Lo siento, pero ¿quién es usted?

Sienita cierra la boca de improviso y mira a Alabastro, quien sonrío con educación, aunque lo afilado de su sonrisa la pone sobre aviso de inmediato. La mujer también lo mira, con gesto altanero.

—Me llamo Asael Líder Allia —responde la mujer, despacio, como si hablara con un niño.

—Alabastro —replica él mientras asiente y se toca el pecho—. Esta es mi compañera Sienita. Pero no preguntaba solo por su nombre. Nos habían comentado que el gobernador del cuadrante era un hombre.

En ese justo momento, Sienita lo entiende todo y decide seguirle el juego. No sabe por qué ha decidido hacerlo, pero tampoco es que haya manera de entender nada de lo que hace. La mujer tampoco lo ha entendido. Aprieta los dientes sin disimulo.

—Soy la gobernadora sustituta.

La mayoría de los cuadrantes cuenta con un gobernador, un vicegobernador y un senescal. Quizás aquella comu, que ha hecho todo lo posible para superar a las Ecuatoriales, necesite un poco más de burocracia.

—¿Cuántos sustitutos tiene el gobernador? —pregunta Sienita, y Alabastro chasquea la lengua con desaprobación.

—Tenemos que ser educados, Siena —dice. No ha dejado de sonreír, pero está enfadado. La chica lo sabe porque se le ven mucho los dientes—. Al fin y al cabo, no somos más que orogenes, y tenemos delante a uno de los miembros de la casta al uso más valorada de la Quietud. Solo hemos venido para hacer gala de unos poderes que no es capaz de comprender y así salvar la economía de la zona, y ella... —Alabastro la señala con el dedo, sin intención alguna de ocultar el sarcasmo—. Ella no es más que una burócrata pedante y sin importancia. Pero estoy seguro de que es una burócrata pedante y sin importancia de las buenas.

La mujer no es lo suficientemente pálida como para que su piel la traicione, pero no es necesario: la rigidez de su postura y la forma en que se le dilatan las fosas nasales no dejan lugar a dudas. No deja de mirarlos a ambos, pero luego posa la mirada en el instructor, y Sienita la entiende muy bien. No hay nadie más irritante que aquel hombre. La chica siente de pronto un orgullo perverso.

—Hay seis gobernadores sustitutos —dice al fin la mujer como respuesta a Sienita, aunque no ha dejado de apuñalar a Alabastro con la mirada—. El hecho de que sea gobernadora sustituta debería ser irrelevante. El gobernador es un hombre muy ocupado y se trata de un caso menor, por lo que una burócrata sin importancia debería ser más que suficiente para tratarlo. ¿O no?

—No es un caso sin importancia. —Alabastro ha dejado de sonreír, aunque sigue relajado y con las manos entrelazadas. Da la impresión de estar a punto de enfadarse, pero Siena sabe que ya ha llegado a ese punto—. Puedo sesapinar la barrera de coral desde aquí. Su puerto es casi inservible. Es probable que los grandes cargueros de mercancías les hayan hecho caso omiso y viajado a otras comus desde hace una década o más. Han aceptado pagar al Fulcro una importante suma de dinero. Sé que es mucho dinero porque me lo han encargado a mí, y que esperan que una vez abierto el puerto recuperen todo el comercio que han perdido, o de lo contrario no alcanzarán a pagar la deuda antes de que les arrase el próximo tsunami. Por lo que diría que... nosotros —señala a Siena y vuelve a entrelazar los dedos— somos los únicos que podemos barrer el óxido de su futuro.

La mujer se ha quedado quieta por completo. Sienita no es capaz de leer su expresión, pero tiene el cuerpo rígido y se ha ido reclinando poco a poco. ¿Será miedo? Quizá. Las palabras envenenadas de Alabastro han hecho mella. Y no ha acabado.

—Diría que lo menos que puede hacer es mostrarnos algo de hospitalidad y presentarnos al hombre que nos ha hecho viajar varios cientos de kilómetros para resolver su pequeño problema. Por cortesía, aunque sea, ¿no? Es el trato que suelen recibir los oficiales importantes. ¿No le parece?

Sienita hace todo lo posible para no vitorear.

—De acuerdo —claudica al final la mujer, con una fragilidad palpable—. Le transmitiré vuestra... propuesta... al gobernador. —Luego sonríe, con una sonrisa blanca y amenazadora—. Me encargaré de transmitirle vuestro descontento de la mejor manera que permita nuestro protocolo para invitados.

—Si así es como suelen tratar a sus invitados —dice Alabastro, con esa arrogancia en la mirada que solo un yumenescí de pura cepa es capaz de hacer notar—, me parece bien que transmita nuestro

descontento. Hay que ver. ¿No nos ofrece ni una copa de salvaguardia como refrigerio después de tan largo viaje?

—Me comunicaron que pasasteis la noche en los distritos de la periferia.

—Sí, pero solo sirvió para empeorar las cosas. Las habitaciones eran... menos que óptimas. —Siena no está nada de acuerdo, ya que la posada era cálida, tenía buenas camas y la propietaria se había portado muy bien con ellos después de cobrar. Pero decidió no interrumpir a Alabastro—. ¿Cuándo fue la última vez que viajó más de dos mil kilómetros, gobernadora sustituta? Le aseguro que necesitaría más de un día de descanso para recuperarse.

Las fosas nasales de la mujer vuelven a dilatarse. No obstante, es una Líder y su familia la habrá educado meticulosamente para sobreponerse a aquellos embates.

—Mis disculpas. No era mi intención.

—No, claro que no. —Alabastro se levanta de una vez y, aunque consigue que el movimiento parezca tranquilo y no sea amenazador, Asael se reclina en la silla, con miedo de que le vaya a hacer algo. Siena también se levanta, al cabo, porque Alabastro también la ha pillado por sorpresa, pero Asael ni la mira—. Esta noche nos quedaremos en la posada que vimos de camino aquí —dice Alabastro, desdeñando la patente incomodidad de la mujer—. La que estaba a unas dos calles. Esa con la kirjusa de piedra delante. No recuerdo el nombre.

—El Fin de la estación —susurra la mujer.

—No suena mal. ¿Puedo decirles que le pasen la factura?

Asael empieza a respirar hondo y cierra los puños con fuerza, apoyados sobre el escritorio. Aquello sorprende a Siena, porque pedir algo así le parece razonable, aunque quizá sea un poco cara... Vale, será eso. La gobernadora sustituta no tiene autoridad suficiente para pagarles la estancia. Sus superiores podrían decidir descontarle el dinero de su sueldo si no están de acuerdo.

Pero Asael Líder Allia no pierde los estribos ni les grita, como espera Siena que ocurra.

—Por supuesto —responde. Y hasta les dedica una sonrisa, algo por lo que Siena la admira—. Por favor, volved mañana a la misma hora y os podré dar más instrucciones.

Salen de la habitación y se dirigen a la calle donde se encuentra esa posada tan sofisticada que Alabastro les acaba de conseguir.

Se encuentran junto a una ventana, vuelven a compartir habitación y se han asegurado de no pedir comida demasiado cara para que nadie les pueda decir que se han extralimitado con la estancia. Sienita examina el perfil de Alabastro para intentar comprender por qué todavía no ha conseguido apaciguar su furia.

—Bravo —dice la chica—. Pero ¿era necesario? Yo habría preferido hacer cuanto antes el trabajo y volver lo más pronto posible.

Alabastro sonríe, aunque sin dejar de apretar los dientes.

—Pensaba que querías que te trataran como un ser humano, por saber qué se siente.

—Quiero, pero ¿de qué sirve? El uso de la autoridad no cambiará la manera en la que se sienten al vernos...

—No lo hará. Y no me importa cómo se sientan. Por el óxido, no tenemos que gustarles. Lo que importan son sus acciones.

A él le da igual. Sienita suspira y se aprieta el tabique de la nariz con los dedos pulgar e índice, para

calmarse.

—Se van a quejar.

Y Sienita será la que sufra las consecuencias, porque es su misión, en teoría.

—Que se quejen. —Se da la vuelta y se aleja de la ventana en dirección al baño—. Llámame cuando llegue la comida. Voy a ponerme en remojo hasta que parezca una ciruela pasa.

Sienita duda de si sirve de algo odiar a un loco. Total, él ni se da cuenta.

El servicio de habitaciones les lleva una bandeja humilde de sustanciosa comida de la región. El pescado es barato en la mayor parte de las comus de las Costeras, por lo que Sienita ha pedido un filete de temtyr, una exquisitez muy cara en Yumenes. Allí solo lo sirven cada cierto tiempo en los comedores del Fulcro. Alabastro sale del baño con una toalla por encima, y muy arrugado, y Sienita se da cuenta de lo mucho que ha adelgazado durante las semanas que llevan viajando. Es poco más que huesos y músculos, y solo ha pedido un bol de sopa para comer. Por suerte es un bol grande con un estofado de marisco abundante y aderezado con crema y una pizca de remolacha encurtida. Aun así, necesita comer más.

Sienita ha pedido una guarnición de batatas al ajillo y acelgas caramelizadas en un pequeño plato aparte. Lo pone también en la bandeja de Alabastro.

Alabastro mira el plato y luego a ella. Un momento después, parece tranquilizarse.

—Es por eso, entonces. Te gustan los hombres más corpulentos.

Está de broma: ambos saben que no disfrutaría del sexo con él ni aunque lo encontrara atractivo.

—Sí, como a cualquiera.

El hombre suspira y empieza a comerse las batatas con gesto sumiso. Entre bocados, da la impresión de no estar enfadado, pero sí de tener una determinación inquebrantable.

—Ya no siento esas cosas.

—¿A qué te refieres?

El hombre se encoge de hombros, algo que Sienita supone que no se debe tanto a su confusión como a la incapacidad de expresarse bien.

—A todo, se podría decir. Hambre. Dolor. Cuando estoy en la tierra... —El hombre tuerce el gesto. Ese es el problema: no es que no sepa expresarse bien, sino que siente que las palabras no son la manera adecuada de expresarlo. Sienita asiente para que vea que lo ha entendido. Quizás algún día alguien invente un idioma para los orogenes. Quizá dicho idioma ya haya existido en el pasado y se haya olvidado—. Cuando estoy en la tierra, la tierra es lo único que puedo sesapinar. No siento... estas cosas. —Hace un gesto hacia la habitación, hacia su cuerpo, hacia ella—. Y paso mucho tiempo en la tierra. No puedo evitarlo. Pero cuando regreso, es como... como si una parte de ella también volviera conmigo y... —El hombre pierde el hilo. La chica cree entenderlo—. Al parecer es algo que solo ocurre cuando se obtiene el séptimo u octavo anillo. El Fulcro me hace llevar una dieta estricta, pero tampoco es que le haga mucho caso.

Siena asiente ante esa obviedad. También le pone su panecillo dulce en el plato, y el hombre vuelve a suspirar. Luego se lo come todo.

Van a la cama. Más tarde, en medio de la noche, Siena sueña que cae hacia arriba por un haz de luz trémula que ondea y se refracta a su alrededor como agua sucia. En la parte superior del haz hay algo que titila cada cierto tiempo, como si no fuera real, como si no estuviera allí.

Empieza a despertarse y no tiene claro por qué nota que algo va mal, pero sí que tiene que hacer algo al respecto. Se incorpora, se frota la cara adormilada y, cuando consigue deshacerse de aquellos retazos oníricos, se da cuenta de una sensación de fatalidad que la acecha e inunda el aire a su alrededor.

Mira hacia Alabastro, confundida, y ve que también está despierto a su lado y rígido de una forma extraña, alerta, con los ojos como platos y la boca abierta. Emite lo que parece un gruñido o algo parecido a un bostezo. Por el óxido de la Tierra. No la mira, no se mueve. Lo único que hace es emitir ese ridículo sonido.

Y mientras tanto, el hombre no deja de acumular orogenia, acumula y acumula hasta que a la chica le empieza a doler la cara interna del cráneo. Le toca el brazo y lo nota sudado y rígido, pero tarda un momento en darse cuenta de lo que sucede: el hombre no se puede mover.

—¿Bastro?

Se inclina sobre él y lo mira a los ojos. No le devuelven la mirada, pero sesapina algo en ellos, algo alerta y que reacciona en su interior. Es como si su energía se tensara, algo de lo que sus músculos parecen incapaces, y con cada uno de esos gruñidos siente que va a más, que se enrosca más sobre sí mismo, que puede partirse en cualquier momento. Por el óxido ardiente y descascarillado. No puede moverse y está aterrado.

—¡Alabastro!

Se supone que los orogenes jamás se asustan. Y mucho menos los decanillados. El hombre no puede responder, claro. La chica pronuncia su nombre para hacerle saber que está allí y que va a ayudarlo, con la intención de que se tranquilice. Quizá sea una especie de ataque epiléptico. Sienita aparta las sábanas, se pone de rodillas y le mete los dedos en la boca para sacarle la lengua. La tiene llena de babas; se ahoga con sus putas babas. Al darse cuenta, lo pone de lado, le inclina la cabeza para que expulse las babas y ambos se alegran cuando consigue respirar sin problema por primera vez. Pero se trata de una respiración superficial y tarda más tiempo del que debería en coger aire. Tiene un problema. Sea lo que sea lo que le ha ocurrido, no solo le paraliza el cuerpo, sino también los pulmones.

La habitación se sacude un poco, y Sienita empieza a escuchar gritos de alarma por la posada, que cesan pronto porque nadie está preocupado de verdad. No ha sesapinado el peligro de un terremoto inminente. Quizá lo achaquen a una ráfaga de viento fuerte que ha impactado con uno de los lados del edificio... por ahora.

—Mierda, mierda, mierda. —Sienita se agacha para ponerse en medio de su línea de visión—. Bastro, maldito rumbriente hijo de un caníbal, contrólalo. Voy a intentar ayudarte, pero ¡no nos mates a todos antes!

La cara del hombre permanece impassible, y también su respiración, pero la sensación de fatalidad desaparece casi al instante. Mejor así. Bien.

—Tengo que ir a buscar a un médico...

Otra sacudida golpea el edificio; es más acusada. Oye el repicar de la vajilla y el traqueteo del carrito de comida vacío que tienen en la habitación. Lo da por un no.

—¡No puedo ayudarte! ¡No sé qué te pasa! ¡Vas a morir si no...!

Todo el cuerpo del hombre empieza a temblar. En ese momento no está segura de si se trata de algo deliberado o de una convulsión, pero poco después, cuando se repite lo mismo de antes, descubre que era una advertencia: la chica nota cómo la energía del hombre se ensambla con la suya. Aprieta los dientes y

espera a que la use para lo que quiera que necesite... Pero no ocurre nada. La tiene bajo su control, y Sienita siente que hace algo. Una agitación. Como si buscara algo pero no lo encontrara.

—¿Qué pasa? —Sienita mira de cerca su expresión inerte—. ¿Qué buscas?

No responde. Pero es obvio que se trata de algo que no podrá encontrar si no se mueve por sus propios medios.

Y eso no tiene sentido. Los orogenes no necesitan los ojos para hacer lo que hacen. Ya desde la cuna, los bebés pueden hacer lo mismo. Pero... La chica intenta encontrarle el sentido. Cuando sucedió algo similar en la vía rápida, lo primero que hizo fue girarse hacia la fuente del peligro. Intenta recordar aquel momento para comprender lo que el hombre hizo y cómo lo hizo. Pero se da cuenta de que no es del todo cierto, pues la estación de nódulo se encontraba un poco más hacia el noroeste y él había mirado hacia el este, hacia el horizonte. Se siente una estúpida y empieza a negar con la cabeza al tiempo que se pone en pie y se dirige hacia la ventana, la abre y mira hacia fuera. Como es muy tarde, lo único que se ve es la tranquilidad de las calles inclinadas y los edificios de yeso de la ciudad. La carretera es el único lugar donde hay algo de actividad, y más allá alcanza a ver el muelle y el océano: hay personas que suben mercancías a un barco. El cielo está pertrechado de nubes y aún queda para el amanecer. Se siente estúpida. Y en ese momento...

Algo se retuerce en su cabeza. Detrás de ella, cerca de la cama, escucha a Alabastro hacer un sonido estridente, siente cómo el poder del hombre se estremece. Parece que algo ha llamado su atención. ¿Cuándo? Fue cuando miró hacia el cielo. Vuelve a mirar, intrigada.

Es eso. Tiene que serlo. Casi nota la euforia del hombre. Y luego, cómo su energía la rodea y deja de ver a través de los ojos.

Se parece a aquel sueño que tuvo. Cae, hacia arriba, y por algún motivo le parece normal. Las luces y colores del lugar facetado que la rodea parpadean, como el agua, aunque de color lavanda en lugar de azul o transparente, como el de una amatista de baja calidad con una pizca de cuarzo ahumado. Agita los brazos y las piernas en el interior y, por un instante, tiene la certeza de que se ahoga, pero es algo que solo percibe con sus glándulas sesapinales, no con su piel ni sus pulmones: no puede estar agitando así el cuerpo porque ni es agua ni se encuentra de verdad en aquel lugar. Tampoco es cierto que se ahogue porque, de alguna manera, Alabastro está con ella.

Ella se agita, pero él parece tener las cosas claras. La arrastra, caen más rápido, en busca de algo, y Sienita casi puede escuchar un aullido, sentir la presión y notar cómo la temperatura desciende hasta que le dan escalofríos y se le pone la piel de gallina.

Entonces algo encaja. Algo se abre. Es mucho para ella, no logra percibirlo del todo. Algo se derrama por algún lado y se calienta con la fricción. Algo se estira en su interior, cada vez más. Arde.

Y luego se da cuenta de que está en otro lugar, de que flota en una inmensidad de objetos congelados, de que algo en ellos, entre ellos...

«un contaminante»

No es ella la que ha pensado eso.

Y luego, todo desaparece. Vuelve dentro de sí misma, al mundo real de percepciones, donde ve, oye, escucha, saborea, huele y sesapina. Sesapina de verdad, como se supone que tiene que hacer, no de esa manera oxidada que acaba de hacer Alabastro, quien por cierto vomita en la cama.

A Siena se le revuelve el estómago y se aparta, pero recuerda que el hombre estaba paralizado y que

no debería poder moverse ni, mucho menos, vomitar. Aun así, lo hace, y se incorpora en la cama para controlar las arcadas. Es obvio que ya no está paralizado.

No vomita demasiado; tan solo un poco de líquido grasiento y transparente. Han comido hace horas, es normal que tenga vacío el tracto digestivo alto. Y en ese momento, Siena recuerda
«un contaminante»

y luego se da cuenta de qué es lo que ha salido de él. Y también de cómo lo ha hecho.

Por fin se levanta, escupe unas cuantas veces por seguridad y se vuelve a derrumbar bocarriba en la cama. Respira agitado, como si disfrutara de la sensación de poder hacerlo a voluntad.

—Pero por la Tierra ardiente y oxidada, ¿qué acabas de hacer? —susurra Sienita.

Se ríe un poco, abre los ojos y dirige la mirada hacia ella. La chica no distingue si se trata de otra de esas risas que usa cuando quiere expresar algo diferente al humor. Quizá tristeza o resignación. Es un amargado, lo único que cambia es el grado en el que lo expresa.

—C-concentración —dice entre jadeos—. Control. Todo es cuestión de niveles.

Es la primera lección de la orogenia. Hasta un niño es capaz de mover una montaña, es instintivo, pero solo un orogén entrenado en el Fulcro puede mover una piedra concreta a voluntad. Y, al parecer, solo un decanillado es capaz de mover las partículas infinitesimales que flotan y revolotean en los intersticios que hay entre su sangre y los nervios.

Debería ser imposible. Sienita no puede creer que haya hecho algo así, pero ella misma lo ha ayudado a hacerlo, por lo que no le queda otra que creer.

Aciaga Tierra.

Control. Sienita respira hondo para recuperar el control de sus nervios. Luego se levanta, sirve un vaso de agua y se lo alcanza al hombre. Sigue débil; tiene que ayudarlo a incorporarse para que pueda beber. Escupe el primer trago en el suelo, a los pies de ella. La chica se queda mirando. Luego coge varias almohadas, las coloca en la zona lumbar y lo ayuda a reclinarsse, para después taparle las piernas y la cadera con la parte de la manta que todavía sigue limpia. Después se dirige a la silla que está delante de la cama. Es tan grande y mullida que no le costaría pasar la noche en ella. Está cansada de fluidos corporales.

Cuando ve que Alabastro ha recuperado el aliento y algo de su vigor (no es tan desconsiderada), le empieza a hablar, despacio.

—Por el óxido, dime qué acabas de hacer.

La pregunta no le sorprende, y ni se ha movido del lugar en el que está desplomado entre almohadas con la cabeza echada hacia detrás.

—Sobrevivir.

—Explícamelo. Lo que ocurrió en la vía rápida y lo que ha ocurrido ahora.

—No sé si... puedo. Ni sé si debería hacerlo.

Sienita no se amilana. Está demasiado asustada como para hacerlo.

—¿A qué te refieres con que no deberías?

Respira muy hondo y muy despacio, como si disfrutara de ello.

—Todavía no tienes... control. No el suficiente. Y sin él..., si intentaras hacer lo que acabo de hacer..., morirías. Por lo que si te digo cómo lo he hecho... —Respira hondo y expulsa el aire—. Puede que se te ocurriera intentarlo.

Controlar las cosas que son tan pequeñas que no se ven. Tiene que ser una broma.

—Nadie tiene ese tipo de control. Ni siquiera los decanillados.

Ha oído historias y sabe que pueden hacer cosas increíbles. Pero no imposibles.

—«Son dioses encadenados.» —Alabastro coge aire, y la chica se da cuenta de que se empieza a quedar dormido, quizá porque está cansado de luchar para sobrevivir, o quizá porque hacer milagros es más complicado de lo que parece—. «Domadores de la tierra salvaje a los que también hay que someter y amordazar.»

—¿De qué es? —Parece una cita.

—Del litoacervo.

—Mentira. Eso no está en ninguna de las Tres Tablillas.

—Tablilla quinta.

Está para el arrastre. Y ahora encima empieza a delirar. Por la Tierra que le dan ganas de matarlo.

—¡Alabastro! Responde a mi pregunta, por el óxido. —Se hace el silencio. La Tierra lo maldiga—. ¿Qué es lo que me has hecho?

Suelta una exhalación, despacio y con fuerza, y la chica cree que se ha desmayado. Pero el hombre le responde:

—Escalabilidad en paralelo. Si se pone un animal a tirar de un carro, llegará hasta donde pueda llegar. Si se ponen dos en fila, el que vaya delante se cansará antes. Pero si se usa un yugo, se sincronizan y se reduce la fricción entre el movimiento de ambos, se consigue un rendimiento mejor que el de ambos por separado. —Vuelve a suspirar—. Esa es la teoría, al menos.

—¿Y tú qué eres? ¿El yugo?

Lo pregunta en broma, pero él asiente.

Un yugo. Eso suena incluso peor. Aquel hombre la ha tratado como un animal y forzado a trabajar junto a él para cansarse menos.

—¿Cómo es que...? —No, la palabra «cómo» no es la adecuada: da por hecho una realidad que no es cierta—. Los orogenes no pueden trabajar juntos. Un toro siempre anula a otro. El que tenga mayor control, será el prioritario. —Es una lección que ambos aprendieron durante las pruebas de los balastos.

—Pues muy bien. —Está a punto de dormirse y le cuesta hablar—. Supongo que no has visto nada.

La chica está tan enfadada que durante un instante pierde el control; su visión se nubla. Es una rabia que los orogenes no se pueden permitir, por lo que la descarga con palabras.

—¡Es que no me lo trago! ¡No quiero que me lo vuelvas a hacer nunca...! —Pero ¿qué va a hacer para detenerlo?—. De lo contrario, te mataré. ¿Has oído bien? ¡No hay derecho!

—Me has salvado la vida. —Es poco más que un murmullo, pero la chica lo oye y le sienta como una puñalada a su rabia—. Gracias.

La verdad es que no puede culpar a un hombre que se ahogaba de agarrarse a la persona que tenía más cerca en ese momento.

O de salvar a miles de personas.

O de salvar a su propio hijo.

Se ha dormido, sentado junto al pequeño charco de inmundicia que ha dejado al vomitar. Como era de esperar, ha sido en el lado de la cama de la chica. Siena sube las piernas a regañadientes y se acomoda en la lujosa silla para intentar dormir.

Cuando se pone cómoda, se da cuenta de lo que acaba de ocurrir. Lo que ha significado todo aquello, no solo el hecho de que Alabastro haya realizado algo imposible.

Cuando era una balasto le encargaban realizar tareas de cocina y, cada cierto tiempo, alguien abría un bote de fruta o de verduras que se había echado a perder. Los másapestosos, es decir, los que estaban rotos o abiertos por algún lado, olían tan mal que había que abrir las ventanas y hacer que algún balasto aireara el lugar para que se fuera la peste. Pero Siena había aprendido que los peores eran los tarros que no se rompían. El interior parecía impoluto y olían bien al abrirlos. Lo único que podía llamar la atención era un pequeño bulto en la tapa de metal.

—Esto os dejaría más muertos que la mordedura de un cambializco —decía el cocinero jefe, un Resistente anciano y canoso, al tiempo que enseñaba el tarro sospechoso para que lo vieran bien—. Es puro veneno. Os paralizará los músculos. No podréis ni respirar. Y es muy fuerte. Podría matar a todos los habitantes del Fulcro con este tarro.

Y se reía. Como si aquello fuera gracioso.

Unas cuantas gotas de aquel potingue mezcladas en un guiso eran más que suficiente para matar a un maldito orograta de mediana edad.

¿Habría sido un accidente? Ningún cocinero respetable usaría nada salido de un tarro con la tapa abollada, pero quizá la posada el Fin de la estación haya contratado a algún incompetente. Sienita se había encargado de pedir la comida y de hablar con el chico que había subido a comprobar si necesitaban algo. ¿Le había dicho para quién era cada pedido? Intenta recordar lo que dijo, «El pescado y las batatas son para mí», por lo que habrán supuesto que el guiso era para Alabastro.

Si alguien odiaba tanto a los orogratas como para intentar matarlos, ¿por qué no envenenarlos a los dos? Tan sencillo como echar unas gotas de ese zumo de verduras tóxico en toda la comida, no solo en la de Alabastro. ¿Lo habrán hecho, pero no le ha afectado a ella? No ha notado nada.

«No seas paranoica», piensa.

Pero todo el mundo la odia, y no es algo que se haya inventado ella. Al fin y al cabo, es una orograta.

Sienita se agita en la silla de pura frustración, y rodeando las rodillas con los brazos para intentar dormirse. No hay manera. No puede dejar de hacerse preguntas, y su cuerpo se ha acostumbrado a las superficies duras debido a la escasa amortiguación del saco de dormir. Se pasa el resto de la noche sentada mientras observa por la ventana un mundo que cada vez tiene menos sentido y se pregunta cuál es su lugar en él, válgale el óxido.

Por la mañana se asoma por la ventana para respirar el rocío matinal y desperezarse, pero le da por mirar hacia arriba. A la luz del alba ve cómo titila una gran esquirra flotante de amatista. No es más que un obelisco, que casi ni recuerda haber visto el día anterior mientras cabalgaban hacia Allia. Son bonitos, pero también lo son las estrellas y no suele prestarles atención en el día a día.

Pero aquel le llama la atención. Porque está mucho más cerca de lo que estaba el día anterior.

* * *

Colocad una viga central y flexible en el centro de todas las estructuras. Confiad en la madera. Confiad en la piedra. El metal se oxida.

Caminas junto a la bestia

Piensas que, quizá, necesites ser otra persona.

No estás segura de qué persona. Las anteriores iteraciones de ti han sido más fuertes e impasibles o débiles pero amables, características que te han ayudado a superar momentos de tu vida según lo que necesitaba cada momento. Ahora eres fuerte e impasible, pero no te ha servido de nada.

Quizá podrías convertirte en otra persona. Ya lo has hecho antes: te resulta muy sencillo. Un nombre nuevo, un objetivo nuevo y luego ponerte en la piel de una personalidad nueva y adaptarla hasta que encaje bien. En unos días te sentirás como si nunca hubieras sido otra persona.

Pero claro. Solo una de esas personas es la madre de Nassun. Básicamente, es eso lo que te ha echado para atrás, el elemento decisivo. Cuando acabe todo, cuando Jija esté muerto y por fin puedas guardar luto por tu hijo... si Nassun sigue viva, necesitará contar con la madre que ha conocido durante toda su vida.

Por ello debes seguir siendo Essun, y será Essun la que tenga que recomponer los pedazos rotos de su persona que Jija ha destrozado. Montarás ese rompecabezas de la mejor manera que puedas, unirás las piezas más raras con tu fuerza de voluntad cuando no encajen entre sí, harás caso omiso de los crujidos y los chasquidos esporádicos. Lo que cuenta es que no se rompa nada importante, ¿vale? Lo superarás. No tienes elección. No, mientras exista la posibilidad de que uno de tus hijos esté vivo.

Te despiertan los sonidos de una pelea.

El chico y tú habéis pasado la noche en una estación de carretera y os encontráis entre varios cientos de personas que han tenido la misma idea. Allí no duerme nadie, y el lugar es poco más que una casucha de piedra sin ventanas con un surtidor de agua en el interior que, por acuerdo tácito, es territorio neutral. La gente se apuesta alrededor en varias docenas de campamentos y apenas se ha esforzado por interactuar entre sí, debido a ese mismo acuerdo tácito mediante el que todos tienen derecho a atacar primero y preguntar después. El mundo ha cambiado demasiado y a mucha velocidad. A pesar de que el litoacervo intenta preparar a la población para ese tipo de cosas, el cúmulo de situaciones terribles que implica una estación no es fácil de asimilar. Al fin y al cabo, hace una semana todo era normal.

Hoa y tú os habéis instalado y encendido un fuego para pasar la noche en un claro cercano entre la hierba. No te queda elección y tienes que dividirse la guardia con el chico, aunque temas que se quede dormido: hay demasiada gente alrededor y las imprudencias se pagan. Los ladrones son el mayor problema, ya que tienes un portabastos lleno y sois una mujer y un niño que viajan solos. El fuego también es un peligro para los inexpertos con el pedernal, sobre todo si tienes en cuenta que vais a pasar la noche en una extensión de hierba reseca. Pero estás agotada. Solo ha pasado una semana desde que vivías una vida cómoda y predecible, y te va a costar acostumbrarte al ritmo de los viajes. Ordenas al chico que te despierte tan pronto como se termine el bloque de turba que has usado. Para eso deberían faltar unas cuatro o cinco horas.

Pero muchas horas después, casi al amanecer, la gente del campamento improvisado que está más alejada empieza a gritar. Los gritos de alarma llegan hasta la parte en la que te encuentras, y te afanas

para salir del saco y ponerte en pie. No estás segura de quién es el que grita. Tampoco sabes por qué. No importa. Coges el portabastos con una mano y al chico con la otra, te das la vuelta y te dispones a salir corriendo.

El chico se zafa antes de que empieces la carrera y coge su fardo pequeño y andrajoso. Luego te vuelve a dar la mano, con sus ojos color geliris abiertos como platos en la oscuridad.

Luego corres, tú, el chico y todos los que se encontraban cerca de ti, corréis hacia las llanuras y os alejáis de la carretera porque sabéis que es la dirección de donde vinieron los primeros gritos y porque es probable que los ladrones, comubundos, milicias o quienquiera que esté causando problemas usen la carretera para marcharse cuando terminen de hacer lo que quiera que estén haciendo. A la luz tenue de ese amanecer lleno de ceniza, toda la gente que te rodea y tú parecéis meras sombras que corren a la par. El chico, el saco y el suelo son las únicas cosas del mundo que existen para ti durante un rato.

Un buen rato después, te abandonan las fuerzas y te tambaleas hasta que te detienes.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Hoa. No parece nada cansado. Será la fuerza de la juventud. No te has pasado todo el tiempo corriendo, estás muy flácida y en demasiado baja forma como para hacer algo así. Lo importante era no dejar de moverse, y eso sí has podido hacerlo, caminar pese a que no conseguiste reunir el aliento necesario para correr.

—No lo he visto —respondes. En realidad, no importa lo que fuera. Te frota el costado porque te ha dado un calambre. Te deshidratas. Sacas la cantimplora para beber, pero cuando lo haces tuerces el gesto al darte cuenta de que suena a que está casi vacía. No te ha dado tiempo de llenarla cuando te encontrabas en la estación de carretera. Planeabas hacerlo al llegar la mañana.

—Yo tampoco lo he visto —dice el chico, se da la vuelta y estira el cuello, como si viera algo—. Todo estaba tranquilo y, de repente... —Se encoge de hombros.

Lo observas.

—No has dormido, ¿verdad?

Viste la fogata antes de salir corriendo. El fuego ya estaba casi extinguido. El niño debería haberte despertado hace horas.

—No.

Lo miras con la misma cara con la que solías intimidar a tus dos hijos y a los de docenas de otras personas. Él se amilana y te mira, confundido.

—No lo he hecho.

—¿Por qué no me despertaste cuando se consumió la turba?

—Necesitabas dormir. Y yo no tenía sueño.

Maldición. Eso quiere decir que más tarde sí que tendrá sueño. Maldito niño cabezota, la Tierra lo consuma.

—¿Te duele el costado? —Hoa se acerca. Parece nervioso—. ¿Estás herida?

—Solo es un tirón. Ya se me pasará.

Echas un vistazo alrededor, pero es difícil ver a más de cinco metros con tanta ceniza. No parece que haya nadie cerca, no oyes nada aparte de lo que se escucha por la zona de la estación de carretera. A tu alrededor no hay ningún ruido, pero sí que se oye el suave roce de la ceniza sobre la hierba. Sabes que quienes están en la estación no deben de andar muy lejos, sin contar a Hoa, sientes que estás muy sola.

—Vamos a tener que volver a la estación.

—¿A coger tus cosas?

—Sí. Y también agua.

Echas un vistazo hacia la estación de carretera, algo inútil cuando la llanura que se abre ante ti está cubierta de una neblina de color grisáceo. No tienes claro que la siguiente estación de carretera siga en pie. Quizá la haya tomado alguno de esos aspirantes a caudillo, la haya destruido una turba histérica o haya dejado de funcionar.

—Podrías volver. —Te giras hacia el chico, que está sentado en la hierba y, para tu sorpresa, se ha metido algo en la boca. Vaya, es la primera vez que lo ves comer. Cierra bien su fardo andrajoso y traga antes de continuar hablando—. Al arroyo en el que me obligaste a bañarme.

Es otra posibilidad. El arroyo se internaba en la tierra a poca distancia del lugar en el que lo usaste, así que tendrás que caminar durante un día para volver. Eso significaría perder un día y...

Pero Nassun está en dirección contraria.

—¿Qué va a hacer con ella? —preguntas, en voz baja—. A estas alturas ya sabrá lo que es.

El chico se limita a mirarte. No sabrías decir si está preocupado por ti. Su expresión no ha cambiado.

Bueno, pues le vas a dar una razón más para preocuparse.

—Vamos a volver a la estación de carretera. Ya ha pasado mucho tiempo. Los ladrones, bandidos o lo que fueran ya se habrán llevado lo que querían y se habrán marchado.

A menos que lo que quisieran fuera la estación de carretera. Muchas de las comus más antiguas de la Quietud empezaron como fuentes de agua controladas por los grupos más poderosos de la zona, que mantenían alejados a todos los que se acercaran a ellos hasta que terminaba la susodicha estación. Una de las grandes esperanzas de los comubundos en dichas épocas, al no haber ninguna comu que quisiera acogerlos, era formar la suya propia.

Pero son pocos los grupos de comubundos que cuentan con la organización, la fuerza y la sociabilidad suficiente para hacerlo como es debido.

Y tampoco serán muchos los que hayan tenido que enfrentarse a un orogén que necesitaba el agua más que ellos.

—Si quieren quedárselo —dices, seria, aunque no es más que agua y el problema es insignificante: cualquier obstáculo te parece mayor que una montaña. Y los orogenes comen montañas—, será mejor que me dejen coger un poco.

Suponías que al oír esto el chico saldría corriendo entre gritos, pero lo único que hace es ponerse en pie. Le compraste ropa en la última comu por la que pasasteis, y también la turba. Ahora tiene unas buenas botas resistentes, unos calcetines gruesos, dos mudas y una chaqueta que da la casualidad de que es muy parecida a la tuya. Si no tienes en cuenta su extraño aspecto, el que lleve un atuendo parecido al tuyo ayuda a hacerte pensar que vais juntos. Es el tipo de cosa que envía esos mensajes tácitos de organización, objetivos comunes y unidad. No es mucho, pero cualquier cosa que te ayude a convencerte ayuda. Menuda pareja fantástica que formáis: una loca y un huérfano.

—Vamos —dices. Y empiezas a caminar. Él te sigue.

Cuando os acercáis a la estación de carretera, el lugar está tranquilo. Sabes que estás cerca por lo alborotado de la pradera: un campamento que alguien ha dejado abandonado en el que aún humean las brasas, un portabastos roto junto a un reguero de suministros que alguien había dejado caer. Hay cercos de hierba arrancada, brasas de fogatas y un saco de dormir abandonado que puede haber sido el tuyo. Lo

recoges al pasar, lo enrollas y lo atas a las tiras de tu mochila para colocarlo bien más tarde. Y en ese momento, antes de lo que esperabas, llegáis a la estación de carretera.

Al principio crees que no hay nadie. Lo único que oyes son tus pasos y tu respiración. El chico está casi en silencio, pero sus pasos resuenan más pesados de lo que deberían cuando volvéis a pisar el asfalto de la carretera. Lo miras, y parece que se da cuenta. Se detiene y se fija en tus pies mientras andas. Se fija en cómo apoyas el talón y luego el resto del pie poco a poco, en que no lo dejas caer de una vez, sino que lo arrastras y luego repites el movimiento. Luego empieza a hacer lo mismo y, si no tuvieras que prestar atención a tus alrededores y no te distrajeran los latidos de tu corazón, te habrías reído de su carita de sorpresa al darse cuenta de que sus pisadas dejan de hacer ruido. Te parece hasta encantador.

Y en ese momento entráis en la estación de carretera y os dais cuenta de que no estáis solos.

Lo primero que ves es el surtidor de agua y el recipiente de cemento en el que se encuentra. La estación de carretera es eso en realidad: un refugio para el surtidor. Luego ves a una mujer que canturrea para sí misma, aparta del grifo una cantimplora grande y pone debajo otra vacía y todavía más grande. Se afana con el surtidor para hacer funcionar el mecanismo y, al estar tan ocupada, solo repara en tu presencia cuando vuelve a empujar la palanca. En ese momento se queda de piedra, y os miráis fijamente.

Es una comubunda. Una persona que se haya quedado sin hogar hace poco no estaría así de sucia. (Menos aquel chico, te susurra un rincón de tu mente. Pero hay una diferencia entre ensuciarse debido a un accidente y hacerlo por no lavarse.) El pelo de la mujer está sucio y apelmazado, peinado en rastas como las tuyas pero formadas por pura desidia, y le cuelga de la cabeza en matas roñosas y desiguales. Tiene toda la piel cubierta de suciedad, una suciedad que ya parece formar parte de su cuerpo. Entre la suciedad hay partículas de hierro, y parte de ellas se han oxidado, lo que le da a su piel una tonalidad roja en algunas zonas. Parte de su ropa está limpia (piensas en todo lo que abandonaste en la estación de carretera y supones de dónde la habrá sacado) y tiene a sus pies tres sacos llenos de suministros y una cantimplora colmada. Su hedor corporal es tan intenso y acre que esperas que vaya a usar tal cantidad de agua para bañarse.

No deja de miraros a Hoa y a ti, os evalúa rápida y minuciosamente, y un momento después se encoge un poco de hombros y termina de llenar la cantimplora con dos palancazos más. Luego la recoge, le pone la tapa, la vuelve a colgar de uno de los grandes sacos que tiene a sus pies y, con una destreza que te sorprende, se los echa a la espalda y se aparta.

—Tenía que habérmelo imaginado.

Has visto antes a otros comubundos; son algo normal. En las ciudades que requieren mano de obra más barata que los Lomocurtido, y en las que los sindicatos de dicha casta al uso no tienen mucha influencia, los comubundos viven en barrios de chabolas y piden limosna en las calles. Cuando no se da el caso, los comubundos viven en los lugares entre comus, en los bosques y la linde de los desiertos, donde sobreviven de la caza y en los campamentos que construyen con restos. Los que no quieren complicarse la vida asaltan los campos y los depósitos de las afueras de las comus, y los que quieren gresca asaltan comus pequeñas y mal defendidas o atacan a los viajeros que recorren las carreteras secundarias de los cuadrantes. Los gobernadores de los cuadrantes no le dan mucha importancia a esos hechos, lo que hace que la gente siempre esté alerta y pone sobre aviso a los alborotadores. Pero cuando hay muchos robos o un asalto muy violento, se envían milicias para acabar con los comubundos.

Pero todo eso da igual ahora.

—No queremos problemas —dices—. Solo hemos venido a por agua, como tú.

La mujer no ha dejado de mirar con curiosidad a Hoa, pero cuando hablas mira hacia ti.

—Tampoco es que yo haya hecho nada. —Aprieta a propósito la tapa de una de las cantimploras que acaba de llenar—. Me quedan más, así que... —La mujer hace un gesto con la cabeza hacia tu saco y la cantimplora que cuelga de él—. No tardarás mucho con la tuya.

Las tuyas son enormes. Y también es probable que sean más pesadas que un leño.

—¿Esperas a que venga alguien más?

—Qué va. —La mujer sonrío y enseña unos dientes sanos. Puede que se haya convertido en una comubunda hace poco, pero antes no lo era. Está claro que esas encías no han sufrido malnutrición—. ¿Vais a matarme?

Admites que no esperabas una pregunta así.

—Tiene que vivir cerca —dice Hoa. Te alegras al ver que se encuentra cerca de la puerta y no ha dejado de mirar hacia fuera. Hace guardia. Un niño listo.

—Sí —afirma la mujer, con tono simpático e impertérrita porque le hayan descubierto aquel aparente secreto—. ¿Queréis seguirme?

—No —respondes, con tono cortante—. No nos interesas. Déjanos en paz y haremos lo mismo.

—Me parece bien.

Desatas la cantimplora y la acercas al surtidor. Se te hace raro: aquello está pensado para que alguien la accione mientras otra persona sostiene el contenedor.

La mujer pone una mano en el surtidor, se ofrece a ayudarte en silencio. Asientes y empieza a bombear. Bebes primero y luego se hace un silencio incómodo mientras se llena la cantimplora. Los nervios hacen que lo rompas.

—Te has arriesgado mucho al venir. Es probable que no tarde en volver todo el mundo.

—Algunos, no todos. Y vosotros también os habéis arriesgado mucho.

—Cierto.

—Bueno. —La mujer hace un gesto con la cabeza hacia la pila de cantimploras que ha llenado y, al cabo, ves... Pero ¿qué es eso? Encima de la boca de una de las cantimploras hay una especie de pequeño artilugio hecho de ramitas, hojas retorcidas y un pedazo de alambre doblado. Cuando lo miras, emite un pequeño chasquido—. De todas formas, estoy haciendo una prueba.

—¿Cómo?

Se encoge de hombros y te observa y, en ese momento, te das cuenta de que aquella mujer tiene de comubunda normal lo mismo que tú de táctica.

—Ese terremoto del norte —dice— fue de al menos nueve... y eso no es más que lo que sentimos en la superficie. También fue profundo. —Se queda en silencio de repente, mira hacia otro lado y frunce el ceño, como si algo le hubiera llamado la atención, aunque lo único que ves en esa dirección es la pared—. Nunca había sentido un terremoto como ese. Tenía unas ondas sísmicas muy extrañas. —Luego se vuelve a centrar en ti, con un movimiento brusco, como el de un ave—. Es probable que haya fisurado muchos acuíferos. Se repararán con el tiempo, claro, pero habrá que ver con qué contaminantes nos dejan a corto plazo. Lo digo porque esta zona es perfecta para una ciudad, ¿verdad? Es llana, de fácil acceso al agua y no está cerca de una falla. Quizás hace mucho tiempo hubiera alguna. ¿Sabes toda la ponzoña que

deja a su paso una ciudad?

La miras fijamente. Hoa también, pero él siempre mira de esa manera. En ese momento, lo que quiera que sea que hay en la cantimplora deja de emitir aquel chasquido y la comubunda se inclina para cogerlo. Parece que ha estado sumergiendo algo (¿un pedazo de corteza de árbol?) en el agua.

—Es segura —anuncia, y luego parece darse cuenta de que la mirabas. Frunce un poco el ceño y levanta aquel pequeño pedazo—. Está hecha con la misma planta que la salvaguardia, ¿sabes? Esa infusión de las reuniones. La he tratado con algo de mi cosecha para que sea capaz de detectar algunas sustancias que la salvaguardia no es capaz.

—No hay nada... —espetas. Pero luego te quedas en silencio, incómoda, cuando ves que te mira intrigada. Ahora tienes que terminar la frase—. Quiero decir que la salvaguardia no pasa por alto ninguna sustancia dañina para las personas.

Y por eso la bebe la gente. No iba a ser por su sabor a ojete hervido.

Aquello irrita a la mujer.

—Eso no es cierto. Por el óxido, ¿quién te ha dicho eso? —Es lo que solían enseñar en el creche de Tirimo, pero antes de que le puedas responder, continúa—: Todo el mundo sabe que la salvaguardia no funciona tan bien en una solución fría. Tiene que estar o bien a temperatura ambiente, o bien tibia. Además, solo detecta lo que nos mata en unos minutos, no lo que lo hace en meses. ¡Te vendrá bien para sobrevivir por hoy, pero el año que viene estarás en los huesos!

—Eres geomestra —dices, sorprendida. Te parece imposible. Has conocido a otros antes y son todo lo que la gente piensa que son los orogenes cuando son benévolos: arcanos, insondables, poseedores de unos conocimientos que ningún mortal debería ostentar, e inquietantes. Solo un geomestro sería capaz de saber tantos datos inútiles con esa meticulosidad.

—No lo soy. —La mujer se levanta, cada vez más enfadada—. Prestar atención a esos imbéciles de la universidad no lo es todo. No soy estúpida.

La vuelves a mirar, muy confundida. El agua empieza a rebosar de la cantimplora y te apresuras por encontrar la tapa. La mujer deja de bombear y luego se mete aquel pequeño artilugio en el bolsillo de la voluminosa falda y empieza a desembalar uno de los sacos pequeños que tiene a sus pies, con movimientos rápidos y eficaces. Saca otra cantimplora, del mismo tamaño que la tuya, y la tira a un lado. Cuando ha vaciado el saco, también lo lanza a un lado. No dejas de mirar ambos objetos. Todo sería mucho más fácil para ti si el niño fuera capaz de cargar con sus cosas.

—Te aconsejo que los cojas ya si quieres —dice la mujer. Aunque no te mira, te das cuenta de que ha separado esos objetos para ti—. No me voy a quedar por aquí, y tú tampoco deberías.

Te agachas para coger la cantimplora y el pequeño saco vacío. La mujer te ayuda a llenar la nueva cantimplora, y luego continúa hurgando entre sus cosas. Colocas bien la cantimplora y el saco que recogiste hace un rato, y luego pasas algunas de las cosas del saco grande al pequeño, para el chico.

—¿Sabes qué ha ocurrido? ¿Quién lo ha hecho? —Haces un gesto vago en la dirección de la que vinieron los gritos que te despertaron.

—Dudo que fueran personas —dice la mujer. Tira varios paquetes de comida podrida, unos pantalones de niño que le podrían ir bien a Hoa, y libros. ¿Qué clase de persona mete libros en un portabastos? Aun así, la mujer mira el título antes de tirarlo al suelo—. La naturaleza reacciona mucho más rápido que la gente a este tipo de cambios.

Atas la segunda cantimplora a tu saco, ya que prefieres cargar tú el peso antes que obligar a Hoa a hacerlo. Solo es un niño, y no es que sea muy fornido. Como parece que la comubunda no los quiere, también coges los pantalones de aquella pila de cosas inservibles que ha ido dejando a su lado. No parece que le importe.

—¿Te refieres a que el ataque lo ha realizado algún tipo de animal? —preguntas.

—¿No viste el cuerpo?

—No sabía que hubiera un cadáver. Escuchamos los gritos y empezamos a correr, como todos.

La mujer suspira.

—Es sensato, pero te hace perder... oportunidades.

Y como si lo hiciera para probar lo que acaba de decir, tira otro de los sacos que acaba de vaciar y se echa al hombro los dos que ha dejado. Uno de ellos es más viejo y, por lo tanto, más cómodo que el otro: el suyo. Ha usado una cuerda para juntar las dos cantimploras y que le queden a la altura de los riñones y se apoyen en la curva de sus nalgas prominentes, en vez de dejarlas colgando, como hace la mayoría. De pronto te lanza una mirada iracunda.

—No me sigas.

—No lo pretendía.

Ya tienes el saco pequeño preparado para dárselo a Hoa. Te cuelgas el tuyo y compruebas que te sientes cómoda y todo está bien asegurado.

—Lo digo en serio. —Se inclina un poco hacia delante, con gesto furioso—. Ni te imaginas cómo soy. Puede que viva en un recinto amurallado con otros cincuenta rumbrientos como yo y que tengamos limas para los dientes y libros de recetas para cocinar gente estúpida y jugosa.

—Vale, vale.

Das un paso atrás, y parece que la mujer se apacigua. Deja a un lado aquella furia, se tranquiliza y sigue acomodando sus sacos. Tú también tienes lo que has venido a buscar, así que es hora de marcharse. Cuando se lo alcanzas, al chico parece gustarle su nueva mochila. Le ayudas a ponérsela bien. Mientras lo haces, la comubunda pasa a vuestro lado para marcharse, y un vestigio de tu antigua personalidad le dice:

—Gracias, por cierto.

—No hay de qué —responde, con alegría, mientras atraviesa la puerta. Pero se detiene. Mira hacia algún lugar. Su semblante hace que se te ericen los pelos de la nuca. Te apresuras hacia la puerta para comprobar qué es lo que ha visto.

Es una kirjusa de cuerpo alargado, unas criaturas peludas que los medlatinos suelen tener de mascotas en lugar de los perros, ya que los perros son demasiado caros para todo el mundo, excepto para las personas más ostentosas de las Ecuatoriales. Las kirjusas se parecen más a grandes nutrias de tierra que a los perros. Son domesticables y salen baratas, porque solo comen hojas de arbustos y los insectos que crecen en ellos. Y de pequeñas son hasta más bonitas que los cachorritos... Pero esta no es bonita. Es grande, pesará unos buenos cientos de kilos y tiene el pelaje brillante. Alguien la quería mucho, al menos hasta hace poco: lleva un collar de cuero de calidad. Gruñe al salir de la hierba y entrar en la carretera, y en ese momento ves unas manchas rojas en el pelo que le rodean la boca y en sus garras prensiles.

Ese es el problema de las kirjusas y la razón por la que todo el mundo se las puede permitir. Comen plantas... pero solo hasta que empiezan a saber a ceniza, sabor que estimula un instinto que suelen tener

latente. En ese momento cambian. Todo cambia durante las estaciones.

—Mierda —suspiras.

La comubunda bufa a tu espalda y te pones tensa. Notas cómo tu percepción se fusiona con la tierra por unos instantes. (Reprimas el reflejo, por costumbre. No con otra gente alrededor. No a menos que no te quede otra opción.) Se dirige hacia el borde del asfalto y parece estar a punto de salir disparada hacia la pradera y a la arboleda que se encuentra a lo lejos. Pero cerca de la carretera, por la zona donde la gente había empezado a gritar, ves que la hierba se revuelve y oyes los alaridos y resoplidos de otra kirjusa... o más, no sabrías decir. Están ocupadas. Comen.

Esa era una mascota. Quizá recuerde con cariño a su dueño humano. Quizás haya dudado mientras el resto atacaba y solo haya podido probar un pequeño bocado de la carne, la que será su dieta principal hasta que se acabe la estación.

Pasará hambre si no cambia sus modales civilizados. No deja de dar pasos adelante y atrás en el asfalto y hace ruidos, como si estuviera indecisa, pero no se marcha. Os tiene atrapados a Hoa, a la comubunda y a ti mientras se enfrenta a su conciencia. Animalito.

Afianzas los pies y le murmuras a Hoa, o a la mujer si quiere escucharte:

—Nada de moverse.

Pero antes de que puedas encontrar algo inofensivo a lo que enlazarte, una masa de rocas que mover o una fuente de agua con la que formar un géiser, cosas que te darían una excusa para extraer el calor del aire y acabar con esa ardilla gigante, Hoa te mira y da un paso al frente.

—He dicho... —empiezas a decir mientras lo agarras por el hombro para tirar de él hacia atrás. Pero el chico no cede. Es como intentar mover una roca que lleva puesta una chaqueta: tu mano se desliza por el cuero, pero él no se mueve ni un ápice.

No terminas de pronunciar la reprimenda y el chico continúa hacia delante. Te das cuenta de que no lo hace por desobedecer, de que su postura implica mucho más. Dudas incluso de que se haya dado cuenta de que has intentado detenerlo.

Y luego ves que el chico se encara con la criatura, a tan solo unos metros. La kirjusa deja de moverse y se pone tensa, como si... esperara. ¿A qué? No parece que vaya a atacar. Baja la cabeza y retuerce el pequeño rabo, insegura. A la defensiva.

El chico se encuentra de espaldas a ti. No le puedes ver la cara, pero su pequeña y fornida figura da la impresión de ser menos pequeña, y también menos inofensiva. Levanta una mano y la extiende hacia la kirjusa, como si se la ofreciera para oler. Como si aún fuera una mascota.

La kirjusa ataca.

Es rápida. Son animales rápidos, pero ves cómo se le contraen los músculos y luego cómo se acerca con sus cinco patas, abre la boca y cierra los dientes alrededor de la mano del chico hasta clavárselos en el antebrazo. Por la Tierra, no puedes ver aquello, no puedes ver cómo matan a un niño delante de ti después de lo de Uche. ¿Cómo has dejado que ocurran ambas cosas? Eres la peor persona del mundo.

Pero quizá... Si logras concentrarte para congelar el animal y no al chico... Agachas la cabeza para concentrarte mientras la comubunda suelta un grito ahogado cuando la sangre del chico salpica el asfalto. Después de ver cómo han herido a Hoa será más difícil, pero lo que importa es salvarle la vida, aunque pierda el brazo. Y en ese momento...

Se hace el silencio.

Miras hacia arriba.

La kirjusa ha dejado de moverse. Está quieta en el mismo lugar, con la boca cerrada alrededor del brazo de Hoa, y en sus ojos brilla algo más cercano al miedo que a la rabia. Incluso tiembla un poco. Oyes cómo emite un quejido de frustración muy fugaz, como un alarido quedo.

En ese momento, el pelaje de la kirjusa se empieza a mover. (¿Qué?) Frunces el ceño y hasta te quedas bizca, pero la bestia está cerca y desde esa distancia se ve bien. Cada uno de sus pelos se mece en una dirección diferente pero al mismo tiempo. Luego brilla. (¿Cómo?) Se pone rígida. Te das cuenta de que no es solo que sus músculos se hayan agarrotado, sino también la carne que los cubre. Y no es que estén rígidos, es que se han... solidificado.

Y entonces te das cuenta: la kirjusa se ha solidificado por completo.

¿Qué ocurre?

No eres capaz de comprender lo que ves, así que no dejas de mirar y lo entiendes poco a poco. Sus ojos se han convertido en vidrio; sus garras, en cristal, y sus dientes, en unos filamentos de tonos ocre. Donde antes había movimiento, ahora hay quietud. Sus músculos han pasado a ser rocas, y no es una metáfora. El pelo es la última parte del cuerpo que le cambia, se retuerce, y los folículos donde nace se transforman.

La comubunda y tú no podéis dejar de mirar.

Vaya.

Eso es justo lo que piensas. No se te ocurre nada mejor. Vaya.

Al menos, ver todo eso hace que te pongas en marcha. Te mueves poco a poco hacia delante para ver lo que ocurre desde un ángulo mejor, pero no cambia nada. El niño sigue dando la impresión de estar bien, a pesar de que tiene medio brazo metido en el gajate de aquella cosa. La kirjusa está muerta de verdad. Es de verdad, pero está muerta.

Hoa te mira y de repente reparas en la profunda tristeza que hay en su expresión. Como si estuviera avergonzado por algo. ¿Por qué? Os ha salvado la vida, aunque de una manera... No sabes ni cómo lo ha hecho.

—¿Has sido tú? —preguntas.

El niño baja la mirada.

—No quería que lo vieras, todavía.

Vale. Tendrás que pensar en ello, pero luego.

—¿Qué es lo que has hecho?

Aprieta los labios y cierra la boca.

Se lo ve enfurruñado, pero quizá sea porque no es momento para una conversación así, sobre todo si piensas en que el niño tiene medio brazo inmovilizado entre los dientes de un monstruo de cristal. Los dientes le han desgarrado la piel, y la sangre mana y fluye por la mandíbula inferior, ahora de cristal.

—Tu brazo. Deja que... —Miras a tu alrededor—. Deja que busque algo para sacarlo de ahí.

En ese momento, Hoa parece recordar la situación de su brazo. Te vuelve a mirar y deja patente que no le gusta la manera en que lo miras, pero luego suspira, resignado. Mueve el brazo antes de que puedas advertirle de que no haga nada, que podría hacerse más daño.

La cabeza de la kirjusa se resquebraja. Unos pedazos enormes de piedra hacen un ruido sordo al caer al suelo y levantan una polvareda. El brazo del niño sangra aún más, pero ha conseguido sacarlo. Mueve

un poco los dedos. Los tiene bien. Luego deja el brazo colgando a un costado. Al ver la herida intentas cogerle el brazo, porque sabes que es algo que comprendes y con lo que le puedes ayudar. Pero él lo retira y se cubre las marcas con la otra mano.

—Hoa, deja que...

—Estoy bien —dice—, pero deberíamos irnos.

Las otras kirjusas todavía están cerca, aunque ocupadas triturando en la hierba a un pobre diablo. La comida no les durará para siempre. O peor, solo es cuestión de tiempo que otro grupo de desesperados decida volver a atacar la estación de carretera cuando crea que ya ha pasado lo peor.

Pero lo peor sigue por aquí, piensas al mirar la mandíbula rota de la kirjusa. Ves cómo las glándulas de la base de la lengua brillan ahora que se han transformado en cristal. Luego te vuelves hacia Hoa, que tiene un aspecto horrible y se agarra el brazo sanguinolento.

El aspecto del niño es lo que hace que tu miedo pase a convertirse en un sentimiento más familiar. ¿Lo ha hecho porque no sabía que eras capaz de defenderte por ti misma? ¿O quizá por otra razón que no eres capaz de adivinar? El hecho es que no importa. No tienes ni idea de qué hacer con un monstruo capaz de convertir seres vivos en esculturas, pero sí que sabes lidiar con un niño con problemas.

También tienes experiencia con niños que en secreto son monstruos.

Le ofreces una mano. Hoa se sorprende. La mira antes de mirarte a ti, y hay algo muy humano en su mirada, agradecimiento por apoyarlo en ese momento. Para tu sorpresa, hace que tú también te sientas un poco más humana.

Te da la mano. No parece estar débil a pesar de sus heridas, así que lo agarras y te vuelves para encaminarte hacia el sur. La comubunda os sigue sin decir nada, quizá se dirija hacia la misma dirección o quizás haya pensado eso de que la unión hace la fuerza. No decís nada, porque no hay nada más que hablar.

Detrás de ti, en la pradera, las kirjusas no han dejado de comer.

* * *

Cuidado con el suelo cuando hay piedras sueltas. Cuidado con los extranjeros sanos. Cuidado con el silencio repentino.

Tablilla primera, «De la supervivencia»,
versículo tercero

Damaya en el fulcro de todo

En el Fulcro la vida tiene un orden.

Hay que despertarse al alba. A Damaya no le cuesta acostumbrarse, porque ya lo hacía en la granja. Ahora es una balasto, una roca sin importancia que necesita que la pulan para ser útil o para ayudar a pulverizar otras rocas mejores, y los balastos se despiertan cuando uno de los instructores entra en el dormitorio y hace sonar muy alto una campanilla. Todos se encogen de dolor al escucharla, aunque ya estuvieran despiertos. Todos gruñen, hasta Damaya. Pero a ella le gusta. Le hace sentir que forma parte de algo.

Se levantan y doblan la sábana superior a la manera militar para hacer la cama. Luego se arrastran hacia las duchas, que están iluminadas con luces eléctricas, tienen azulejos resplandecientes y huelen a productos de limpieza de aromas herbales porque el Fulcro contrata a Lomocurtido y comubundos de los barrios de chabolas de Yumenes para realizar tareas de limpieza. Las duchas son maravillosas por esa y otras razones. Hasta aquel momento no había podido usar agua caliente de esa manera: litros y litros que caen del techo como la lluvia más perfecta que jamás haya visto. Intenta no llamar demasiado la atención, ya que algunos de los otros balastos son de las Ecuatoriales y podrían reírse de ella, de la pueblerina abrumada por una limpieza cómoda y sencilla. Pero lo cierto es que lo está.

Al terminar, los balastos se cepillan los dientes y vuelven al dormitorio para vestirse y acicalarse. Los uniformes son pantalones y túnicas grises de tela rígida y adornos negros cosidos por los bordes, tanto para hombres como para mujeres. Los niños que tengan el pelo largo, liso u ondulado y se lo puedan recoger, deben hacerlo. Los que lo tengan soplocinéreo, rizado o corto deben asegurarse de tenerlo bien peinado. Cuando están listos, los balastos se quedan en pie delante de sus camas y esperan, mientras los instructores entran y recorren las filas para realizar una inspección. Lo hacen para asegurarse de que los balastos están limpios de verdad. También comprueban las camas, para asegurarse de que nadie se ha orinado ni doblado las sábanas de forma chapucera. Los balastos que no se han duchado bien tienen que volver a hacerlo, pero con agua fría y bajo la atenta mirada de los instructores, para comprobar que en esa ocasión se hace como es debido. (Damaya se asegura de no tener nunca que hacer algo así, porque no parece algo agradable.) A los balastos que no han terminado de vestirse o acicalarse o no han hecho bien la cama los mandan a Disciplina, donde reciben un castigo acorde a la infracción. A los que están mal peinados, los rapan, y si no es la primera vez que les ocurre, se les afeita la cabeza. A los que no se han lavado los dientes, les lavan la boca con jabón. Si se han vestido mal, se les corrige con cinco latigazos en las nalgas al aire o en la espalda. En caso de que sea la cama lo que han hecho mal, con diez. Los látigos no abren heridas en la piel ya que los instructores están bien entrenados, pero sí que dejan verdugones que tienen que ocultar bajo la tela rígida de los uniformes.

«Nos representáis a todos —dicen los instructores si alguien se queja por semejante trato—. Cuando estáis sucios, todos los orogenes están sucios. Cuando sois vagos, todos somos vagos. Os hacemos daño para que no nos hagáis daño a los demás.»

Quizás en otro momento Damaya habría protestado por lo injusto de la situación. Los niños del Fulcro son todos diferentes: de edades diferentes, colores diferentes o formas diferentes. Hablan sanzedinés con varios acentos diferentes que corresponden a varias regiones del mundo. Una chica tiene los dientes

afilados porque entre los suyos es costumbre hacerlo, un chico no tiene pene y se mete un calcetín en la ropa interior después de la ducha, otra chica no está acostumbrada a tener comidas regulares y engulle todo lo que le ponen delante como si se muriera de hambre. (A veces los instructores encuentran comida oculta dentro de su cama o en los alrededores y la obligan a comérsela delante de todo el mundo, aunque vomite.) No se puede esperar que todos se comporten de la misma manera cuando son tan diferentes, y para Damaya no tiene sentido que se la juzgue por la conducta de unos niños que solo comparten con ella la maldición de la orogenia.

Pero la niña ya sabe que el mundo no es un lugar justo. Que los orogenes, los Misalem, son terribles y nacen con una maldición. Es el precio que hay que pagar por la seguridad. Aunque, a decir verdad, como siempre hace bien lo que tiene que hacer, tampoco es que ocurra nada inesperado. Su cama siempre está perfecta, y sus dientes, limpios y blancos. Cuando empieza a perder la fuerza de voluntad, se mira la mano derecha, que a veces le molesta los días en que hace frío, aunque los huesos se le soldaron en unas pocas semanas. Recuerda el dolor y lo que aprendió de él.

Después de la inspección, cogen el desayuno en el vestíbulo del dormitorio, que consiste en un poco de fruta y unas salchichas a la receta sanzédina, y se lo comen por el camino. Marchan hacia las clases en pequeños grupos y andan por los patios del Fulcro que los balastos más veteranos llaman crisoles, aunque se supone que no deberían llamarse de esa manera. (Los balastos se dicen entre ellos muchas cosas que nunca les cuentan a los adultos. Los adultos las saben, pero las obvian. El mundo no es justo y, además, a veces no tiene sentido.)

En el primer crisol, que está techado, pasan la mañana en unos asientos con pizarra mientras uno de los instructores del Fulcro les da clases. A veces les hacen exámenes orales y les preguntan a todos los balastos hasta que alguien no es capaz de responder. El que falla se tiene que encargar de limpiar las pizarras. Es la manera que tienen de entrenarlos para trabajar bajo presión pero con tranquilidad.

«¿Cuál era el nombre del primer emperador de la Antigua Sanze?»

«En Erta un terremoto emite ondas expansivas a las seis horas, treinta y cinco minutos y siete segundos, y ondas vibratorias a las seis horas y treinta y siete minutos y veinticinco segundos. ¿Cuánto tiempo hay de retraso?» Para los balastos más veteranos, la pregunta se complica y se añaden logaritmos y funciones.

«El litoacervo advierte: “Cuidado con el centro del círculo.” ¿Cuál es la trampa de dicha afirmación?»

Un día le toca esa pregunta a Damaya y se levanta para responder:

—Dicha afirmación indica la manera en la que se puede suponer el lugar en el que se encuentra un orogén en un mapa —responde—. Aunque es incorrecta o... quizá muy simplificada, ya que la zona de consunción de un orogén no es circular, sino toroidal. Mucha gente no comprende que la zona afectada también se extiende hacia arriba y abajo, y un orogén habilidoso es capaz de moldearla a voluntad en tres dimensiones.

El instructor Marcasita asiente para aprobar la explicación y hace que Damaya se sienta orgullosa. Le gusta tener razón. Marcasita continúa la explicación:

—Y como el litoacervo sería más complicado de memorizar si tuviera frases como «cuidado con el fulcro invertido de un toro cónico», nos limitamos a usar palabras como «centro» y «círculo». Sacrificamos algo de precisión para mejorar la lírica.

Toda la clase se ríe. No hace gracia, pero los días de preguntas hay mucha tensión acumulada en el ambiente.

Después de la clase se sirve el almuerzo en el patio al aire libre que está reservado a tal efecto. El patio cuenta con un techo de lona lubricada sobre listones con el que se puede cubrir los días lluviosos, aunque en Yumenes no suele haber días así porque se encuentra muy en el interior. Los balastos se suelen sentar en mesas amplias con grandes bancos bajo un cielo soleado mientras se ríen, se pegan y se insultan. Para compensar el desayuno ligero, se sirve mucha comida, variada, deliciosa y abundante, mucha de ella procedente de tierras lejanas de las que Damaya no sabe ni el nombre. (Se come su parte sin problema. Yaya le enseñó que la comida no se tira.)

Es su momento del día favorito, aunque es de las balastos que se sientan solas en una mesa vacía. Ha reparado en que muchos niños también lo hacen, demasiados para pensar que ninguno ha conseguido hacer amigos. Tienen una expresión que ha aprendido a reconocer: se mueven como con cautela, vacilan, y sus ojos y mandíbulas tienen una tirantez característica. Algunos no pueden ocultar las cicatrices que les han dejado sus vidas anteriores. Hay un chico de las Costeras orientales al que le falta un brazo desde el codo, aunque se las apaña muy bien sin él. Una sanzedina que tendrá unos cinco años más tiene las marcas arrugadas de la cicatriz de una quemadura por media cara. Y también hay otro balasto más neófito que Damaya que tiene la mano izquierda cubierta con un guante especial de cuero sin dedos que se le ajusta en la muñeca. Damaya reconoce el guante porque es lo que le pusieron para curarle la mano durante las primeras semanas que pasó en el Fulcro.

No se parece demasiado al resto de los balastos que se sientan a solas.

Después del almuerzo, los balastos recorren el Jardín Anular en filas largas y silenciosas bajo la vigilancia de los instructores, que se encargan de que no hablen ni hagan incomodar con sus miradas a los orogenes adultos. Damaya los mira, porque los balastos tienen que hacerlo. Es importante que vean lo que les espera cuando empiecen a conseguir anillos. El jardín es una maravilla, al igual que los orogenes: son adultos y ancianos muy diferentes entre sí, saludables y guapos... o seguros de sí mismos, que es lo que los hace parecer guapos. Todos de una imponente sombra debido a sus uniformes negros y botas brillantes. Los anillos resplandecen cuando gesticulan, pasan las páginas de libros que no tienen que leer o les apartan mechones de pelo a sus amantes detrás de la oreja.

Damaya ve en ellos algo que al principio le cuesta comprender, aunque lo desea con una desesperación que le provoca sorpresa y desconcierto. Aquellas primeras semanas se convierten en meses, se acostumbra a la rutina y empieza a comprender qué ve en los orogenes adultos: control. Dominan su poder. Ninguno de los orogenes anillados sería capaz de congelar el patio como respuesta a un empujón. Esas profesionales y estilizadas figuras de negro ni se inmutarían ante un fuerte terremoto o el rechazo de su familia. Saben lo que son, han aceptado todo lo que conlleva y no le tienen miedo a nada, ni a los tácticos ni a sí mismos ni al Anciano Padre Tierra.

Si para conseguir algo así Damaya tiene que sobrevivir a unos pocos huesos rotos o a pasar unos años en un lugar donde no la quieren ni le cae bien a nadie, está dispuesta a pagar tan módico precio.

El día sigue con el entrenamiento de Orogenia Aplicada por la tarde. Damaya se encuentra formando una fila con otros balastos de su nivel de experiencia en los crisoles de práctica, que están en el círculo más interior del complejo del Fulcro. Bajo la atenta mirada de un instructor, aprende a visualizar, respirar y ampliar su conciencia de la tierra a voluntad, no como reflejo a los temblores o a su

nerviosismo. También aprende a controlar ese nerviosismo y el resto de las emociones que pueden hacer que el poder de su interior reaccione ante una amenaza inexistente. El control de los balastos todavía no es el adecuado, por lo que a ninguno se le permite mover nada. Los instructores, de alguna manera, saben cuándo está a punto de ocurrir algo y, como tienen anillos, se les permite destruir cualquier toro que los niños empiecen a formar. Lo hacen de una manera que Damaya no comprende, con un golpe de frío impresionante que usan como advertencia. Les ayuda a recordar lo importante que es aquella clase, y también aviva un rumor que los balastos más veteranos han extendido cuando todo queda a oscuras: si cometes muchos errores, los instructores te congelan.

Pasarán muchos años antes de que Damaya comprenda que matar a un estudiante descarriado no es un ejemplo para los demás, sino piedad.

Después de la clase de Aplicada, toca el turno de la cena y la hora libre, momento en el que pueden hacer lo que les plazca, siempre que la edad lo permita. Los balastos más jóvenes suelen caer rendidos en la cama, agotados después de intentar controlar aquellos músculos invisibles y casi involuntarios. Los que llevan más tiempo tienen más resistencia y energía, por lo que suelen jugar y reírse un rato en los catres del dormitorio hasta que los instructores anuncian la hora de apagar las luces. Al día siguiente, se repite la misma rutina.

Pasa así seis meses.

Uno de los balastos veteranos se acerca a Damaya durante la comida. Es un chico alto y de las Ecuatoriales, aunque no parece del todo sanzedino. Su pelo tiene una textura soplocinérea, pero es de un color rubio ocre. Tiene hombros anchos y la figura de un Lomocurtido, lo que la pone sobre aviso. No ha dejado de ver a Zab en todas partes.

El chico se acerca a la mesa en la que se encuentra sola y le sonrío, sin gestos amenazadores.

—¿Puedo sentarme?

Damaya se encoge de hombros. No quiere, pero tiene curiosidad. El chico pone la bandeja en la mesa y se sienta.

—Me llamo Arkete —dice.

—No te llamas así —responde ella, y se le tuerce un poco la sonrisa.

—Es el nombre que me pusieron mis padres —aclara él, serio—, e intento conservarlo hasta que consigan arrebatármelo. Sé que no lo conseguirán porque, al fin y al cabo, no es más que un nombre. Si lo prefieres, mi nombre oficial es Maxixe.

Una aguamarina de la clase más alta que se usa casi en exclusiva para artesanía. Le pega: es un chico guapo a pesar de sus evidentes facciones árticas o antárticas (no es que a ella le importe, pero a los de las Ecuatoriales sí), lo que lo convierte en un peligro de facetas afiladas, como suelen ser la mayor parte de los chicos guapos y corpulentos. Por eso decide llamarlo Maxixe.

—¿Qué quieres?

—Vaya, te estás ganando a pulso tu popularidad. —Maxixe empieza a comer y apoya los brazos sobre la mesa mientras mastica, no sin antes comprobar que no hay instructores cerca que lo puedan reprender por sus malos modales—. Se supone que sabes cómo va esto, ¿no? El chico guapo muestra un interés repentino por la tímida chica pueblerina. Todos la odian, pero ella empieza a ganar confianza en sí

misma. Luego el chico la traiciona y se arrepiente. Es duro, pero la ayuda a «encontrarse a sí misma», termina por darse cuenta de que no lo necesita y quizás ocurran más cosas... —Agita un dedo—. Y, al final, ella se convierte en la chica más guapa porque se gusta a sí misma. Pero no va a ocurrir nada de esto si no tartamudeas, te sonrojas y haces como si no te gustara.

Todo aquel batiburrillo de palabras la confunde y le molesta tanto que responde:

—No me gustas.

—Eso ha dolido. —Hace un gesto como si lo hubieran apuñalado en el corazón. A pesar de todo, la gracieta ha hecho que Damaya se relaje un poco. Él sonrío al verlo—. Mucho mejor así. ¿Es que no lees libros o acaso no teníais acervistas en ese agujero de las medlat en el que creciste?

Damaya no lee libros porque todavía no se le da bien la lectura. Sus padres la enseñaron para salir al paso, y los instructores le han asignado tarea adicional durante la semana para mejorar sus habilidades al respecto. Algo que no quiere confesar.

—Claro que tenemos acervistas. Nos enseñaban el litoacervo y cómo prepararnos para...

—Menudo asco. Acervistas de verdad. —El chico niega con la cabeza—. Donde yo nací, los únicos que les hacían caso eran los profesores del creche y los geomestros más aburridos. A la gente les gustaban más los acervistas populares, ya sabes, esos que montan bolos en bares y anfiteatros. Cuentan historias que no tienen intención de enseñar nada, solo entretener.

Damaya nunca ha oído hablar sobre ellos, pero quizá se trate de una moda de las Ecuatoriales que no había llegado a las Normelat.

—Pero los acervistas solo existen para predicar el litoacervo. Si no lo hacen, ¿no deberían llamarse de otra manera?

—Quizá. —Se encoge de hombros y extiende la mano para quitarle un pedazo de queso del plato, pero está tan ofuscada con lo de los acervistas populares que no le dice nada—. Los acervistas de verdad los han criticado mucho en la Junta Yumenescí, pero no sé nada más al respecto. Llevo dos años aquí y, en todo este tiempo, no me he enterado de más. —Suspira—. Espero que los acervistas populares no desaparezcan. Me gustaban, aunque sus historias fueran un poco tontas y predecibles. Pero también es verdad que sus historias transcurren en creches de verdad, no en lugares como este. —Se le tuercen un poco hacia abajo las comisuras de los labios y mira alrededor con sutil desagrado.

Damaya sabe muy bien a qué se refiere, pero quiere comprobar si es capaz de decirlo.

—¿Lugares como este?

El chico la mira por el rabillo del ojo, y al sonreír muestra una sonrisa que seguro que gusta a más gente de la que asusta.

—Ya sabes a qué me refiero. Como este: lugares bonitos y maravillosos, lugares perfectos llenos de amor y armonía.

Damaya ríe, pero luego se detiene. No está segura de por qué lo ha hecho.

—Ya ves —continúa el chico, mientras come con placer—. A mí también me costó mucho empezar a reírme cuando me mudé aquí.

Después de aquella afirmación, el chico le gusta un poco más.

Más tarde, la chica se da cuenta de que, en realidad, no quiere nada. Solo hablar un rato y robarle algo de comida, lo que le da igual porque ya casi había terminado. No parece importarle que le llame Maxixe. Todavía no confía en él, pero da la impresión de que solo buscaba una persona con la que

hablar. Algo comprensible.

Al rato el chico se levanta y le da las gracias por «una conversación muy vigorizante», aunque prácticamente haya hablado solo, y se marcha para reunirse con sus amigos. Damaya se olvida de él y continúa con su día a día.

Aunque al día siguiente ocurre algo.

Empieza por la mañana en la ducha, cuando alguien se tropieza con ella con tanta fuerza que hace que se le caiga la toalla. Cuando mira a su alrededor, ninguno de los chicos o chicas con los que comparte vestuario la mira ni le pide perdón. Lo considera un accidente.

Pero cuando sale de la ducha, ve que alguien le ha robado los zapatos. Los puso junto a su ropa, que había dejado preparada sobre la cama antes de ducharse para tardar menos en vestirse. Es algo que hace siempre, todas las mañanas. Hoy no están.

Ella busca con mucho cuidado, para asegurarse de que no los ha olvidado en alguna parte, aunque está segura de que no. Luego mira al resto de los balastos que la rodean y ve que hacen lo posible para no mirarla mientras los instructores avisan de que va a dar comienzo la inspección y lo único que puede hacer ella es quedarse ahí en pie, con el uniforme impecable y los pies descalzos. Sabe lo que acaba de ocurrir.

No supera la inspección, la castigan a frotarse los pies con un cepillo y le dan unos zapatos nuevos que le dejan las plantas doloridas y en carne viva durante el resto del día.

Y aquello es solo el principio.

Ese mismo día, en la cena, alguien le mete algo en el zumo que le dan con la comida. A los balastos que no tienen modales en la mesa los castigan con tareas en las cocinas, lo que implica tener acceso a la comida de todo el mundo. Se olvida de ello y no se da cuenta de que el zumo sabe raro hasta que le cuesta concentrarse y le empieza a doler la cabeza. Ni siquiera en ese momento se da cuenta de lo que ocurre y se marcha dando bandazos y tambaleándose de camino al dormitorio. Uno de los instructores, con el ceño fruncido, la detiene al ver que le falta coordinación y le huele el aliento.

—¿Cuánto has bebido? —pregunta.

Damaya se extraña, confundida al principio porque no se ha tomado más que un vaso de zumo de tamaño normal. La razón por la que le cuesta tanto comprenderlo todo es porque está borracha: alguien le ha metido alcohol en el zumo.

Se supone que los orogenes no pueden beber. La suma de la embriaguez y el poder para mover montañas solo puede tener como resultado un desastre. El instructor que detiene a Damaya se llama Galena, uno de los tetranillados más jóvenes, y se encarga de los balastos por las tardes. Es despiadado en el crisol, pero por alguna razón se apiada de ella en aquel momento. Galena la cubre y la lleva a sus habitaciones, que por suerte quedan cerca. Allí suelta a Damaya en un sofá y la obliga a dormir.

Por la mañana, mientras la niña bebe agua y tuerce el gesto ante el sabor horrible de su boca, Galena se sienta a su lado.

—Tienes que arreglar esto ahora mismo. Como uno de los instructores te haya visto...

Niega con la cabeza. La ofensa es tal que no hay castigo oficial para ella. Será algo terrible, es lo único que ambos necesitan saber.

La razón por la que los otros balastos hayan decidido acosarla, da igual. Lo único que importa es que lo han hecho y que no son bromas inofensivas. Han intentado que la congelen. Galena tiene razón:

Damaya tiene que solucionar las cosas. Ya.

Llega a la conclusión de que necesita un aliado.

Entre los solitarios hay otra chica que le ha llamado la atención, la de ella y la de todo el mundo: hay algo en ella que no cuadra. Su orogenia es inestable y contenida, como una daga a punto de caer a plomo sobre la tierra... y el entrenamiento solo ha conseguido empeorar las cosas, porque ahora está más afilada. Se supone que no debería ser así. Se llama Selu, y todavía no se ha ganado ni le han asignado un nombre de orogén. Los otros balastos la llaman Raja para hacerse los graciosos, y es el nombre que se le ha quedado. Ya hasta responde a ese nombre, al ver que no puede hacer nada para evitar que la llamen así.

La gente no deja de susurrar a sus espaldas que no superará el entrenamiento. Eso la convierte en la aliada perfecta.

Damaya va a por Raja durante el desayuno del día siguiente. (Ahora solo bebe agua que recoge en una fuente cercana. Se come lo que le sirven, pero lo inspecciona con mucho cuidado antes de echarse nada a la boca.)

—Hola —dice al tiempo que suelta la bandeja en la mesa.

Raja la observa.

—¿En serio? ¿Las cosas están tan mal que me necesitas a mí?

Aquella sinceridad desde un primer momento le parece una buena señal.

—Sí —responde Damaya, y se sienta, ya que Raja no se lo ha impedido—. También te ponen las cosas difíciles, ¿verdad? —Claro que lo hacían. Damaya no había visto cosas concretas, pero tenía sentido. En el Fulcro la vida tiene un orden.

Raja suspira, un gesto que hace que tiemble un poco toda la habitación, o eso parece por unos instantes. Damaya se obliga a no reaccionar, porque mostrar miedo no es un buen comienzo para aquella relación. Raja se da cuenta y se relaja, un poco. El temblor que presagiaba un desastre inminente se esfuma.

—Pues sí —dice Raja, en voz baja. De improviso Damaya es consciente de que Raja está enfadada, aunque no ha dejado de mirar el plato. Se da cuenta por la fuerza con la que agarra el tenedor y por lo vacío de su expresión. Aquello hace que Damaya se haga preguntas: ¿De verdad el problema es el control de Raja? ¿O es que sus martirizadores han hecho todo lo posible para rajarla?—. Bueno, ¿y qué quieres hacer al respecto?

Damaya le explica el plan por encima. Aunque al principio no está muy convencida, Raja se convence de que va muy en serio. Terminan de comer en silencio mientras se lo piensa.

—Cuenta conmigo —dice al fin.

El plan es muy sencillo. Tienen que encontrar el origen del problema y la mejor manera de hacerlo es usar un cebo. Piensan en Maxixe, porque tienen claro que tiene que estar implicado de alguna manera. Los problemas de Damaya comenzaron poco después de aquella conversación tan amistosa en apariencia. Esperan a una mañana en la que está en la ducha riendo con sus amigos, y entonces Damaya vuelve a su catre.

—¿Dónde están mis zapatos? —pregunta, en voz alta.

El resto de los balastos mira alrededor y alguno emite un quejido al esperar que los abusones han vuelto a usar el mismo truco. Jaspe, que solo lleva en el Fulcro unos meses más que Damaya, frunce el

ceño.

—Esta vez nadie te ha quitado los zapatos —dice—. Están en tu catre.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso los has puesto tú ahí? —Damaya se acerca a él para enfrentarlo, y él se enfada y se dirige también hacia ella, con los hombros hacia detrás, ofendido.

—¡Yo no he tocado tus mierdas! Si los has perdido, es cosa tuya.

—No soy de perder cosas. —Damaya le clava un dedo en el pecho. El chico es de las Normelat, como ella, pero delgado y pálido, puede que de una comu cerca de las Árticas. Se pone rojo cuando se enfada y los otros niños se suelen reír de él, pero no mucho, porque acaba riéndose más de ellos al final. (La buena orogenia consiste en desviar, no en cesar.)

—Aunque no hayas sido tú, seguro que sabes quién fue. —Le vuelve a clavar el dedo, y él le aparta la mano con fuerza.

—No me toques o te rompo ese dedo oxidado, cerda estúpida.

—¿Qué pasa aquí?

Todos pegan un brinco, se quedan en silencio y se dan la vuelta. En el marco de la puerta y listo para comenzar con la inspección, se encuentra Cornalina, uno de los instructores más veteranos. Es un hombre corpulento, barbudo, mayor y muy serio que lleva seis anillos. Todo el mundo le tiene miedo y, por eso, los balastos se apresuran para colocarse delante de sus respectivos catres y mantenerse firmes. Damaya no puede evitar estar nerviosa, hasta que mira a Raja y esta asiente un poco. La distracción ha funcionado.

—He dicho que qué pasa aquí. —Cornalina entra en la habitación cuando ya están todos bien colocados. Se fija en Jaspe, que está rojo como un tomate, aunque es probable que ahora se deba al miedo en lugar de a la rabia—. ¿Hay algún problema?

Jaspe mira a Damaya.

—Yo no tengo ninguno, instructor.

Cuando Cornalina se vuelve hacia ella, la chica ya tiene la respuesta preparada.

—Alguien me ha robado los zapatos, instructor.

—¿Otra vez? —Aquello es una buena señal, la última vez Cornalina se limitó a acusarla por perder los zapatos e inventarse excusas—. ¿Tienes pruebas de que los ha robado Jaspe?

Ahora llegaba lo difícil. Nunca se le había dado bien mentir.

—Sé que fue un chico. Desaparecieron mientras me duchaba con todas las chicas. Las conté.

Cornalina suspira.

—Como intentes que alguien cargue con las culpas de tus errores...

—Siempre lo hace —dice una chica pelirroja de las Costeras orientales.

—Comete muchos errores —dice un chico que parece haber salido de la misma comu o que, directamente, es pariente de la chica de antes. La mitad de los balastos se ríe con disimulo.

—Busque entre las cosas de los chicos —dice Damaya, alzando la voz entre las risas. No lo pidió la última vez porque no estaba segura de dónde se encontraban los zapatos. Ahora sí lo está—. No han tenido tiempo para deshacerse de ellos. Seguro que están aquí. Mire entre las cosas.

—No es justo —dice un niño pequeño de las Ecuatoriales que no parece tener edad de haber salido del creche para bebés.

—Sí que no es justo —repite Cornalina mientras mira a Damaya y no deja de fruncírsele el ceño—.

Espero que lo tengas claro, ya que voy a violar la intimidad de tus compañeros. Como te equivoques, esta vez no te trataremos tan bien.

Todavía recuerda aquel cepillo y cómo le escocían los pies.

—Entendido, instructor.

Cornalina suspira. Luego se vuelve hacia la parte de la habitación en la que duermen los chicos.

—Abrid los arcones, todos. Acabemos con esto.

Se escuchan muchos gruñidos mientras abren los baúles y dedican a Damaya unas miradas que la chica sabe que le van a poner las cosas difíciles. Ahora todo el mundo la odia. Y no le importa: si van a odiarla, qué mejor que tener una razón para hacerlo. Pero es posible que eso cambie en cuanto esto haya acabado.

Maxixe abre su baúl al mismo tiempo que los demás, con cara de que podría matar a alguien, y los zapatos de la niña están ahí dentro, encima de los uniformes doblados. Cuando Damaya ve cómo pasa del enfado a la sorpresa y luego a la angustia, se siente mal. No le gusta hacer daño a la gente. Pero gracias a ello ve muy bien el momento en el que Maxixe se enfada y se da la vuelta con rabia para mirar directamente a alguien. Damaya le sigue la mirada, nerviosa, lista para...

... para encontrarse con que mira a Jaspe. Sí. Era justo lo que esperaba. Es cosa de él, entonces.

Jaspe se queda pálido al momento. Niega con la cabeza, como si intentara desviar la mirada acusatoria de Maxixe, pero no sirve de nada.

El instructor Cornalina se da cuenta de todo. Se le contrae un músculo en la mandíbula y vuelve a mirar a Damaya. Es como si estuviera enfadado con ella. Pero ¿por qué? No le quedaba otra opción.

—Ya veo —dice, como si respondiera a sus pensamientos. Luego se vuelve hacia Maxixe—. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Maxixe no lucha por su inocencia. Por lo caído de sus hombros y la forma en la que le tiemblan los puños sabe que no serviría de nada, y Damaya lo ve también. Pero el chico ha decidido que no va a caer solo. Agacha la cabeza y dice:

—Jaspe fue el que los cogió la vez anterior.

—¡No fui yo! —replica Jaspe desde la fila en su catre, que se encuentra en medio de la habitación. No para de temblar. Le tiemblan hasta los ojos y está a punto de llorar.

—¡Miente! Lo único que pretende es que otro cargue con la culpa... —Pero en ese momento, Cornalina se vuelve hacia él, y el chico se amilana y se queda quieto. Lo siguiente que dice le sale del alma—. ¡Ella los vendió! ¡Se los cambió a uno de los comubundos de la limpieza a cambio de alcohol!

Y luego señala a Raja.

Damaya respira hondo. De repente el mundo se le viene encima. ¿Raja?

Raja.

—¡Perro oxidado hijo de un caníbal! —Raja cierra los puños—. Dejaste que ese viejo pervertido te tocara a cambio de licor y una carta. Sabes muy bien que no nos lo habría dado solo a cambio de unos zapatos...

—¡Era de mi madre! —Ahora Jaspe sí que está llorando—. No quería que... pero tenía que... No me dejaban escribirle...

—¡Te gustó! —espeta Raja—. Te dije que lo diría si tú decías algo, ¿o no? Pues te vi. Vi cómo gemías como si te gustara cuando te puso las manos encima, como el pequeño Semental que eres, aunque

los Sementales suelen tener criterio...

Esto no va bien. Nada bien. Todo el mundo se mira entre sí, a Raja cuando grita, a Damaya, a Jaspe cuando solloza y a Cornalina. La habitación se llena de suspiros y murmullos. Se vuelve a sentir lo mismo: esa especie de reverberación tensa y contenida de la orogenia de Raja desplegándose, y todos en la habitación se retuercen. O quizá se retuerzan por las palabras y lo que conllevan, porque se supone que los balastos no deberían hacer ni saber ese tipo de cosas. Es normal que se metan en problemas: son niños. Pero no en ese tipo de problemas.

—¡No! —lloriquea Jaspe a Raja—. ¡Te dije que no dijeras nada!

Solloza sin parar. Mueve la boca, pero no es capaz de articular palabras que tengan sentido, solo se escucha un gemido débil y lastimero que bien podría ser su manera de alargar la palabra «no». Es imposible saberlo, porque todo el mundo hace algún ruido: algunos le dicen a Raja que cierre la boca, otros expresan su rechazo a Jaspe, otros se ríen de sus lágrimas, otros susurran entre ellos para confirmar lo que sabían pero no se atrevían a creer...

—¡Se acabó! —La habitación queda en silencio cuando Cornalina da la orden, aunque todavía se oye la sutil agitación de Jaspe. Un momento después, Cornalina aprieta los dientes—. Usted, usted y usted. — Señala a Maxixe, Jaspe y Raja—. Vengan conmigo.

Sale de la habitación. Los tres balastos se miran el uno al otro y es todo un milagro que ninguno de ellos explote después de ver el odio que destilan sus miradas. Luego Maxixe suelta un impropio y empieza a andar para seguir a Cornalina. Jaspe se frota el antebrazo en la cara y hace lo mismo, con la cabeza gacha y los puños apretados. Raja mira desafiante por la habitación, hasta que se encuentra con la cara de Damaya. En ese momento, se apoca.

Damaya también la mira, porque está demasiado sorprendida como para apartar la vista. Y también porque está furiosa consigo misma. Eso es lo que pasa por confiar en los demás. Raja no era su amiga, ni siquiera le gustaba, pero pensó que al menos podrían ayudarse la una a la otra. Pero ahora sabe cuál es la raíz del problema que le acechaba y se ha topado de lleno con otro problema completamente diferente. Uno tan indecente que hasta le da cosa mirarlo, y hasta solucionarlo.

—Mejor tú que yo —dice Raja en voz baja en el silencio de la habitación. Damaya no ha dicho nada ni le ha pedido una explicación, pero Raja se la da de todas maneras, delante de todo el mundo. Nadie dice nada. No se escucha respiración alguna—. La idea era esa. Un error más y se acabó para mí, pero tú eres doña perfecta. La que saca las mejores notas en los exámenes y tiene un control perfecto en Aplicada, un ejemplo digno de seguir. Los instructores no serían muy severos contigo; al menos, no por el momento. Y mientras intentaban averiguar qué había llevado a hacer algo así a su alumna estrella, todo el mundo dejaría de esperar que yo hiciera explotar una montaña. O de incitarme para hacerlo... al menos por un tiempo. —La sonrisa se le borra de la cara y mira hacia otro lado—. La idea era esa.

A Damaya no se le ocurre nada que decir. No puede ni pensar. Poco después, Raja niega con la cabeza, suspira y empieza a caminar para seguir a Cornalina detrás del resto.

La habitación queda en silencio. Nadie mira a nadie.

Luego hay un pequeño revuelo en la puerta cuando entran dos instructoras y empiezan a examinar el catre y el baúl de Raja. Los balastos observan, mientras una mujer levanta el colchón y otra se agacha para mirar debajo. Emite un pequeño ruido de satisfacción y la instructora aparece con un frasco grande de un líquido parduzco medio lleno en una mano. Lo abre y huele lo que hay dentro, tuerce el gesto y

asiente a la otra mujer. Ambas se marchan.

Cuando se desvanece el eco de sus pasos, Damaya se acerca al catre de Maxixe para coger sus zapatos. Cierra la tapa, que hace mucho ruido en aquel silencio. Nadie se mueve hasta que la niña vuelve a su cama y se sienta para ponérselos.

Parece una señal: se escuchan varios suspiros y algunos de los estudiantes empiezan a moverse, cogen los libros de la siguiente clase o empiezan a marcharse al primer crisol con la obligatoria parada en la mesa en la que está dispuesto el desayuno. Damaya también se dirige hacia la mesa, y una chica la mira, pero aparta la mirada al momento.

—Lo siento —se disculpa—. Yo fui la que te empujé en la ducha.

Damaya la mira y ve cómo el miedo hace que se le estire la piel de alrededor de los ojos.

—No pasa nada —responde, en voz baja—. No te preocupes.

Los demás balastos no vuelven a darle problemas a Damaya. Unos días después, Maxixe regresa con una mano rota y la mirada llena de rabia; no le vuelve a hablar a Damaya. Jaspe no vuelve, aunque Cornalina les dice que lo han mandado a la instalación auxiliar del Fulcro en las Árticas, ya que Yumenes le traería muchos malos recuerdos. Puede que suene a que se preocupan por él, pero Damaya sabe distinguir un exilio.

Podría ser peor. Nadie vuelve a ver ni a mencionar a Raja.

* * *

La estación de los Hongos: 602. Período Imperial. Una serie de erupciones oceánicas que tuvieron lugar durante el monzón de las Ecuatoriales occidentales incrementaron la humedad de la región y redujeron la luz solar durante seis meses. A pesar de tratarse de una estación tranquila, llegó en un momento perfecto que hizo proliferar los hongos desde las Ecuatoriales hasta las medlat septentrionales y meridionales, lo que afectó a los cultivos establecidos del ya extinto miroq. La hambruna resultante se recoge en los registros oficiales de los geomestros y duró cuatro años (dos para que la plaga fúngica terminara su ciclo de vida y otros dos para que la agricultura y la distribución de alimentos se recuperara). La mayoría de las comus afectadas sobrevivió con sus abastos, lo que ayudó a certificar la eficacia de las reformas imperiales y la preparación de las estaciones. Como consecuencia, muchas comus de las Normelat y las Surmelat se unieron por voluntad propia al Imperio, que comenzó la Era Dorada.

Las estaciones de Sanze

El nuevo juguete de Sienita

—Mi compañero está enfermo —le dice Sienita a Asael Líder Allia mientras se sienta frente a la mujer al otro lado del escritorio—. Me ha dicho que le haga llegar sus disculpas por no poder asistir. Yo me encargaré de la obstrucción en el puerto.

—Lamento escuchar que tu superior se encuentra indispuesto —responde Asael, con una pequeña sonrisa que está a punto de provocar que a Siena se le ericen los pelillos de la nuca. A punto, porque sabía con lo que se iba a encontrar y se ha preparado para ello. Aun así, la irrita—. Pero me veo en la obligación de preguntar —prosigue Asael, haciéndose la preocupada—. ¿Será suficiente... contigo?

Baja la mirada hacia las manos de Siena, donde la chica ha tenido la cautela de ponerse los cuatro anillos por si a alguien le daba por mirar. Tiene las manos cerradas y, por el momento, oculta uno de los pulgares, lo que hace que Asael se pregunte si tendrá en él un quinto anillo. Pero cuando vuelve a mirar a la chica, Siena solo ve en ella escepticismo. No le impresionan sus cuatro anillos, ni el supuesto quinto.

«Y por este motivo no volveré a aceptar una misión con un decanillado.» Como si tuviera elección. Pero bueno, se siente mejor al pensarlo.

Sienita se obliga a sonreír, aunque en esta ocasión Alabastro no le da un golpe para reprenderla por su exceso de educación.

—En mi última misión —dice—, derrumbé tres edificios de un bloque de cinco. Fue en el centro de Dibars, una zona de varios miles de habitantes los días laborables, cerca de la Séptima Universidad. — Descruza y vuelve a cruzar las piernas. Los geomestros no la habían dejado en paz en aquella misión para asegurarse de que no creara un terremoto mayor de cinco grados. Dijeron que se debía a que tenían instrumentos delicados y todo estaba calibrado, o algo así—. Me llevó cinco minutos y no cayó ni un escomburo fuera de la zona de demolición. Eso ocurrió antes de que se me otorgara mi último anillo.

Y para alegría de los geomestros, también consiguió que el terremoto no pasara de cuatro.

—Me alegra saber que eres tan competente —responde Asael. Hace una pausa que pone a Siena sobre aviso—. Pero ya que tu compañero no va a poder ayudarte, no veo razón para que Allia tenga que pagar por los servicios de dos orogenes.

—Eso es cosa suya y del Fulcro —replica Siena, con desdén. De verdad que no le importa—. Supongo que tendrá que discutir con ellos, porque Alabastro es mi instructor en la misión y se encarga de vigilar mi trabajo, aunque no sea él mismo quien lo haga.

—Pero si no está aquí...

—Eso es irrelevante. —A pesar de ser una molestia, Sienita decide explicárselo—. Lleva diez anillos. Es capaz de observar mis movimientos e intervenir si es necesario desde la habitación del hotel. Podría hacerlo hasta inconsciente. Además, no ha dejado de sofocar los temblores de la zona durante los últimos días, mientras viajábamos. Ese es un servicio que se hace por deferencia a los responsables de los nódulos o a su comu, en este caso, ya que su ubicación es tan remota que no hay una estación de nódulo cerca.

El gesto de Asael se endurece cuando frunce el ceño, parece que se lo ha tomado como un insulto, y Siena abre las manos.

—La mayor diferencia entre ambos es que yo soy la única que necesita ver lo que hace.

—Ya... veo.

La mujer suena muy molesta, como debería. Siena sabe que parte del trabajo de cualquier orogén del Fulcro es apaciguar el miedo de los tácticos, y lo único que ha hecho ella es incrementarlo. Pero también ha empezado a sospechar un poco sobre quién sería capaz de querer ver muerto a Alabastro en Allia, así que le parece bien disuadir de esa idea tanto a Asael como a quienquiera que conozca. Esa burócrata pedante ni se imagina lo cerca que estuvo su pequeña ciudad de quedar convertida en una explanada la noche anterior.

Se hace un silencio incómodo, y Sienita decide que es hora de hacer sus propias preguntas. De remover un poco de mierda y ver qué sale de ahí.

—Veo que el gobernador tampoco ha podido venir hoy.

—Así es. —El gesto de Asael se vuelve taimado: una sonrisa educada y la mirada vacía—. Le he hecho llegar la solicitud de tu compañero, pero por desgracia el gobernador no ha podido sacar tiempo de su agenda.

—Qué pena. —Luego entrelaza las manos, y empieza a comprender por qué Alabastro fue tan pesado con el tema—. Por desgracia, no se trataba de una solicitud. ¿Tiene por aquí un telégrafo? Me gustaría enviarle un mensaje al Fulcro para hacerles saber que tardaremos un poco más.

Asael entrecierra los ojos. Claro que tienen un telégrafo, y es un hecho que Sienita lo sabe y lo ha usado para incomodarla.

—Un poco más.

—Sí, claro. —Siena arquea las cejas. Sabe que lo de hacerse la inocente no lo está llevando bien, pero lo intenta—. ¿Cuánto cree que tendremos que esperar hasta que el gobernador pueda hacernos un hueco? Al Fulcro le gustará saberlo.

Luego se levanta y hace un amago de marcharse.

Asael ladea la cabeza, pero Sienita nota la presión en sus hombros.

—Pensé que serías más razonable que tu compañero. Pero veo que vas a salir de aquí y no te vas a encargar del problema en el puerto, por rencor.

—No es rencor. —Ahora Siena sí que está enfadada. Ahora lo entiende. Mira hacia Asael, ahí sentada, segura y petulante, en su gran silla detrás de su gran escritorio, y se esfuerza para no apretar los puños y los dientes—. ¿Toleraría que se la tratara así si estuviera en nuestra posición?

—¡Claro que sí! —Asael se endereza y reacciona por primera vez—. El gobernador no tiene tiempo para...

—No, no lo haría. Porque si estuviera en nuestra posición sería una representante de una organización poderosa e independiente, no una pobre lacaya de tres al cuarto. Esperaría que se la tratara como un experto cualificado que lleva aprendiendo su oficio desde la juventud. Como alguien que ejerce un trámite difícil e importante y que ha venido a realizar una tarea pertinente para la subsistencia de esta comu.

Asael la observa. Sienita hace una pausa y respira hondo. No debe olvidarse de la educación. Ni de blandirla como un cuchillo de cristal bien esmerado. Debe mantenerse calmada y con la cabeza fría: cualquier indicio de ira podría hacerle pensar a su interlocutora que es un monstruo. Deja que se aplaque toda esa rabia contenida, y da un paso al frente.

—Y ni siquiera ha sido capaz de estrecharnos la mano, Asael Líder. No nos miró a la cara cuando nos

conocimos. No nos ha ofrecido la copa de salvaguardia que Alabastro le sugirió ayer. ¿Le haría lo mismo con un mestro autorizado de la Séptima Universidad? ¿O con un maestro geniero que viniera a su comu a reparar los sistemas hidrológicos? ¿Al representante del sindicato de los Lomocurtido de su propia comu?

Asael se amilana ante tanta analogía, pero consigue sobreponerse. Sienita espera en silencio mientras aumenta la tensión.

—Ya veo —dice al fin Asael.

—Quizá. —La chica sigue esperando, y Asael suspira.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Una disculpa? Pues lo siento. De todas maneras, no olvides que la mayor parte de la gente no ha visto nunca un orogén y, mucho menos, ha hecho negocios con uno, por lo que... —Abre las manos—. ¿No es comprensible que nos sintiéramos... incómodos?

—La incomodidad es comprensible, sí. La mala educación, no. —Anda y que se oxide. Esta mujer no merece que se esfuerce por explicarle nada. Siena prefiere dejar eso para alguien que se lo merezca—. Y a decir verdad, su disculpa ha sido una mierda. Ha sonado a: «Lo siento, pero es demasiado anormal como para tratarla como a un ser humano.»

—Eres una orograta —espeta Asael, que osa hacerse la sorprendida.

—Bueno. —Sienita se obliga a sonreír—. Al menos es algo que se ve a simple vista—. Gira la cabeza y se dirige hacia la puerta—. Volveré mañana. Quizá ya haya tenido tiempo de comprobar la agenda del gobernador.

—Tienes un contrato —dice Asael, con la voz tan tensa que se le quiebra—. Estás obligada a realizar el servicio por el que le hemos pagado a tu organización.

—Y lo haremos. —Sienita llega hasta la puerta y se detiene con la mano en el pomo, al tiempo que se encoge de hombros—. Pero el contrato no especifica de cuánto tiempo disponemos para llevarlo a cabo a partir de la fecha de nuestra llegada. —Es mentira. No tiene ni idea de lo que dice el contrato, pero apostaría cualquier cosa a que Asael tampoco: una gobernadora sustituta no parece tan importante como para conocer esos detalles—. Gracias por la estancia en el Fin de la estación, por cierto. Las camas son muy cómodas, y la comida es deliciosa.

Esa es la gota que colma el vaso. Asael se levanta.

—Quédate aquí. Iré a hablar con el gobernador.

Siena sonrío satisfecha y toma asiento de nuevo para esperar. Asael abandona la habitación y se ausenta durante el tiempo suficiente para que la chica empiece a quedarse frita. Se incorpora cuando la puerta se vuelve a abrir y entra otra mujer de las Costeras, más anciana y corpulenta, delante de Asael, que luce un gesto de escarmiento. Pero el gobernador era un hombre. Sienita suspira para sus adentros y se prepara para enarbolar otra vez su educación como arma.

—Sienita Orogén —comienza la mujer y, a pesar de que la irrita, también le impresiona la solemnidad de la presencia de esa nueva mujer. Por supuesto, ese «orogén» después de su nombre no es necesario, no es más que otra muestra exagerada de protocolo, así que Siena se levanta y la mujer da un paso al frente y le ofrece la mano para estrechársela. Tiene la piel fría, seca y más rígida de lo que la chica esperaba. No tiene callos, pero se ve que son manos con las que trabaja día a día—. Me llamo Heresmith Líder Allia. Soy la asistenta del gobernador. El señor está muy ocupado y no puede reunirse hoy con usted, pero he sacado tiempo de mi agenda y espero que mi recibimiento sea suficiente, y

también mis disculpas por el tratamiento que ha recibido hasta el momento. Le puedo asegurar que Asael recibirá su merecido por la manera en que se ha comportado, para que aprenda que un buen líder debe tratar a los demás, a todo el mundo, con cortesía.

Pues vaya. La mujer podría estar usando artimañas políticas o mintiendo en lo de que es asistente del gobernador, quizás Asael haya buscado a una bedela bien vestida para dar el pego. En todo caso, se lo están tomando en serio, y Siena responde como es debido.

—Gracias —responde, con sincera gratitud—. Le haré llegar sus disculpas a mi compañero Alabastro.

—Muy bien. Dígale, por favor, que Allia pagará todos los gastos, como estaba estipulado en el contrato, hasta un máximo de tres días antes y tres días después de que se solucione el problema del puerto.

Le lanza una sonrisa perspicaz, y Sienita sabe que se lo merece. Parece que esa mujer sí que se ha leído el contrato.

Pero no importa.

—Agradezco que me lo haya aclarado.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes durante su estancia? Asael estará encantada de enseñarles la ciudad, por ejemplo.

Madre mía. A Siena le gusta esa mujer. Reprime una sonrisa y mira a Asael, que ya ha recuperado la compostura y le devuelve una mirada inexpresiva. Siena está tentada de hacer lo que haría Alabastro: aceptar la oferta velada de Heresmith para humillar aún más a Asael. Pero está cansada, el viaje ha sido terrible y, cuanto antes regrese al Fulcro, mejor.

—No será necesario —responde, y la cara de Asael se retuerce un poco, como si hubiera evitado mostrar alivio—. La verdad es que me gustaría echar un vistazo al puerto si es posible, para valorar mejor el problema.

—Por supuesto. Pero ¿no le apetece primero un refrigerio? Solo una copa de salvaguardia.

Sienita está contra las cuerdas. Frunce los labios.

—La verdad es que no me gusta mucho la salvaguardia.

—A nadie le gusta. —Una sonrisa sincera ilumina la cara de Heresmith—. ¿Quiere algo más antes de que partamos?

Siena se sorprende.

—¿Vendrá con nosotros?

Heresmith adopta una expresión irónica.

—Al fin y al cabo, la subsistencia de nuestra comu depende de usted. Me parece lo mínimo que puedo hacer.

Claro, seguro que va para vigilar.

—Pues adelante, Heresmith Líder. —Siena le señala la puerta con un gesto, y todas se marchan.

Las cosas van mal en el puerto.

Se encuentran en una especie de pasarela del malecón oriental del semicírculo del lugar. Desde allí se puede ver Allia casi en su totalidad, cómo se extiende a lo largo de la pendiente de la caldera rodeada

por la costa. La ciudad es una maravilla. Hace un día precioso, cálido, luminoso y con un cielo tan azul y despejado que a Sienita se le ocurre que mirar las estrellas de noche en aquel lugar tiene que ser una maravilla. Pero lo que le inquieta es lo que no puede ver, lo que se encuentra debajo del agua, en las profundidades del puerto.

—No es coral —afirma la chica.

Asael y Heresmith se vuelven hacia ella, ambas con gesto perplejo.

—¿Cómo dice? —pregunta Heresmith.

Sienita se dirige hacia la barandilla y extiende las manos. No tendría por qué gesticular, pero lo hace para que las mujeres sepan que hace algo. Un orogén del Fulcro se tiene que asegurar de que sus clientes están al tanto y comprenden la situación, aunque no tengan ni idea de lo que ocurre.

—En el fondo del puerto. La capa exterior sí es de coral.

O eso cree. Nunca ha sentido cómo es el coral, pero es como esperaba: capas de vida radiantes que puede usar, si lo necesita, para alimentar su orogenia, y un núcleo sólido de cadáveres antiguos y calcificados. Pero esa capa de coral está encima de una cresta sobre el fondo del puerto y, aunque parece natural (suele haber ese tipo de crestas en las zonas en las que la tierra se encuentra con el océano, o eso ha leído), Sienita sabe que no lo es.

Y lo sabe por una cosa, muy importante, que se lo ha dejado claro. La cresta abarca todo el ancho del puerto, pero no está allí.

No puede sentir la roca debajo de las capas elevadas de cieno y arena. Debería ser capaz de sentir algo que empuja de esa manera el suelo marino. Siente el peso del agua sobre ella, y también cómo la roca se deforma por el peso, la presión de debajo y los estratos de alrededor, pero no la masa en sí. Es como si en el fondo hubiera un gran vacío sobre el que se ha erigido el propio puerto.

Sienita frunce el ceño. Abre y retuerce los dedos para sentir cómo fluye y se comba su sesuna. Hay esquistos sueltos, arena y materia orgánica que culebrean un poco y hacen una ligera presión sobre el lecho de roca, que fluyen y se hunden. Los sigue y termina por acordarse de que tiene que ir diciendo lo que ve.

—Hay algo debajo del coral, enterrado en el lecho marino. No a mucha profundidad. La roca de debajo está muy comprimida. Parece algo pesado...

Pero ¿por qué no puede sentirlo? ¿Por qué la única manera que tiene de detectar aquella obstrucción es mediante el efecto que produce en todo lo que la rodea? Qué raro.

—¿Es algo importante? —Es la voz de Asael, que pretende sonar profesional e inteligente para recuperar el favor de Heresmith—. Lo único que necesitamos es que se destruya la barrera de coral.

—Sí, pero el coral está encima. —Busca el coral y ve que rodea los márgenes del puerto. Se le ocurre una teoría—. Por eso esta es la única zona de las profundidades del puerto bloqueada por el coral. Crece encima de esa cosa, en las partes en las que se ha elevado el lecho oceánico. El coral crece cerca de la superficie, cerca del agua tibia que calienta el sol. Por eso ha crecido aquí sobre la cresta.

—Por el óxido de la Tierra. ¿Eso significa que el coral volverá a crecer? —Lo dice uno de los hombres que acompaña a Heresmith y Asael. Varios trabajadores han ido con ellas, pero Sienita lo había olvidado—. Se supone que íbamos a eliminar ese coral para siempre.

Sienita espira y relaja las glándulas sesapinales. Luego abre los ojos para que vean que ya ha terminado.

—Con el tiempo volverá a crecer, sí —dice, mientras se vuelve hacia ellos—. Eso es lo que hay, y es su puerto. —Abre un poco la mano izquierda y forma una especie de cáliz. El puerto de Allia es bastante más irregular que eso, pero le parece suficiente para que lo entiendan. Se acercan para ver mejor el ejemplo. Siena mete el pulgar de la mano derecha en la abertura del círculo, pero no lo cierra del todo—. La cosa está así. Está un poco más elevada por una parte —mueve la punta del pulgar—, porque hay una inclinación natural en el sustrato. Ahí es donde se encuentra la mayor parte del coral. El agua del fondo es más fría y profunda. —Mueve un poco la mano para que se vea bien la base del pulgar—. Ese es el canal abierto que han usado para navegar en el puerto. A menos que a este coral empiece a gustarle el agua fría y profunda, o aparezca otra variedad, es posible que esa zona nunca quede bloqueada.

Pero mientras se lo explica repara en una cosa: el coral también crece sobre sí mismo. Con el tiempo nacerán nuevas criaturas en los restos de sus antecesores que elevarán la zona fría del fondo hasta que sea ideal para la formación del coral. En ese momento, Asael frunce el ceño.

—El problema es que ese canal se ha ido cerrando poco a poco con los años. Tenemos registros de hace décadas que afirmaban que los botes podían navegar por la zona central y, en estos momentos, ya no es posible.

Por el magma. Cuando Siena vuelva al Fulcro va a tener que decirles que añadan lecciones sobre formas de vida marina que crecen en las rocas. Le parece absurdo que no se enseñen esas cosas.

—Si esta comu ha sobrevivido a varias estaciones y el problema les ha empezado a afectar ahora, no parece del tipo de coral que vaya a crecer rápido.

—Allia tiene una antigüedad de solo dos estaciones —dice Heresmith mientras le sonríe a Siena. Es un logro muy respetable: en las medlat y las Árticas, las comus no duran más de una estación, y en las Costeras son hasta más inestables. Pero claro, Heresmith se cree que habla con alguien que ha nacido y crecido en Yumenes.

Sienita intenta recordar las lecciones de historia del creche en las que no se quedaba dormida. La estación de la Asfixia es la más reciente, y tuvo lugar hace unos pocos cientos de años. Fue bastante tranquila, y casi todas las víctimas murieron en las Antárticas debido a la erupción del monte Akok. ¿Cuál fue la de antes? ¿La estación del Ácido o la del Hervor? Siempre las confunde. En todo caso, tuvo lugar unos doscientos o trecientos años antes de la de la Asfixia, y fue de las malas. Una de las que acabó con todas las comus de la costa, por lo que Allia debió de formarse unas cuantas décadas después, cuando las aguas perdieron la alcalinidad, volvieron a su cauce y dejaron la zona habitable.

—Entonces, se podría decir que el coral ha bloqueado el puerto después de crecer durante cuatrocientos años —piensa Sienita en voz alta—. Quizá con algún contratiempo durante la de la Asfixia... —¿Cómo sobrevive el coral durante una quinta estación? La chica no tiene ni idea, pero es obvio que necesita luz y calor para sobrevivir, así que debería haber muerto durante esa estación—. Así pues, digamos que en total son unos cien años.

—Por la Tierra Ardiente —dice otra mujer, aterrorizada—. ¿Quiere decir que tendremos que hacer lo mismo dentro de un siglo?

—Dentro de un siglo ni siquiera habremos terminado de pagar al Fulcro por esto —suspira Heresmith, que le dedica a Sienita una mirada carente de resentimiento, pero resignada—. Me temo que sus superiores no se andan con chiquitas a la hora de cobrar por sus servicios.

Sienita se esfuerza para no encogerse de hombros. Es cierto.

Se miran entre sí y luego todos la miran a ella. En ese momento Siena se da cuenta de que le van a pedir que haga una estupidez.

—Es muy mala idea —mete baza antes de que le digan nada, mientras levanta las manos—. En serio. Nunca he movido nada debajo del agua, por eso se me asignó un instructor. —Que no es que haya servido de mucho—. Pero lo más importante es que no sé qué es esa cosa. Podría tratarse de una enorme bolsa de gas o de petróleo y envenenarles el agua durante años. —No lo es, lo sabes porque ninguna bolsa de gas o de petróleo tiene una densidad tan perfecta como esa, y porque el petróleo y el gas sí que los puedes sesapinar—. Hasta podría tratarse de las ruinas de una civitusta y que el puerto corra peligro de explosión.

Vaya, ahí se ha colado. Ahora todos la miran, aterrorizados. Lo vuelve a intentar.

—Hay que pedir un estudio —expone—. Tiene que venir un geomestro que tenga conocimientos sobre lechos marinos, y quizá también algunos genieros que sepan de... —Agita la mano y dice lo primero que se le ocurre—. Corrientes oceánicas. Que vean todos los pros y los contras para que luego actúe alguien como yo. —Aunque espera que no sea ella la que tenga que volver—. La orogenia siempre debe ser el último recurso, no el primero.

Mucho mejor. Ahora sí que la han escuchado. Dos de los que no conoce empiezan a murmurar, y Heresmith está meditabunda. Asael parece molesta, pero eso no tiene por qué significar nada malo. Asael no es demasiado inteligente.

—Me temo que debemos meditar al respecto —dice al fin Heresmith, tan ofuscada que a Sienita le da pena—. No podemos permitirnos otro contrato con el Fulcro, y no tengo claro que podamos permitirnos un estudio: la Séptima Universidad y la Acreditación Geniera cobran casi lo mismo por sus servicios. Pero lo peor es que tampoco podemos permitirnos tener el puerto bloqueado durante más tiempo... Como habrá supuesto, ya hemos perdido dinero frente a otros puertos de las Costeras que sí pueden alojar cargueros más grandes. Si no entran mercancías, la comu no podrá sobrevivir.

—Entiendo lo que dice... —empieza a decir Siena, pero uno de los hombres que murmuraba por detrás la mira con el ceño fruncido.

—Usted es una agente del Fulcro —dice—, y la hemos contratado para realizar un trabajo.

Pues quizá no se trate de un trabajador.

—Lo sé, y puedo hacerlo ahora mismo si es lo que desean. —Ahora que lo ha sesapinado, sabe que el coral no le dará problemas. Es posible que hasta pueda hacerlo sin que las embarcaciones se suelten de sus amarres—. Si me encargo del coral hoy mismo, mañana podrán volver a usar el puerto...

—Pero la contratamos para que lo hiciera de forma permanente —objeta Asael—, no para hacerle un apaño temporal. Que el problema sea mayor de lo que se imaginaba no es excusa para no hacer bien su trabajo. —Entrecierra los ojos—. A menos que haya otras razones para mostrarse tan reacia a hacerlo.

Siena tiene que resistirse para no llamar a Asael lo primero que se le viene a la cabeza.

—Ya he contado cómo son las cosas, Líder. Si tuviera la intención de engañarla, ¿por qué le diría nada de la obstrucción? Me habría limitado a limpiar el coral, y se habrían enterado de la peor manera posible de que volvería a crecer.

Sienita ve que aquello les hace entrar en razón, y los hombres del grupo dejan de mirarla con suspicacia. Asael relaja un poco la postura inquisitiva y se pone rígida e incómoda. Heresmith asiente y se gira hacia los demás.

—Creo que vamos a tener que consultarlo con el gobernador —dice al fin—. Le comentaremos todas las opciones.

—Con todos mis respetos, Heresmith Líder —objeta una de las mujeres, con el ceño fruncido—. No creo que haya más opciones. O limpiamos el puerto de manera temporal o para siempre. Y para ambas opciones, vamos a pagarle al Fulcro la misma cantidad.

—También pueden no hacer nada —añade Sienita. Todos se giran hacia ella, y suspira. Ha sido una estúpida por decir algo así: solo la Tierra sabe qué le harán sus superiores si no cumple la misión. Pero no puede hacer nada. En Allia se enfrentan al desplome de la estabilidad financiera de toda la comunidad. No es una estación, por lo que pueden mudarse e intentar empezar de cero. También podrían separarse y que cada familia intentara encontrar otra comu que la adopte...

... Cosa que le vendría bien a todo el mundo, excepto a pobres, enfermos o ancianos. O a aquellos que tienen padres, tíos o familiares que han resultado ser orogenes. Nadie acogería a esas personas. Tampoco les iría bien si la comunidad a la que pretenden anexionarse tiene demasiados miembros de la casta al uso a la que pertenezcan. No funcionaría.

Al óxido.

—Si mi compañero y yo —continúa Sienita sin esperar a que los demás digan nada— volviéramos sin hacer nada, incumpliríamos el contrato. Estarían en su derecho de pedir que les reembolsaran el dinero; eso sí, descontando los gastos del viaje y de nuestra estancia. —Tiene la mirada inexpresiva fija en Asael mientras lo dice. La mujer aprieta los dientes—. Pueden usar el puerto, al menos durante unos años más. Con ese tiempo y el dinero que se ahorrarían, podrían encontrar la manera de descubrir qué hay aquí debajo o mudar la comu a una zona mejor.

—Ni nos lo planteamos —dice Asael, aterrorizada—. Es nuestro hogar.

A Siena le viene a la mente el olor de una manta mohosa.

—El hogar lo definen las personas —le replica a Asael, que parpadea—. El hogar es lo que llevas en tu interior, no lo que dejas atrás.

Heresmith suspira.

—Muy poético, Sienita Orogén, pero Asael tiene razón. Mudarnos conllevaría perder la identidad de nuestra comu y dividir a nuestra gente. También implicaría perder todo lo que hemos invertido en este lugar. —Señala a su alrededor, y Sienita entiende a qué se refiere: la gente se puede mover, pero los edificios no. Perderían las infraestructuras, y eso tiene un valor. Valor que, incluso cuando no hay una estación, puede ser equivalente a la supervivencia—. Y nada nos garantiza que no vayamos a tener problemas en otro sitio. Agradezco su sinceridad, en serio. Pero es que... mejor volcán conocido.

Sienita suspira. Lo ha intentado.

—¿Qué quieren que haga, entonces?

—Pues es obvio, ¿no?

Aciaga Tierra. Vaya si lo es.

—¿Puede hacerlo? —pregunta Asael. Quizá no lo dijera con esa intención, pero suena a desafío. Quizás esté nerviosa por todo lo que le ha dicho Siena, ya que al fin y al cabo a Asael la han educado y entrenado para proteger y guiar el destino de la comu. Es una Líder de pura cepa y, como tal, solo ve la comu como un lugar acogedor con mucho potencial. Nunca como algo odioso de lo que desconfiar o tener miedo.

Siena no quería importunarla, pero ya está de mal humor y cansada, porque se pasó la noche anterior en vela, salvando a Alabastro del veneno. Además, con su pregunta, Asael ponía en duda su capacidad. Y eso le ha ocurrido más veces de las que le gustaría durante este viaje tan largo.

—Sí —espeta Sienita. Luego se da la vuelta y abre las manos—. Deberían alejarse unos tres metros.

El grupo resopla y murmura, sorprendido, y ella siente que se van retirando a medida que empieza a desenvolver el mapa de su conciencia. Los ve como puntos brillantes e inquietos que se alejan. No están lejos. Tampoco la comu, ese cúmulo de vida y movimiento que la rodea y que sería tan fácil de coger, usar y devorar. Pero no tienen por qué saberlo. Al fin y al cabo, es una profesional.

Clava con fuerza y a profundidad en la tierra el fulcro de su energía para que el toro sea estrecho y alto en vez de amplio y mortífero. Luego vuelve a sondear los estratos de la zona para encontrar la falla más cercana o un poco de calor remanente del volcán extinto que formó la caldera de Allia. Esa cosa del puerto es pesada, y para moverla va a necesitar más energía de la que puede extraer del medio ambiente.

Pero mientras busca le ocurre algo muy extraño (y familiar). Hay un cambio en su conciencia.

De improviso, ya no está en la tierra. Algo la empuja, lejos, hacia abajo, hacia dentro. Se ve perdida, flota en una negrura fría y angosta, y la energía que fluye en su interior no es calor ni movimiento ni fuerza, sino algo muy diferente.

Algo que sintió la noche anterior cuando Alabastro controló su orogenia. Pero ahora no es cosa de Alabastro.

No ha perdido el control, más o menos. No puede detenerlo, y ya tiene energía más que suficiente; pero, si intenta liberarla, congelará a la mitad de la comu y provocará un terremoto que convertirá el puerto en materia de estudio para los académicos. Pero sí que puede usar la corriente de energía. La dirige hacia el lecho de roca que se encuentra debajo de esa cosa que no alcanzó a ver. La impulsa hacia arriba. Es un tanto brusco y poco práctico, pero con eso terminará de una vez este maldito trabajo oxidado. Siente cómo se eleva ese vacío enorme en el que se supone que se encuentra el objeto. Alabastro debe de estar impresionado si la observa desde la habitación.

«Pero ¿de dónde proviene la energía? ¿Cómo he...»

Al cabo se da cuenta, no sin sentir algo de pánico, de que el agua se mueve de forma muy parecida a la roca cuando se ejerce sobre ella un golpe repentino de energía cinética, pero también de que reacciona de forma más rápida. Y ella también es capaz de reaccionar mucho más rápido que nunca porque rebosa de energía. Los poros le rezuman energía, por el fuego de la Tierra; se siente genial, le resulta un juego de niños detener la ola enorme que se forma y está a punto de romper contra el puerto. Lo único que hace es disipar la energía: envía parte de ella hacia el océano y canaliza el resto para calmar las aguas mientras esa cosa enorme se eleva del fondo oceánico y se libera de todos los sedimentos que la encorsetaban. El coral se desliza, se quiebra y empieza a flotar.

Pero.

Pero.

Esa cosa no responde a lo que ella le ordena. Solo intentaba desplazarla hacia un lado del puerto, para que no se bloquee el canal aunque el coral vuelva a crecer. Pero...

Aciaga Tierra... pero es que... por el óxido...

Se mueve por voluntad propia. No puede detenerla. Cuando lo intenta, toda la energía que controla se desvanece de alguna manera, con la misma velocidad con que le llega.

Siena recobra la conciencia de su cuerpo y jadea mientras se derrumba contra la barandilla de madera de la pasarela. Solo han pasado unos segundos. Su dignidad no le permite caer de rodillas, pero solo se mantiene en pie gracias a la barandilla. Y en ese momento se da cuenta de que nadie se percata de su estado, porque los tablones que pisa y la madera a la que se aferra empiezan a traquetear de manera funesta.

En una torre justo detrás de ella empieza a sonar la sirena de terremotos a un volumen ensordecedor. La gente empieza a correr por el muelle de debajo de la pasarela y por las calles de los alrededores y, si no fuera por la sirena, es posible que se oyeran los gritos. Siena hace un esfuerzo para levantar la cabeza y ve cómo Asael, Heresmith y su grupo huyen de la pasarela con gesto aterrorizado y evitan acercarse al primer edificio que encuentren. Han dejado atrás a Sienita, claro.

Pero no es eso lo que la saca de su ensimismamiento, sino el chorro de agua de mar que rompe contra el muelle como si fuera lluvia, seguido de una sombra que oscurece toda la zona del puerto en la que se encuentra. Se da la vuelta.

Ve cómo poco a poco sale algo entre el agua y los restos de la tierra que lo rodeaba, y luego empieza a zumbar y a rotar. Es un obelisco.

Es diferente del que Siena había visto la noche anterior. El púrpura aquel se encuentra a unos kilómetros de la costa, o eso cree, aunque no mira hacia allá para confirmar su presencia. El que tiene delante cubre todo el horizonte, y también toda su conciencia: es oxidadamente gigante y ni siquiera ha terminado de salir del agua. Es rojo oscuro como los granates, y tiene forma de columna hexagonal de puntas afiladas e irregulares. Es del todo opaco, no iridiscente ni rutilante de esa forma onírica en la que brillan los otros obeliscos. También tiene la anchura de varios barcos de lado a lado. Y, como era de esperar, cuando termina de salir del agua, sin dejar de rotar, tiene una altura con la que obstruye todo el puerto. Más de un kilómetro y medio de punta a punta.

Pero hay algo raro y que se ve mejor a medida que asciende. A mitad del objeto, la belleza pura y cristalina de aquella cosa está agrietada. Unas grietas enormes y terribles de bordes negros, como si un contaminante del fondo oceánico se hubiera filtrado en su interior durante todos los siglos que aquella cosa se ha pasado allí debajo. La maraña de líneas aserradas se extiende por el cristal, como un arabesco radiante. Sienita siente cómo el zumbido del obelisco se entrecorta en esa zona, cómo unas energías incomprensibles forcejean alrededor de la parte dañada.

En el centro de esas grietas radiantes hay una obstrucción. Es algo pequeño. Sienita mira bien, e incluso se inclina sobre la barandilla y estira el cuello para ver aquella especie de lunar. Luego el obelisco rota un poco, como si la encarara, y cuando se da cuenta de lo que hay ahí se le hielan toda la sangre del cuerpo.

Es una persona. Hay alguien en esa cosa, metido ahí como un insecto en el ámbar, con los miembros estirados e inerte, el pelo desparramado y solidificado. No ve muy bien la cara, pero se imagina que tiene los ojos abiertos de par en par y la boca abierta. Como si gritara.

En ese momento se da cuenta de que la piel de aquella figura tiene unas vetas extrañas, unos moratones negros que destacan frente al rojo oscuro del obelisco. Le da la luz del sol y ve que tiene el pelo de una tonalidad clara, tanto como para confundirse con el color granate que lo rodea. Hay algo en esa cosa, lo sabe porque quizá, por un momento, formó parte del obelisco, y de ahí es de donde venía esa energía, algo que no se cuestiona demasiado porque, aciaga Tierra, no puede aceptarlo. Lo sabe y no

puede negarlo, por mucho que lo intente. Su raciocinio tiene que enfrentarse una y otra vez a esa imposibilidad, así que al final no le queda otra que adaptarse.

Se obliga a aceptar que lo que ve es un obelisco roto que ha yacido en las profundidades de Allia durante la Tierra sabe cuánto tiempo. A aceptar que lo que está atrapado en su interior, que quebró esa cosa enorme, magnífica y arcana... es un comepiedras.

Y está muerto.

* * *

El Padre Tierra percibe el tiempo en eras, pero no duerme nunca jamás. Ni tampoco olvida.

Tablilla segunda, «Una verdad incompleta»,
versículo segundo

Le sigues la pista

En el fondo, esto es lo que eres: una criatura pequeña e insignificante. Estos son los cimientos de tu existencia. El Padre Tierra hace bien en despreciarte, pero no te avergüences. Puede que seas un monstruo, pero también eres maravillosa.

La comubunda se llama Tonkee. No te dice ni su apellido al uso ni el de su comu. Aunque se niegue a aceptarlo, estás segura de que se trata de una geomestra. Lo admite de manera tácita cuando le preguntas por qué te sigue.

—Ese niño es demasiado interesante —dice Tonkee mientras señala a Hoa con la barbilla—. Si no me propusiera descubrir su naturaleza, mis viejos profesores de la uni contratarían asesinos para acabar conmigo por dejarlo pasar. ¡A saber si no lo han hecho ya! —Se ríe como un caballo: relincha al tiempo que enseña unos dientes blancos y enormes—. Me gustaría conseguir una muestra de su sangre, pero no me serviría de mucho si no dispongo del equipo adecuado, así que voy a centrarme en observarlo.

(A Hoa parece molestarle y, sin mucho disimulo, intenta interponerse entre Tonkee y tú mientras camináis.)

Sabes que esa «uni» que ha nombrado la mujer es la Séptima Universidad que se encuentra en Dibars, el mayor centro de aprendizaje para mestros y acervistas de toda la Quietud, que se encuentra en la segunda ciudad más grande de las Ecuatoriales. Si la mujer estudió en un centro de tanto prestigio, en lugar de hacerlo en un creche regional para adultos con ínfulas o de ayudante de un manitas local, ha caído muy bajo. Pero eres muy educada y no dices lo que piensas.

A pesar de las amenazas tan creativas que le has escuchado, Tonkee no vive en una colonia de caníbales. Lo descubres cuando te lleva hasta su casa esa misma tarde. Su hogar es una cueva situada en una vesícula, los restos de una antigua burbuja de lava solidificada, solo que esta es del tamaño de una colina. Se ha convertido en una cañada recóndita en un bosque, con columnas curvadas de un cristal negro y resplandeciente que se intercalan entre los árboles. Por los lados tiene pequeñas grutas, que deben de haber sido los lugares en los que la vesícula se unía con otras burbujas más pequeñas, y Tonkee te avisa de que algunas de las de la otra cara están habitadas por gatos de los bosques y otros animales. La mayoría de ellas no suele ser una amenaza, pero durante las estaciones todo cambia y te aseguras de ir detrás de Tonkee.

La cueva de Tonkee está llena de los artilugios, libros y cachivaches que ha ido recogiendo, y también cosas útiles como faroles y comida no perecedera. Huele a la resina perfumada de los fuegos que ha encendido, pero el hedor de Tonkee no tarda mucho en inundar el lugar cuando entra. Te resignas a soportarlo, aunque Hoa no parece darse cuenta, o quizá no le importa. Envidias su estoicismo. Por suerte, el agua que recogía Tonkee era para darse un baño. Lo hace delante de ti. Se desnuda sin pudor y se pone en cuclillas dentro de una palangana de madera para frotarse las axilas, la entrepierna y todo lo demás. Te sorprende ver un pene mientras se afana en la limpieza, pero qué más da, tampoco es que ninguna comu la vaya a acoger para ser una Semental. Cuando termina, enjuaga la ropa y el pelo con un líquido verde oscuro que asegura que es antifúngico. (Tienes tus dudas de que lo sea.)

Sea como fuere, el lugar huele mucho mejor cuando termina, y pasas una noche muy agradable y acogedora en tu saco de dormir. Te dice que te puede dejar uno, pero no quieres arriesgarte a que tenga piojos. También dejas que Hoa se acurruque a tu lado, aunque le das la espalda para que no se pegue mucho a ti. No lo intenta.

Al día siguiente continúas tu viaje hacia el sur, acompañada de Tonkee, la comubunda geomestra, y de Hoa, el... lo que quiera que sea. Porque a estas alturas ya estás muy segura de que no es humano. No es algo que te importe, oficialmente tú tampoco eres humana (según la Declaración de Derechos de los Afectados por la Orogenia del Segundo Consejo de Acervistas Yumenescí, de hace unos mil años). Lo que sí que te molesta es que Hoa no hable nunca del tema. Le preguntas qué le hizo a la kirjusa, pero se niega a responder. Le preguntas que por qué se niega a responder, y se limita a poner cara afligida y decir:

—Porque quiero gustarte.

Viajar con ellos casi te hace sentir normal, pero tienes que prestar mucha atención a la carretera. La lluvia de ceniza empeora a medida que pasan los días, y acabas teniendo que sacar las máscaras de tu portabastos (por suerte tienes cuatro, una suerte funesta) y se las das a los demás. Por ahora solo hay copos, no esa neblina mortífera de la que advierte el litoacervo, pero mejor prevenir. Ves a más gente que ha sacado las máscaras. Los ves aparecer de improviso en aquella cortina gris, con el pelo y la piel casi indistinguibles de aquel paisaje ceniciento. Ves cómo te miran y continúan su camino. Las máscaras convierten a todo el mundo en desconocidos misteriosos, y eso te gusta. Ya nadie os presta atención a Hoa ni a Tonkee ni a ti. Te alegras de formar parte de un grupo de desconocidos.

Cuando casi ha pasado una semana, los grupos de personas que viajan por la carretera se han reducido hasta convertirse en un pequeño goteo. Todo el que pertenece a una comu se da prisa por volver, y el que cada vez se vea menos gente solo puede significar que ya hay muchos que han encontrado refugio. Solo quedan en el camino aquellos que tienen que viajar muy lejos, o gente que no tiene ningún lugar al que regresar, como esas personas de mirada vacía de las Ecuatoriales que has visto, con los cuerpos cubiertos de quemaduras o heridas terribles provocadas por los derrumbamientos. Parece que hay problemas en las Ecuatoriales, ya que en la carretera la mayoría son de allí y a muchos se le han infectado las heridas y empiezan a morir. (Has pasado cada día al menos junto a dos personas sentadas junto al camino, pálidos o muy rojos, hechos un ovillo o con temblores, que se limitan a esperar a que llegue su final.) También hay muchos que parecen sanos, pero ahora son comubundos. Lo que siempre es un problema.

Hablas con un pequeño grupo de ellos en la siguiente estación de carretera a la que llegas: cinco mujeres de edades muy variadas y un hombre joven e inseguro. Te das cuenta de que son gente que se ha deshecho de todos los adornos bonitos e inútiles que estaban de moda en las ciudades de las Ecuatoriales. En algún momento de su viaje se han hecho con ropas más gruesas y elementos más adecuados para viajar. Pero cada uno de ellos luce algún vestigio de su vida anterior: la más anciana lleva en la cabeza un pañuelo azul de raso con volantes, a la más joven le asoman unas mangas enormes de debajo de la tela más pesada y práctica de la túnica que lleva, y el hombre lleva una faja aterciopelada de color melocotón a la cintura solo para decorar, o eso te parece.

Pero, en realidad, no lo es. Te fijas en la forma en la que te miran cuando te acercas: te observan, inspeccionan tus muñecas, tus tobillos y tu cuello, y fruncen el ceño cuando ven que no eres lo que

esperaban. Esa ropa poco práctica tiene un uso que sí lo es: ayuda a distinguir a los que pertenecen a un clan que acaba de nacer. Y tú no perteneces a él.

Eso no es problema. Por el momento.

Les preguntas qué ha pasado en el norte. Lo sabes, pero una cosa es ser consciente de un acontecimiento geológico, y otra muy diferente es saber qué consecuencias ha tenido desde el punto de vista humano. Te lo dicen después de que levantes las manos y dejes claro que no supones ninguna amenaza. Visible, al menos.

—Iba de camino a casa después de un concierto —dice una de las chicas jóvenes, que no se presenta, pero debería ser (si no lo es ya) una Semental. Es el modelo de mujer sanzédina: alta, fuerte y de piel cobriza, saludable hasta decir basta, de facciones simétricas, anchas caderas y todo ello rematado por una melena de pelo soplocinéreo que le cubre los hombros y hasta parece un abrigo de piel. Mira al joven, que agacha la cabeza, avergonzado. Es igual de guapo, y tal vez sea otro Semental, aunque se le ve muy flaco. Tendrá que comer más si quiere seguir prestándoles sus servicios a cinco mujeres—. Él estaba tocando en el auditorio de improvisaciones de la calle Shemshena, en Alebid. La música sonaba tan bien...

La chica se pierde en sus pensamientos y, por un momento, ves cómo titubea. Sabes que Alebid es (era) una ciudad de tamaño medio famosa por su vida cultural. Luego sigue hablando, porque es una buena sanzédina, y los sanzédinos no ven con buenos ojos a los soñadores.

—Vimos una especie de... rasgadura a lo lejos, en el norte. Por el horizonte, quiero decir. En un momento dado vimos brillar una luz roja y resplandeciente que luego comenzó a extenderse hacia el este y el oeste. No te sé decir a qué distancia estaba, pero sí que vimos cómo se reflejaba en la parte baja de las nubes. —Vuelve a vacilar: parece que ha recordado algo horrible y adopta un gesto serio, sombrío e iracundo. Sentimientos más aceptables que la nostalgia—. Se extendió rápido. Nos quedamos quietos en la calle mientras crecía e intentábamos averiguar qué estábamos viendo y sesapinando. El suelo comenzó a temblar. Luego algo, como una nube, oscureció el cielo, y nos dimos cuenta de que se dirigía hacia nosotros.

Sabes que no era una nube piroclástica, porque en tal caso no estaría aquí hablando contigo. Sería una tormenta de ceniza. Alebid está bastante al sur de Yumenes. Debe de haber recibido menos restos que las comus más septentrionales. Y mejor así, porque esos restos casi destruyen Tirimo, mucho más al sur. En condiciones normales, Alebid tendría que haber quedado reducida a gravilla.

Sospechas que un orogén ha salvado a la chica. No cabe duda de que hay una estación de nódulo cerca de Alebid. O la había.

—Nada se movía —dice, y eso confirma tus sospechas—, pero la ceniza que empezó a caer no permitía respirar. A la gente se le metía en la boca y en los pulmones, y se convertía en cemento. Me ató la blusa alrededor de la cara porque estaba hecha del mismo material que las máscaras. Es la razón por la que me salvé. Por la que nos salvé. —Mira al joven, y te das cuenta por el color de que el pedazo de tela que tiene en la muñeca son los restos de una prenda de mujer—. Era de noche, el día había sido maravilloso. Era de esperar que nadie llevara encima el portabastos.

Se hace el silencio. Aquella vez nadie dice nada y todos se pierden en sus pensamientos. Parece un recuerdo terrible. Recuerdas también que no muchos habitantes de las Ecuatoriales tienen portabastos. Los nódulos han conseguido mantener a salvo a las grandes ciudades durante siglos.

—Salimos corriendo —continúa la mujer de improviso, con voz queda—. Y no hemos parado. Les agradeces la información y te marchas antes de que te pueda preguntar nada.

Pasan los días y oyes historias similares. Te das cuenta de que ninguna de las personas de las Ecuatoriales con las que te encuentras son de Yumenes ni de ninguna comu que se encuentre en las mismas latitudes. Alebid es la ciudad más al norte de la que tienes constancia que haya supervivientes.

Pero no importa. No te diriges hacia el norte. Ni tampoco importa cuánto te afecte lo que ha ocurrido, no te importan las consecuencias que ya haya tenido, sabes que es mejor no pararse a pensar en ello. Ya tienes bastante con tus recuerdos.

Tus compañeros y tú seguís caminando durante días grises y noches bermejas, pero lo único que te preocupa de verdad es mantener llena la cantimplora, que no escasee la comida y cambiar tu calzado cuando empieza a desgastarse. Te resulta sencillo, por el momento, porque la gente parece confiar aún en que se trate de una estación corta: un verano sin verano, quizá dos o tres. Así son la mayoría de las estaciones, y las comus que siguen comerciando durante esos períodos se aprovechan de la poca planificación del resto y suelen conseguir muchos beneficios. Pero sabes bien que esta estación será muchísimo más larga de lo que habían pensado, algo que no te evitará que te aproveches de su error.

Os detenéis en algunas de las comus que encontráis por la carretera: algunas son enormes y tienes paredes enormes que se ciernen amenazadoras sobre tu cabeza, y otras están protegidas por poco más que una alambrada, estacas afiladas y algunos Lomocurtido con pésimo armamento. La economía se ha vuelto un poco rara. Una de las comus acepta dinero, y usas todo lo que te queda para comprarle a Hoa su propio saco de dormir. La siguiente no acepta dinero, pero sí herramientas prácticas, así que sacas uno de los viejos martillos de esmerar de Jija del fondo de tu bolsa. Te sirve para comprar pan del camino para una semana y tres tarros de pasta dulce de nueces.

Repartes la comida entre los tres. Es importante. El litoacervo advierte de no hacer acopio de provisiones cuando se está en grupo, y ahora perteneces a un grupo, lo admitas o no. Hoa cumple con su cometido y hace guardia durante gran parte de la noche; no duerme apenas. (Ni come mucho. Pero has decidido no pensar demasiado en el tema, igual que has decidido no pensar en que convirtió en piedra a una kirjusa.) A Tonkee no le gusta acercarse a las comus, aunque con ropa limpia y su olor corporal podría hacerse pasar por una refugiada en lugar de una comubunda. Por ello, te corresponde a ti hacerlo, pero Tonkee ayuda en lo que puede. Cuando se te desgastan las botas y la comu más cercana no acepta nada de lo que le ofrecéis, Tonkee te sorprende y saca una brújula. Las brújulas son muy valiosas, porque el cielo está encapotado y la ceniza reduce la visibilidad. Seguro que podrías conseguir diez pares de botas a cambio de ella, pero la mujer que se encarga de los trueques de la comu sabe que estás entre la espada y la pared y solo te ofrece dos: unas para ti y otras para Hoa, pues las suyas también empezaban a desgastarse. Tonkee tiene su propio par de repuesto colgando de sus cosas y, cuando te quejas de haber conseguido solo dos pares, le quita importancia.

—Hay más formas de encontrar el camino —dice, y luego te mira de una manera que te hace sentir incómoda.

No crees que sepa que eres una orograta, pero no sabes a qué atenerte con una mujer como ella.

Camináis durante kilómetros. La carretera se bifurca varias veces porque hay muchas comus grandes por esta parte de las medlat, y también porque la carretera imperial se cruza con varios caminos de las comus, cañadas, ríos y viejas vías de metal que las antiguas civitustas usaban para el transporte de alguna

manera que no alcanzas a comprender. Tantos cruces son la razón de ser de las carreteras imperiales. Los caminos siempre han sido el alma de la Antigua Sanze, pero por desgracia también es fácil perderse en ellos si no sabes bien por dónde ir, a menos que tengas una brújula, o un mapa, o veas una señal que rece «padre filicida por aquí».

El chico es tu salvador. Estás convencida de que puede sentir a Nassun de alguna manera, porque de un tiempo a esta parte ha demostrado ser más útil que una brújula y ha indicado sin dudar la dirección que debéis tomar cada vez que llegáis a un cruce de caminos. Vais por la carretera imperial durante la mayor parte del tiempo, la que va de Yumenes a Ketteker en este caso, aunque Ketteker está en las Antárticas y esperas no tener que viajar tan lejos. En un momento dado, Hoa os hace bajar por la carretera de una comu hasta que se vuelve a cruzar con la imperial y adelantáis mucho camino, sobre todo si Jija solo ha utilizado las carreteras principales. (El atajo es un problema porque la comu que la construyó está llena de Lomocurtido bien armados que os gritan y disparan con la ballesta a modo de advertencia cuando os ven.) Pero cuando la carretera serpentea rumbo al sur, Hoa no está tan seguro. Le preguntas, y dice que sabe en qué dirección viaja Nassun, pero no es capaz de sentir la ruta exacta que ha tomado Jija. Lo único que puede hacer es indicar el camino que considera el mejor para seguirlos.

Pero pasan las semanas, y también empieza a tener problemas para eso. Te quedas de pie en un cruce de caminos junto a Hoa durante cinco minutos mientras no deja de morderse el labio, hasta que le preguntas qué pasa.

—Hay muchos de los tuyos reunidos —dice, intranquilo, y cambias de tema porque una conversación así revelaría a Tonkee tu naturaleza, en caso de que no la supiera.

¿A qué se refiere con «muchos de los tuyos»? ¿A gente? No, no tiene sentido. ¿Orogratas? ¿Reunidos? Eso tiene menos sentido aún. El Fulcro ha desaparecido con Yumenes. Hay Fulcros auxiliares en las Árticas, muy al norte, más allá de las ahora impasibles latitudes centrales del continente; y también en las Antárticas, pero estás a meses de viaje de esas. Los orogenes que quedan por los caminos son como tú, de los que ocultan su condición e intentan sobrevivir como los demás. No tendría sentido que se reunieran, pues de ese modo solo conseguirían aumentar las posibilidades de que los descubrieran.

Hoa elige un camino del cruce, y le sigues a pesar de que su ceño fruncido te indica que no está seguro.

—Está cerca —te dice Hoa al fin una noche mientras coméis pan del camino con pasta de nueces e intentáis no pensar en una comida mejor. Empiezas a tener ganas de verdura fresca, pero pronto no quedarán muchas, si no se han acabado ya, así que no le prestas atención al antojo. Tonkee se ha marchado a hacer algo; a afeitarse, seguramente. Hace poco que se le ha acabado algo, una especie de poción biomestra que llevaba en su mochila y que bebía a escondidas de ti, aunque te diera igual. Al no beberla, le ha empezado a salir barba cada pocos días, y también se ha puesto de mal humor.

—No puedo ver nada —dice Hoa— en el lugar en el que están los orogenes. Son como... como lucecitas. Seguir una es fácil, como hacía con Nassun, pero cuando hay muchas se forma una grande y brillante, y parece que la ha atravesado o pasado muy cerca. No puedo... —Rebusca para encontrar las palabras adecuadas. Pero hay ciertas cosas que son indescriptibles—. No puedo...

—¿Sesapinar? —le sugieres.

Frunce el ceño.

—No. No es eso lo que hago.

Decides no preguntarle qué es lo que hace.

—No puedo... No puedo distinguir nada. La luz grande me impide concentrarme en las pequeñas.

—¿Cuántos... —no pronuncias esa palabra por si vuelve Tonkee— hay?

—No lo sé con seguridad. Más de uno. Menos de un pueblo. Pero hay más en camino.

Eso te preocupa. No crees que todos vayan en busca de hijas desaparecidas y maridos asesinos.

—¿Por qué? ¿Cómo saben adónde tienen que dirigirse?

—No lo sé.

Menuda ayuda.

Lo único que sabes con seguridad es que Jija se ha dirigido hacia el sur, pero «sur» es un término muy amplio; más de un tercio del continente, para ser más exactos. Miles de comus. Decenas de miles de kilómetros cuadrados. ¿Adónde se dirige? No lo sabes. ¿Y si va al este o al oeste? ¿Y si se detiene?

Es una posibilidad.

—¿Habrán parado ahí? ¿Se habrán detenido Jija y Nassun en ese lugar?

—Pues no lo sé. Sí que fueron en esa dirección. No los perdí hasta que llegaron ahí.

Esperáis a que vuelva Tonkee y le dices adónde os dirigís. No le explicas la razón, pero no pregunta. No le dices lo que os espera... porque la verdad es que tampoco lo sabes. Quizás alguien intente construir un nuevo Fulcro. Quizás alguien haya distribuido un mensaje. Da igual: lo importante es que vuelves a tener un lugar al que dirigirte.

Haces caso omiso de la sensación de incomodidad mientras empezáis a caminar por la carretera, que esperas que sea la misma por la que ha viajado Nassun.

* * *

Juzgadlos a todos por su utilidad: a los líderes y a los amenos, a los fecundos y a los arteros, a los sabios y a los mortíferos. Y contad siempre con unos lomos bien curtidos para protegerlos.

Tablilla primera, «De la supervivencia»,
versículo noveno

Sienita rompe los juguetes

«Quedaos en el lugar. esperad instrucciones», reza el telegrama de Yumenes.

Sienita se lo pasa a Alabastro sin decir palabra, él lo mira y se ríe.

—Vaya, empiezo a pensar que te has hecho acreedora de otro anillo, Sienita Orogén. O de una sentencia de muerte. Lo sabremos a la vuelta.

Se encuentran en la habitación de la posada El Fin de la estación, desnudos después de haber follado por la tarde, como acostumbran. Sienita se levanta, en bolas, inquieta e irritada, y se pone a caminar por la habitación. Es más pequeña que la que tenían la semana pasada, porque ya han cumplido el contrato con Allia y la comu y no les están pagando la estancia.

—¿Cuándo volveremos? —Lo mira mientras camina. Está muy relajado, una figura desgarrada y optimista que contrasta con el pesimismo del blanco de la cama a la luz tenue del crepúsculo. Sienita mira a Alabastro, y piensa en el obelisco granate: el hombre es igual de improbable, irreal y frustrante. No entiende por qué no está enfadada—. ¿Qué es esa gilipollez de «quedaos en el lugar»? ¿Por qué no nos dejan volver?

El hombre la manda callar.

—¡Esa boca! Eras muy educada en el Fulcro. ¿Qué ha pasado?

—Que te conocí a ti. ¡Responde!

—Quizá quieran darnos vacaciones.

Alabastro bosteza y se inclina hacia delante para coger un pedazo de fruta de la bolsa en la mesilla de noche. Esta semana se han comprado la comida. Al menos, ya come sin que haya que recordárselo. El aburrimiento le sienta bien.

—¿Qué más da perder el tiempo aquí o en el camino de vuelta a Yumenes, Siena? Al menos, aquí estamos cómodos. Vuelve a la cama.

La chica le enseña los dientes.

—No.

Alabastro suspira.

—A descansar. Ya hemos hecho suficiente por hoy. Por el magma, ¿quieres que me marche para que puedas masturbarte? ¿Te encontrarás mejor si lo haces?

Lo cierto es que sí, pero no lo va a admitir. Termina por volver a la cama porque no tiene nada mejor que hacer. Él le pasa un gajo de naranja, y ella lo acepta porque es su fruta favorita y aquí son baratas. Vivir en una comu de las Costeras tiene muchas particularidades, y ha pensado mucho en ello desde que llegaron. Hace buen tiempo, la comida es buena, es barato y pueden conocer a gente de todas partes que usa el puerto para viajar y comerciar. Además, el océano es bonito y fascinante. Se ha pasado horas de pie mirando por la ventana. Lo malo es que las comus de las Costeras tienen la mala costumbre de desaparecer debajo de un tsunami cada cierto tiempo.

—Pero no lo entiendo —dice Sienita, por enésima vez. Es probable que Bastro empiece a cansarse de su impertinencia, pero la chica no tiene nada mejor que hacer, así que tendrá que soportarla—. ¿Es un castigo? ¿Se supone que no tenía que encontrarme con ese veteasaberqueóxido oculto en el fondo del puerto durante una misión rutinaria de limpieza de coral? —Levanta las manos—. Como si pudiera

haberlo previsto.

—Más o menos —responde Alabastro—. Querrán tenerte a mano para cuando lleguen los geomestros, por si se requiere la participación del Fulcro.

Eso ya lo había dicho, y Sienita sabe que tal vez sea verdad. Los geomestros ya han empezado a reunirse en la ciudad. De hecho, los arqueomestros, acervistas, biomestros e incluso algunos médicos están preocupados por el efecto que la cercanía del obelisco pueda tener en la población de Allia. Y también han venido charlatanes y excéntricos, como metaloacervistas, astronomestros y otros practicantes de ciencias basura. Cualquiera que tenga un mínimo de conocimientos o una afición de todas las comus de ese cuadrante y de los alrededores. Sienita y Alabastro han conseguido una habitación porque descubrieron esa cosa y, además, llegaron antes: todas las posadas y pensiones del cuadrante están hasta arriba de gente.

A nadie le habían importado tanto los malditos obeliscos hasta ahora. Aunque cierto es que nunca antes se había visto uno flotar tan cerca, y visible sobre un cúmulo de población tan grande, y que encima albergara en su interior un comepiedras muerto.

Muchos de ellos le han preguntado a Sienita cuál es su opinión al haber sido la responsable de elevar el obelisco, pero ella ya ha empezado a torcer el gesto cada vez que un desconocido se le presenta como Menganito Innovador Delquintopino. Eso sí, los mestros no quieren saber nada de ella, y lo agradece, porque no tiene permitido negociar nada en nombre del Fulcro. Puede que Alabastro sí, pero la chica no quiere que el hombre la utilice. No cree que la obligue a hacer nada sin consultar: no es tan capullo. Pero de todos modos, no le gusta la idea.

Además, no confía en Alabastro. El hecho de haberlos dejado aquí no tiene sentido. El Fulcro debería querer tenerlos de vuelta en las Ecuatoriales para que los académicos imperiales de la Séptima la entrevisten y para que los superiores controlen cuánto tienen que pagar los mestros por hablar con ella. También deberían querer entrevistarla ellos para entender mejor ese extraño poder que la chica ya ha sentido tres veces y que ahora sabe que proviene de los obeliscos.

(Y los Guardianes también deberían querer hablar con ella. Siempre guardan algún secreto. Lo que más le extraña de todo aquello es que no hayan mostrado interés alguno.)

Alabastro le ha advertido de que no hable sobre el tema. El día después del incidente le dijo que nadie tiene por qué saber que se ha enlazado con los obeliscos. Estaba débil y casi ni podía salir de la cama todavía, también había agotado su orogenia y no pudo hacer nada cuando la chica elevó el obelisco, aunque ella le dijera a Asael que el hombre podía usar sus habilidades a mucha distancia. Aún débil, la cogió de la mano y la apretó fuerte para asegurarse de que lo escuchaba: «Diles que cuando intentabas mover los estratos, esa cosa se movió por sí sola y saltó como un corcho: hasta los nuestros se lo creerán. Es otro artefacto de una civitusta que nadie comprende. No te harán preguntas si no les das razones para hacerlo. No hables del asunto. Ni siquiera conmigo.»

Eso aumentaba sus ganas de hablar del asunto más todavía, pero la vez que lo había intentado cuando Bastro se recuperó, el hombre la había mirado sin decir nada hasta que la chica pilló la indirecta y se marchó a hacer otra cosa.

Y eso era lo que más la molestaba de todo.

—Voy a dar un paseo —termina por decir la chica mientras se levanta.

—Muy bien —dice Alabastro mientras se estira y se levanta. Se oyen crujir las articulaciones—. Iré

contigo.

—No te he pedido que vengas.

—No, no lo has hecho. —Le vuelve a sonreír, pero ahora lo hace de esa manera incómoda que la chica empieza a odiar—. Pero, por el óxido, si piensas salir sola por la noche en una comu extranjera donde alguien ya ha intentado matar a uno de los dos, más te vale tener compañía.

Cuando lo dice, Sienita se amilana.

—Bueno.

Pero ese es el otro asunto del que no pueden hablar, no porque Alabastro lo haya prohibido, sino porque lo único que podrían hacer cualquiera de los dos es especular. Sienita quiere creer que la explicación más sencilla es la correcta: que alguien de la cocina es un incompetente. Pero Alabastro ya le ha indicado el error de esa conjetura: nadie de la posada ni del pueblo se ha puesto enfermo. Sienita cree que eso también podría ser fácil de explicar: que Asael les dijo a los cocineros que contaminaran la comida de Alabastro. Es lo que suelen hacer los de la casta de los Líderes cuando se enfadan, o eso se suele decir sobre ellos: que abundan los envenenamientos y la brutalidad indirecta y enrevesada. Sienita prefiere las historias que hablan de cómo los Resistentes superan adversidades imposibles, cómo los Sementales salvan vidas con matrimonios políticos y reproducción estratégica, o los Lomocurtido atajan los problemas con violencia directa y sincera.

Alabastro sigue en sus trece y piensa que hay algo más que se les escapa. Y Sienita odia admitir que tal vez tenga razón.

—Muy bien —claudica la chica, y se empieza a vestir.

La tarde es agradable. El sol se acaba de poner y caminan por una avenida inclinada que lleva hacia el puerto. Las sombras se alargan a sus espaldas, y los edificios de Allia, la mayoría de un color arenoso y pálido como el yeso, relucen con las tonalidades más oscuras, como gemas rojas, lilas y doradas. Una calle serpenteante cruza la avenida por la que circulan y termina en una pequeña caleta alejada de la zona más concurrida del puerto. Se detienen para echar un vistazo, y Siena ve a un grupo de adolescentes de la comu que juegan y ríen en aquella playa de arena negra. Todos son esbeltos, morenos, saludables y felices. Siena los mira y se pregunta qué se sentiría al crecer como una persona normal.

Al fondo también se encuentra el obelisco, visible desde el lugar de la avenida en el que se han quedado parados. Flota a unos cuatro o cinco metros sobre las aguas del puerto y emite el mismo latido quedo y casi imperceptible desde que Sienita lo elevó. Eso hace que se olvide de los niños.

—A esa cosa le pasa algo muy raro —dice Alabastro, en voz muy baja.

Sienita lo mira, enfadada y con ganas de decirle: «Vaya, ¿ahora quieres hablar del asunto?», pero se da cuenta de que el hombre no mira hacia el obelisco. Ha removido la tierra del suelo con un pie y tiene las manos en los bolsillos, como si... Como si por un momento se tratara de un tímido jovencuelo que está a punto de proponerle algo indecente a una chica guapa. Pero no es joven ni tímido, y da igual que ella sea guapa o él indecente porque ya han follado. Si algún transeúnte se fijara en él, no repararía en que a lo que presta atención es al obelisco. Y eso hace que Sienita se dé cuenta de algo: ellos dos son los únicos capaces de sesapinar los latidos. Latidos que no son latidos, para ser exactos. No son ni cortos ni rítmicos, son más bien palpitaciones que sesapina de vez en cuando, algo fortuito y ominoso, como un dolor de muelas. Pero si los habitantes de la comu hubieran sesapinado algo así, no reirían, ni jugarían, ni pasarían el rato con tal parsimonia durante la esplendorosa tarde de ese día tan largo. Estarían todos

fuera y observando aquella cosa enorme y amenazadora que, piensa Sienita, cada vez se merece más el adjetivo de «peligrosa».

Siena le sigue el juego a Bastro, lo coge del brazo y se acerca a él, como si le gustara. Habla en voz baja, murmurando, aunque no tiene ni idea de por qué no quiere que nadie escuche esa conversación. Hay gente en la calle y los negocios del lugar empiezan a cerrar, pero no hay nadie cerca, ni pendiente de ellos.

—Sigo esperando a que empiece a ascender, como los demás.

Está demasiado cerca del suelo, como si flotara sobre la superficie del agua. Los demás obeliscos que ha visto siempre Siena, incluido el de amatista que le salvó la vida a Alabastro y que rota a unos kilómetros de la costa, flotan entre las capas de nubes bajas o a más altura.

—También está inclinado. Como si le costara mantenerse erecto.

Un momento. No puede evitar mirar hacia arriba para fijarse en él, aunque Bastro le aprieta el brazo al instante para que aparte la mirada. El vistazo ha sido suficiente para confirmar lo que acaba de decir el hombre: el obelisco está un poco inclinado, tiene la punta de arriba ladeada hacia el sur. Debe de bambolearse un poco al rotar. La inclinación es tan ligera que no se habría dado cuenta de no haberse encontrado en una calle rodeada de edificaciones erectas. Ahora no puede dejar de verlo torcido.

—Vamos por aquí —sugiere la chica. Han pasado mucho tiempo quietos. Alabastro está de acuerdo y empiezan a caminar por la calle serpenteante hacia la caleta, paseando como si no ocurriera nada.

—Por eso no nos dejan marcharnos.

Siena no le presta atención cuando lo dice. Está distraída por la belleza del ocaso y las calles largas y elegantes de la comu. Otra pareja pasa a su lado, la mujer más alta los saluda con la cabeza a pesar de que Siena y Bastro llevan los uniformes negros. El gesto se les hace raro, pero agradable. Yumenes es una de las maravillas de la humanidad, la cumbre de la ingenuidad y la geniería, y durará decenas de estaciones, al contrario que esta pequeña e irrisoria comu de las Costeras. Pero en Yumenes nadie se habría dignado saludar a un orograta, con independencia de lo agradable que fuera el día.

En ese momento, las palabras de Alabastro golpean su conciencia.

—¿Cómo dices?

El hombre mantiene el paso para seguirle el ritmo a la chica, a pesar de que tiene la zancada más larga.

—No podemos hablar en la habitación y hasta es arriesgado que hablemos aquí fuera. Querías saber por qué no quieren que nos marchemos y no nos dejan volver. Pues esa es la razón. El obelisco se cae.

Es una obviedad, pero...

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Que fuiste tú quien lo elevó.

La chica frunce el entrecejo pero luego se acuerda de que tiene que controlar sus gestos.

—Se elevó solo. Lo único que hice fue quitar toda la mierda que lo retenía, y quizá despertarlo.

Su mente insiste en dar por hecho que esa cosa dormía. No es un asunto al que Sienita quiera dedicarle más atención.

—Has conseguido tener más control que nadie sobre un obelisco en los tres mil años de historia del Imperio. —Bastro se encoge un poco de hombros—. Si fuera un pentanilladito petulante que recibe un telegrama afirmándolo, pensaría y reaccionaría igual: intentaría controlar a la persona que ha sido capaz

de hacer algo así. —Le echa un vistazo rápido al obelisco—. Pero lo que debería preocuparte no son los engreídos del Fulcro.

Siena no sabe a qué óxidos viene todo esto. Entiende la situación, y puede imaginarse a una persona como Feldespato dando una orden como esa, pero ¿por qué? ¿Para tranquilizar a las gentes del lugar con la presencia de un decanillado? Los únicos que saben que Alabastro está allí son un puñado de burócratas que tal vez estén ocupados por la afluencia repentina de mestros y turistas. ¿Para estar preparados en caso de que el obelisco... haga algo? No tiene sentido. ¿Y de qué debería preocuparse, entonces? Quizá...

La chica lo mira ceñuda.

—Antes dijiste algo. —Algo sobre enlazarse con el obelisco. ¿Qué significará eso?—. Y aquella noche hiciste algo. —Parece incómoda, pero esa vez él no le devuelve la mirada. Mira hacia la caleta, embelesado por la vista, pero con gesto serio y penetrante. Sabe de qué habla la chica. Ella duda, y luego añade—: Puedes hacer cosas con ellos, ¿no? —Tierra, qué estúpida ha sido—. ¡Puedes controlarlos! ¿Lo sabe el Fulcro?

—No. Y tú tampoco. —La mira por un momento con sus ojos negros, y luego aparta la mirada.

—¿Por qué eres tan...? —No se puede decir que sea reservado, habla con ella, pero es como si el hombre sospechara de que alguien los escucha, de alguna manera—. En la habitación no nos oyó nadie.

Luego señala con la cabeza a un grupo de chicos que se acercan al trote, y uno de ellos choca con Alabastro y pide perdón: la calle es estrecha. Ha pedido perdón. Vaya.

—Eso no lo sabes. El pilar principal del edificio está hecho de granito labrado, ¿no te has dado cuenta? Los cimientos parece que también. Están enclavados directamente en el lecho de roca... —Por un momento pone un gesto de incomodidad y luego una cara inexpresiva.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con...? —Entonces la chica se da cuenta. Oh. Oh. Pero... no puede ser—. ¿Insinúas que alguien podría oírnos a través de las paredes? ¿A través de la propia piedra?

Es la primera vez que escucha algo así. Tiene sentido, claro, porque así es como funciona la orogenia: cuando Siena se enlaza con la tierra, no solo es capaz de sesapinar la piedra a la que ha ligado su conciencia, sino cualquier cosa que esté en contacto con ella. Aunque a veces no sea capaz de percibirlo, que es lo que ocurrió con el obelisco. Aun así, no habla de percibir las vibraciones tectónicas, sino el sonido. No puede ser cierto. Nunca ha conocido a ningún orograta con tal sensibilidad.

Alabastro la mira fijamente durante un rato.

—Yo puedo hacerlo. —Cuando la chica le devuelve la mirada, continúa—: Siempre he podido. Y tal vez tú también puedas, solo que todavía no sabes cómo. Es posible que para ti no sean más que unas vibraciones que se repiten cada minuto. Cuando conseguí el octavo o noveno anillo empecé a distinguir un patrón en esas vibraciones. Ciertos detalles.

La chica niega con la cabeza.

—Pero eres el único decanillado.

—La mayoría de mis hijos tiene potencial suficiente para alcanzar el décimo anillo.

Sienita se estremece al recordar al niño muerto de la estación de nódulo cerca de Mehi. Vaya. El Fulcro controla a todos los responsables de los nódulos. ¿Y si pudieran forzar a esos pobres niños destrozados a escuchar y emitir el mensaje como si se tratara de una especie de telégrafos vivientes? ¿Tiene miedo de algo así? ¿De que el Fulcro sea una especie de araña posada en el centro de Yumenes que usa la red de nódulos para escuchar todas las conversaciones de la Quietud?

Pero algo la distrae mientras le da vueltas a todas esas especulaciones. Algo que Alabastro acaba de decir. Ese hombre consigue que se cuestione todo lo que ha dado por hecho desde que era una niña. «La mayoría de mis hijos tiene el potencial suficiente para alcanzar el décimo anillo», ha dicho, pero no hay más decanillados en el Fulcro. Solo se envían hijos de orogratas a los nódulos si no son capaces de controlarse. ¿Verdad?

Oh.

No.

Decide no revelar en voz alta esa epifanía.

El hombre le da unos golpecitos en la mano, quizá vuelva a estar actuando o quizás intente calmarla de verdad. Es obvio que sabe mucho mejor que ella lo que han hecho con sus hijos.

Luego se lo repite.

—Lo que menos debería preocuparnos son los superiores del Fulcro.

¿Y a qué otras personas se referirá? Está claro que los superiores son un problema. Sienita siempre ha estado pendiente de sus juegos políticos porque un día formará parte de ellos, y es importante que sepa quién tiene el poder de verdad y quién aparenta tenerlo. Hay al menos una docena de facciones, eso sin contar los que actúan por su cuenta, como los lameculos, los idealistas y los que matarían con un cuchillo de cristal a su propia madre para conseguir sus propósitos. Pero a Sienita se le ocurre pensar que todos responden ante alguien.

Los Guardianes. Nadie confiaría de verdad en un grupo de sucios orogratas para manejar sus negocios, de igual manera que Shemshena no confiaba en Misalem. En el Fulcro, nadie habla sobre la política de los Guardianes, porque es probable que nadie los comprenda. Los Guardianes tienen su propio consejo y rechazan todo tipo de preguntas. Con mucho ímpetu.

Y no es la primera vez que Sienita se pregunta ante quién responden los Guardianes.

No ha dejado de darle vueltas a todo aquello cuando llegan a la caleta y se detienen en la pasarela, que cuenta con una barandilla. La calle termina ahí, y los adoquines se pierden entre montones de arena hasta que empieza la pasarela de madera. No muy lejos hay una playa de arena que no es la que habían visto antes. Los niños corren de un lado a otro por las escaleras de la pasarela mientras juegan y gritan, y al fondo Siena ve un grupo de ancianas que caminan desnudas por las aguas del puerto. La chica se da cuenta de que hay un hombre sentado en la barandilla, a unos metros de donde se encuentran. Atrae su interés porque no lleva camisa y porque los mira. Lo primero le llama la atención a la chica por un instante, pero piensa en su educación y aparta la mirada. Alabastro no está de muy buen ver, y hace mucho que ella no disfruta del sexo. Lo segundo sería algo que, de estar en Yumenes, desdeñaría, ya que allí siempre la miran los desconocidos.

Pero.

Se encuentra en pie en la pasarela con Bastro, más relajada de lo que ha estado en mucho tiempo y oyendo cómo juegan los niños. Es difícil mantenerse centrada cuando hablan de asuntos tan crípticos. Las cuestiones políticas de Yumenes se antojan muy lejanas desde donde se encuentran; misteriosas, pero irrelevantes e inalcanzables. Como un obelisco.

Pero.

Pero luego Sienita se da cuenta de que Bastro se ha puesto firme y, aunque mira hacia la playa y a los niños, sabe que no les presta atención. En ese momento por fin se le ocurre pensar que la gente de Allia

nunca se queda mirando, ni a un par de ropas brunas que dan un paseo por la tarde. Quitando a Asael, la mayor parte de las personas de la comu que ha conocido están demasiado bien educadas para hacer algo así.

Vuelve a mirar al hombre de la pasarela. Le sonríe y le resulta agradable. Es mayor que ella, quizás unos diez años más, y tiene un cuerpo atractivo. Con hombros anchos, deltoides elegantes debajo de su piel inmaculada, y una cintura ajustada.

Lleva pantalones de color bermellón. Ha dejado la camisa colgada a un lado en la barandilla y es evidente que se la ha quitado para coger algo de sol, que refulge también del mismo color. La chica tarda en darse cuenta del zumbido tan característico y familiar que resuena en sus glándulas sesapinales y que advierte de la presencia de un Guardián.

— Es el tuyo? —pregunta Alabastro.

Sienita se humedece los labios.

—Esperaba que dijeras que es el tuyo.

—No. —Alabastro da un paso al frente para apoyar las manos en la barandilla y agacha la cabeza, como si fuera a estirar los hombros—. No dejes que su piel te toque.

Lo dice entre susurros, y Sienita casi no alcanza a escucharlo. Luego el hombre se endereza y se vuelve hacia el joven.

— Tiene algo en mente, Guardián?

El Guardián ríe un poco y baja de un salto de la barandilla. Tiene facciones de las Costeras: el pelo negro y rizado. Quizá sea un poco pálido, pero quitando eso podría pasar por un ciudadano de Allia. Bueno, en realidad no. Quizá podría dar el pego en lo superficial, pero hay en él algo indescriptible que Sienita ha notado en todos los Guardianes con los que ha tenido la mala suerte de interactuar. Por eso nadie confunde en Yumenes a un Guardián con un orogén ni con un t tico. Tienen algo diferente que salta a la vista.

—La verdad es que sí —responde el Guardián—. Alabastro Decanillado. Sienita Tetranillada. —Sienita aprieta los dientes al oírlo. Preferiría que la llamara Orogén, un nombre más genérico. Los Guardianes entienden bien la diferencia entre un tetranillado y un decanillado—. Me llamo Edki Guardián Warrant. Vaya, s  que habéis estado ocupados.

—Es nuestro trabajo —dice Alabastro, y Sienita no puede evitar mirarlo con sorpresa. Est  tenso como nunca lo ha visto antes: tiene muy tensos los músculos del cuello, y las manos abiertas y...  preparadas? ( Preparadas para qué? Sienita no sabe por qué ha pensado en esa palabra) en los costados—. Como puedes ver, hemos completado la misión que nos encomend  el Fulcro.

—Cierto es. Buen trabajo. —En ese momento, Edki echa un vistazo rápido hacia el obelisco, ese contratiempo inclinado y palpitante. Sienita se fija en su cara y ve cómo la sonrisa del Guardián se desvanece como si nunca hubiera estado all . No es buena señal—. Aunque parece que solo habéis hecho lo que se os indicó. Eres una criatura obstinada, Alabastro.

Sienita frunce el ceño. Hasta en esas circunstancias la tratan con condescendencia.

—El trabajo lo he hecho yo, Guardián.  Hay algún problema?

El Guardián se vuelve para mirarla, sorprendido. Solo entonces la chica se da cuenta de que ha cometido un error. Y de los grandes, porque el hombre no vuelve a sonr er.

— Es cosa tuya?

Alabastro suspira y, aciaga Tierra, Sienita siente cómo el hombre clava su conciencia en los estratos, porque lo hace a mucha profundidad. Lo hace con tal fuerza que todo su cuerpo reverbera, no solo las glándulas sesapinales. No puede seguirlo, en un suspiro se ha colocado fuera de su alcance y ha penetrado el magma con facilidad a pesar de hallarse a kilómetros de profundidad. Aquel hombre controla la energía pura de la tierra a la perfección. Es increíble. Podría mover una montaña con una facilidad pasmosa.

Pero ¿por qué?

El Guardián sonrío de improviso.

—La Guardiania Leshet te envía saludos, Alabastro.

Sienita intenta comprender todo lo que ocurre y la razón de que Alabastro esté a punto de enfrentarse al Guardián, pero el hombre se envara cuando escucha aquellas palabras.

—¿La habéis encontrado?

—Claro. Y tenemos que hablar de lo que le hiciste. Muy pronto.

De improviso, y Sienita no sabe ni cuándo ni de dónde lo ha sacado, el Guardián tiene un cuchillo de cristal negro en la mano. La hoja es ancha, pero tiene una longitud ridícula, poco más de cinco centímetros. Casi ni se le puede llamar cuchillo.

«Por el óxido, ¿qué piensa hacer con algo así? ¿Cortarnos las uñas?»

Y lo más importante, ¿por qué amenaza con un arma a dos orogenes imperiales?

—Guardián —empieza a decir la chica—, creo que ha habido un mal...

El Guardián hace algo. Sienita parpadea, aunque todo sigue igual: Alabastro y ella cara a cara con Edki en una pasarela inundada de sombras a la luz de un ocaso sangriento mientras los niños y las ancianas juegan detrás de ellos. Pero algo ha cambiado. No está segura de qué ha sido hasta que Alabastro empieza a ahogarse, se abalanza contra ella y la tira al suelo a unos metros de distancia.

Sienita no sabe cómo un hombre tan delgado ha podido tirarla de esa manera. Se golpea contra las tablas con una fuerza que la deja sin aliento, y atina a ver cómo uno de los niños que jugaban cerca se ha parado a mirar. Otro ríe. Luego la chica se afana para levantarse, enfadada, con la boca abierta para insultar a Alabastro y mandarlo a la mismísima Tierra.

Pero el hombre también está en el suelo a poco menos de medio metro de distancia. Está bocabajo, la mira fijamente y hace un ruido extraño. Casi ni se le oye. Tiene la boca muy abierta, pero de ella sale poco más que el plañido de un juguete infantil o de los pulmones de un metaloacervista. También le tiembla todo el cuerpo, como si no pudiera moverse, algo que no tiene sentido porque no parece que le ocurra nada. Siena no sabe qué pensar hasta que por fin se da cuenta...

... de que está gritando.

—¿Por qué crees que la atacaría a ella? —Edki mira a Alabastro, y Sienita se estremece porque tiene en la cara una expresión alegre y satisfecha al ver al hombre tumbado y temblando con impotencia... y con el cuchillo que el Guardián sostenía hace un momento clavado en el hombro. Siena mira el arma y se sorprende de no haberla visto antes. Sobresale y es visible a pesar del negro de la túnica de Bastro—. Siempre has sido un estúpido, Alabastro.

Edki tiene en la mano otro cuchillo de cristal. Es más largo, y afilado hasta lo imposible, un puñal espeluznante que le resulta familiar.

—¿Por qué...? —Sienita no es capaz de pensar. Le duelen las manos y se arrastra por el suelo de la

pasarela hacia atrás al tiempo que intenta ponerse en pie. Su instinto hace que intente enlazarse con la tierra de debajo y, al verse incapaz, se da cuenta de lo que ha hecho el Guardián en realidad. No puede sesapinar la tierra que tiene a unos metros debajo de sus manos o detrás, solo siente arena, lodo salado y lombrices. Las glándulas sesapinales le rechinan cuando intenta llegar más lejos. La sensación es parecida a cuando se ha dado un golpe en el hombro y se le duermen las puntas de los dedos, como si esa parte de su mente se hubiera quedado dormida. Siente un cosquilleo, sabe que sigue allí, pero por el momento no puede hacer nada.

Ha oído a otros balastos susurrar al respecto cuando se apagaban las luces. Los Guardianes son raros, pero esa es su verdadera naturaleza: pueden hacer que la orogenia se desvanezca a voluntad. Y algunos son más raros todavía: es su especialidad. Algunos no tienen orogenes a su cargo y no se les permite estar cerca de niños sin entrenamiento, porque su mera presencia es peligrosa para ellos. Esos Guardianes se dedican a perseguir a los orogenes rebeldes y, cuando los encuentran... Hasta el momento, Sienita nunca ha querido saber qué les hacen, pero al parecer está a punto de descubrirlo. Por el magma, tiene el cerebro más oxidado que un anciano y no es capaz de sentir la tierra. ¿Es así como se sienten los tácticos? ¿Es eso lo único que pueden percibir? Siempre ha envidiado esa normalidad, pero ahora no está tan segura.

Edki camina hacia ella con el puñal preparado, con los ojos entrecerrados y el gesto torcido, un gesto que le recuerda a cuando a ella le duele mucho la cabeza. Al verlo de esa manera, espeta:

—¿E... estás bien?

No tiene ni idea de por qué ha hecho esa pregunta.

Cuando la escucha, Edki inclina la cabeza. Vuelve a sonreír, amable y sorprendido.

—Qué atenta. Estoy bien, pequeña. Muy bien.

No deja de avanzar hacia ella.

La chica vuelve a arrastrarse por el suelo hacia atrás, vuelve a intentar ponerse en pie, trata de nuevo de concentrar su energía, pero no consigue ninguna de las tres cosas. Y aunque lo hubiera hecho... está frente a un Guardián. Tiene que obedecerlo. Tiene que morir si es lo que quiere ese hombre.

No es justo.

—Por favor —dice, con voz desesperada y desolada—. Por favor, no hemos hecho nada malo. No lo entiendo. No...

—No tienes por qué entenderlo —responde el hombre, con mucha amabilidad—. Solo tienes que hacer una cosa.

En ese momento, se inclina hacia delante y apunta hacia el torso de la chica con el puñal.

La chica comprenderá más tarde cómo discurrieron los acontecimientos.

La chica comprenderá más tarde que todo ocurrió en un suspiro. Pero en ese momento ocurre despacio. El paso del tiempo se vuelve insignificante. Solo es consciente del enorme y afilado cuchillo de cristal, de cómo brillan sus facetas a la luz del ocaso. Se le acerca poco a poco, con elegancia, y se siente obligada a sentir miedo.

Nunca ha sido justo.

Solo siente la madera áspera entre sus dedos y, debajo de ella, sesapina poco más que un atisbo de calidez y movimiento. Con una cantidad así no podría mover más que un guijarro.

Se percata de que tiene cerca a Alabastro, que se retuerce entre convulsiones. ¿Cómo no ha podido

darse cuenta antes? El hombre no controla su cuerpo, ese cuchillo que tiene en el hombro le ha hecho algo a su poder y tiene una expresión de terror y agonía en la mirada.

Advierte que está enfadada. Furiosa. Al óxido con sus obligaciones. Lo que ha hecho aquel Guardián..., lo que hacen todos los Guardianes no es justo.

Y en ese momento...

Y en ese momento...

Y en ese momento...

Se percata de que tiene cerca el obelisco.

(Alabastro se retuerce con más violencia, abre más la boca y tiene la mirada fija en ella a pesar de que le es imposible controlar el cuerpo. A la chica le vienen a la cabeza las advertencias del hombre, pero no puede recordar las palabras exactas.)

El puñal ya ha recorrido la mitad del camino hacia su corazón. También se ha percatado de ello.

«Somos dioses encadenados y... Por el óxido. Que esto no es. Justo.»

La chica vuelve a intentar enlazarse. No hacia abajo, sino hacia arriba. No hacia delante, sino a un lado.

«No.» Ve que la boca de Alabastro intenta pronunciar aquella palabra entre estertores...

... y entonces el obelisco la acoge en su luz temblorosa, inquieta y sanguinolenta. Cae hacia arriba. La arrastra hacia arriba y hacia dentro. Ha perdido el control, por el Padre Tierra. Alabastro tenía razón: es mucho para ella, y...

... grita porque ha olvidado que el obelisco está roto. Siente dolor al rozarse contra la zona dañada. Cada una de las grietas la resquebraja, la despedaza. Y entonces...

... entonces se detiene. Flota, hecha un ovillo agonizante, entre el rojo que la rodea.

No es real. No puede serlo. También siente que está tumbada en las tablas arenosas de madera y la luz de la puesta de sol contra su piel. No siente el cuchillo de cristal del Guardián; al menos, por ahora. Pero sabe que también se encuentra en ese lugar. Ve a través de las glándulas sesapinales, aunque no son ojos y se podría decir que lo imagina, cómo el come piedras del núcleo del obelisco flota delante de ella.

Es la primera vez que se encuentra tan cerca de uno. Los libros dicen que los come piedras no tienen sexo, pero aquel tiene la figura de un joven delgado de piel negra, marmórea y venas blancas, que viste una túnica lisa de ópalo iridiscente. Los miembros de esa... ¿persona? Sus miembros también son marmóreos y pulidos, extendidos en medio del aire, como si estuviera congelado. Tiene la cabeza hacia atrás, y el pelo suelto y arremolinado deja pasar la luz. Las grietas recorren su piel y esa ropa ilusoria y rígida. Se adentran en él. Lo atraviesan.

«¿Estás bien?», pregunta, sin tener idea de por qué lo ha hecho. Ella también se resquebraja. La piel de aquel joven está llena de grietas, y ella intenta mantener la respiración para hacerle el menor daño posible. Pero no tiene sentido, porque ella no está ahí y aquello no es real. Está en la calle a punto de morir, y ese come piedras lleva allí muerto desde tiempos inmemoriales.

El come piedras cierra la boca, abre los ojos y baja la cabeza para mirarla.

—Estoy bien —responde—. Gracias por preguntar.

Y entonces

el obelisco

se hace añicos.

Estás entre amigos

Llegáis a «el lugar donde están todos los orogenes», pero no se parece en nada a lo que esperabas. Primero porque está abandonado, y segundo, porque no es una comu.

No es una comu para nada. A medida que os acercáis, la carretera se hace más ancha y se integra en la tierra hasta que desaparece por completo cerca del centro del pueblo. Es algo que ocurre en muchas comus: no hay carretera para animar a los viajeros a que se detengan y comercien, pero en esas comus suele haber un lugar para comerciar, y aquí no ves nada parecido a un escaparate o a un mercadillo, ni siquiera a una posada. Por no tener, no tiene ni muros. Ni piedras amontonadas ni alambradas ni estacas afiladas clavadas en el suelo alrededor del perímetro del pueblo. Nada separa la comunidad de la tierra boscosa y llena de maleza que la rodea, elementos idóneos para ocultar a unos asaltantes.

Pero además de parecer abandonada y no tener muros, hay otras cosas muy extrañas. Cuando tus acompañantes y tú echáis un vistazo a vuestro alrededor, te das cuenta de que hay muchas. No hay cultivos suficientes, por ejemplo. Una comu con tamaño para unos cientos de personas, como parece ser esta, debería tener más del único campo labrado (y vacío) de plantas de choya que viste al entrar. También debería tener un pastizal más grande que la parcela reseca que está cerca del centro de la ciudad. No has visto ningún almacén, ni elevado ni de ningún otro tipo. Bueno, quizás esté oculto: muchas comus lo hacen. Pero también te das cuenta de que los edificios son de lo más variado: uno, alto y estrecho como los de las ciudades; otro, achatado y amplio como los que se dan en los climas más calurosos, y otro, que parece una cúpula cubierta de tierra medio enterrada en el suelo como tu vieja casa de Tirimo. Las comus se ciñen a un estilo arquitectónico concreto por una razón: la uniformidad envía un mensaje visual. Advierte a cualquier atacante de que los habitantes de la comu están unidos y dispuestos a defenderse juntos. El mensaje visual de la comu es... confuso. Despreocupación, quizá. No lo puedes interpretar. Te pone más nerviosa que si la hubiera habitado gente dispuesta a atacarte.

Los otros y tú avanzáis despacio y con cautela por las calles vacías del pueblo. Tonkee ni se preocupa en aparentar tranquilidad. Lleva dos cuchillos de cristal en las manos, austeros y de hoja negra. No sabes dónde los tenía ocultos, aunque en esa falda que lleva podría esconder todo un arsenal. Hoa parece tranquilo, pero ¿cómo saber qué siente el niño en realidad? También parecía tranquilo cuando convirtió a la kirjusa en una estatua.

No sacas el cuchillo. Si es cierto que hay muchos orogratas por aquí, solo hay un arma que podría salvarte en caso de que tu presencia les ofendiera.

—¿Estás seguro de que es aquí? —le preguntas a Hoa.

Hoa asiente, con énfasis. Eso quiere decir que hay muchos, pero que estarán escondidos. ¿Por qué? ¿Y cómo os habrán visto venir a través de la lluvia de ceniza?

—No puede llevar mucho tiempo vacía —susurra Tonkee. Se encuentra mirando el jardín seco de una de las casas. Los viajeros o los antiguos habitantes del lugar lo han vaciado y cogido cualquier cosa comestible, ahora solo quedan tallos marchitos—. Parece que las casas están en buen estado. Y el jardín estuvo en buenas condiciones hasta hace unos meses.

En ese momento, te sorprendes al darte cuenta de que llevas dos meses en los caminos. Dos meses desde que ocurrió lo de Uche. Un poco menos desde que empezó a caer la ceniza.

Pero no tardas en centrarte de nuevo en tu situación actual, porque en ese momento los tres os detenéis en mitad del pueblo y un detalle os deja confusos: la puerta de uno de los edificios cercanos se abre, y tres mujeres salen al porche.

La primera a la que le prestas atención tiene una ballesta en la mano. Es todo lo que ves por un instante. Te recuerda al último día que pasaste en Tirimo, pero no la congelas de inmediato porque no te apunta con ella. La tiene apoyada contra el brazo y, aunque su mirada te advierte de que no tendría ningún problema en usarla, también crees que no lo hará a menos que se la provoque. Tiene la piel tan blanca como la de Hoa, aunque por suerte su pelo es rubio, y los ojos marrones y normales. Es menuda, de huesos pequeños y caderas estrechas, una figura de la que se burlarían en las Ecuatoriales por ser poco apta para la reproducción. Es de las Antárticas y, al parecer, de una comu tan pobre que no alimenta bien a sus niños. Está muy lejos de casa.

La siguiente a la que le echas un vistazo es todo lo contrario y puede que sea la mujer más intimidante que hayas visto nunca. No es su aspecto lo que intimida. Tiene rasgos sanzedinos: una mata de pelo gris pizarra, la piel parda, el tamaño característico y una figura robusta. Los ojos son de un negro que asusta; asustan no porque el color sea poco frecuente, sino porque se ha maquillado con sombra de ojos gris y también se ha hecho la raya para realzarlos aún más. Maquillaje durante el fin del mundo. No sabes si sorprenderte o sentirte ofendida.

La mujer usa esos ojos revestidos de negro como armas perforantes y os sostiene la mirada fijamente hasta que pasa a echar un vistazo a vuestras ropas y lo que lleváis encima. No es tan alta como les suelen gustar las mujeres a los sanzedinos (es más baja que tú), pero lleva un chaleco grueso de piel marrón que le llega hasta los tobillos. La ropa que lleva la hace parecer una osa bajita pero bien vestida. Tiene algo en su expresión que hace que te estremezcas. No sabes muy bien el qué. Sonríe y se le ven todos los dientes, su mirada no vacila, no es acogedora, pero tampoco incómoda. Determinas que lo que ves es templanza, has visto antes ese tipo de confianza. Has visto antes en los tácticos esa seguridad inquebrantable en uno mismo, pero no esperabas encontrarte con ella en un lugar como este.

Porque no hay lugar a dudas de que la mujer es una orograta. No te cuesta sesapinar a los tuyos. Ni a ella tampoco.

—Muy bien —dice la mujer al tiempo que apoya las manos en las caderas—. ¿Cuántos hay en vuestro grupo? ¿Tres? Doy por hecho que no queréis que se os separe.

La miras, confundida por unos instantes.

—Hola —dices al fin—. Esto...

—Ykka —responde. Te das cuenta de que es un nombre. Luego añade—: Ykka Orograta Castrima. Bienvenidos. ¿Cómo os llamáis?

—¿Orograta? —espetas. Es una palabra que estás acostumbrada a escuchar, pero oírla así, como un apellido al uso, acentúa su vulgaridad. Denominarte orograta a ti misma es lo mismo que llamarte pedazo de mierda. Es una bofetada en la cara. Es como afirmar... Es algo indescriptible.

—No... no es uno de los siete apellidos al uso comunes —dice Tonkee, con ironía. Crees que intenta hacer un chiste para aplacar los nervios—. Ni siquiera uno de los cinco inferiores que están aceptados.

—Digamos que es uno nuevo. —Ykka echa un vistazo a tus dos acompañantes para evaluarlos y luego se vuelve a fijar en ti—. Tus amigos saben lo que eres, entonces.

Miras a Tonkee, sorprendida, y a su vez ella mira a Ykka de la manera en la que mira a Hoa cuando

no está escondido detrás de ti. La mira como si fuera un misterio fascinante del que quizá pueda conseguir una muestra de sangre. La mirada de Tonkee se encuentra con la tuya por un instante, y ves que no está nada atemorizada ni sorprendida, lo que te hace darte cuenta de que Ykka tiene razón: es probable que sepa lo que eres desde hace tiempo.

—Orograta como apellido al uso. —La voz de Tonkee suena muy pensativa, y vuelve a mirar a Ykka—. Es algo de lo que se pueden sacar muchas conclusiones. Además, Castrima no es una de las comus de las Surmelat que están en los registros del Imperio, aunque admito que se me puede haber olvidado alguna. Al fin y al cabo, hay cientos. Pero lo dudo, la verdad, tengo buena memoria. ¿Estamos en una novacomu?

Ykka inclina la cabeza, en parte para confirmar lo que acaba de decir Tonkee y en parte porque acepta con ironía la fascinación que desprende la mujer.

—Técnicamente, sí, aunque Castrima lleva así unos cincuenta años. No es una comu de manera oficial, solo un lugar donde quienes se dirigen hacia las rutas Yumenes-Mecemera o Yumenes-Ketteker pueden hospedarse. Tenemos más tránsito del normal porque hay minas por la zona.

Hace una pausa, mira a Hoa y se pone tensa durante un instante. Tú también miras a Hoa, confusa. Es obvio que tiene una apariencia extraña, pero no sabes qué ha hecho el niño para granjearse ese nerviosismo a ojos de un desconocido. Y entonces te das cuenta de que Hoa se ha quedado paralizado por completo, y su cara ha pasado de tener la expresión jovial a la que estás acostumbrada a una inquieta, irritada y casi salvaje. Mira fijamente a Ykka, como si quisiera matarla.

No, a Ykka no. Miras hacia el mismo lugar y ves que tiene la mirada fija en el tercer miembro del grupo de la mujer, que se encontraba algo más atrás y al que no le habías prestado mucha atención porque Ykka es muy llamativa. La tercera es una mujer alta y esbelta... Un momento. Te detienes porque, de improviso, no estás segura de poder describirla bien. Es una mujer, sin duda. De pelo lacio, como en las Antárticas, y de un rojo intenso, largo y vistoso. Unos rasgos engañosos muy bien dispuestos. Es obvio que quiere que se la vea como una mujer, aunque solo lleva puesta una túnica larga, suelta y sin mangas, demasiado ligera para el frío que hace.

El problema es su piel. No has dejado de mirarla y sabes que no es la mejor manera de presentarte a unas personas así, pero no puedes evitarlo. No es que sea suave, es... como lustrosa. Como si estuviera pulida. O tiene el cutis más terso que has visto jamás o... o eso no es piel.

La pelirroja sonrío y, al verle los dientes, lo confirmas y un escalofrío te cala hasta los huesos.

Hoa bufaba como un gato ante la sonrisa. Y, al hacerlo, por desgracia también le ves bien los dientes por primera vez. Después de todo, nunca come delante de ti. Nunca los enseña cuando sonrío. Los dientes del chico son de colores, pero no difieren demasiado de los de ella, que son transparentes pero tienen el esmalte blanquecino, como para ocultar aquel hecho. No son lisos, sino facetados. Diamantinos.

—Aciaga Tierra —murmura Tonkee. Sientes que también habla por ti.

Ykka mira con brusquedad hacia su compañera.

—No.

La pelirroja dirige la mirada hacia Ykka. Es la única parte de su cuerpo que se mueve: el resto está inmóvil. Como una estatua.

—Puedo hacerlo sin causaros daño a ti ni a tus compañeras. —La boca no se le mueve. Su voz suena extraña, como vacía, como si resonara en algún lugar dentro de su torso.

—No quiero que hagas nada. —Ykka apoya las manos en las caderas—. Estás en mi casa y has prometido que acatarías mis normas. Atrás.

La rubia se mueve un poco. No levanta la ballesta, pero te da la impresión de que está preparada para hacerlo en cualquier momento. Sin importar las consecuencias. La pelirroja se queda quieta un momento y luego cierra la boca para ocultar esos terribles dientes diamantinos. Cuando lo hace, eres consciente de varias cosas. Lo primero es que no sonreía. Era un gesto amenazador, como cuando una kirjusa retrae los labios para mostrar sus colmillos. La segunda es que con la boca cerrada y la expresión relajada parece mucho menos perturbadora.

Te das cuenta de una cosa más: que Hoa ha hecho el mismo gesto amenazador. Pero él también se relaja y cierra la boca cuando ve que la mujer lo ha hecho.

Ykka exhala y se vuelve a centrar en ti.

—Creo que lo mejor será que paséis —advierte.

—No estoy segura de que sea una buena idea —te dice Tonkee, con amabilidad.

—Ni yo tampoco —tercia la rubia mientras mira a Ykka—. ¿Estás segura, Yeek?

Ykka se encoge de hombros, aunque no te parece que esté tan tranquila como hace ver.

—¿He estado segura de algo alguna vez? De momento, me parece una buena idea.

Tú tampoco sabes si aceptar la invitación, pero a pesar de ser una comu rara, de que hay criaturas mitológicas y que puede que te depare alguna sorpresa incómoda, si has venido aquí es por algo.

—¿Han pasado por aquí un hombre y una niña? —preguntas—. Padre e hija. El hombre es más o menos de mi edad y la niña tendrá unos ocho... —Han pasado dos meses. Casi lo olvidas—. Nueve años. Se... —Vacilas. Titubeas—. Se parece a mí.

Ykka parpadea, y descubres que la has sorprendido de verdad. Queda claro que esperaba responder a otro tipo de preguntas muy diferente.

—No —responde. Y en ese momento...

... en ese momento, algo se rompe dentro de ti.

Te duele escuchar ese «no» tan escueto. Es como un hachazo, una llaga en la que Ykka te mete luego el dedo con la expresión perpleja y sincera con la que te mira, lo que indica que no miente. El impacto te estremece y hace que te tambalees, es el fin de cualquier esperanza que todavía albergaras. En ese instante de confusión en el que casi ni puedes pensar te das cuenta de que te habías creado expectativas desde que Hoa te había nombrado este lugar. Que empezabas a pensar que los encontrarías aquí, que volverías a tener una hija, que volverías a ser madre. Ahora has vuelto a la realidad.

—¿E-Essun? —Unas manos te cogen por los antebrazos. ¿Las de quién? Son las de Tonkee. Tiene las manos ásperas, no ha tenido una vida fácil. Sientes cómo los callos arañan el cuero de tu chaqueta—. Por el óxido, Essun, no...

La realidad siempre ha estado ahí. Menuda ilusa has sido. No eres más que otra sucia orograta de alma oxidada, no más que otra representante de la Aciaga Tierra, no más que otro error reproductivo, no más que una herramienta abandonada. Para empezar, no deberías haber tenido hijos, ni mucho menos conservarlos después de dar a luz. ¿Por qué Tonkee te tira de los brazos?

Es porque te has puesto las manos en la cara y has empezado a llorar a mares.

Deberías habérselo dicho a Jija antes de casarte con él, antes de acostarte con él, antes de mirarlo siquiera, y haber pensado mejor eso que ni siquiera tienes derecho a pensar. Quizás entonces, si le

hubieran dado ganas de matar a un orograta, la víctima habrías sido tú, no Uche. Tú eres la que merece morir, mereces morir diez mil veces la población de dos comus.

Es posible que también hayas empezado a gritar un poco.

No deberías gritar. Deberías estar muerta. Deberías haber muerto tú en lugar de tus hijos. Deberías haber muerto al nacer para no poder haberlos engendrado.

Deberías.

Deberías.

Sientes una ráfaga de energía que pasa a través de ti.

Es parecida a la oleada de fuerza que vino del norte y que desviaste el día que cambió el mundo. O quizá se parezca a lo que sentiste cuando regresaste a casa después de un día duro y viste a tu hijo tirado en el suelo. Una brisa de energía que pasa de largo, desaprovechada. Una sacudida de algo intangible pero valioso, que pasa en un abrir y cerrar de ojos, que deja una ausencia tan trascendente como su presencia.

Parpadeas y bajas las manos. La vista se te nubla, te duelen los ojos y tienes las palmas de las manos inundadas de lágrimas. Ykka sigue en el porche, delante de ti, a unos metros. No te ha tocado, pero la miras fijamente y te das cuenta de que acaba... acaba de hacer algo. Algo que no comprendes. Algo orogénico, sin duda, pero de una manera que nunca antes has experimentado.

—Oye —dice. La compasión brilla por su ausencia en su expresión, pero baja la voz a medida que te habla, quizá solo porque está más cerca—. Oye, ¿te encuentras mejor?

Tragas. Te duele la garganta.

—No —respondes. (¡Otra vez esa palabra! Te dan ganas de reír, pero tragas saliva y consigues reprimirte.)—. No, pero... pero me puedo apañar.

Ykka asiente despacio.

—Ya veo que puedes. —Detrás de ella, la rubia no parece estar muy convencida.

Luego, Ykka suspira con fuerza y se gira hacia Tonkee y Hoa, y este último da una falsa impresión de tranquilidad y normalidad. Normalidad dentro de los estándares de Hoa, claro.

—Pues muy bien —dice la mujer—. Así están las cosas: podéis quedaros o podéis iros. Si decidís quedaros, os acogeré en la comu. Pero antes que nada, tenéis que saber que Castrima es un lugar único, que aquí intentamos hacer las cosas de manera diferente. Si la estación es corta, quedaremos reducidos a poco más que un lago de lava cuando Sanze venga a por nosotros. Pero no creo que sea corta.

Te mira de reojo, pero no busca tu aprobación. No se puede llamar aprobación, porque es algo de lo que no hay duda. Es algo que cualquier orograta sabe mejor que su propio nombre.

—La estación no será corta —afirmas. Tienes la voz ronca, pero empiezas a recuperarte—. Durará décadas. —Ykka arquea una ceja. Tiene razón. Intentas ser amable para no asustar a tus compañeros, pero no es amabilidad lo que necesitan. Necesitan saber la verdad—. Siglos.

E incluso puede que te hayas quedado corta. Estás muy segura de que esta durará al menos miles de años. Quizá, varios miles.

Tonkee frunce un poco el ceño.

—Cierto, todo apunta a que puede tratarse de una gran deformación epeirogénica o quizás una simple disrupción isostática de las placas de toda la superficie terrestre. Pero la orogénesis que se necesitaría para conseguir la inercia necesaria para eso es... prohibitiva. ¿Estás segura?

La miras y, por un momento, olvidas tu dolor. También lo hacen Ykka y la rubia. Tonkee tuerce el gesto, enfadada, y te mira, iracunda.

—Venga ya, por el óxido, dejad de actuar como si os sorprendiera. Se acabaron los secretos. Sabéis lo que soy, y yo sé lo que sois vosotras. ¿Tenemos que seguir ocultándolo?

Niegas con la cabeza, aunque, en realidad, no lo haces para responder a su pregunta. Decides responder a la pregunta anterior.

—Estoy segura —dices—. Siglos. Quizá más.

Tonkee se estremece.

—Ninguna comu tiene provisiones para tanto tiempo. Ni siquiera Yumenes.

Los legendarios abastos de Yumenes han quedado reducidos a cenizas en un tubo de lava. Una parte de ti lamenta el desperdicio de tanta comida, pero otra se alegra porque aquello significará un final más rápido y piadoso para la especie humana.

Asientes, y Tonkee se queda en silencio, aterrorizada. Ykka te mira a ti y luego a ella, y decide cambiar de tema.

—Aquí hay veintidós orogenes —dice. Te estremeces—. Doy por hecho que habrá más a medida que pase el tiempo. ¿Os parece bien? —Mira más que nada a Tonkee.

El cambio de tema no ha estado mal para llamar la atención de todos.

—¿Cómo? —pregunta Tonkee de improviso—. ¿Cómo consigues que vengan?

—Eso es lo de menos. Responde a la pregunta.

Le podrías haber dicho a Ykka que no la atosigara.

—No me importa —responde Tonkee al momento. Te sorprende que pueda responder. Demasiadas emociones fuertes entre el inevitable final de la humanidad y esto.

—Muy bien. —Ykka se gira hacia Hoa—. Y tú. También hay unos pocos de los tuyos por aquí.

—Más de los que crees —responde Hoa, en voz muy baja.

—Sí, bueno. —Ykka se lo toma con una serenidad nada desdeñable—. Ya has visto cómo va esto. Si quieres quedarte, tendrás que acatar las normas. Nada de peleas. Nada de... —Agita los dedos y enseña los dientes, algo que te sorprendes de entender tan bien—. Y harás lo que yo te diga. ¿Entendido?

Hoa inclina un poco la cabeza y los ojos le brillan, amenazadores. Aquello te sorprende tanto como haberle visto esos dientes diamantinos. Habías empezado a considerarlo una criatura adorable, pero un poco excéntrica. Ahora no estás muy segura de qué pensar al respecto.

—No me des órdenes.

Para tu sorpresa, Ykka se inclina hacia delante y acerca mucho la cara a la del niño.

—Seré franca contigo —dice—. O sigues haciendo lo que has hecho hasta ahora: ser sutil como una avalancha, como el resto de tu especie, o empiezo a decirle a todo el mundo lo que tramáis de verdad.

En ese momento, Hoa... se estremece. Sus ojos (solo sus ojos) se fijan en la no mujer que está en el porche. Ella vuelve a sonreír, aunque ahora no muestra los dientes y hasta parece un poco arrepentida. No sabes a qué ha venido eso, pero parece haber afectado un poco a Hoa.

—Muy bien —le dice a Ykka mientras asiente con una solemnidad algo misteriosa—. Acepto tus términos.

Ykka asiente y se endereza. Mira un poco más al chico antes de darse la vuelta.

—Lo que iba a decirte antes de tu momento... emotivo es que hemos acogido a unas pocas personas

—te dice. Lo hace mirando hacia atrás mientras empieza a subir los escalones de la casa—. No creo haber visto a ningún hombre que viajara con una niña, pero sí a otros viajeros que buscaban refugio, incluso algunos del cuadrante de Cebak. Acogimos a los que nos parecieron útiles.

Es lo que haría cualquier comu inteligente: despreciar a los inútiles y aceptar a aquellos bien dotados que posean habilidades valiosas. Las comus con líderes responsables lo hacen de manera sistemática, sin compasión, con una frialdad inhumana. Las comus que no tienen líderes tan buenos también lo hacen sin compasión, pero suele haber más problemas, como pasó contigo en Tirimo.

Jija no es más que un esmerador. Es útil, pero esmerar no es lo que se dice una habilidad poco frecuente. Nassun sí que es como Ykka y tú. Y, por alguna razón, parece que los habitantes de esta comu quieren tener orogenes entre ellos.

—Quiero conocerlos —dices. Hay una pequeña probabilidad de que Jija o Nassun estén ocultos entre ellos. O de que alguien los haya visto por el camino. O de que... Bueno, la probabilidad es muy pequeña.

Pero merece la pena intentarlo. Es tu hija. Harás cualquier cosa para encontrarla.

—Pues muy bien. —Ykka se da la vuelta y os invita a pasar—. Entrad y os mostraré un mundo de maravillas.

Como si no lo hubiera hecho ya. Te limitas a seguirla, porque ningún misterio ni leyenda es comparable a la infinitésima posibilidad de que haya un atisbo de esperanza.

* * *

El cuerpo es débil. Los líderes que confían en los demás durarán más.

Tablilla tercera, «Estructuras»,
versículo segundo

Siena en la tierra oculta

Cuando se levanta, Sienita tiene un lado del cuerpo muy frío. El lado izquierdo: la cadera, el hombro y la espalda. La causa de aquel frío, una corriente punzante y fría, sopla a través de su pelo y siente cómo se le clava en la nuca, lo que significa que se le debe de haber soltado el moño que le obligan a llevar en el Fulcro. También nota cierto sabor a tierra en la boca, y tiene la lengua seca.

Intenta moverse y le duele todo el cuerpo. Está débil. Es un dolor extraño, no sabría decir de dónde procede. No es ni un latido ni una laceración; no es algo tan específico. Es como si su cuerpo entero fuera una herida en sí misma. Suelta un gruñido involuntario al mover la mano y repara en que se encuentra sobre tierra firme. Hace fuerza contra el suelo para sentir que ha recuperado el control de su cuerpo, pero no consigue levantarse. Solo abrir los ojos.

Debajo de la mano tiene piedras desmenuzadas de color plateado, y al lado de la cara algo parecido a la monzonita o alguno de los esquistos menores. Nunca recuerda los nombres de las rocas filonianas porque el profesor de Geometría de los balastos del Fulcro era aburridísimo. A unos metros, esas piedras desconocidas empiezan a dar paso a tréboles y arbustos de malas hierbas muy tupidos. (En Biometría prestaba menos atención todavía.) El viento no deja de agitar las plantas, pero no las mueve demasiado porque su cuerpo hace de parapeto.

«Que se hunda en un estallo», piensa, y aquella ordinariez hace que se despierte un poco más.

Se incorpora y se sienta. Le duele y le cuesta, pero lo hace, y consigue ver que se encuentra en una pequeña ladera de piedras rodeada de más arbustos. A lo lejos observa un amplio cielo cubierto por alguna que otra nube. Huele a océano, pero es diferente de lo que se ha acostumbrado a oler las últimas semanas. Es menos salado y más refinado. El aire es más seco. A juzgar por la posición del sol, determina que es cerca del mediodía, y el frío le hace pensar que está en pleno invierno.

Pero debería ser casi de noche. Y Allia está en las Ecuatoriales. La temperatura debería ser más templada. Y ese suelo duro y frío en el que se encuentra debería ser más cálido y arenoso. ¿Dónde coño está, por el óxido ardiente?

Venga. Puede descubrirlo. Sesapina la roca en la que se encuentra y percibe que está muy por encima del nivel del mar, cerca de una frontera muy familiar: el borde a la Superior, una de las dos placas tectónicas principales que conforman la Quietud. La Inferior se encuentra mucho más al norte, y ya ha sesapinado ese borde antes. No se encuentra muy lejos de Allia.

Pero no está en Allia. De hecho, ni siquiera está en el continente.

De manera involuntaria, Sienita intenta hacer algo más que sesapinar, intenta llegar hasta el borde de la placa, como ha hecho otras veces...

... pero no pasa nada.

Se queda allí sentada por un instante. Siente mucho frío, y no es solo por culpa de la brisa.

No está sola. Alabastro está hecho un ovillo a su lado, con los miembros en posición fetal. Inconsciente. Quizá muerto. No: el costado se le agita al respirar, despacio. Bien, menos mal.

Más allá de él, en lo alto de una pendiente, hay una figura alta y esbelta ataviada con una túnica blanca y vaporosa.

Siena queda sorprendida unos instantes.

—¿Hola? —Su voz es poco más que un graznido.

La figura (una mujer, supone Siena) no se da la vuelta. Mira hacia el horizonte, hacia un lugar que Sienita no puede ver debido a la elevación del terreno.

—Hola.

Bueno, por algo se empieza. Siena se obliga a relajarse, aunque le cuesta, ya que no puede enlazarse con la tierra para reconfortarse en su poder. Se convence de que no tiene por qué estar asustada: sea quien sea esa mujer, si hubiera querido hacerles daño, ya podría haberlo hecho sin problema.

—¿Dónde estamos?

—En una isla. A unos cientos de kilómetros de la costa oriental.

—¿Una isla?

Es aterrador. Las islas son trampas mortales. Los únicos lugares peores para vivir son las líneas de fallas o las calderas de los volcanes inactivos que no se han extinguido. Pero es cierto, Siena escucha el lejano rumor de las olas al golpear contra las rocas en algún lugar debajo de la colina en la que se encuentran. Solo están a unos cientos de kilómetros del borde de la Superior, lo que significa que están muy cerca de una línea de falla submarina. Encima de ella, podría decirse. Por la Tierra, por eso no vive nadie en las islas, porque un tsunami podría acabar con ellos en cualquier momento.

Se pone en pie de improviso, desesperada por la terrible situación en la que acaba de descubrir que se encuentra. Tiene las piernas agarrotadas de estar tumbada en la piedra, pero trastabilla y deja atrás a Alabastro hasta que llega a la pendiente sobre la que se encuentra la mujer. Y entonces lo ve.

El océano, vasto a lo lejos, extenso e indómito. La pendiente termina bruscamente a unos metros de donde se encuentra y se convierte en un acantilado de bordes aserrados que se eleva a unos cientos de metros sobre el mar. Cuando llega al borde y mira hacia abajo, ve cómo la espuma resbala contra rocas afiladas como cuchillos en el fondo. La caída es mortal. Se apresura para separarse del borde.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —murmura, aterrorizada.

—Os he traído yo.

—Tú...

Sienita rodea a la mujer y su ira empieza a abrirse paso a través de la conmoción. Pero esta pierde el pulso y la conmoción se apodera de ella.

La mujer es una estatua: no es alta, tiene el pelo recogido en un moño, facciones refinadas y pose elegante. Su ropa y su piel son de un color marfil suave y envejecido, con un poco de color en los iris y en el pelo, ambos negros, y en la punta de los dedos. En ellas, el color se ha desteñido, con un tono oxidado, como manchado de tierra. O sangre.

Una comepiedras.

—Aciaga Tierra —murmura Sienita. La mujer no responde.

Detrás de ellas se escucha un gruñido capaz de tapar cualquier sonido que hubiera emitido Sienita. (Pero ¿qué va a decir ella? ¿El qué?) La chica aparta los ojos de la comepiedras y se centra en Alabastro, que está nervioso y parece que eso tampoco le ha sentado nada bien. Sienita no le hace caso, por el momento, y por fin tiene algo que decir.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Por qué nos has traído aquí?

—Para mantenerlo a salvo.

Tal y como dicen los acervistas, la boca de la comepiedras no se mueve cuando habla. Sus ojos no se

mueven. Tiene la apariencia de una estatua y se comporta como tal. Luego, la chica vuelve en sí y piensa en lo que ha dicho la criatura: «Para mantenerlo a salvo.» La criatura vuelve a quedarse en silencio.

Alabastro gruñe de nuevo y, cuando empieza a agitarse, Sienita se acerca a él y lo ayuda a incorporarse. El hombre bufa: tiene algo en el hombro que tira de su camisa, y la chica recuerda el cuchillo que le había lanzado el Guardián. Ya no lo tiene clavado, pero la sangre seca de la herida superficial se ha quedado pegada a la tela. Alabastro maldice y abre los ojos.

—*Decaye, shisex unrelabbemet* —dice en ese idioma extraño que ha usado otras veces.

—Habla en sanzedinés —le espeta la chica, aunque no está molesta con él. No ha apartado la mirada de la come piedras, que no se ha movido ni un centímetro.

—Por el maldito óxido descascarillado —dice mientras se agarra la herida—. Duele.

Sienita le aparta la mano.

—No te la toques. Podría volver a abrirse. —Y están a cientos de kilómetros de la civilización, rodeados por una masa de agua que se pierde en el horizonte en todas direcciones. A merced de una criatura cuya especie da sentido a las palabras «enigmático» y «mortal»—. Tenemos compañía.

Alabastro se despierta del todo. Primero mira a Sienita, luego detrás de ella y abre un poco los ojos cuando ve a la come piedras. Luego gruñe.

—Mierda. Mierda. ¿Qué has hecho ahora?

La chica no se sorprende al comprobar que Alabastro conoce a la come piedras.

—Te he salvado la vida —responde la come piedras.

—¿A qué te refieres?

La come piedras levanta el brazo, con tal firmeza que el movimiento deja de ser elegante y roza lo sobrenatural. Es la única parte del cuerpo que se le mueve. Señala hacia algún lugar. Sienita se gira para ver hacia dónde y ve el horizonte occidental. A diferencia del resto, hay algo que fracciona el paisaje. La línea que separa el mar y el cielo está intacta hacia el este y el oeste, pero en el centro hay un manchón grande, humeante y de un rojo resplandeciente.

—Allia —dice la come piedras.

Resulta que en la isla hay una aldea. La isla está formada por poco más que algunas colinas llenas de hierba y rocas, no hay árboles ni mantillo de tierra. Es un lugar estéril donde sería complicado vivir. Cuando llegan a la otra costa, donde los acantilados son un poco menos escarpados, ven una cala semicircular parecida a la que hay en Allia. (Parecida a la que había en Allia.) Pero ahí se acaban los parecidos: el puerto es mucho más pequeño y la aldea está excavada en la mismísima cara del acantilado.

Al principio es difícil darse cuenta. Sienita piensa que lo que ve son entradas de cuevas dispuestas de manera irregular entre las rocas afiladas. Luego se da cuenta de que todas tienen la misma forma, aunque varíen en tamaño: líneas rectas en la parte inferior y los lados de la apertura y luego un arco en la parte superior. Alrededor de cada agujero alguien ha esculpido fachadas similares a las de los edificios: columnas elegantes, un marco biselado que se asemeja a una puerta, ménsulas adornadas con una maraña de flores talladas y animales que retozan. Ha visto cosas más raras. No mucho más, eso sí, pero vivir en Yumenes a la sombra de la Estrella Negra, el palacio imperial que tiene encima o de las paredes de obsidiana tallada del Fulcro hace que uno se acostumbre a las rarezas artísticas o arquitectónicas.

—No tiene nombre —le dice Alabastro mientras bajan por un tramo de escalones de piedras que han encontrado y que parece llevar hacia la aldea. El hombre habla de la come piedras, que los ha dejado ahí arriba. (Siena apartó la vista y, cuando volvió a mirar hacia la criatura, esta ya no se encontraba allí. Alabastro le aseguró que seguía cerca. Siena no está segura de querer saber cómo lo sabe.)

—Yo la llamo Antimonio. Porque es casi blanca, ¿sabes? No es una piedra, sino un metal, porque no es una orograta. Además, Alabastro ya estaba cogido.

Qué bonito.

—¿Y la mujer... la criatura responde a ese nombre?

—Lo hace. —Alabastro vuelve a mirar a Sienita, algo muy peligroso teniendo en cuenta que los escalones son escarpadísimos. Hay un pasamanos, pero es muy probable que cualquiera que se resbale en aquel lugar caiga por encima y se precipite hacia una muerte muy desagradable contra las rocas—. A ella no le importa. Supongo que en ese caso me habría dicho algo.

—¿Por qué nos ha traído aquí? —Para salvarnos. Vale, es cierto que Allia humea sobre las aguas, pero lo normal es que la especie de Antimonio desdeñe y evite a los humanos, a no ser que le hayan hecho algo malo.

Alabastro niega con la cabeza y se vuelve a concentrar en sus pies.

—No hay razón para ninguna de las cosas que hacen. Y si la hay, nunca nos lo han dicho. Yo he dejado de preguntar, la verdad: es una pérdida de tiempo. Antimonio ha venido a mi encuentro durante los últimos cinco años. Casi siempre cuando estoy solo. —Sueno apesadumbrado—. Yo antes creía que alucinaba.

Normal.

—¿No te decía nada?

—Solo decía que estaba allí para mí. Pero no sé hasta qué punto lo hacía para apoyarme... Ya sabes: «Estoy aquí para ti, Bastro. Siempre te querré, aunque sea una estatua viviente que tiene el aspecto de una mujer bonita. Puedes contar conmigo.» O algo más siniestro. ¿Acaso importa? Nos ha salvado la vida.

Siena supone que no importa.

—¿Y ahora dónde está?

—Se ha ido.

Siena resiste el impulso de darle una patada y tirarlo escaleras abajo.

—¿Se ha metido en...? —Siena lo ha leído, pero suena muy absurdo decirlo en voz alta—. ¿En la tierra?

—Supongo. Se mueven por la roca como si fuese aire. He visto cómo lo hacen. —Se detiene en uno de los muchos descansillos de la escalera, y Sienita está a punto de llevárselo por delante—. Sabes que es más que probable que nos haya traído hasta aquí de esa forma, ¿verdad?

Sienita ha intentado no pensar en eso. Le incomoda hasta la idea de que la toque un come piedras. Pensar, además, que uno de ellos la ha llevado por debajo de kilómetros de roca sólida y océano... es algo que la hace estremecer. Un come piedras es una criatura que desafía la razón, como la orogenia, los artefactos de las civitustas o cualquier otra cosa que no se pueda medir ni predecir de una manera que tenga sentido. Pero mientras que la orogenia se puede comprender (de alguna manera) y controlar (no sin esfuerzo), y los artefactos de las civitustas se pueden evitar, al menos hasta que se alzan del océano oxidado delante de tus narices, los come piedras tienen voluntad propia y van adonde les plazca. Los

relatos de los acervistas se quedan cortos con las advertencias frente a aquellas criaturas: ninguna habla de intentar detenerlos.

Eso hace que Siena se detenga. Alabastro comienza a caminar por otro tramo hasta que se da cuenta de que la chica no le sigue.

—El comepiedras... —dice ella cuando el hombre se gira y le dedica una mirada incómoda—. El comepiedras del obelisco.

—No es el mismo —dice el hombre, con la paciencia característica que merece alguien que está siendo muy estúpido, pero no merece que se lo digas a la cara porque ha tenido un mal día—. Te lo he dicho. A este lo conozco desde hace tiempo.

—No me refería a eso. —«Idiota»—. El comepiedras que estaba en el obelisco me miró antes de... de moverse. No estaba muerto.

Alabastro se la queda mirando.

—¿Eso cuándo fue?

—Cuando... —Hace unos aspavientos, con impotencia. No hay palabras para describirlo—. Fue cuando... cuando... Creo que lo vi.

O quizás haya sido una alucinación. Una de esas que tienen lugar cuando estás a punto de morir, debido al cuchillo del Guardián, en su caso. Parecía tan real.

Alabastro no le quita la mirada de encima durante un rato. Es muy dado a gesticular, pero en ese momento su gesto es tan inerte que la chica empieza a asociarlo con el descontento.

—Deberías haber muerto por lo que hiciste. Si no ha sido así es porque has tenido muchísima suerte. No me sorprende que hayas visto... cosas.

Sienita asiente, sin rechistar. En aquel momento sintió el poder del obelisco. Podría haberla matado de haberlo visto en su totalidad. Lo poco que sintió la quemó y la entumeció, y solo era un vestigio. ¿Es la razón de que ya no pueda usar la orogenia? ¿O es el resultado de lo que quiera que haya hecho el Guardián?

—¿Qué pasó exactamente? —pregunta, ofuscada. Hay muchas cosas que carecen de sentido. ¿Por qué han intentado matar a Alabastro? ¿Por qué han enviado a un Guardián para hacerlo? ¿Qué tiene que ver todo eso con el obelisco? ¿Por qué están ahí, en esa isla que no es más que una trampa mortal en medio del océano oxidado?—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Que nos trague la Tierra, Bastro, sabes mucho más de lo que me cuentas.

Parece un poco más apesadumbrado, pero termina por suspirar y cruzar los brazos.

—Pues no, la verdad es que no. Aunque no lo creas, no conozco todas las respuestas. No sé por qué lo crees.

Porque sabe mucho más que ella. Y porque es un decanillado. Es capaz de hacer cosas que ella no puede ni imaginar ni describir, y hasta de comprender cosas, piensa Sienita, que ella tampoco sería capaz.

—Sabías que era un Guardián.

—Sí. —Parece enfadado, pero no por su culpa—. Me he encontrado antes con otros como él. Pero no sé qué hacía allí. Solo puedo elucubrar.

—¡Pues algo es algo!

El hombre parece a punto de perder la paciencia.

—Muy bien. Supongamos que alguien o varias personas sabían que había un obelisco roto en el puerto de Allia. Y que esas personas, fueran quienes fuesen, también sabían que un decanillado lo descubriría en el instante en el que empezara a sesapinar la zona. Pero solo bastó la sesuna de un tetranillado para reactivarlo, por lo que esos desconocidos no tenían ni idea de lo sensible y peligroso que era el obelisco. Porque, de lo contrario, ni tú ni yo habríamos llegado vivos a Allia.

Sienita frunce el ceño y se apoya en la barandilla para mantener el equilibrio cuando una fuerte ráfaga de aire sopla por la pared del acantilado.

—Desconocidos.

—Grupos. Facciones que forman parte de un conflicto del que no sabemos nada y con el que nos hemos topado de chiripa.

—¿Facciones de Guardianes?

El hombre resopla, con sorna.

—Lo dices como si fuera imposible. ¿Acaso todos los orogratas buscan lo mismo, Siena? ¿O todos los tálicos? Es posible que hasta los come piedras tengan sus discusiones.

Y solo la Tierra sabe cómo sería ver algo así.

—Entonces... una de esas facciones envió al Guardián para... matarnos. —No. Sienita le dijo al Guardián que había sido ella la que había activado el obelisco—. Para matarme.

Alabastro asiente, con gesto sombrío.

—Supongo que también es el que me envenenó, porque pensaba que sería yo quien activaría el obelisco. A los Guardianes no les gusta regañarnos cuando hay tálicos cerca, si pueden evitarlo: es algo que podría granjearnos la empatía de las masas. Ese ataque a plena luz del día fue un último recurso. —Se encoge de hombros y frunce el ceño ahora que piensa en ello—. Supongo que tenemos suerte de que no intentara envenenarte. Conmigo también debería haber funcionado. Cualquier parálisis tiende a afectar a las glándulas sesapinales. No debería haber salido de esa. De no ser por...

De no ser porque fue capaz de invocar la energía del obelisco de amatista y tener a su merced las glándulas sesapinales de Sienita para hacer lo que no había sido capaz de hacer con las suyas. Ahora Siena entiende mejor lo que el hombre hizo aquella noche, y le parece aún peor. La chica inclina la cabeza y lo mira.

—Nadie sabe de lo que eres capaz, ¿verdad?

Alabastro suelta un pequeño suspiro y mira hacia otro lado.

—Ni siquiera yo sé de lo que soy capaz, Siena. Llegó un punto... en el que tuve que dejar de lado las cosas que había aprendido en el Fulcro. Entrenar por mi cuenta. Y, en ocasiones, me da la impresión de que si fuera creativo, me alejase mucho de lo que sé y probara algo nuevo, podría... —Se pierde en sus pensamientos mientras frunce el ceño—. No lo sé. Si te soy sincero, no lo sé. Pero supongo que es mejor que no lo sepa, o de lo contrario los Guardianes habrían acabado conmigo hace mucho tiempo.

Lo dice entre balbuceos, pero Sienita suspira porque lo ha escuchado bien.

—¿Y quién tiene el poder suficiente como para enviar Guardianes asesinos a...? —Matar a un decanillado o hacer que una tetranillada se cague de miedo.

—Todos los Guardianes son asesinos —espeta, compungido—. Pero la verdad es que no tengo ni idea de quién ha sido el que le ha dado las órdenes. —Alabastro se encoge de hombros—. Se dice que los Guardianes responden ante el emperador... Se supone que son el último resquicio de poder que le

queda. Pero quizá sea mentira y las familias de la Junta Yumenescí los controlen, igual que controlan todo lo demás. O quizá sea cosa del mismísimo Fulcro. No tengo ni idea.

—Yo he escuchado que no responden ante nadie —aventura Siena. Aunque es probable que solo sean rumores entre los balastos.

—Quizá. Los Guardianes no dudan en matar tálicos y orogratas para mantener sus secretos, y a los tálicos incluso por el mero hecho de cruzarse en su camino. Tal vez tengan una jerarquía, pero solo la conocen ellos. Y sobre el origen de su poder... —Respira hondo—. Es una especie de procedimiento quirúrgico. Todos son hijos de orogratas, pero no del todo orogratas, porque en sus glándulas sesapinales hay algo diferente que hace que el procedimiento funcione mejor con ellos. Es una especie de implante. En el cerebro. Que me trague la Tierra si sé dónde han aprendido algo así o cuándo empezaron a hacerlo, pero les concede la habilidad de anular la orogenia. Y también otras capacidades. Peores.

Sienita se estremece cuando recuerda el sonido de los tendones al desgarrarse. Siente una punzada muy fuerte en la palma de la mano.

—Pero no intentó matarte —dice la chica. Mira el hombro de Alabastro: tiene una mancha más oscura que la ropa alrededor de la herida y es probable que la caminata haya despegado la sangre seca de su cuerpo. Hay una parte que todavía está fresca. Ha vuelto a sangrar, aunque no mucho, por suerte—. El cuchillo...

Alabastro asiente, serio.

—Es una de las especialidades de los Guardianes. Sus cuchillos parecen de vidrio de estallo normal y corriente, pero no lo son. Son como los mismos Guardianes: de alguna manera anulan la capacidad de los orogenes para ser lo que somos. —Se estremece—. Hasta ahora, no sabía lo que se sentía, pero duele como el fuego de la Tierra. Y no —cambia rápido de tema al ver que Siena abre la boca—, no sé por qué me atacó con él. Ya nos había anulado a ambos. Yo estaba igual de indefenso que tú.

Bien. Sienita se humedece los labios.

—¿Y ya puedes...?

—Sí. Solo dura unos días. —El hombre sonrío al ver la cara de alivio de la chica—. Te dije que ya me había enfrentado a Guardianes como él.

—¿Por qué me dijiste que no lo tocara? ¿Qué pasa con su piel?

Alabastro se queda en silencio. Al principio, Sienita cree que se ha vuelto a cerrar en banda, pero luego lo mira y ve que su gesto es más sombrío. Poco después, el hombre parpadea.

—Conocí a otro decanillado cuando era más joven. Cuando yo era... Bueno, para mí fue como un instructor. Como Feldespato lo es para ti.

—Feldespato no es... Da igual.

Hace caso omiso de todas formas, perdido en sus recuerdos.

—No sé la razón, pero un día andábamos por el Anular y disfrutábamos de una bella tarde... —Se le quiebra la voz y la mira, con gesto irónico y afligido al mismo tiempo—. Buscábamos un lugar donde estar a solas.

Anda. Eso explica algunas cosas.

—Ya veo —afirma ella, por decir algo.

Él asiente, por hacer algo.

—Pues vino a dar con nosotros un Guardián. Iba sin camisa, como el que viste. Tampoco nos dijo qué

hacía allí. Lo único que hizo fue... atacarnos. No lo vi... Sucedió muy rápido. Como en Allia. —Bastro se frota la cara con la mano—. Agarró a Hesionita por la garganta para inmovilizarlo, pero sin asfixiarlo. El Guardián necesitaba estar en contacto con la piel. Agarró a Hess mientras no dejaba de sonreír. Como si fuera la cosa más bonita del mundo, el puto loco.

—Pero ¿qué hace? —Sienita no está segura de querer saberlo, pero pregunta—. ¿Qué hace la piel de los Guardianes?

Alabastro aprieta los dientes y se le tensan los músculos de la cara.

—Hace que tu orogenia se vuelva contra ti. Supongo. No conozco una manera mejor de describirlo. Los Guardianes son capaces de volver contra nosotros nuestro poder innato. Todo lo que tenemos en el interior y que nos permite mover las placas, sellar las fallas y ese tipo de cosas.

—No... No lo...

La orogenia no funciona con los cuerpos, al menos no directamente. Si lo hiciera...

Vaya.

Alabastro se vuelve a quedar en silencio, pero esa vez Sienita no lo incita a seguir hablando.

—Sí. Ya. —Alabastro niega con la cabeza y luego mira hacia la aldea excavada en la pared del acantilado—. ¿Continuamos?

Es difícil reanudar una conversación después de haber escuchado una historia así.

—Bastro. —La chica señala para sí, a su uniforme, que aunque lleno de polvo se distingue que es el de un orogén imperial, un ropasbrunas—. Ahora mismo no tenemos capacidad de mover ni un guijarro. Y no sabemos con quiénes nos vamos a encontrar.

—Lo sé. Pero me duele el hombro y tengo sed. ¿Ves agua potable por aquí?

No. Ni comida tampoco. Y es imposible volver a nado al continente: demasiado lejos. Eso en el caso de que Sienita supiera nadar, que no lo es, y de que el océano no estuviera lleno de monstruos como dicen las leyendas, que es probable que lo esté.

—De acuerdo —dice la chica, y luego se adelanta—. Déjame hablar a mí primero: tú eres capaz de hacer que nos maten. —Rumbriento malnacido.

Alabastro suelta una risilla, como si le hubiera escuchado decir en voz alta aquel pensamiento, pero no dice nada y continúa descendiendo detrás de ella.

La escalera termina en una pasarela de piedra tallada que recorre la pared del acantilado a unos cientos de metros por encima del nivel del mar. Siena supone que gracias a eso la comu está a salvo de los tsunamis. (Pero no está del todo segura, claro, porque nunca ha visto tanta agua junta.) La altura también hace de muro protector, aunque, pensándolo bien, el océano ya es barrera suficiente entre los habitantes del lugar y cualquiera que venga de fuera de esa... comu, si es que se la puede llamar así. Abajo hay una docena de botes atracados que se mecen en unos muelles formados por montañas de piedras con tablas por encima, feos y primitivos en comparación con el puerto bonito y los pilones de Allia, pero efectivos. Los botes también tienen una apariencia extraña si los compara con otros que ha visto antes: algunos son sencillos y elegantes, como si los hubieran tallado del tronco de un árbol, apuntalados por una especie de listones en los costados. Otros son mayores y tienen velas, pero incluso los diseños de estos son muy diferentes de los que está acostumbrada a ver.

El embarcadero está lleno de gente: hay quien lleva cestas de un lado a otro, y quien se afana con las velas y las jarcias. Nadie mira hacia arriba, y Sienita resiste el impulso de llamar su atención. Pero no

hace falta: ya los han visto a ambos. Cuando llegan a la primera abertura de las cuevas que tienen delante ven ahora que están a nivel del «suelo» y las ven mejor, son enormes, y también que se ha empezado a reunir un gran cúmulo de gente.

Sienita se humedece los labios y respira hondo a medida que se acercan. No parecen amenazadores.

—Buenos días —se aventura a decir. Luego espera.

Nadie intenta matarla al saludar. La cosa va bien por el momento.

Los reciben unas veinte personas y la mayoría de ellas exhiben gestos de desconcierto cuando ven llegar a Alabastro y a ella. El grupo está formado en su mayoría por niños de todas las edades, algunos adultos jóvenes, algún que otro anciano y una kirjusa atada con una correa que parece amistosa, por la manera en la que agita el rabo corto y grueso. Sin duda, son habitantes de las Costeras orientales: casi todos son altos y de piel oscura, como Alabastro, aunque se ven también algunos de pueblos más pálidos, y Sienita distingue al menos a una persona que tiene una mata de pelo soplocinérea que se agita en la brisa, que no ha dejado de soplar. No parecen sorprendidos, lo que es bueno, aunque a la chica le da la impresión de que no están acostumbrados a las visitas inesperadas.

Luego se les acerca un hombre que tiene rasgos de Líder o que, sin serlo, parece haberse erigido como el jefe del grupo y les dice algo incomprensible.

Siena lo mira. No es capaz ni de reconocer qué idioma acaba de hablar, aunque de alguna manera le resulta familiar. En ese momento (por el óxido, claro que sí), Alabastro emite una especie de balbuceo y le responde en el mismo idioma. Todo el mundo se ríe, murmura y se relaja. Todos menos Sienita.

Mira al hombre.

—¿Me lo traduces?

—Les he dicho que tenías miedo de que me mataran si era yo el que hablaba primero —responde, y es ella la que se plantea matarlo en ese mismo momento.

Y así es como la gente de aquel extraño pueblo y Alabastro empiezan a hablar mientras Siena no puede hacer otra cosa que quedarse allí en pie e intentar no parecer frustrada. Alabastro hace una pausa para traducir cuando puede, aunque a veces le cuesta seguir a esos desconocidos, ya que hablan muy rápido. A Sienita le da la impresión de que se limita a resumir lo que han dicho. A resumir mucho. Así descubre que la comu se llama Meov y que el hombre que ha dado un paso al frente se llama Harlas y es el jefe.

También que son piratas.

—Aquí es imposible plantar nada comestible —explica Alabastro—. Hacen lo que pueden para sobrevivir.

Ha pasado algo de tiempo y los habitantes de Meov los han invitado a pasar a los salones abovedados que forman su comu. Todo se encuentra dentro del acantilado, algo lógico si se tiene en cuenta que la isla es poco más que una columna de roca homogénea con algunas cuevas naturales y otras que se han excavado a saber cómo. Les sorprende ver que el interior es bonito, con techos abovedados de manera ingeniosa, arcos de acueductos que recorren la mayoría de las paredes y faroles y antorchas suficientes para que no se haga claustrofóbico. A Siena no le gusta la sensación de tener todas las rocas sobre ella y la posibilidad de que los aplaste la próxima vez que haya un terremoto, pero si está atrapada

en una trampa mortal, qué menos que en una que sea acogedora.

Los meovenses los han alojado en una casa de invitados o, más que de invitados, una que parecía llevar tiempo abandonada y que no estaba demasiado deteriorada. Les han dado comida de los fogones públicos, acceso a los baños públicos y se han cambiado algunas prendas de ropa por otras más de la zona. Incluso han conseguido concederles un poco de privacidad, algo complicado, ya que siempre hay algún niño curioso que los mira a través de las ventanas excavadas y sin cortinas y les suelta una risilla antes de salir corriendo. Es hasta entrañable.

Ahora Siena está sentada sobre un montón de mantas dobladas que parecen estar colocadas así para dicho propósito y mira cómo Alabastro se enrolla en el hombro herido un pedazo de tela limpio y agarra uno de los extremos con los dientes para apretarlo como si fuera una venda. El hombre podría haberle pedido ayuda, claro, pero no lo ha hecho, así que ella tampoco se la ha ofrecido.

—No comercian mucho con el continente —continúa Alabastro mientras sigue con ello—. Lo único que pueden ofrecer es pescado, y las comus de las Costeras tienen todo el que necesitan. Por eso Meov hace razias. Atacan veleros que recorren las principales rutas comerciales o extorsionan a comus para protegerlas de los ataques. Sí, de sus propios ataques. No me preguntes cómo lo hacen, es lo que me ha contado el jefe.

Suena muy... precario.

—¿Y qué hacen aquí? —Siena mira hacia el techo y las paredes mal excavadas que la rodean—. Es una isla. O sea, las cuevas están más o menos bien, pero solo durarán hasta que el próximo terremoto o *tsunami* las borre del mapa. Y, como bien has dicho, aquí no se puede plantar comida. ¿Tienen abastos? ¿Qué harán cuando llegue una estación?

—Morirán, supongo. —Bastro se encoge de hombros, en parte para comprobar si le va bien la venda que se acaba de aplicar—. Eso mismo les he preguntado, pero se han limitado a reír y a cambiar de tema. ¿Te has dado cuenta de que la isla está justo encima de un punto caliente?

Siena parpadea. No había reparado en ello, pero su orogenia tiene la misma sensibilidad que un dedo después de recibir un martillazo. En teoría, la de Alabastro también, pero se ve que es algo relativo.

—¿A qué profundidad?

—A mucha. Es poco probable que entre en erupción, ni ahora ni nunca, pero si lo hace dejará las islas convertidas en un cráter. —Tuerce el gesto—. Eso suponiendo que un *tsunami* no las hunda primero, visto a la distancia que estamos de los bordes de las placas. Hay muchísimas formas de morir en un lugar como este y, de verdad te digo, que las conocen todas y que les da igual. Dicen que al menos morirán libres.

—¿Libres de qué? ¿De la vida?

—De Sanze. —Alabastro sonrío cuando ve que la boca de Siena se abre de par en par—. Según Harlas, esta comu es parte de un pequeño grupo de comus isleñas que hay en el archipiélago (es el nombre que reciben los grupos de islas, por si no lo sabías), que se extiende hacia el sur hasta casi llegar a las Antárticas y que se han formado debido a ese punto caliente. Algunas de las comus del grupo, entre las que se incluye esta, han sobrevivido durante diez estaciones o más...

—¡Ni de coña!

—... y ni siquiera recuerdan cuándo se fundó o se excavó Meov, así que puede que sea incluso más tiempo. Han existido desde la época anterior a Sanze. Y, según ellos, en Sanze ni saben que existen o es

algo que no les importa. Nunca se llegaron a anexionar. —El hombre niega con la cabeza—. Las comus de las Costeras siempre se acusan las unas a las otras de dar refugio a los piratas, y nadie que tenga sentido común navega hasta tan lejos. Quizá nadie sepa que hay islas con comus por aquí. No me extrañaría que supieran que las islas existen, pero estoy seguro de que piensan que no hay nadie tan estúpido como para vivir en ellas.

Es lo que pensaría cualquiera. Siena agita la cabeza, impresionada por la valentía de aquellas gentes. Cuando una de las niñas de la comu asoma la cabeza por el alféizar de la ventana y los mira sin pudor, la chica no puede reprimir una sonrisa, lo que hace que la niña ponga los ojos como platos, suelte una carcajada, balbucee algo en su idioma incomprensible y vuelva con sus compañeros. Qué pequeña tan atrevida.

Alabastro ríe entre dientes.

—Ha dicho: «¡La odiosa se sabe reír!»

Mocosa oxidada.

—No me puedo creer que estén tan locos como para vivir aquí —dice mientras niega con la cabeza—. No me puedo creer que la isla no haya quedado destrozada durante un terremoto, reducida a cenizas o inundada una y mil veces.

Alabastro cambia de posición, receloso, y Siena sabe que tiene una respuesta preparada.

—Bueno, en gran parte han sobrevivido porque viven de la pesca y de las algas. El océano no muere durante las estaciones, al contrario que la Tierra o el agua del continente. Si sabes pescar, siempre vas a encontrar comida. No creo ni que tengan abastos. —Mira a su alrededor, pensativo—. Si son capaces de conseguir que el lugar resista a los terremotos y a los estallos, supongo que no es un mal lugar para vivir.

—Pero ¿cómo han...?

—Orogratas. —El hombre la mira y sonrío, y ella se da cuenta de que ha estado esperando el momento de decírselo—. Es la razón por la que han sobrevivido durante tanto tiempo. Aquí no matan a los orogratas, sino que los ponen al mando. Y están contentísimos de que hayamos venido.

* * *

Los come Piedras son criaturas nacidas de la estupidez. Aprende bien las enseñanzas sobre su creación y cuidado con sus dones.

Tablilla segunda, «Una verdad incompleta»,
versículo séptimo

Damaya al final de las cosas

Las cosas cambian. En el Fulcro la vida tiene un orden, pero esta no se detiene. Pasa un año.

Después de la desaparición de Raja, Maxixe no vuelve a hablar con Damaya. Cuando la ve en los pasillos o después de una inspección, se limita a darse la vuelta. Si la pilla mirándolo, le frunce el ceño. No suele hacerlo, porque ella tampoco suele mirarlo. A Damaya no le importa que la odie. No llegó a ser su amigo del todo. Ahora sabe que no quiere tener amigos, ahora cree que nunca se merecerá tenerlos.

(Los amigos no existen. El Fulcro no es una escuela. Los balastos no son niños. Los orogenes no son personas. Las armas no necesitan tener amigos.)

Aun así, es difícil, porque se aburre sin amigos. Los instructores le han enseñado a leer, algo que no hicieron sus padres, pero cuando se pone a ello las palabras empiezan a girar y a temblar en la página como si fueran guijarros durante un terremoto. Además, en la biblioteca no hay muchos libros de entretenimiento, solo los que son prácticos para lo que aprenden. (Las armas tampoco necesitan divertirse.) Solo se le permite practicar la orogenia durante la clase de Aplicada. No puede pasarse todo el día haciendo lo mismo, aunque, para practicar, a veces rememora las clases mientras está tumbada en su cama: al fin y al cabo, el poder de un orogén se basa en la concentración.

Y de ese modo, vagabundeando por el Fulcro, invierte su hora libre y cualquier otra hora en la que no está ni ocupada ni durmiendo.

A los balastos nadie les impide hacerlo. Nadie vigila el dormitorio ni durante la hora libre ni más tarde. Los instructores no imponen un toque de queda: la hora libre puede convertirse en la noche libre si un balasto está dispuesto a pasarse el día siguiente luchando contra el sueño. Los adultos tampoco hacen nada por evitar que salgan del edificio. Cualquier niño al que pillen en el Jardín Anular, que está fuera de los límites permitidos para quienes carecen de anillos, o acercándose a las puertas para salir del Fulcro, tendrá que responder ante sus superiores. Pero en cualquier otro caso, los castigos serán leves y tolerables, acordes a cada delito. Nada más.

Nunca expulsan a nadie del Fulcro. Las armas defectuosas se dejan de usar, y las que están en perfecto estado deben ser lo suficientemente inteligentes para cuidar de sí mismas.

En sus idas y venidas, Damaya pasea por las zonas menos interesantes del Fulcro. Aun así, tiene mucho donde explorar, porque el complejo es enorme. Además del Jardín y la zona de entrenamiento de los balastos, hay casas donde viven los orogenes anillados, bibliotecas, teatros, un hospital y lugares donde los adultos pueden hacer sus cosas cuando no están de misión fuera del Fulcro. También hay varios kilómetros de caminos pavimentados con obsidiana y zonas verdes que no se han dejado ni en barbecho ni preparadas para una posible quinta estación, sino como jardines. Con el único propósito de adornar. Damaya supone que entonces debería haber alguien disfrutando de las vistas.

Damaya camina por esos lugares a altas horas de la noche y se imagina cómo será vivir así cuando se una a las filas de los anillados. Los adultos de la zona no le prestan atención, van a lo suyo, hablan entre ellos y también murmuran cuando van solos y piensan en cosas de adultos. Algunos la ven, pero se encogen de hombros y siguen caminando. Ellos también han sido balastos. Solo hay una ocasión en la que una mujer se detiene y le pregunta:

—¿Puedes estar aquí?

Damaya asiente y pasa de largo, y la mujer no la sigue.

Los edificios administrativos son más interesantes. Visita los grandes salones de prácticas que usan los orogenes: parecidos a grandes anfiteatros, sin techo y con anillos de mosaicos enclavados en la tierra para formar círculos concéntricos. A veces, se encuentra con grandes bloques de basalto tirados por ahí y, otras veces, ve que la tierra del suelo está removida pero no hay basalto. En ocasiones, se encuentra con adultos que practican en las salas: mueven los bloques de lugar como si fueran juguetes, los entierran a mucha profundidad y los vuelven a sacar solo con su fuerza de voluntad, mientras el aire que la rodea se agita cuando se empiezan a formar esos mortíferos anillos de frío. Es excitante e intimidante al mismo tiempo, y la niña intenta seguir lo que hacen lo mejor que puede, que no es mucho. Todavía le queda mucho camino por recorrer antes de que le salgan ese tipo de cosas.

Pero lo que más le fascina a Damaya es el Primordio. Es el núcleo del complejo del Fulcro: un hexágono abovedado mayor que el resto de edificios juntos. Es el lugar en el que se llevan a cabo los negocios. Donde los orogenes anillados campan por las oficinas, manejan los documentos y pagan las facturas. Sí, es algo que tienen que hacer por ellos mismos. Nadie puede decir que los orogenes sean un despilfarro de recursos para Yumenes: el Fulcro es autosuficiente en todos los niveles, económico o de cualquier otro tipo. La hora libre comienza cuando han terminado las horas de trabajo en el edificio, así que no está tan concurrido como durante el día, pero siempre que Damaya pasea por la zona ve que muchas de las oficinas siguen iluminadas a la luz de las velas y algún que otro farol eléctrico.

Una de las alas del Primordio pertenece a los Guardianes. De vez en cuando, Damaya ve uniformes bermellón entre tanto negro. Cuando los ve, se da la vuelta. No es por miedo. Es probable que la vean siempre, pero no la molestan porque nada de lo que hace está prohibido. Como le dijo Schaffa: «Solo hay que tener miedo de los Guardianes en circunstancias muy específicas.» Aun así, Damaya los evita, porque a medida que empieza a controlar sus habilidades también nota una sensación extraña cuando hay alguno cerca. Es como... un zumbido, algo punzante y aserrado, algo físico, que escucha o saborea en lugar de sesapinarlo. No lo comprende, pero se da cuenta de que no es la única orogén que rehúye a los Guardianes.

En el Primordio también hay alas que han caído en desuso porque el Fulcro es más grande de lo necesario, o eso es lo que le han dicho a Damaya los instructores cuando les ha preguntado al respecto. Quizá fuera porque antes de que se creara el Fulcro nadie sabía cuántos orogenes había en el mundo, o porque los constructores pensaron que serían más orogenes los que sobrevivirían a sus primeros años de vida antes de llegar a aquel lugar. Sea como fuere, la primera vez que Damaya abre una puerta de apariencia sospechosa que nadie parecía tener en cuenta se encuentra con que al otro lado hay unos pasillos oscuros y vacíos, lo que la deja muy intrigada.

Está muy oscuro y no se ve a mucha distancia. Distingue que cerca de ella hay muebles en desuso, cestas de provisiones y cosas por el estilo, así que decide no ponerse a explorar por el momento. Es muy probable que se haga daño. En lugar de eso, vuelve al dormitorio de los balastos y se prepara durante los días siguientes. Sustraе sin dificultad el pequeño cuchillo de cristal que se usa para cortar carne de una de las bandejas de comida, y en el dormitorio hay muchas lámparas de aceite que puede coger sin que nadie se entere, así que lo hace. Fabrica una mochila improvisada con el forro de una almohada obtenida mientras realiza tareas de limpieza (estaba en la pila de basura porque tenía roto uno de los bordes) y, cuando cree que está preparada, se encamina de nuevo hacia allí.

Al principio va despacio. Con el cuchillo marca por aquí y por allá los muros para evitar perderse, hasta que se da cuenta de que la disposición de esa parte del Primordio es exactamente igual que las demás: un pasillo central con escaleras en tramos regulares y puertas a cada lado que llevan a las habitaciones o a los salones de estas. Prefiere las habitaciones, pero casi todas ellas son aburridas. Hay salas de reuniones, más oficinas o alguna que otra sala grande que podría haber servido de sala de lectura, pero que es probable que solo se haya usado para almacenar ropa y libros viejos.

¡Hay libros! Muchos de ellos son de esas lecturas superficiales que apenas se ven en la biblioteca: novelas románticas, de aventuras y libros con información irrelevante. Algunas de las puertas llevan a lugares increíbles. Descubre un piso que parecía usarse para hospedar personas, quizás un año en el que hubo muchos nacimientos y había demasiados orogenes para que estuvieran cómodos en el edificio de apartamentos. Lo curioso es que parece que quienes vivían ahí se marcharon sin llevarse sus pertenencias. Damaya descubre vestidos largos y elegantes en los armarios, juguetes resacos y podridos para los bebés, o joyas por las que su madre habría dado cualquier cosa. Se prueba alguna y le suelta una risilla a su reflejo cuando se mira en el cristal manchado de cagadas de moscas. Luego se detiene, sorprendida por el sonido de su propia risa.

También encuentra cosas más raras. Una habitación llena de sillas lujosas y decoradas (ahora ajadas y gastadas por las polillas) y dispuestas en círculo para encararse entre ellas. A saber por qué estarán así. También una habitación cuyo sentido entiende más tarde, cuando sus exploraciones la llevan hasta otros edificios del Fulcro que se usan para investigar: en ese momento descubre que lo que había encontrado es una especie de laboratorio, con recipientes y artilugios extraños que luego descubre que se usan para realizar análisis de energía y manipular productos químicos. Quizá los geomestros no se rebajen a estudiar la orogenia y sean los orogenes los que hayan tenido que dedicarse a ello. No lo sabe, todo son elucubraciones.

Hay más, muchísimo más. Aquello se convierte en su actividad favorita de todos los días, sin contar las clases de Aplicada. De vez en cuando se busca problemas en clase porque tiene ensoñaciones sobre las cosas que ha encontrado y se olvida de las respuestas cuando le formulan alguna pregunta. Se preocupa de no holgazanear demasiado para que los profesores no le hagan preguntas, aunque sospecha que saben lo que hace durante sus exploraciones nocturnas. Incluso ha llegado a ver a alguno de ellos holganeando y con una apariencia muy humana cuando no estaba haciendo su trabajo. No le han hecho ninguna pregunta al respecto, algo que aprecia mucho. Le agrada pensar que comparte con ellos un secreto, aunque no sea eso exactamente. En el Fulcro la vida tiene un orden, pero ella también tiene uno, uno que ella decide y que nadie puede perturbar. Le gusta sentir que todavía tiene secretos.

Pero un día todo cambia.

Una chica extraña se abalanza sobre la fila de balastos con tanta discreción que Damaya ni se da cuenta. Caminan por el Jardín Anular y se dirigen hacia los dormitorios de balastos después de la clase de Aplicadas, Damaya está cansada pero satisfecha. El instructor Marcasita la ha felicitado por contener el hielo de su toro a unos sesenta centímetros de radio a su alrededor pero ampliar su zona de control hasta casi cien metros de profundidad.

—Casi estás lista para el examen de tu primer anillo —le dijo el hombre al final de la clase.

Si eso era cierto, iba a ser capaz de realizar el examen un año antes que la mayoría de los balastos y la primera de su grupo.

Damaya está muy ensimismada con todo aquello, es casi de noche, el día ha sido muy largo, todos están agotados, no hay mucha gente en el Jardín y los instructores hablan entre ellos. Todo eso ha facilitado que la extraña chica haya pasado desapercibida y se haya puesto en la fila justo delante de Damaya. Ella misma casi ni se da cuenta, porque la joven ha esperado hasta el momento en el que han girado en un seto para colocarse delante de ella, seguir el mismo ritmo y mirar hacia delante igual que el resto. Pero Damaya sabe que poco antes no estaba ahí.

Y por un momento se queda de piedra. No conoce demasiado bien a los demás balastos, pero sí es capaz de reconocerlos: la niña no es uno de ellos. ¿Quién es, entonces? Vacila y no sabe si decirle algo.

La chica mira hacia atrás de improviso y ve que Damaya la mira. Sonríe y le guiña un ojo, mientras que Damaya parpadea. Cuando la joven se da la vuelta, Damaya la sigue detrás, demasiado nerviosa como para acusarla de nada.

Siguen caminando por el Jardín hasta que llegan a los barracones, y los instructores se despiden de ellos y les dejan la hora libre que tienen antes de dormir. Los niños se ponen a hacer sus cosas: algunos van a coger comida de los aparadores y los más nuevos van de cabeza a la cama. Los más animados se ponen a jugar como estúpidos a perseguirse alrededor de las camas. Como es costumbre, no prestan atención ni a Damaya ni a nada de lo que hace.

Así que Damaya se gira hacia la balasto que no es una balasto y le pregunta:

—¿Quién eres?

—¿De verdad es eso lo que me quieres preguntar?

La sorpresa de la joven parece genuina. Es de la edad de Damaya, alta, larguirucha y de piel algo más cetrina que la mayoría de los jóvenes sanzeditos. También tiene el pelo ondulado y negro, en lugar de estofado y gris. Lleva el uniforme de los balastos y se ha recogido el pelo de la misma manera que el resto de los estudiantes que lo tienen largo. Lo único que no le cuadra es que no la conoce de nada.

—Lo que quiero decir es que en realidad te da igual quién sea, ¿verdad? —La niña continúa hablando y aún parece casi ofendida por la pregunta que le ha hecho Damaya—. Yo en tu lugar, preguntaría qué hago aquí.

Damaya no le quita el ojo de encima, pero se queda callada. Mientras, la chica mira a su alrededor y frunce un poco el ceño.

—Pensé que me iba a descubrir mucha gente. No sois muchos. ¿Cuántos hay en esta habitación? ¿Unos treinta? Son menos que en mi creche, y si alguien apareciera de la nada me daría cuenta.

—¿Quién eres? —exige saber Damaya, casi en un cuchicheo.

Lo hace así casi por instinto, y también la agarra del brazo y la arrastra hacia una esquina en la que no hay nadie y pueden pasar desapercibidas. Pero todos tienen una experiencia de años en no prestarle atención a Damaya, así que de todos modos no se dan cuenta.

—O me lo dices o me chivo a los instructores.

—Mucho mejor. —La chica sonríe—. ¡Eso sí que es lo que esperaba! Pero me extraña que seas la única que... —En ese momento le cambia la cara y se sorprende cuando Damaya toma aliento y abre la boca, como si se preparara para gritar—. ¡Me llamo Binof! ¡Binof! ¿Tú cómo te llamas? —le espeta la niña al momento.

Es algo a lo que está muy acostumbrada, algo que por educación la niña ha hecho durante toda la vida, incluso antes de entrar en el Fulcro. Por eso responde casi de manera automática.

—Damaya Lomo... —No ha pensado en su apellido al uso ni en que es algo que ya no debería usar, por lo que también se sorprende al escucharse a sí misma—. Damaya. ¿Qué haces aquí? ¿De dónde vienes? ¿Por qué...? —Y le gesticula a la joven para señalar el uniforme, el pelo y la existencia misma de Binof.

—Silencio. ¿Ahora sí tienes millones de preguntas? —Binof niega con la cabeza—. Escucha. Ni me voy a quedar ni te voy a buscar problemas. Solo quiero saber si has visto algo raro por aquí últimamente. —Damaya la mira, y Binof tuerce el gesto—. Un lugar. Con una forma así. Más o menos. Grande... Así...

Hace una serie de gestos complicados para intentar explicar lo que dice. No tiene sentido alguno.

Pero no. Quizá sí que tenga algo.

El Fulcro tiene forma circular. Damaya lo sabe, aunque solo se da cuenta de ello cuando camina con los otros balastos por el Jardín Anular. La Estrella Negra se cierne sobre la zona oriental del Fulcro y, en la septentrional, Damaya ha visto un grupo de edificios con la altura suficiente para ver por encima de aquellos muros de obsidiana. (Se suele preguntar qué piensan sus habitantes cuando miran hacia abajo desde sus altos ventanales y azoteas y ven a Damaya y a los suyos.) Pero el Primordio también es circular, o casi. La niña ha paseado lo suficiente por sus oscuros pasillos a la única luz de un farol y usando también como guía sus manos y sus glándulas sesapinales. Por eso, cuando ve a Binof formar un hexágono con las manos, sabe a qué se refiere.

Los muros y los pasillos del Primordio no tienen la amplitud suficiente para rellenar todo el espacio que ocupa el edificio. La azotea también cubre una zona central a la que no se puede acceder desde el interior: debe de haber una sala enorme y vacía. Quizás un patio o un teatro... hay varios teatros en el Fulcro. Damaya se ha topado con las paredes que rodean esa zona y sabe que no son circulares, sabe que son lisas y angulosas. Y que hay seis. Pero no ha visto ninguna puerta por la que acceder a esa sala central y hexagonal. Tampoco está en las alas abandonadas. O no la ha encontrado.

—La sala sin puertas —murmura Damaya, sin pensar. Así es como llama a esa habitación en su cabeza desde el día que la descubrió. Binof inspira y se inclina hacia delante.

—Eso mismo. ¿Se llama así? Está en ese edificio grande del centro del Fulcro, ¿verdad? Justo ahí es donde pensaba que estaría. Sí.

Damaya parpadea y frunce el ceño.

—Quién. Eres. —La chica tenía razón. Quizá no sea eso lo que quería preguntarle, pero aun así le sirve para conseguir toda la información que necesita en aquel momento.

Binof tuerce el gesto. Mira a su alrededor, piensa durante un momento, aprieta los dientes y dice al fin:

—Binof Líder Yumenes.

Damaya no le ve mucho sentido a eso. En el Fulcro nadie usa apellidos al uso ni de comus. Aquellos que antes pertenecían a los Líderes, dejaron de serlo en el momento en el que un Guardián los trajo. Los balastos que nacieron aquí o que vinieron de muy jóvenes tienen nombre de orograta y al resto se le obliga a usar uno cuando consigue su primer anillo. No hay otra.

Pero la intuición hace que Damaya encaje toda la información y comprenda que Binof no lo ha dicho para ser fiel a una convención social que ya no tiene sentido en el lugar en el que se encuentran. Lo ha

hecho porque para ella sí lo tiene, porque Binof no es una orogén.

Y tampoco es una táctica cualquiera: es una Líder y de Yumenes, para colmo, lo que la convierte en hija de una de las familias más poderosas de la Quietud. Y se ha escabullido en el Fulcro haciéndose pasar por una orogén.

Es una locura tan imposible que deja a Damaya con la boca abierta. Binof se da cuenta de que lo ha entendido, se acerca y le dice en voz más baja:

—No te voy a meter en ningún lío. Me voy a buscar esa habitación. Lo único que te pido es que no se lo digas a nadie. Querías saber por qué estoy aquí, y esa es la razón. Estoy buscando esa sala.

Damaya cierra la boca.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir. —Damaya la mira fijamente, y Binof levanta las manos—. Es por tu seguridad. Y por la mía. Hay cosas que se supone que solo podemos saber los Líderes, y, aun así, todavía no tengo la edad para ello. Como alguien se entere de que te lo he dicho... —Titubea—. No sé lo que nos harían, pero no quiero descubrirlo.

Raja. Damaya asiente, pensativa.

—Te van a pillar.

—Es probable. Pero cuando lo hagan me limitaré a decirles quién soy. —La chica se encoge de hombros, con la tranquilidad de alguien que no ha conocido jamás el verdadero significado de la palabra miedo—. No sabrán la razón por la que estoy aquí. Alguien llamará a mis padres y me meteré en un lío, pero siempre me meto en líos. Si soy capaz de descubrir las respuestas a algunas preguntas, valdrá la pena. Y ahora dime, ¿dónde está la sala sin puertas?

Damaya niega con la cabeza cuando se da cuenta de que intenta ponerla contra las cuerdas.

—Me podría meter en problemas por ayudarte. —Ella no es una Líder. Ni siquiera es una persona. Nadie la ayudaría—. Deberías marcharte por el mismo lugar que has venido. Ahora mismo. Si lo haces, no se lo diré a nadie.

—No —dice Binof, desafiante—. Me he tomado muchas molestias para llegar hasta aquí. Y, sea como fuere, ya te has buscado un problema por no haber llamado a los instructores en el momento en el que te diste cuenta de que no era una balasto. Ahora eres cómplice. ¿O no?

Damaya se sobresalta y el estómago le da un vuelco cuando descubre que la chica tiene razón. También se enfada porque Binof intenta manipularla, algo que odia.

—Mejor que grite ahora que dejarte hacer estupideces por ahí y que me pillen luego. —Mientras lo dice se levanta y se dirige hacia la puerta del dormitorio.

Binof resopla y sale corriendo detrás de ella. Luego la agarra por el brazo y le susurra con más fuerza.

—¡No lo hagas! Por favor, mira... tengo dinero. ¡Tres esquiras de diamante rojo y una alejandrita entera! ¿Es eso lo que quieres?

Aquello hace que Damaya se enfade aún más.

—Maldito óxido, ¿para qué quiero el dinero?

—Pues privilegios. La próxima vez que salgas del Fulcro...

—Nunca salimos. —Damaya frunce el ceño y se suelta del agarre de Binof. ¿Cómo es que esa táctica estúpida ha sido capaz de entrar? Hay guardias, miembros de la milicia de la ciudad, en todas las puertas

que salen del Fulcro. Aunque su misión es evitar que salgan los orogenes, no que entren los tácticos, y quizás al ser una Líder con dinero, privilegios y osadía haya encontrado la manera de entrar a pesar de haberse topado con los guardias—. Estamos aquí dentro porque es el único lugar en el que estamos a salvo de los que son como tú. Lárgate.

Damaya tiene que darse la vuelta, apretar los puños, centrarse y respirar hondo, porque está tan enfadada que la parte de ella que sabe desplazar las líneas de falla ha empezado a internarse en la tierra. Ha perdido el control y espera que ninguno de los instructores lo haya sentido, porque en ese caso dejarían de pensar que está lista para superar el examen del primer anillo. O peor aún, podría congelar a aquella chica.

Binof se acerca a ella y dice, con tono irritante:

—¡Vaya! ¿Estás enfadada? ¿Vas a usar la orogenia? ¿Qué se siente?

Las preguntas son tan ridículas y el hecho de que no sienta miedo le parece tan absurdo que Damaya nota cómo su orogenia chisporrotea. Su enfado ha dejado paso de repente a la estupefacción. ¿Los Líderes siempre son así de niños? Palela era tan pequeña que no llegó a conocer a ninguno. Los que pertenecen a la casta al uso de los Líderes suelen preferir sitios que merezca la pena liderar. Quizá todos los Líderes de Yumenes sean así. O quizá solo sea cosa de esta chica.

Binof interpreta el silencio de Damaya como una respuesta, sonrío y se contonea delante de ella.

—Nunca había conocido a un orogén. Bueno, sí a los adultos que llevan anillos y van vestidos de negro, pero nunca a una chica como yo. No das tanto miedo como dicen los acervistas. Pero claro, ellos mienten mucho.

Damaya agita la cabeza.

—No entiendo nada de lo que haces.

Se sorprende al ver que Binof se pone seria.

—Te pareces a mi madre. —Mira hacia otro lado durante un instante, aprieta los labios y fulmina a Damaya con la mirada, decidida—. ¿Me vas a ayudar a encontrar esa sala, sí o no? Si no me ayudas, al menos no digas nada.

A pesar de todo lo que ha ocurrido, Damaya está intrigada: por la chica, por la posibilidad de encontrar la manera de entrar en la sala sin puertas, y por la novedad que supone esa misma intriga. Siempre había explorado ella sola. Es... emocionante. Cambia el pie de apoyo y mira a su alrededor, incómoda, pero una parte de ella ya se ha decidido, como era de esperar.

—Muy bien. Pero yo no he encontrado la forma de entrar y llevo meses explorando el Primordio.

—Primordio. Así es como se llama ese edificio grande, ¿no? Vale, no me sorprende. Probablemente no sea fácil entrar. Quizá lo fuera, pero ahora lo han sellado. —Binof se empieza a frotar la barbilla, distraída, mientras Damaya la fulmina otra vez con la mirada—. Tengo una ligera idea de dónde buscar. He visto unos viejos planos estructurales... Digamos que deberíamos mirar por la cara sur del edificio. En la planta baja.

Por desgracia, no es una de las zonas en desuso. Pero Damaya dice:

—Sé llegar hasta allí. —Y se alegra al ver cómo se le ilumina la cara a Binof cuando pronuncia esas palabras.

La lleva por la ruta que suele tomar, por los mismos caminos. Para su sorpresa, quizá porque está más nerviosa en esta ocasión, se da cuenta de que hay más gente mirándola. De que la miran más de lo normal

y que cuando espía al instructor Galena mientras pasan cerca de una fuente (Galena, el mismo que una vez la pilló bebiendo y no dijo nada para salvarle la vida), el hombre sonrío antes de darse la vuelta y seguir charlando con su acompañante. En ese momento, Damaya por fin descubre por qué la miran: porque conocen a la balasto callada y rara que no hace otra cosa que explorar. Es posible que la conozcan gracias a algún rumor y se alegren de que finalmente tenga a alguien que la acompañe. Creen que tiene una amiga. Damaya se reiría si la verdad no tuviera tan poca gracia.

—Qué raro —dice Binof mientras transitan por los caminos de obsidiana de uno de los jardines secundarios.

—¿El qué?

—Es que todavía creo que todo el mundo me va a pillar, pero lo cierto es que nadie me presta atención. Y eso que somos las únicas niñas que hay por aquí.

Damaya se encoge de hombros y sigue andando.

—Lo normal sería que alguien nos detuviera y nos hiciera preguntas, o algo así. Podríamos estar tramando algo peligroso.

Damaya niega con la cabeza.

—Si alguna de nosotras se hace daño y nos encuentran antes de que nos desangremos, nos llevarán a un hospital.

Y eso hará que le pongan una nota en su historial y que puede que la deje fuera del examen del primer anillo. Todo lo que haga a partir de ahora podría perjudicarla en ese sentido. Suspira.

—Qué considerados —dice Binof—, pero quizá sea mejor detener a los niños antes de que hagan algo capaz de dañarlos.

Damaya se detiene en mitad del camino de césped y se gira hacia Binof.

—No somos niños —dice, iracunda. Binof parpadea—. Somos balastos, orogenes imperiales en proceso de entrenamiento. Ese es el aspecto que tienes ahora mismo, por eso todo el mundo da por hecho que lo eres. A nadie le importa una mierda si un par de orogenes se hace daño.

Binof la mira fijamente.

—Vaya.

—Y hablas demasiado. Los balastos no lo hacemos. Nos relajamos cuando estamos en los dormitorios, y solo cuando no hay instructores cerca. Si te vas a hacer pasar por uno de nosotros, hazlo bien.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Binof levanta ambas manos para aplacarle los ánimos—. Lo siento. Pensaba que... —Tuerce el gesto cuando ve que Damaya la fulmina con la mirada—. Vale. No hablaré más.

Se queda en silencio, y Damaya sigue caminando.

Llegan hasta el Primordio y entran por donde Damaya suele hacerlo. Pero en esta ocasión la niña no va hacia la izquierda, sino hacia la derecha, y baja las escaleras en lugar de subirlas. Llegar a un pasillo que tiene el techo más bajo y las paredes decoradas de una manera que no había visto nunca, con murales pintados por aquí y por allá en los que se muestran imágenes agradables e inofensivas. Luego, se empieza a preocupar, porque se acercan cada vez más a un ala inexplorada y en la que no le gustaría estar: la de los Guardianes.

—¿En qué lugar de la cara sur del edificio?

—¿Cómo? —Binof parpadea y mira a Damaya, sorprendida, sin dejar de mirar alrededor, por lo que le llama más la atención que cuando no dejaba de hablar—. Ah. Pues... en algún lugar de la cara sur. —Tuerce el gesto cuando ve que Damaya la fulmina con la mirada—. ¡No sé dónde! Solo sé que había una puerta, aunque ya no esté. ¿No se supone...? —Agita los dedos—. ¿No se supone que los orogenes podéis hacer ese tipo de cosas?

—¿Qué cosas? ¿Encontrar puertas? No, a menos que estén en el suelo.

Pero incluso mientras lo dice, Damaya frunce el ceño, porque... vaya. Más o menos puede suponer dónde están las puertas gracias a la sesuna. Los muros de carga se parecen a los lechos de roca, y los marcos de las puertas, a los huecos en los estratos, lugares donde la presión del edificio contra el suelo es menor. Si había una puerta en este piso, ¿habrán quitado también el marco? Es posible. Pero ¿no le dará ese lugar una sensación diferente a la de los muros que lo rodean?

Ya ha empezado a darse la vuelta y a extender los dedos de la manera en la que lo hace cuando intenta expandir su zona de control. En los crisoles de Aplicadas hay indicadores subterráneos: pequeños bloques de marfil con palabras grabadas en la superficie. Hay que tener mucho control para encontrar los bloques y más aún para saber descifrar la palabra, es como saborear la página de un libro y llegar a darse cuenta de las ínfimas diferencias entre las zonas que tienen tinta y las que no y luego saber lo que decía en ella gracias a eso. Lo ha hecho muchas veces bajo la atenta mirada de los instructores, y llega a la conclusión de que es un ejercicio que le puede servir en esta situación.

—¿Vas a hacer orogenia? —pregunta Binof, entusiasmada.

—Sí, así que será mejor que te calles si no quieres que te congele por accidente.

Por suerte, Binof obedece, aunque sesapinar no es exactamente orogenia y no hay peligro de que la congele. Damaya agradece el silencio.

Manosea las paredes del edificio. Son como vestigios de energía en comparación con la comodidad impasible de la roca, pero sabe que si tiene cuidado podrá seguirles el rastro. Y al internarse más y más en los muros interiores del edificio, los que rodean esa sala oculta, siente las zonas en las que dichos muros se terminan. Damaya coge aire y abre los ojos.

—¿Y bien? —A Binof no le queda mucho para salivar.

Damaya se da la vuelta y se aleja un poco mientras camina cerca de la pared. Llega al lugar correcto, se detiene y ve que hay una puerta. Es arriesgado abrir puertas en las alas que están habitadas, porque podría tratarse del despacho de alguien. El pasillo está tranquilo y vacío, pero Damaya ve luces por debajo de algunas de las puertas, lo que significa que algunas personas se han quedado a trabajar hasta tarde. Toca. Al ver que nadie responde, respira hondo y tira de la manilla. Cerrada.

—Un momento —dice Binof mientras hurga en sus bolsillos. Poco después, saca algo que se parece a un instrumento que una vez usó Damaya para quitar las cáscaras a las nueces de kurga que crecían en los árboles de la granja de su familia—. He leído cómo hacerlo. Esperemos que la cerradura sea de las sencillas.

Empieza a jugar con la herramienta en la cerradura y pone cara de concentración.

Damaya espera un rato y se apoya con indiferencia en la pared mientras usa los oídos y las glándulas sesapinales para tratar de escuchar la vibración de pisadas, voces que se acerquen o, lo peor, el zumbido de un Guardián que se dirija hacia ellas. Pero es más de medianoche, y hasta los trabajadores más entregados ya están pensando en quedarse a dormir en la oficina o se han ido a descansar, por lo que

nadie las molesta durante aquel rato incómodo en el que Binof intenta apañárselas para usar esa cosa.

—Suficiente —dice Damaya después de lo que parece una eternidad. Si viene alguien y las pilla, ya no tendrán ninguna excusa—. Volveremos a intentarlo mañana...

—No puedo —responde Binof. Suda y le tiemblan las manos, cosa que no ayuda en la tarea—. Conseguí deshacerme de mis cuidadores por una noche, pero no volverá a funcionar. La última vez casi me pillan. Dame un minuto más.

Damaya espera y se empieza a impacientar cada vez más, hasta que escucha un chasquido y cómo Binof resopla, sorprendida.

—¿Lo he conseguido? ¡Creo que sí! —Prueba a abrir la puerta, y se abre—. ¡Por las flatulencias flameantes de la Tierra, ha funcionado!

Al otro lado hay una habitación que sí parece el despacho de alguien: un escritorio con dos sillas de respaldares amplios y las paredes forradas con estanterías repletas de libros. El escritorio es más grande que la mayoría, y las sillas tienen más detalles. En ese lugar trabaja una persona importante. A Damaya le choca ver un despacho que se sigue usando después de haber pasado tantos meses rebuscando en las zonas abandonadas de las alas viejas. No hay polvo, y los faroles están encendidos a mecha baja. Es muy raro.

Binof mira a su alrededor con el ceño fruncido. No parece haber más puertas dentro del despacho. Damaya pasa a su lado y se dirige a lo que parece ser un armario. Lo abre: hay escobas, fregonas y la muda de un uniforme negro que cuelga de una percha.

—¿Y esto es todo? —se queja Binof en voz alta.

—No.

Damaya es capaz de sesapinar que la anchura del despacho desde la puerta hasta la pared de enfrente es poca y no concuerda con la del edificio. El armario no tiene la profundidad que pensaba.

Prueba a empujar la pared que hay detrás de los aparejos de limpieza. Nada: es sólida. Bueno, al menos lo ha intentado.

—Muy bien. —Binof se pone a su lado, toquetea todas las paredes del armario y aparta el uniforme—. Estos edificios viejos siempre tienen puertas ocultas que llevan a los abastos o...

—No hay abastos en el Fulcro —dice Damaya, y ella misma parpadea, porque se acaba de dar cuenta de ese hecho. ¿Qué se supone que se hace ahí cuando hay una estación? No cree que la gente de Yumenes esté dispuesta a compartir su comida con un puñado de orogenes.

—Ya, bueno. —Binof tuerce el gesto—. Aunque esto sea el Fulcro, también estamos en Yumenes. Siempre hay...

Se queda paralizada y ojiplática cuando toca un ladrillo suelto con la punta de los dedos. Sonríe y lo empuja por uno de los lados para que salga por el otro extremo. Acto seguido, lo saca. Al otro lado hay un pestillo que parece fabricado con hierro fundido.

—... Siempre hay algo debajo de la superficie —dice Binof mientras resopla.

Damaya se acerca, inquisitiva.

—Ábrelo.

—Ahora sí te interesa, ¿no? —Binof agarra el pestillo y lo abre.

La pared interior del armario se mueve y deja entrever una abertura que comienza en el ladrillo suelto. Al otro lado hay un túnel estrecho que se pierde detrás de una curva, hacia la oscuridad.

Damaya y Binof se quedan mirando, pero ninguna da el primer paso.

—¿Qué hay aquí dentro? —susurra Damaya.

Binof se humedece los labios, sin dejar de mirar hacia el sombrío túnel.

—No lo sé.

—A mí no me mientas, joder. —No le gusta hablar así, como uno de los adultos anillados—. Tú has venido aquí para encontrar algo.

—Vamos a mirar.

Binof intenta abrirse paso hacia el pasillo, pero Damaya la coge del brazo. Se sobresalta al sentir la mano de Damaya y la mira, ofendida, pero a la balasto no le importa.

—No. Dime lo que buscas o cerraré la puerta cuando entres y causaré un terremoto para derrumbar la pared y dejarte encerrada. Eso antes de que se lo vaya a contar a los Guardianes. —Es mentira. Sería la cosa más estúpida de la faz del Padre Tierra: usar orogenia ilegal en las mismísimas narices de los Guardianes y luego ir a decirles que ha sido cosa de ella. Pero Binof no lo sabe.

Binof intenta zafarse.

—¡Te he dicho que es algo que solo pueden saber los Líderes!

—¿No eres una Líder? Pues cambia las normas. Es vuestro trabajo, ¿o no?

Binof parpadea y se la queda mirando. Se hace el silencio durante un buen rato. Luego suspira, se frota los ojos y deja de tirar del brazo.

—Muy bien. Vale. —Respira hondo—. Hay algo ahí, un artefacto en el centro del Fulcro.

—¿Un artefacto de qué tipo?

—No estoy segura. ¡De verdad! —Binof levanta las manos de improviso y se zafa de la mano de Damaya, que ya no la sujetaba—. Lo único que sé es que... que hay algo que no cuadra en la historia. Que faltan datos, que hay lagunas.

—¿A qué te refieres?

—¡A la historia! —Binof fulmina con la mirada a Damaya, como si lo tuviera muy claro—. Ya sabes, eso que te enseñan los profesores. La fundación de Yumenes.

Damaya niega con un gesto. Lo poco que recuerda haber aprendido sobre Yumenes durante sus años en el creche es que fue la primera ciudad del Imperio de la Antigua Sanze, pero nunca le hablaron de su creación. Quizás eduquen mejor a los Líderes.

Binof pone los ojos en blanco, pero se explica.

—En una de las estaciones, la de los Errantes, que se produjo justo antes de la fundación del Imperio, se desvió el norte geográfico y los cultivos se echaron a perder porque los pájaros y los insectos quedaron confundidos. Eso ayudó a los caudillos a conquistar muchas regiones, cosa muy habitual al terminar las estaciones. Lo único que guiaba a la gente en aquella época era el litoacervo, los rumores y las supersticiones. Y, durante muchos años, la gente no se estableció en la región debido a los rumores. —Señala hacia el suelo, a sus pies—. Yumenes era un lugar perfecto para construir una ciudad: hay buen clima, se encuentra en medio de una llanura, hay agua y no está cerca del océano; ese tipo de cosas. Pero la gente tenía miedo de la zona, desde hacía mucho tiempo, porque se decía que aquí había algo.

Es la primera vez que Damaya oye esto.

—¿El qué?

Aquello parece ofender a Binof.

—¡Eso es lo que intento descubrir! Esa es la laguna. La historia del Imperio comienza en la estación de los Errantes. La de la Locura comenzó poco después, y fue entonces cuando la caudilla Verishe, la emperadora Verishe, la primera, fundó Sanze. Aquí mismo, en un lugar al que todo el mundo le tenía miedo, construyó una ciudad alrededor de algo que temía todo el mundo.

—Pero ¿de qué...? —Damaya se queda en silencio cuando por fin lo comprende—. Las historias no dicen a qué le tenían miedo.

—Eso mismo. Y creo que está aquí. —Binof señala hacia la puerta abierta.

Damaya frunce el ceño.

—¿Por qué los Líderes son los únicos que conocen algo así?

—No lo sé. Para eso he venido. ¿Vienes conmigo o no?

En lugar de responder, Damaya pasa al lado de Binof y entra en el pasillo de ladrillos. Binof suelta un improperio y la sigue al trote en el mismo instante. Entran al mismo tiempo.

El túnel da lugar a un espacio enorme y oscuro. Damaya se detiene justo en el momento en que nota la amplitud y todo el espacio que la rodea. No ve nada, pero siente la forma del suelo que tiene delante. Agarra a Binof, que avanza a trompicones a pesar de la oscuridad (estúpida) y dice:

—Espera. Ahí delante el suelo está más prensado.

Habla en susurros, porque es lo que se suele hacer cuando se está a oscuras. La voz rebota y el eco tarda en regresar. Es un lugar muy amplio.

—¿Cómo que prensado? ¿De qué hablas?

—Hacia abajo. —Damaya intenta explicárselo, pero es difícil hablar de esas cosas con los tácticos. Otro orogén ya sabría de qué habla—. Como si... como si ahí delante hubiera algo muy pesado. —Algo parecido a una montaña—. Los estratos están deformados. Hay una depresión. Un agujero enorme. Podrías caerte.

—Me cago en el óxido —murmura Binof. Damaya se estremece un poco, aunque ha oído cosas peores de boca de algunos de los balastos más maleducados cuando no hay instructores delante—. Necesitamos luz.

Aparecen luces en el suelo delante de ellas, una a una. A medida que se encienden se escucha un chasquido quedo, cuyo eco también resuena. Las que tienen cerca de los pies son pequeñas, redondas y blancas y forman dos filas paralelas a medida que se pierden en la distancia, donde son mucho más grandes, rectangulares, de luz amarillenta y se abren hacia los lados. Los paneles de luces amarillentas se activan de manera secuencial y, poco a poco, se abren para formar un hexágono enorme que ilumina la estancia en la que se encuentran: un patio interior cavernoso de seis lados techado a mucha altura por lo que parece ser el tejado del Primordio. El techo está a tanta distancia que casi no puede discernir las líneas que forman sus soportes. Las paredes son lisas, de la misma piedra inmaculada que conforma el resto del Primordio, pero la mayor parte del suelo de la sala está cubierta de asfalto, o algo muy parecido: liso, similar a la piedra pero sin serlo, algo rugoso y resistente.

En el centro, como esperaba, hay una depresión, por llamarlo de alguna manera. Es un hueco enorme que se estrecha a medida que desciende y tiene superficies lisas y pulidas, de ángulos precisos; seis de ellos, cortados con la misma sutileza con la que se corta un diamante.

—Aciaga Tierra —susurra Damaya mientras se acerca por el camino hacia las luces amarillentas que trazan el contorno de aquel pozo.

—Eso mismo —dice Binof, que parece igual de sorprendida.

El hueco mide varios pisos de profundidad, y sus superficies son muy inclinadas. Si se cae, es muy probable que ruede por ellas y se rompa todos los huesos del cuerpo cuando llegue al fondo. La forma le parece inquietante, porque es facetado y se estrecha hasta llegar a un punto en común en el fondo. Nadie excava algo con esa forma. ¿Para qué? Debe de ser imposible salir de ahí. No se podría ni aunque existiera una escalera de ese tamaño.

Pero entonces se da cuenta de que nadie ha excavado ese pozo. Lo sesapina: algo de un peso descomunal aplastó la tierra en ese lugar y se posó en aquella depresión durante el tiempo suficiente para que toda la roca y la tierra de debajo se solidificaran de aquella manera lisa y pulida. Al cabo, lo que quiera que fuese aquello se había vuelto a alzar y dejado el lugar liso como una tabla pero con su forma.

Pero... ¡un momento!, las paredes del hueco no son lisas del todo. Damaya se agacha para mirarlas mejor mientras, a su lado, Binof se limita a observarla.

Allí, en cada una de aquellas inclinaciones lisas ve unos objetos afilados que casi no se distinguen. ¿Agujas? Surgen de unas grietas muy finas que hay en las paredes lisas, y tienen dientes afilados de disposición irregular, como las raíces de las plantas. Las agujas están hechas de acero: Damaya es capaz de oler el óxido en el aire que las rodea. Aquello le hace cambiar la imagen que se había formado antes: si se cae en ese hueco, quedará hecha papilla antes de llegar al fondo.

—No esperaba algo así —dice al fin Binof. Lo dice en voz baja, ya sea por admiración o por miedo—. Esperaba muchas cosas, pero no... algo así.

—¿Qué es? —pregunta Damaya—. ¿Para qué sirve?

Binof niega con la cabeza, despacio.

—Se supone que debería estar...

—Oculto —dice una voz detrás de ellas, que dan un brinco y se giran, asustadas. Damaya está de pie cerca del borde del pozo y, al moverse de esa manera, experimenta una sensación terrible y vertiginosa que le hace pensar que caerá por él. De hecho, se relaja y no intenta inclinarse hacia delante, mantener el equilibrio ni ninguna de las cosas que haría si pensara que tiene la posibilidad de salvarse. Caer como un peso muerto, y la inevitabilidad de aquel pozo se abre ante ella.

En ese momento, Binof la agarra por el brazo y tira de ella hacia delante, y Damaya se da cuenta de que estaba a casi un metro del borde. Solo habría caído por él si se hubiera dejado llevar. Es una sensación tan extraña que casi se olvida de la razón de todo aquello. La Guardiania se acerca hacia ellas por el camino.

Es alta, de hombros anchos y piel cobriza, bonita en su zafiedad, con hirsuto pelo soplocinéreo cortado como un capuchón. Parece mayor que Schaffa, aunque es difícil de discernir: tiene la piel inmaculada y ojos color miel sin patas de gallo. Pero su presencia da una impresión más... pesada. Y su sonrisa tiene la misma expresión entre amistosa y amenazadora que tienen todos los Guardianes con los que se ha topado Damaya.

«Solo tengo que temerla si le hago pensar que soy peligrosa», piensa Damaya.

Pero también se pregunta: «¿No es peligroso un orogén que se encuentra en un lugar en el que sabe que no debería estar?»

Damaya se humedece los labios e intenta no aparentar que tiene miedo.

Binof parece ausente y no deja de mirar a Damaya, a la mujer, al pozo y a la puerta. A Damaya le

gustaría decirle que no haga nada de lo que se le pasa por la cabeza; que no salga corriendo, básicamente. No cuando se encuentra en presencia de una Guardiania. Pero Binof no es orogén y quizás eso la salve en caso de cometer alguna estupidez.

—Damaya —dice la mujer, que la llama por su nombre a pesar de no haberla visto antes—. Le vas a dar una decepción a Schaffa.

—Ha venido conmigo —espetea Binof antes de que Damaya diga nada. Damaya la mira, sorprendida, pero la chica ya ha empezado hablar y parece que ya no hay nada que pueda hacerla parar—. La he traído yo. La obligué a venir. Ni siquiera sabía nada de la puerta ni de este... lugar... hasta que se lo he dicho.

«No es cierto», le gustaría decir a Damaya, porque ella ya había descubierto la existencia de un lugar así, pero no sabía cómo encontrarlo. La Guardiania mira a Binof con curiosidad y todavía no le ha roto la mano a nadie, lo que no deja de ser una buena señal.

—¿Y tú quién eres? —La Guardiania sonrío—. No eres orogén, supongo, a pesar de tu uniforme.

Binof se sobresalta un poco: se ha olvidado de que se hacía pasar por una joven balasto perdida.

—Vaya. Esto... —Endereza la espalda y levanta la barbilla—. Me llamo Binof Líder Yumenes. Perdón por la intromisión, Guardiania, pero tenía una duda que necesitaba respuesta.

En ese momento, Damaya se da cuenta de que Binof habla de manera diferente: con más seguridad y la voz más pausada; no más arrogante, sino más seria. Como si el destino del mundo dependiera de que ella encontrara la respuesta a esa pregunta. Como si, en realidad, no fuera poco más que una niña mimada de una familia rica que hubiera decidido, por capricho, hacer algo muy estúpido.

La Guardiania se detiene, inclina la cabeza y parpadea, al mismo tiempo que la sonrisa se le borra de la cara.

—¿Líder Yumenes? —Se le ilumina la cara—. ¡Qué encanto! Tan joven y ya tienes tu apellido de comu. Eres más que bienvenida, Binof Líder. Si nos hubieras informado de que venías, te habríamos enseñado lo que quisieras.

Binof se amilana ante la reprimenda.

—Me temo que prefería verlo por mí misma. Quizá no fuera lo más adecuado, pero mis padres sabían que me dirigía hacia aquí, así que no dude en hablar con ellos al respecto.

Ha mencionado que otros sabían hacia dónde iba. Damaya se da cuenta de que ha sido una maniobra inteligente; hasta ese momento, no pensaba que Binof lo fuera.

—Lo haré —le asegura la Guardiania, que luego sonrío a Damaya, lo que hace que el estómago de la niña dé un vuelco—. Y también hablaré con tu Guardián. Hablaremos los tres. Será maravilloso, ¿verdad? Sí, me va a encantar.

Se hace a un lado y esboza una ligera reverencia para indicarles que empiecen a caminar delante de ella. Se las arregla para que parezca muy educado, pero ambas saben que es una orden.

La Guardiania las lleva fuera de la sala. Cuando vuelven al túnel de ladrillos, las luces se apagan detrás de ellas. Una vez que se ha sellado la puerta secreta, han cerrado la de la oficina y vuelto al ala de los Guardianes, la mujer toca el hombro de Damaya para indicarle que se detenga y deja que Binof avance unos pasos más. Luego, Binof se detiene y las mira, confundida, y la Guardiania le dice a Damaya:

—Espera aquí, por favor.

Luego se acerca a la otra niña.

Binof la mira, como si intentara decirle algo. Damaya aparta la mirada y el mensaje no llega a su

destinario, y la Guardiania lleva a la otra niña a una habitación al fondo de la sala en la que se encuentran y cierra la puerta. Binof ya ha hecho suficiente daño.

Damaya espera, claro. No es estúpida. Está en pie delante de una puerta que da a una zona concurrida, y a pesar de la hora que es hay Guardianes que entran y salen de vez en cuando, y que la miran. La niña no los mira a ellos y eso parece agradarles, por lo que continúan su camino sin decirle nada.

Poco después, la Guardiania que las pilló en la sala del pozo vuelve y la guía hacia el otro lado de la puerta con la mano que le pone en el hombro.

—Venga. ¿Te apetece que hablemos un poco? He mandado a buscar a Schaffa. Hemos tenido suerte y se encuentra en la ciudad y no de ruta, que suele ser lo habitual. Pero mientras llega...

Al otro lado de la puerta hay una zona enmoquetada y decorada con muy buen gusto en la que ven varios escritorios pequeños. Algunos de ellos están ocupados y la gente va de un lado a otro con uniformes negros y bermellón. También hay unos pocos que no llevan uniforme, sino ropa de civil. Damaya se queda fascinada mirando aquella escena hasta que la Guardiania le pone una mano firme en la cabeza y, con cuidado, se la gira hacia otro lugar.

La lleva hacia un pequeño despacho privado al fondo de la sala. El escritorio está vacío y parece que la habitación no se usa demasiado. Hay una silla a cada lado, y Damaya se sienta en la que supone que es la de invitados.

—Lo siento —dice mientras la Guardiania se sienta al otro lado—. H-ha sido sin querer.

La Guardiania niega con la cabeza, como si no le importara.

—¿Tocaste alguna?

—¿Alguna qué?

—De las que salían de las hendiduras. —La Guardiania no deja de sonreír, pero siempre lo hacen, por lo que esa información no sirve de nada—. Viste esas protuberancias que salían de las hendiduras de las paredes, ¿no? ¿No tenías curiosidad? Estaban muy cerca de ti.

¿Hendiduras? Ah, se referirá a esas puntas de metal que asomaban de las paredes.

—No toqué ninguna. —«¿Para qué sirven esas hendiduras?»

La Guardiania se inclina hacia delante en la silla y su sonrisa desaparece de improviso. No es algo gradual ni tampoco la sustituye por una expresión seria. Es como si su semblante se quedara en blanco.

—¿Te llamó? ¿Respondiste?

Algo va mal. Damaya se da cuenta en aquel momento, por instinto, y eso hace que no pueda articular las palabras que tenía preparadas. La voz de la Guardiania ha cambiado: es más grave, habla más bajo, casi en susurros, como si dijera algo que no quiere que oiga nadie más.

—¿Qué te dijo? —La Guardiania extiende la mano y, aunque Damaya obedece y pone la suya encima de inmediato, en realidad no quiere hacerlo. Lo hace de todas maneras, porque hay que obedecer a los Guardianes. La mujer agarra la mano de Damaya y le pone la palma hacia arriba mientras la aprieta. Le aprieta la línea de la vida—. Puedes decírmelo.

Damaya niega con la cabeza, muy confundida.

—¿Qué me dijo el qué?

—Está enfadado. —La voz de la mujer baja aún más de volumen, se vuelve más monótona, y Damaya se da cuenta de que ya no pretende que no la oigan. Suena diferente porque ya no se trata de su voz—.

Enfadado y asustado. Oigo cómo ambos sentimientos, la rabia y el miedo, se reúnen y se ensanchan. Se preparan para regresar.

Es como si... como si hubiera alguien dentro de la Guardiana, y fuera esa persona quien le habla, con su cara, su voz y todo lo demás. Mientras dice todo eso, la mano de la mujer empieza a apretar la de la niña. Tiene el pulgar sobre los huesos que Schaffa había roto hace año y medio, y empieza a apretarlos. Damaya siente cómo se desvanece, y una parte de ella piensa al mismo tiempo que no quiere que le vuelvan a hacer daño.

—Te diré lo que quieras —suplica, pero la Guardiana no deja de apretar. Es como si no la oyera.

—La última vez, hizo lo que tenía que hacer. —Cada vez aprieta más fuerte. Schaffa no tenía uñas, pero ella las tiene largas, y la del pulgar empieza a clavarse en la palma de Damaya—. Se filtró por las paredes y contaminó esa creación inmaculada, se aprovechó de ella antes de que ellos se aprovecharan de él. Cuando se realizaron esas conexiones arcanas, él también modificó a los que lo controlaban. Los encadenó a él, vinculó sus destinos.

—No, por favor —susurra Damaya. Le ha empezado a sangrar la palma. En ese mismo momento se oye cómo alguien llama a la puerta. La mujer hace caso omiso de ambas cosas.

—Los hizo parte de él mismo.

—No entiendo —dice Damaya. Duele. Duele mucho. Tiembla y solo espera a que se le parta el hueso.

—Lo hizo para lograr la comunión, un compromiso. Pero en lugar de eso, la lucha... se intensificó.

—¡No lo entiendo! ¡No tiene sentido!

Esto no va bien. Damaya le acaba de alzar la voz a una Guardiana, pero sabe de sobra que aquí pasa algo raro. Schaffa le prometió que solo le haría daño por una buena causa. Es un principio básico para todos los Guardianes, Damaya lo ha corroborado por la forma en la que interactúan con sus compañeros balastos y los orogenes anillados. En el Fulcro la vida tiene un orden, y esa mujer lo está rompiendo.

—¡Suéltame! ¡Haré lo que quieras! ¡Suéltame ya!

La puerta se abre, y Schaffa entra a toda prisa. Damaya respira tranquila, pero el hombre no la mira. Tiene la mirada fija en la Guardiana que agarra la mano de Damaya. No sonrío y avanza hasta ponerse detrás de la mujer.

—Timay, contente.

«Timay no es el nombre de mi pueblo», piensa Damaya.

—Les habla solo como advertencia —murmura la mujer—. La próxima vez no habrá concesiones...

Schaffa suelta un pequeño suspiro y luego clava los dedos en la nuca de Timay.

Al principio, desde el lugar en el que se encuentra, Damaya no distingue bien lo que ha hecho el hombre. Solo ve que hace un movimiento brusco y repentino que obliga a la mujer a mover la cabeza hacia delante. Timay tiene los ojos desorbitados, y hace un sonido tan brusco y estridente que suena casi obsceno. El rostro de Schaffa no muestra expresión alguna, y entonces dobla el brazo. En ese momento, los primeros hilillos de sangre empiezan a derramarse por el cuello de Timay, caen en su túnica y gotean en sus muslos. La mano con la que agarra a Damaya se relaja en ese mismo momento, y la cara de la mujer pierde la conciencia.

En ese momento, además, Damaya empieza a gritar. Sigue gritando, mientras Schaffa gira la mano y se le tuerce la cara por el esfuerzo que ejerce para hacer lo que quiera que esté haciendo. Oye cómo crujen

los huesos y cómo se desgarran los tendones. Luego Schaffa levanta la mano mientras sostiene entre el pulgar y el dedo índice algo pequeño que no distingue a ver... porque está completamente cubierto de sangre. Timay cae hacia delante, y la niña ve que tiene la base del cráneo destrozada.

—Silencio, pequeña —dice Schaffa, con delicadeza, y Damaya obedece.

Otro Guardián entra en la habitación, mira hacia Timay, luego a Schaffa, y suspira.

—Qué desafortunado.

—Muy desafortunado. —Schaffa le ofrece la cosa cubierta de sangre, y el hombre abre ambas manos para recibirla, con cuidado—. Sacad esto de aquí. —Y señala con un gesto el cuerpo de Timay.

—Claro.

El hombre se marcha con aquella cosa que Schaffa acaba de sacar de Timay, y luego dos Guardianes más entran en el lugar, suspiran igual que acaba de hacer el primero y cogen el cuerpo de la mujer de la silla. La arrastran hacia fuera, y uno de ellos se detiene para limpiar con un pañuelo las gotas de la mesa donde cayó Timay. Se hace todo de manera muy eficiente. Schaffa se sienta en el sitio de la mujer, y Damaya lo mira porque es lo que debe hacer. Se miran en silencio durante unos momentos.

—Déjame ver —dice Schaffa, con amabilidad, y la niña le acerca la mano. No tiembla, para su sorpresa.

El hombre la coge con la mano izquierda, la que aún sigue limpia porque no ha arrancado nada del tronco cerebral de Timay. La gira, la examina con cuidado y le cambia la cara cuando ve la medialuna de sangre en el lugar donde la uña de Timay le había abierto la herida. Una gota de la sangre de Damaya se desliza por la mano y cae en el mismo lugar de la mesa donde había caído hacía un momento la sangre de Timay.

—Menos mal. Temía que te hubiera hecho una herida peor.

—¿Q-qué ha...? —empieza a articular Damaya, pero le es imposible decir nada más.

Schaffa sonríe, aunque hay algo de tristeza en aquel gesto.

—Algo que no deberías haber visto.

—¿Qué ha sido...? —pregunta, con un esfuerzo digno de un decanillado.

Schaffa se queda pensando por un momento y luego dice:

—Ya sabes que los Guardianes somos... diferentes. —Sonríe, como si pretendiera recordarle lo muy diferentes que son. Los Guardianes sonrían mucho.

La niña asiente, en silencio.

—Tenemos un... procedimiento. —Le suelta la mano un momento para tocarse la nuca, oculta por su largo cabello negro—. Es algo que nos convierte en lo que somos. Un implante. A veces no va bien y hay que extirparlo, como acabas de ver. —Se encoge de hombros. Aún tiene la mano derecha llena de vísceras—. La conexión de un Guardián con su orogén puede servir para aplacar los peores efectos, pero Timay descuidó la suya. Inepta.

Recuerda un granero frío de las Normelat, un instante que creía que había sido una muestra de afecto, dos dedos presionados contra la nuca de Damaya.

«El trabajo es lo primero —había dicho entonces—. Algo que me hará estar más cómodo.»

Damaya se humedece los labios.

—L-las cosas. Las cosas que decía. No tenían. Sentido.

—Escuché un poco de lo que dijo.

—No era ella. —Ahora es Damaya la que dice cosas que no tienen sentido—. Era una persona diferente. Hablaba como si... como si estuviera poseída. —Como si hubiera alguien más en su cabeza. Como si alguien utilizara su boca para decir aquellas cosas—. No dejaba de hablar sobre una hendidura. Decía que la hendidura estaba enfadada.

Schaffa inclina la cabeza.

—Claro, por el Padre Tierra. Es una ilusión colectiva.

Damaya parpadea. ¿Qué? Ha dicho que eso estaba enfadado. ¿Cómo puede ser?

—Tienes razón. Timay ya no estaba en pleno uso de sus facultades. Siento que te haya lastimado. Siento que hayas tenido que presenciarlo. Lo siento mucho, pequeña.

La disculpa suena tan sincera y hay tanta compasión en su mirada, que Damaya hace algo que no ha hecho desde una noche fría y oscura que pasó en un granero de las Normelat: rompe a llorar.

Un momento después, Schaffa se levanta y rodea la mesa para cogerla, se sienta en su silla y deja que la niña se acurruque contra él y lllore en su hombro. En el Fulcro la vida tiene un orden, y aquello forma parte de él: si uno no enfada a los Guardianes, estos ofrecen lo más cercano a la protección que los orogratas van a sentir jamás. Damaya llora durante un buen rato, y no lo hace por lo que ha visto esa noche. Lo hace porque se ha sentido muy sola aunque no lo haya expresado, y Schaffa... bueno, Schaffa la quiere a su manera: amable y aterradora. La niña no le presta atención a la mancha sanguinolenta que la mano derecha del hombre le ha dejado en la cadera, ni a la presión con la que sus dedos se atenazan contra su nuca, una presión con la que podría matarla. Son cosas irrelevantes.

Cuando se aplaca aquella tormenta de sollozos, Schaffa la acaricia con la mano limpia.

—¿Cómo te sientes, Damaya?

La niña no levanta la cabeza del hombro. El hombre huele a sudor, cuero y acero, cosas que ella siempre asociará con miedo y comodidad.

—Estoy bien.

—Muy bien. Necesito que hagas algo por mí.

—¿El qué?

El hombre la estruja con cariño.

—Voy a sacarte de la habitación y te voy a llevar a un crisol, donde realizarás el examen del primer anillo. Tienes que aprobar. Hazlo por mí.

Damaya parpadea, frunce el ceño y levanta la vista. El hombre le sonrío, amable. Eso hace que, de improviso, se dé cuenta de que el examen no solo es para poner a prueba su orogenia. Al fin y al cabo, la mayor parte de los orogratas saben que van a hacer el examen con la antelación suficiente para poder prepararse y practicar. Ella tendrá que hacerlo sin previo aviso, porque es su única oportunidad. Ha desobedecido y no es de fiar, por lo que tendrá que demostrar que es útil. Si no...

—Necesito que vivas, Damaya. —Schaffa apoya su frente en la de ella—. Mi pequeña niña compasiva. Mi vida está tan llena de muerte. Por favor, aprueba el examen. Hazlo por mí.

Hay tantas cosas que le gustaría saber... Le gustaría saber a qué se refería Timay, qué le ha ocurrido a Binof, qué era esa hendidura y por qué estaba oculta, qué le ocurrió a Raja el año anterior... Por qué Schaffa le da una oportunidad como aquella. Pero en el Fulcro la vida tiene un orden, y es su deber no cuestionar la voluntad de un Guardián.

Pero...

Pero...

Pero. Gira la cabeza y mira hacia la gota de sangre que ha caído en la mesa.

Aquello no está bien.

—¿Damaya?

«Lo que le han hecho no está bien.» Lo que sufre todo el mundo entre esos muros. Lo que se les obligan a hacer para sobrevivir.

—¿Lo harás? ¿Por mí?

Quiere a aquel hombre. Eso tampoco está bien.

—Ya he elegido... —Damaya cierra los ojos. No puede mirarlo y decir eso. No sin que el hombre se dé cuenta de que no está de acuerdo con lo que sucede—. Ya he elegido un nombre de orograta en caso de que apruebe.

El hombre no la reprende por lo inoportuno de su lenguaje.

—¿Ya lo has elegido? —Parece satisfecho—. ¿Cuál es?

La niña se humedece los labios.

—Sienita.

Schaffa se reclina en la silla, pensativo.

—Me gusta.

—¿Sí?

—Claro que sí. Me gusta porque lo has elegido tú. —Se ríe, pero suena sincero. Se ríe con ella, no de ella—. La sienita se forma en los bordes de las placas tectónicas. El calor y la presión no la deterioran, sino que la hacen más resistente.

Lo ha entendido. La niña se muerde el labio y siente cómo las lágrimas le asoman por los ojos. No está bien que quiera a ese hombre, pero hay demasiadas cosas en el mundo que tampoco están bien. Reprime las lágrimas y toma una decisión. Llorar es una debilidad. Llorar era algo que hacía Damaya. Sienita será más resistente.

—Lo haré —le promete Sienita, en voz baja—. Aprobaré el examen por ti, Schaffa. Lo prometo.

—Qué buena es mi niña —dice Schaffa mientras sonrío y la aprieta contra su cuerpo.

* * *

[ilegible] aquellos que se unan demasiado a la tierra. Dejarán de tener el control de sí mismos, no les permitáis que controlen a nadie.

Tablilla segunda, «Una verdad incompleta»,
versículo noveno

Descubres las maravillas de las profundidades

Ykka te lleva hacia la casa de la que salieron ella y sus compañeras. Dentro hay pocos muebles y las paredes están vacías. El suelo y las paredes, llenos de arañazos. Se nota un persistente olor a comida y a persona poco aseada: allí ha vivido alguien hasta hace no demasiado tiempo. Quizás hasta que comenzó la estación. Ahora la casa es poco más que un cascarón vacío, y avanzas con los demás hacia la puerta del sótano. Al final de los escalones hay una sala grande y diáfana, iluminada tan solo con antorchas de madera empapadas en resina.

Y entonces te das cuenta de que aquello es algo más que una extraña comunidad de personas y algunos que no son personas: las paredes del sótano son de granito. Nadie extrae granito para construir un sótano y... no estás segura de que la sala sea excavada. Todo el mundo se detiene mientras tú te acercas para tocar una de las paredes. Cierras los ojos y te enlazas. Sí, sientes algo familiar en ella. Un orograta creó aquel muro pulido a la perfección usando una voluntad y una concentración tales que escapan a tu comprensión (aunque no es la concentración más perfecta que has llegado a sesapinar). Nunca has conocido a nadie capaz de hacer algo así con la orogenia. No está hecha para construir nada.

Te das la vuelta y ves que Ykka te mira.

—¿Es cosa tuya?

Sonríe.

—No. Esta y otras entradas secretas llevan aquí desde hace siglos, mucho antes de que yo naciera.

—¿Los habitantes de esta comu han trabajado con orogenes desde hace tanto tiempo?

La mujer le había dicho que la comu solo tenía cincuenta años.

Ykka se ríe.

—No. Me refiero a que el mundo ha pasado por muchas manos a lo largo de tantas estaciones. No todos han sido tan estúpidos como nosotros a la hora de valorar la utilidad de los orogenes.

—Ahora no somos nada estúpidos con el asunto —respondes—. Todo el mundo sabe muy bien cómo usarlos.

—Vaya. —Ykka tuerce el gesto, con tristeza—. ¿Te entrenaron en el Fulcro? Los que sobreviven siempre dicen ese tipo de cosas.

Te preguntas a cuántos orogenes entrenados en el Fulcro habrá conocido esa mujer.

—Sí.

—Bueno. Ahora podrás comprobar que somos capaces de mucho más si nos lo proponemos.

Ykka señala una amplia abertura en la pared unos metros detrás de ella. No la habías visto debido a lo conmocionada que te había dejado la estructura del sótano. De ella surge una suave brisa que recorre la estancia. También hay tres personas que deambulan por la entrada y te miran con todo tipo de expresiones: hostilidad, cautela y curiosidad. No llevan armas: las han dejado apoyadas en la pared cercana y no les prestan atención. Te das cuenta de que son los guardias que la comu debería tener en la puerta del exterior, esa que no tiene. Y están aquí, en el sótano.

La rubia habla entre susurros con uno de los guardias, lo que acentúa lo pequeña que es, unos treinta centímetros más baja y casi cincuenta kilos más ligera que la más pequeña de ellas. Ya podrían haberle hecho un favor sus antepasados y concebir con algún sanzedino que otro. Continuáis el camino y los

guardias se quedan detrás, dos de ellos se sientan en unas sillas que hay cerca y el tercero vuelve a subir por las escaleras, seguramente para vigilar los edificios vacíos de la superficie.

En ese momento te das cuenta del cambio de paradigma: la aldea abandonada es, en realidad, el muro de la comu. Un disfraz más que una barrera.

¿Un disfraz para ocultar qué? Sigues a Ykka por la apertura y penetras en la oscuridad.

—El núcleo del lugar siempre ha estado aquí —explica mientras bajáis por un túnel largo y oscuro que bien podría ser la galería de una mina abandonada. Hay vías para carros, aunque son tan viejas y están tan enterradas en la arenilla del suelo que apenas se ven. Son poco más que obstáculos incómodos. Los soportes de madera del túnel parecen viejos, al igual que los marcos de los que cuelgan luces eléctricas en cordeles. Parece como si hubieran servido para sostener antorchas y después las hubiera modernizado un geniero. Las luces aún funcionan, lo que indica que la comu dispone de energía geológica o hidrológica. Ya es más de lo que tienen en Tirimo. La galería también es cálida, pero no ves ninguna de las típicas tuberías de calefacción. Está caliente sin más y, a medida que descienes, aumenta el calor—. Te dije que había minas por la región. Fue así como encontraron las galerías. Alguien picó en una pared en la que no debía y se encontró con una enorme red de túneles que nadie sabía que estaba aquí.

Ykka se queda en silencio durante un rato, y la galería empieza a ensancharse mientras bajáis por un tramo de escalones de metal. Hay muchos. También parecen antiguos, pero te resulta raro que el metal no esté gastado ni oxidado. Está pulido y brillante por todas partes. Los escalones no son nada inestables.

Al cabo, te das cuenta de que la come piedras pelirroja ya no está con vosotros. No os ha seguido hasta la galería. Ykka parece no haberse dado cuenta, así que le tiras del brazo.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntas, aunque te lo puedes imaginar.

—¿Mi...? Ah, esa. Les cuesta desplazarse como lo hacemos nosotros. Tienen sus formas de hacerlo. Y algunas ni me las podía imaginar. —Mira a Hoa, que ha bajado por los escalones con vosotros. Él también la mira, impasible, y ella suelta una carcajada—. Interesante.

Al final de las escaleras hay otro túnel, aunque aquel parece diferente por una razón que no llegas a comprender. La parte superior no es recta, sino curvada, y los soportes son una especie de columnas gruesas y plateadas que surgen de las paredes y se arquean para cubrir también el techo, como si fueran costillas. Casi sientes cómo la antigüedad de aquellos túneles atraviesa los poros de tu piel.

Ykka continúa.

—En serio, todo el lecho de roca de la región está plagado de túneles y orificios, minas sobre minas. Civilizaciones sobre civilizaciones. Construcciones sobre construcciones.

—Aritussid —dice Tonkee—. Jyamaria. Las naciones inferiores de Ottey.

Has oído hablar de Jyamaria en las clases de Historia que dabas en el creche. Era el nombre de una gran nación, la que comenzó a desarrollar la red de carreteras que más tarde mejoró Sanze y que en la antigüedad se extendía por todo lo que ahora son las Surmelat. Desapareció hace unas diez estaciones. El resto de los nombres deben de corresponder a otras civitustas, y te suenan al tipo de cosas de las que hablan los geomestros y a las que nadie más hace caso.

—Es peligroso —adviertes, aunque intentas que tu nerviosismo no quede muy patente—. Si la roca ha estado comprometida durante tanto tiempo...

—Sí, claro, pero es igual de peligroso en cualquier mina, ya sea por la incompetencia o por los terremotos.

Tonkee no deja de girar a uno y otro lado mientras camina para señalarlo todo. Aun así no se tropieza con nadie. Es increíble.

—Ese terremoto que tuvo lugar en el norte fue tan pronunciado que hasta esto debería haberse derrumbado —observa.

—Tienes razón. Ese terremoto, al que llamamos la Hendidura de Yumenes porque a nadie se le ha ocurrido todavía un nombre mejor, ha sido el peor que ha assolado el mundo en mucho tiempo. Y no creo que exagere. —Ykka se encoge de hombros y te vuelve a mirar—. Pero los túneles no se derrumbaron porque yo estaba aquí. No lo permití.

Asientos, despacio. Es lo mismo que hiciste tú por Tirimo, aunque Ykka debe de haber protegido algo más que la superficie. Aun así, la zona debe de ser más o menos estable, o de lo contrario esos túneles se habrían derrumbado hace muchos años.

Pero lo que dices es:

—No estarás aquí para siempre.

—Cuando no esté, lo hará otro. —Se encoge de hombros—. Ya te he dicho que ahora hay muchos de los nuestros por aquí.

—En cuanto a eso... —Tonkee cambia el pie de apoyo y centra toda su atención en Ykka de improviso. Ykka ríe.

—En realidad, no. —Sospechas que, al mismo tiempo, Tonkee ha tomado nota de la composición de los soportes y las paredes, contado vuestros pasos y a saber qué más, todo ello mientras habla—. ¿Cómo lo hacéis? ¿Cómo atraéis la atención de los orogenes para que vengan?

—¿Atraer? —Ykka niega con la cabeza—. No es tan siniestro, pero es difícil de describir. Hago... algo. Algo... —Queda en silencio.

En ese momento, te tropiezas. No te has golpeado contra nada en el suelo, es como si te resultara difícil caminar en línea recta, como si se hubiera formado de improviso una pendiente. En dirección a Ykka.

Te detienes y la miras fijamente. Ella también se detiene y se da la vuelta para mirarte.

—¿Cómo lo haces? —preguntas.

—No lo sé. —Extiende las manos al ver que no la crees—. Tan solo es algo que intenté hace unos años. Poco después de que empezara a hacerlo, un hombre vino al pueblo y dijo que me había sentido a kilómetros de distancia. Luego vinieron dos niños que ni sabían a qué habían reaccionado. Luego, otro hombre. Lo hago desde entonces.

—¿Hacer qué? —pregunta Tonkee, que no para de miraros a Ykka y a ti.

—Algo que solo sienten los orogratas —explica Ykka, aunque ya te habías dado cuenta de ello. Luego mira a Hoa, que también os mira a ambas, muy quieto—. Y ellos. Me di cuenta más tarde.

—En cuanto a eso...

—Por las montañas de óxido y los fuegos de la Tierra, hacéis demasiadas preguntas.

Lo ha dicho la rubia, que niega con la cabeza y os señala a todos mientras camináis.

Delante se escuchan algunos sonidos quedos y se nota que el aire empieza a circular. Pero ¿cómo va a ser eso? Debéis de estar a más de un kilómetro de profundidad, quizá dos. La brisa es cálida y porta aromas que ya casi has olvidado después de pasar semanas respirando ceniza y azufre a través de una máscara. Algo de comida cocinada, un poco de basura, madera ardiendo... Gente. Hueles gente. Mucha. Y

hay una luz, mucho más potente que los cordeles de luz eléctrica de las paredes, justo delante.

—¿Una comu subterránea? —Tonkee articula tus pensamientos, aunque ella parece mucho más escéptica. Conoces más cosas supuestamente imposibles que ella—. No, no se puede ser tan estúpido.

Ykka se limita a reír.

La luz tan peculiar empieza a iluminar la sala que tienes a tu alrededor, el aire circula con más rapidez y el ruido se hace más intenso. Llegáis a un lugar en el que el túnel se abre para convertirse en un saliente amplio con una barandilla de seguridad. Un mirador espectacular, que está en ese lugar porque algunos genieros e Innovadores sabían cómo reaccionarían los visitantes. Haces lo mismo que aquel diseñador de la antigüedad esperaba que hicieras al llegar allí: quedarte mirando con la boca abierta, sentirte insignificante ante tamaña maravilla.

Es una geoda. Lo sesapinas por la manera en la que la roca que te rodea cambia y se convierte en algo diferente. Un guijarro en el riachuelo, la trama en la urdimbre. Hace eones, dentro del Padre Tierra, se formó una burbuja en una corriente de mineral fundido. En su interior, alimentados por presiones inconcebibles y bañados por agua y fuego, crecieron cristales. Este es del tamaño de una ciudad.

Quizá por eso alguien construyó una ciudad en el interior.

Te encuentras frente a una caverna grande y abovedada llena de cristales brillantes del tamaño de árboles. Árboles grandes. O edificios. Edificios grandes. Sobresalen de las paredes y forman un batiburrillo muy peligroso. Son de alturas y diámetros variados. Algunos son blancos y translúcidos, mientras que otros son ahumados o de tonos púrpura. Algunos son pequeños y gruesos y sus puntas afiladas asoman unos metros de las paredes en las que crecen, mientras que otros muchos se extienden a lo largo de la gran caverna y se pierden a lo lejos. Forman montantes y también caminos demasiado escarpados como para ser transitables y se extienden en todas direcciones de una manera que no logras comprender. Es como si alguien hubiera contratado a una arquitecta para construir una ciudad con los materiales más bonitos que existen, y ella se hubiera limitado a meterlos en una caja y agitarla para ver qué salía y hacer la gracia.

Te queda claro que viven en ellos. Ves que hay puentes de cuerda y plataformas de madera por todas partes. Cordeles que cuelgan con faroles eléctricos, y cuerdas y poleas que cargan con pequeños ascensores que llevan de una plataforma a otra. A lo lejos ves que un hombre desciende por unas escaleras de madera construidas alrededor de una enorme columna blanca e inclinada, y dos niños juegan entre dos cristales pequeños y gruesos del tamaño de casas en el suelo, a mucha distancia.

De hecho, algunos de los cristales son casas. Tienen agujeros cortados con forma de puertas y ventanas. Ves que hay gente en el interior de algunos. Ves también volutas de humo que surgen de aperturas similares a chimeneas que hay en las puntas de los cristales.

—Ruín y aciaga Tierra —murmuras.

Ykka está de pie con las manos apoyadas en las caderas y disfruta de tu reacción con un gesto de orgullo en la mirada.

—No construimos la mayoría de esto —admite—. Lo más nuevo, sí, los puentes y ese tipo de cosas, pero los cristales ya estaban ahuecados. No sabemos cómo lo habrán hecho sin romperlos. Las pasarelas de metal están hechas del mismo material que los escalones de los túneles por los que acabamos de pasar. Los genieros no tienen ni idea de cómo se ha podido construir algo así, y los metaloacervistas y alquimistas se ponen a mil cuando las ven. Hay mecanismos ahí arriba —señala hacia el techo de la

caverna, que apenas es visible y se encuentra a cientos de metros sobre ellas. Casi ni la escuchas: tienes la mente embotada y te empiezan a doler los ojos de no parpadear— que bombean el aire viciado hacia una zona porosa de la tierra que lo filtra y lo saca a la superficie. También hay otros que bombean aire limpio hacia el interior. En el exterior de la geoda hay otros mecanismos que hacen que el agua de una fuente termal circule a través de una turbina que nos proporciona energía eléctrica (tardamos mucho tiempo en comprender cómo funciona) y también que podamos usar el agua para el día a día. —Suspira—. Pero para serte sincera, no sabemos cómo funcionan ni la mitad de las cosas que hemos encontrado aquí. Todo se construyó hace mucho tiempo. Mucho antes de que existiera la Antigua Sanze.

—Las geodas son inestables cuando se rompe la parte exterior. —Aquello ha dejado impresionada hasta a Tonkee. Por el rabillo del ojo ves que se ha quedado quieta por primera vez desde que la conoces—. No tiene sentido construir nada en el interior. ¿Y por qué brillan los cristales?

Tiene razón. Brillan.

Ykka se encoge de hombros y cruza los brazos.

—Ni idea, pero los constructores querían que perdurara y resistiera los terremotos, así que le hicieron algunas cosas a la geoda para asegurarse de ello. Y la geoda resistió, pero ellos no. Cuando llegaron los habitantes de Castrima, el lugar estaba lleno de esqueletos, y algunos de ellos se hicieron polvo con solo tocarlos.

—Dices que los antepasados de tu comu decidieron mudarse al artefacto gigante de una civitusta que acabó con la vida de sus últimos habitantes —mascullas. No consigues que suene tan sarcástico como pretendes: estás demasiado nerviosa—. Genial. ¿Por qué no volver a cometer tamaño error?

—Créeme, es un asunto sobre el que todavía discutimos. —Ykka suspira y se inclina en la barandilla, lo que hace que te estremezcas. Es una caída muy grande, y algunos de los cristales de la parte inferior de la geoda parecen afilados—. Durante mucho tiempo, nadie quiso vivir aquí. Castrima usaba los túneles y este lugar como abasto, aunque nunca para guardar las cosas indispensables como comida ni medicinas. Pero los muros nunca se resquebrajaron, a pesar de los terremotos. La historia también nos convenció: una banda de comubundos atacó la comu que controlaba la zona durante la última estación, una comu con todas las de la ley, con muros y cosas de esas. La redujeron a cenizas y se llevaron sus bienes más preciados. Los supervivientes tuvieron que elegir entre mudarse aquí abajo o intentar sobrevivir arriba sin muros, sin calefacción y con las bandas de saqueadores que aparecían de vez en cuando para robar los restos. Esa gente fue la que nos precedió.

«La necesidad es la única ley», advierte el litoacervo

—No es que tuvieran elección. —Ykka se endereza y os indica que la volváis a seguir. Empezáis a caminar por una rampa amplia que desciende poco a poco hacia el suelo de la caverna. Más tarde te das cuenta de que caminas por un cristal. Alguien lo ha pavimentado con hormigón para que tenga más adherencia, pero por fuera de esa banda gris ves cómo tiene un ligero brillo blanco—. La mayor parte de la gente que se mudó aquí durante aquella estación también murió. No consiguieron hacer funcionar los mecanismos de purificación de aire, por lo que se asfixiaron unos días después de bajar. Y tampoco tenían comida, por lo que a pesar de estar seguros, tener agua y no pasar frío, murieron antes de que volviera a salir el sol.

Esa historia ya la has escuchado antes. La única novedad es dónde tiene lugar. Asientes, con la mirada perdida, y haces un esfuerzo para no tropezar cuando fijas la atención en un anciano que recorre

la caverna colgando del cable de una polea, con el culo ceñido a un nudo de cuerda en el que lo apoya. Ykka hace una pausa para saludar, y el hombre le devuelve el saludo mientras se desliza por el cable.

—Los supervivientes de aquella pesadilla crearon un puesto comercial que acabó convirtiéndose en Castrima. Contaban historias sobre este lugar, pero nadie quería vivir aquí... hasta que mi bisabuela descubrió por qué no funcionaban los mecanismos. Para hacerlos funcionar le bastó con atravesar esa entrada. —Ykka señala con un gesto el lugar del que habéis venido—. También los hizo funcionar la primera vez que bajé yo.

Te detienes. Por un momento, todo el mundo sigue caminando, pero Hoa es el primero que se da cuenta de que no los sigues. Se da la vuelta y te mira. En su expresión distingues una cautela que no habías visto antes, oculta por el miedo y la fascinación. Más tarde, después de todo esto, tendrás que hablar con él. Ahora hay cosas más importantes en las que pensar.

—Esos mecanismos —afirmas. Tienes la boca seca—. Funcionan con orogenia.

Ykka asiente, con una ligera sonrisa.

—Eso es lo que creen los genieros. Pero claro, ahora que funcionan es fácil llegar a esa conclusión.

—¿Acaso...? —Tanteas las palabras, pero no las encuentras—. ¿Cómo?

Ykka se ríe y niega con la cabeza.

—No tengo ni idea. Funcionan, y ya está.

Esa respuesta te da más miedo que todo lo que te ha enseñado hasta el momento.

Ykka suspira y apoya las manos en las caderas.

—Essun —dice, y tú te sobresaltas—. Te llamas así, ¿verdad?

Te humedeces los labios.

—Essun Resis... —Te quedas en silencio, porque has estado a punto de articular el nombre que le dijiste a la gente de Tirimo durante años, un nombre que es mentira—. Essun —te limitas a decir. Mentira, pero menos.

Ykka mira hacia tus compañeros.

—Tonkee Innovador Dibars —dice Tonkee. Te mira, avergonzada, y luego baja la cabeza.

—Hoa —dice Hoa. Ykka lo mira durante más tiempo, como si esperara algo más, pero el niño no añade nada.

—Muy bien. —Ykka extiende los brazos, como si intentara rodear toda la geoda, y luego os mira con la barbilla levantada, desafiante—. Esto es lo que hemos intentado hacer en Castrima: sobrevivir. Como todo el mundo. La única diferencia es que intentamos innovar un poco. —Señala con la cabeza a Tonkee, que ríe entre dientes, nerviosa—. Puede que muramos en el intento, pero al óxido con ello, es algo que podría pasar de igual manera. Estamos en una estación.

Te humedeces los labios.

—¿Podemos marcharnos?

—¿Cómo que si nos podemos marchar, maldito sea el óxido? Casi ni hemos tenido tiempo de explorar... —empieza a decir Tonkee, enfadada, y luego se da cuenta de por qué lo has dicho. La cara se le pone más amarillenta todavía—. Vaya.

Ykka os dedica una sonrisa afilada como un diamante.

—Bien. No sois estúpidos. Eso es bueno. Seguidme. Quiero presentaros a varias personas.

Hace señas para que la volváis a seguir y continúa descendiendo por la rampa, sin haber respondido

a tu pregunta.

* * *

En la práctica, las glándulas sesapinales no son más que un par de órganos que se encuentran en el tronco cerebral y que se ha descubierto que pueden percibir más cosas además de los movimientos sísmicos cercanos y la presión atmosférica. Se han hecho pruebas para confirmar su reacción ante la presencia de depredadores, las emociones ajenas, el frío y el calor extremos y los movimientos de los cuerpos celestes. No se ha podido determinar el mecanismo que impulsa las reacciones.

Nandvid Innovador Murkettsi,
«Comentarios sobre las variaciones sesúnicas en individuos sobredesarrollados»,
comu de aprendizaje de Biomestría de la Séptima Universidad.
(Agradecimientos al Fulcro por la donación de los cadáveres.)

Sienita en el puesto de observación

Cuando llevan tres días en Meov, algo cambia. Durante todo ese tiempo, Sienita se ha sentido muy fuera de lugar, en todos los sentidos. Para empezar, no habla el idioma, que se llama etúrpico. Varias comus de las Costeras todavía lo usan como primer idioma, pero muchos han aprendido sanzedinés para comerciar. Alabastro cree que casi todos los pobladores de las islas son descendientes de las Costeras, algo bastante obvio si se tiene en cuenta el color de su piel y el pelo rizado, pero como hacen incursiones en lugar de comerciar no han necesitado aprender el idioma. Alabastro le ha intentado enseñar etúrpico, pero Sienita no está de humor para aprender nada. Eso se debe al segundo problema, que Alabastro le indica después de que se hayan recuperado de todo lo que les acaba de ocurrir: no se pueden marchar. O, para ser más exactos, no tienen adónde ir.

—Los Guardianes han intentado matarnos una vez. Volverán —dice.

Dan un paseo por una de las zonas más altas y áridas de la isla, el único lugar donde tienen algo de privacidad, ya que las hordas de niños los siguen a todas partes mientras intentan imitar la fonética del sanzedinés. En la isla hay mucho que hacer: los niños están en el creche casi todo el día, y los demás se lo pasan pescando y recogiendo crustáceos y más cosas. Hay mucho que hacer, pero pocas cosas para entretenerse.

—No sabemos lo que hemos hecho para provocar la ira de los Guardianes —continúa Alabastro—, por lo que sería estúpido intentar regresar al Fulcro. Puede que incluso nos lancen otro cuchillo de disrupción antes siquiera de cruzar las puertas.

Sienita cree que, si se para a pensarlo, todo esto era de esperar. Pero también cree que había otra cosa que era de esperar, ahora que mira hacia el horizonte y ve el montículo humeante al que ha quedado reducido Allia.

—Creen que estamos muertos.

La chica aparta la mirada e intenta no pensar cómo habrá quedado aquella bonita y apacible comu costera que recuerda. Todas las alarmas y los preparativos de Allia estaban pensados para los tsunamis, no para esa erupción volcánica imposible que la ha asolado. Pobre Heresmith. Ni Asael merecía una muerte como la que tal vez haya sufrido.

No puede seguir pensando en ello. Se centra en Alabastro.

—A eso te refieres, ¿verdad? Haber muerto en Allia nos permite ser libres aquí.

—¡Eso mismo! —Alabastro sonrío y hasta parece que se echa a bailar. Nunca lo había visto tan contento. Es como si no le preocupara el precio que hay que pagar por la libertad... o como si no le importara—. Aquí apenas están en contacto con el continente y, cuando se relacionan, no es para bien. Los Guardianes que tenemos asignados podrían sentirnos si se acercaran lo suficiente, pero ninguno de ellos vendría a un lugar como este. ¡Las islas ni siquiera figuran en la mayoría de los mapas! —El hombre se tranquiliza—. Pero en el continente darán por hecho que hemos escapado del Fulcro. Todos los Guardianes que se encuentren al este de Yumenes revisarán las ruinas de Allia para comprobar si hemos sobrevivido. Es probable que hayan empezado a circular carteles con dibujos nuestros entre las patrullas de la carretera imperial y las milicias del cuadrante. Supongo que a mí me compararán con Misalem y dirán de ti que eres cómplice. O quizá consigas el respeto que mereces y decidan nombrarte

cerebro de la operación.

Ya, bueno.

Pero tiene razón. Que una comu haya quedado destruida de una manera tan terrible obligará al Fulcro a buscar un chivo expiatorio. ¿Por qué no echarles la culpa a los dos malditos orogratas que se encontraban en la zona y que tenían la capacidad de detener cualquier posible seísmo? La destrucción de Allia supone una traición a todo lo que el Fulcro significa para la Quietud: orogenes domesticados y obedientes, y seguridad frente a la mayoría de los terremotos y estallos. Aplacar el miedo, al menos hasta que tenga lugar la próxima quinta estación. Es obvio que el Fulcro hará lo que sea para desprestigiarlos, porque en caso contrario la gente destruirá sus muros de obsidiana y acabará hasta con el más insignificante de los balastos de su interior.

Tampoco ayuda que Siena, ahora que sus glándulas sesapinales se han desentumecido, pueda sesapinar lo mal que se encuentra Allia. La ciudad está en los límites de su percepción, algo que le sorprende, ya que por alguna razón ahora puede sentir a más distancia que antes, pero lo percibe con la misma claridad: en la zona llana del borde oriental de la placa Superior hay un hueco que desciende y desciende hasta el mismísimo manto del planeta. Siena no es capaz de ir más allá, pero tampoco lo necesita, porque sabe qué es lo que ha provocado ese hueco. Tiene forma de hexágono y justo el mismo diámetro que aquel obelisco de color granate.

Y eso ha emocionado a Alabastro. No necesitaría muchas más razones para odiarlo.

La sonrisa se borra de la cara del hombre.

—Aciaga Tierra, ¿hay algo que te ponga contenta?

—Nos encontrarán. Nuestros Guardianes pueden seguirnos el rastro.

Alabastro niega con la cabeza.

—El mío, no. —Recuerdas que aquel extraño Guardián de Allia dijo algo al respecto—. Y el tuyo te habrá perdido cuando anularon tu orogenia. No afecta solo a tus habilidades, sino que te deja fuera de juego por completo. Necesita volver a tocarte para volver a activar la conexión.

No tenías ni idea.

—Aun así, no dejaré de buscar.

Alabastro hace una pausa.

—¿Tanto te gustaba vivir en el Fulcro?

La pregunta la incomoda y hace que se enfade aún más.

—Al menos, allí podía ser yo misma y no tenía que ocultar mi naturaleza.

El hombre asiente, despacio, y al ver su expresión la chica se da cuenta de que comprende muy bien lo que ha querido decir.

—Y cuando estás aquí, ¿cuál es tu naturaleza?

—Que. Te. Follen. —Se enfada mucho, de improviso, sin meditar la razón.

—Me has follado tú. —La sonrisilla del hombre hace que algo en su interior arda a la misma temperatura a la que se debe de encontrar Allia—. ¿Te acuerdas? Me has follado la Tierra sabe cuántas veces a pesar de que no nos soportamos, y todo porque alguien lo ha ordenado. ¿O acaso han conseguido hacerte creer que es eso lo que quieres hacer? ¿Tantas ganas de polla tienes que hasta te contentas con la mía, que es mediocre y aburrida?

La chica no responde. Ha llegado a un punto en el que no es capaz de pensar ni de hablar. Se ha

enlazado con la tierra y esta reverbera al sentir su rabia, la amplifica. A su alrededor se ha formado un toro robusto y estrecho que ha dejado un anillo de frío de unos tres centímetros, un anillo tan potente que el aire silba y refulge de color blanco por un instante. Piensa congelarlo con tanta fuerza que saldrá despedido hasta las Árticas.

Pero Alabastro se limita a suspirar y a estirarse un poco, y el toro del hombre bloquea el suyo con la misma facilidad con la que unos dedos apagarían la llama de una vela. Lo hace con mucho más cuidado del que lo podría hacer, pero la facilidad y la fuerza con la que aplaca su furia hace que la chica se tambalee. El hombre se inclina hacia delante para ayudar, y ella lo aparta con un gruñido a media voz. Alabastro retrocede de improviso y levanta las manos, como si pidiera una tregua.

—Lo siento —se disculpa. Suena sincero, y la chica se tranquiliza un poco—. Solo intentaba dejar las cosas claras.

Vaya si lo ha hecho. Ella ya lo sabía, sabía que era una esclava, que todos los orogratas lo son, que la sensación de seguridad y validez que percibe en el Fulcro viene a juego con una cadena que controla su derecho a vivir y hasta su derecho a ser dueña de su propio cuerpo. Lo sabía y lo tiene presente, pero es de esas verdades que no deberían enarbolar para pelearse entre ellos, ni siquiera para dejar las cosas claras, porque hacerlo es cruel e innecesario. Por eso odia a Alabastro: no porque sea más poderoso, ni siquiera porque esté loco, lo odia porque se niega a dejarla descansar entre las bonitas fantasías y verdades inconfesables que han permitido que se sienta cómoda y segura durante años.

Se miran el uno al otro durante un momento, y luego Alabastro niega con la cabeza y se da la vuelta para marcharse. Sienita lo sigue porque no tiene otro lugar al que ir. Bajan hasta la zona de las cavernas. Mientras descienden por las escaleras, la chica no puede evitar toparse con la tercera razón por la que se siente tan fuera de lugar en Meov.

En el puerto de la comu hay atracada una elegante embarcación a vela (quizá sea una fragata o un galeón, no sabe distinguir los barcos) que hace parecer minúsculas al resto de embarcaciones. El casco es de una madera tan oscura que casi es negra, y hay partes remendadas con una más clara por aquí y por allá. Las velas están fabricadas con una lona ocre que también está muy remendada y desteñida por el sol y el agua. Pero, por algún motivo, todos aquellos remiendos no desmerecen la peculiar belleza del barco. Se llama *Clalsu*, o al menos eso es lo que cree haber escuchado cuando han dicho el nombre, y atracó dos días después de que Sienita y Alabastro llegaran a Meov. A bordo había un buen número de adultos de la comu en buenas condiciones físicas y un botín ilícito que consiguieron después de pasar varias semanas de saqueo por las rutas marítimas de la costa.

En el *Clalsu* también viene el capitán, que en realidad es la mano derecha del líder de la comu, aunque se pase más tiempo fuera de la isla que en ella. De no haberlo sabido antes, Sienita habría creído que el hombre que descendía por la pasarela y saludaba a una multitud que lo vitoreaba era, en realidad, el verdadero líder de Meov. A pesar de no entender ni media palabra, le quedó claro que todo el mundo lo amaba y apreciaba. Se llama Innon, Innon Resistente Meov para los habitantes del continente. Es un hombre grande y de piel negra, como la mayoría de los meovenses, y con una personalidad cautivadora capaz de ensombrecer la de cualquier Líder yumenescí.

Pero lo cierto es que no es ni un Resistente, ni Lomocurtido ni Líder. Ninguno de esos apellidos al uso significa nada en una comu que rechaza las costumbres sanzedinas. Es un orogén. Un feral, nacido libre y criado abiertamente por Harlas, que también es orograta. Allí todos los líderes son orogratas. Así

es como la isla ha conseguido sobrevivir a más estaciones de las que se han preocupado de contar.

Aun así, Siena no está muy segura de cómo tratar a Innon.

Un ejemplo: la chica oye cómo atraviesa la entrada de la caverna principal de la comu. Todo el mundo lo oye, pues el hombre habla igual de alto dentro de las cuevas que cuando está en la cubierta del barco. Aunque no sea necesario, porque hasta el más mínimo sonido produce eco allí dentro. No es el tipo de hombre capaz de controlarse, ni siquiera cuando debería.

Y en ese momento queda aún más patente.

—¡Sienita! ¡Alabastro! —La comu está reunida alrededor de los fogones públicos mientras comparte la cena. Todo el mundo se sienta en bancos de piedra o madera, relajado mientras charla, pero hay un gran grupo de gente que se sienta alrededor de Innon, que los entretiene... con algo. Acaba de empezar a hablar en sanzedinés, ya que es uno de los pocos habitantes de la comu que lo habla, aunque con un acento exagerado—. Os he estado esperando. Tenemos historias magníficas que contaros. ¡Sentaos!

Pero en ese momento se levanta y empieza a gesticular para que se acerquen, como si dejarse los pulmones con los gritos no fuera suficiente, o como si un hombre de casi dos metros con una melena llena de trenzas y ropas de tres naciones diferentes (de colores llamativos) fuera difícil de ver entre la multitud.

Sienita sonrío sin querer mientras avanza hacia el círculo de bancos donde al parecer Innon ha reservado uno para ellos. Los demás miembros de la comu murmuran algunos saludos que Siena ya empieza a reconocer. Para ser educada, intenta pronunciar cosas parecidas y soporta las risillas cuando dice algo equivocado. Innon le dedica una gran sonrisa y repite bien las palabras. La chica las vuelve a pronunciar y todos asienten a su alrededor.

—Excelente —dice Innon, con tanto énfasis que sería absurdo no pensar que es sincero.

Luego el hombre le sonrío a Alabastro, que está detrás de ella.

—Eres buen profesor, al parecer.

Alabastro agacha un poco la cabeza.

—En realidad, no. No puedo evitar que mis alumnos me odien.

—Vaya —dice Innon, despacio y con una voz grave que resuena como el peor de los terremotos. Su sonrisa se parece a la fisura de una vesícula, algo caliente que brilla y da miedo, sobre todo de cerca—. Vamos a intentar cambiar las cosas, ¿vale?

Luego mira a Siena, con un interés descarado y sin importarle que el resto de miembros de la comu se rían entre dientes por ello.

Y ahí reside el problema: es un hombre extravagante, ruidoso y vulgar que no oculta lo mucho que le gusta Sienita. Y, por desgracia, porque de lo contrario todo sería muy sencillo, a la chica también le atrae algo de él. Quizá su fiereza. Nunca ha conocido a nadie así.

Lo curioso es que parece que al hombre también le gusta Alabastro, y que Alabastro parece seguirle el juego.

Es algo confuso.

Después del revuelo que acaba de montar, Innon se dirige hacia la gente con su característico encanto.

—¡Bueno, bueno! Tenemos mucha comida y muchas cosas bonitas creadas por la gente y por las que otra gente ha pagado.

En ese momento empieza a hablar en etúrpico y repite lo mismo para que los demás lo entiendan.

Todos se ríen con la última frase, en gran parte porque, después de que llegara el barco, casi todos ellos llevan ropa y joyas nuevas. Luego Innon retoma la conversación, y a Siena no le hace falta que Alabastro le confirme que el hombre les cuenta una historia, porque el pirata casi la cuenta con todo su cuerpo. Se inclina hacia delante y habla en voz baja mientras todos lo miran fijamente y escuchan aquel momento tenso del que parece hablar. Luego imita con gestos a alguien que cae de algún sitio y entrechoca las manos para imitar el sonido de un golpe contra el suelo y hacer que el aire escape entre las palmas de las manos. Los niños que lo escuchan empiezan a reír, los jóvenes sueltan una risilla y los adultos sonrían.

Alabastro le traduce un poco de la historia. Al parecer, Innon les está contando su última incursión a una pequeña comu de las Costeras que se encuentra a unos tres días de viaje hacia el norte. Siena no le presta demasiada atención, ya que prefiere concentrarse en los movimientos que realiza el pirata e imaginarlo practicando unos muy diferentes. En ese momento Alabastro deja de traducir, y cuando la chica se da cuenta, se sorprende, lo mira y ve que el hombre no le quita la vista de encima.

—¿Te gusta? —pregunta.

Siena hace una mueca de vergüenza. Lo ha preguntado en voz baja, pero están justo al lado de Innon, y en ese momento el hombre decide prestarles atención. ¿Y qué? Quizá sea más fácil decir las cosas claras. Preferiría tener elección, pero para variar Alabastro no le ha dado ninguna.

—Lo de ser discreto no se te da, ¿no?

—La verdad es que no. Responde.

—¿Y a qué viene esto? ¿Es una especie de desafío? —Lo dice porque ha visto la manera en que Alabastro mira a Innon. Ver a un cuarentón sonrojarse y tartamudear como si fuera virgen le parece hasta adorable—. ¿Quieres que te deje vía libre?

Alabastro se sobresalta, como si le hubieran tocado la fibra sensible. Luego frunce el ceño, confundido por la manera en que ha reaccionado (como Sienita), y se aleja de ella. Luego murmura entre dientes:

—Si te digo que sí, ¿lo harías? ¿De verdad?

Sienita parpadea. Bueno, es lo que le acaba de decir, pero ¿lo haría? En ese momento, duda.

Al ver que no responde, el gesto de Alabastro pasa a ser de frustración. Murmura algo que bien podría ser un «no importa», se levanta y se aleja del círculo de personas que escuchaban la historia, con cuidado de no molestar a nadie. Su partida significa que Sienita ya no entiende nada, pero es igual. Innon es entretenido aunque no se le entienda, y ahora que no puede prestar atención a lo que dice, sí que puede pensar en lo que le ha preguntado Alabastro.

Al cabo, la historia termina, todo el mundo aplaude y no tardan en pedirle que cuente otra. La gente se levanta, deambula por la sala y se acerca a la cacerola enorme de gambas especiadas, arroz y algas ahumadas para repetir la cena, pero Sienita decide ir en busca de Alabastro. No sabe muy bien qué le va a decir, pero... bueno. El hombre merece una respuesta.

Lo encuentra en casa, agazapado en una esquina de la habitación enorme y vacía, a unos metros de la cama de algas secas y pelo animal en la que han dormido. No se ha molestado en encender los faroles, y la chica sabe que está ahí porque es poco más que un borrón más oscuro en las sombras.

—Márchate —espeta el hombre cuando la chica entra en la habitación.

—Yo también vivo aquí —responde ella, con el mismo ímpetu—. Márchate tú si quieres llorar o lo que sea que estés haciendo.

Por la Tierra, espera que no esté llorando.

El hombre suspira. No parece que llore, pero tiene las piernas recogidas, los hombros apoyados contra las rodillas y la cabeza enterrada entre las manos. Muy bien podría estar llorando.

—Siena, tienes el corazón de metal.

—Tú a veces también.

—Es sin querer. Yo no soy siempre así. Por el óxido, Siena, ¿no te cansas? —El hombre se agita un poco. La vista de la chica se ha acostumbrado a la oscuridad y distingue cómo el hombre la mira—. ¿A veces no te gustaría... ser humana?

La chica entra y se apoya en la pared de al lado de la puerta, con los brazos y las piernas cruzados.

—No somos humanos.

—Sí. Lo. Somos. —Suenan rabioso—. Me importa una mierda lo que haya decretado el puto consejo nosecuantos de malnacidos importantes, o la manera en la que los geomestros clasifican las cosas. Negar que somos humanos es una mentira que se dicen entre ellos para no sentirse mal por la manera en que nos tratan...

Todos los orogratas saben eso, pero Alabastro es el único tan ordinario como para decirlo en voz alta. Sienita suspira y apoya la cabeza contra la pared.

—Si te gusta, díselo y ya está, idiota. Podrías estar con él.

Por fin ha respondido a la pregunta que le había hecho antes.

Alabastro se queda en silencio a mitad de su rabieta y la mira fijamente.

—A ti también te gusta.

—Sí —afirma sin esfuerzo—. Pero no me importa que... —Se encoge un poco de hombros—. Vale, sí.

Alabastro respira hondo. Dos veces. Tres. La chica no tiene ni idea de lo que significa aquello.

—Debería decirte lo mismo que me acabas de decir tú a mí —dice al final—. Ser sincero o parecerlo, al menos. Pero... —Se acurruca aún más en las sombras y aprieta los brazos contra las rodillas. Cuando vuelve a hablar, casi ni se le escucha—. Ha pasado mucho tiempo, Siena.

No desde que se ha acostado con alguien, sino desde que ha amado a alguien.

Se escuchan risas que vienen desde la caverna principal, y la gente empieza a deambular por los pasillos mientras charla y se despide. Ambos escuchan la potente voz de Innon a lo lejos, todo el mundo puede escucharlo aunque solo mantenga una charla distendida. Espera que no sea de los que gritan mucho en la cama.

Siena respira hondo.

—¿Quieres que vaya a buscarlo? —Y luego añade, para dejar las cosas claras—: Y le diga que te gusta.

Alabastro se queda un rato en silencio. La chica siente cómo la mira y nota en la sala una presión emocional que no es capaz de interpretar. Quizá se haya sentido insultado. Quizá lo haya conmovido. Por el óxido: no es capaz de saber qué piensa, ni por qué se pone así.

El hombre asiente, se atusa el pelo y agacha la cabeza.

—Gracias.

Lo dice con frialdad, pero la chica conoce el tono porque ella también lo ha usado cuando trataba de agarrarse a su dignidad con uñas y dientes.

La chica se marcha y sigue la potente voz hasta que encuentra a Innon en los fogones públicos enzarzado en una conversación con Harlas. No queda nadie más, y en el eco de la caverna se entremezclan los sonidos de bebés caprichosos que intentan dormir, risas, charlas y el crujido de los barcos del puerto en el exterior que se balancean en sus amarres. Pero lo que más se escucha es el rumor de las olas. Sienita se apoya en una pared cercana a escuchar todos esos sonidos mientras espera. Después de unos diez minutos, Innon termina de hablar y se levanta. Harlas va delante y se ríe entre dientes de algo de lo que ha dicho el pirata, siempre tan simpático. Y luego, como la chica esperaba, Innon se detiene a su lado y se apoya también contra la pared.

—Mi tripulación dice que soy un estúpido por ir detrás de ti —dice, con indiferencia, mientras mira hacia el techo abovedado como si en las alturas fuera a encontrar algo interesante—. Creen que no te gusta.

—Todo el mundo piensa que no me gusta nadie —responde Sienita. Casi siempre es cierto—. Pero tú me gustas.

El hombre la mira, pensativo, lo cual le gusta. El coqueteo la desconcierta, le gusta más ser directa, que es lo que Innon hace a continuación:

—He conocido a otros como tú antes —dice—. De esos a los que han llevado al Fulcro. —Apenas lo entiende debido a su acento, cosa que la chica encuentra muy apropiada en este caso—. Eres la persona más feliz que he conocido entre todos ellos.

Sienita resopla cuando escucha el chiste, pero al ver el gesto irónico de sus labios y la enorme compasión de su mirada, la chica se da cuenta de que no era un chiste. Vaya.

—Alabastro también es muy feliz.

—No, no lo es.

Vale, no bromea, pero si a Sienita no le gustan las bromas es en parte porque no sabe distinguirlas. Suspira.

—La verdad es que he venido para hablar de él.

—Anda, ¿te has decidido a compartirlo?

—Quiere que... —La chica parpadea cuando procesa las palabras—. ¿Cómo?

Innon se encoge de hombros. Es un gesto apabullante, debido a su tamaño y al sonido que emiten sus trenzas.

—Ya sois amantes. Pensaba en voz alta.

Pues menuda forma de pensar.

—Pues... no. Esto... no. —Hay cosas que la chica todavía no está preparada para pensar—. Quizá más tarde. —Mucho más tarde.

El hombre se ríe, aunque no de ella.

—Claro, claro. Y entonces, ¿para qué has venido? ¿Para pedirme que quede con tu amigo?

—No es... —Pero sí que parece que le busca un rollo de una noche—. Por el óxido.

Innon se ríe, en voz baja para ser él, y cambia de postura para apoyarse de lado contra la pared, perpendicular a Sienita para que no se sienta atrapada, aunque tan cerca que la chica casi puede sentir el calor que irradia su cuerpo. Las personas grandes hacen estas cosas cuando quieren ser respetuosas y dar menos miedo. Le agradece que lo haya tenido en cuenta. Y también odia haber intercedido en favor de Alabastro, porque por el fuego de la Tierra que aquel hombre hasta huele sexy cuando dice:

—Parece que eres una amiga magnífica.

—Por el óxido que sí lo soy —dice mientras se frota los ojos.

—Venga, que todo el mundo sabe que eres la más fuerte de los dos. —Sienita parpadea cuando lo oye decir eso, pero parece que lo ha dicho en serio. Levanta una mano y con un dedo acaricia la cara de la chica desde la sien hasta la barbilla, despacio, provocándola—. Ese hombre ha sufrido demasiado. Sigue vivo de milagro y disimula con una sonrisa, pero todo el mundo sabe que está hecho polvo. Por el contrario, a ti te faltan lascas y estás algo ajada, pero sigues intacta. Es muy bonito por tu parte que te preocupes así por él.

—Nunca se han preocupado así por mí —dice la chica antes de cerrar la boca con tanta fuerza que le castañetean los dientes. Se le ha escapado la frase.

Innon sonrío. Es una sonrisa amable y agradable.

—Yo lo haré —dice, y se inclina para besarla.

Es un beso rasposo: el hombre tiene los labios secos y el pelo ha empezado a asomarle por la barbilla. La mayor parte de los hombres de las Costeras no tiene barba, pero parece que Innon tiene algo de sangre sanzediná; de ahí que sea tan peludo. De cualquier manera, a pesar de lo rasposo, es un beso tan suave que parece más un agradecimiento que un intento de seducirla. Quizá sea eso lo que pretende.

—Quizá más tarde. Te lo prometo.

El hombre se marcha y se dirige hacia la casa que la chica comparte con Alabastro, mientras Sienita ve cómo se aleja y no puede evitar pensar: «Por el óxido, ¿dónde se supone que voy a dormir esta noche?»

La respuesta da igual, porque en realidad no tiene sueño. Sale hasta la plataforma que está fuera de la caverna, donde hay otras personas que pasean a la brisa nocturna o charlan en un lugar donde no pueda escucharlos más de la mitad de la comu, y no es la única que se apoya en la barandilla con aire melancólico y mira hacia el mar en mitad de la noche. Las olas rompen sin cesar, y tanto los botes pequeños como el *Clalsu* crujen y se mecen al tiempo que la luz de las estrellas se difumina contra las olas que se pierden a lo lejos.

Meov es un lugar tranquilo. Es agradable no tener que fingir quién es y estar en un lugar que la acepta como tal. Y más agradable todavía es saber que no tiene nada que temer por ello. Una mujer a quien Siena conoció en los baños (una de la tripulación del *Clalsu*, que son los únicos que chapurrean un poco el sanzedinés) se lo explicó allí, mientras estaban empapadas con el agua calentada por las rocas que los niños ponen al fuego todos los días como parte de sus tareas diarias. Es algo sencillo.

—Gracias a vosotros, podemos vivir —le dijo la mujer a Siena mientras se encogía de hombros y apoyaba la cabeza contra el borde del baño en el que se encontraban, sin importarle lo más mínimo lo raro que sonaran sus palabras. En el continente, todo el mundo está muy seguro de que tener orogratas cerca es un peligro.

Y entonces añadió algo que desconcierta de verdad a Siena.

—Harlas es un anciano e Innon corre muchos peligros en los saqueos. Tú y el de la sonrisa... —Es el nombre que los habitantes de aquel lugar le han puesto a Alabastro, ya que los que no hablan sanzedinés tienen problemas para pronunciar su nombre—. Podéis tener hijos, ¿verdad? Regaladnos uno, ¿os parece? Si no, tendremos que robárselo a los del continente.

El hecho de imaginarse a esta gente, que llama la atención casi tanto como los come piedras,

intentando infiltrarse en el Fulcro para secuestrar a un balasto o secuestrando a un niño feral delante de un Guardián hace estremecer a Sienita. Tampoco le gusta demasiado la idea de que le digan con tanto egoísmo que se quede preñada, pero en ese sentido no es muy diferente de lo que hace el Fulcro, y sabe que los niños que tenga aquí con Alabastro no acabarán en una estación de nódulo.

Se queda por el lugar unas horas, abstraída con el sonido de las olas hasta que llega al punto de dejar de pensar. Luego se da cuenta de que le duelen la espalda y los pies, y de que la brisa marina empieza a ponerse muy fría. No puede quedarse allí toda la noche. Vuelve a entrar en la caverna, sin saber muy bien adónde ir y dejando que sus pies la guíen hacia cualquier lugar. Y tal vez por eso termina en la parte trasera de «su» casa, delante de la cortina que usan para mantener la intimidad mientras escucha cómo Alabastro no para de llorar.

Es él, sin duda. Conoce su voz, aunque ahora esté amortiguada por los sollozos. Casi ni lo oye, a pesar de que no hay puertas ni ventanas, y sabe muy bien la razón: todos los que crecen en el Fulcro aprenden a llorar sin hacer mucho ruido.

Ese pensamiento y el compañerismo que siente por él hacen que se acerque muy despacio y aparte la cortina.

Están en la cama, cubiertos por las pieles, por suerte, aunque tampoco es que importe, porque ve a su alrededor las ropas desperdigadas y el aire huele a sexo. Salta a la vista qué han estado haciendo. Alabastro está acurrucado de lado y le da la espalda a la chica, que ve cómo se agitan sus hombros huesudos. Innon está incorporado sobre uno de sus codos y le acaricia el pelo. Mira hacia Sienita cuando aparta la cortina, pero no parece que le moleste ni le sorprenda. Teniendo en cuenta la conversación que había tenido antes con aquel hombre, ella tampoco debería estar sorprendida, pero no puede evitarlo. El hombre levanta una mano y le indica que se acerque.

No está segura de la razón, pero le hace caso. Tampoco está segura de por qué se desviste mientras recorre la habitación, ni de por qué levanta las pieles que cubren a Alabastro y se interna en aquella cálida fragancia. Ni de por qué, cuando lo ha hecho, se acurruca contra su espalda, le pone el brazo en la cintura y mira hacia arriba para ver la triste sonrisa con la que Innon le da la bienvenida. No está segura, pero lo hace.

Así es como Siena se queda dormida. Se queda con la impresión de que Alabastro siguió llorando durante toda la noche e Innon se quedó despierto para consolarlo. Por esa razón, cuando se despierta a la mañana siguiente y se las arregla para salir de la cama y vomitar de forma muy ruidosa en la escupidera de la habitación, ambos siguen durmiendo. No hay nadie para consolarla después, cuando se sienta y no para de temblar. Pero está acostumbrada.

Bueno. Al menos, parece que los habitantes de Meov ya no tendrán que robar un bebé.

* * *

Los cuerpos no tienen precio.

Tablilla primera, «De la supervivencia»,
versículo sexto

Interludio

Allí pasas una época de tu vida muy feliz que no te voy a detallar. No es relevante. Quizá te parezca mal que me centre tanto en las cosas malas y el dolor; pero, al fin y al cabo, esas son las cosas que nos convierten en lo que somos. Nacemos del calor y de la presión. El movimiento incesante es el que nos muele. Si nos quedamos quietos es que no estamos vivos.

Lo importante es que tú sabes que también ha habido cosas buenas. Que entre crisis y crisis has disfrutado de largas temporadas de paz. Has tenido tiempo para solidificarte antes de que te vuelvan a moler.

Pero no puedes olvidar una cosa. En toda guerra hay bandos: los que quieren la paz, los que desean la guerra por cualquier razón y aquellos cuyos deseos están por encima de los otros dos. Y en esta guerra hay muchos bandos, no solo dos. ¿Creías que era un enfrentamiento entre tácticos y orogenes? No, qué va. No te olvides de los comepiedras y de los Guardianes. Ah, y de las estaciones. Nunca olvides al Padre Tierra. Él no te olvida a ti.

Así que mientras ella (o sea, tú) descansa, esos son los ejércitos que se van reuniendo. Ejércitos que terminan por comenzar su marcha.

Sienita, estirada antes de volver a su forma original

Quedarse sentada y sentirse inútil no es precisamente lo que Sienita tenía pensado hacer durante el resto de su vida, así que un día, mientras la tripulación del *Clalsu* prepara el barco para otra incursión, va a encontrarse con Innon.

—No —dice él mientras la mira como si estuviera loca—. No puedes hacerte pirata ahora que acabas de dar a luz.

—Tuve el niño hace dos años.

Está harta de cambiar pañales, molestar a la gente para que le enseñe etúrpico y ayudar con las redes de pesca. Está harta de dar de mamar a su hijo, excusa que siempre le pone Innon para no dejarla ir con él, y que además no funciona en aquel lugar, ya que en Meov se hace de manera comunitaria, como todo lo demás. Cuando Sienita no está disponible, Alabastro lleva al bebé con otra de las madres de la comu, que hace lo mismo que ha hecho ella si se daba el caso de que había alguno hambriento y estaba cerca y llena de leche. Y como Bastro cambia la mayor parte de los pañales, se encarga de acostar al pequeño Corindón, lo arrulla y se lo lleva de paseo, Sienita tiene que hacer algo para mantenerse ocupada.

—Sienita.

El hombre se detiene en medio de la pasarela de carga que lleva hasta la bodega del barco. Suben a bordo barriles de almacenamiento llenos de agua y de comida, además de cestas de instrumentos más misteriosos, como cubos llenos de cadenas para la catapulta, bidones de alquitrán y aceite de pescado o un pedazo de tela pesada para remendar la vela en caso de que sea necesario. Sienita está en la parte baja de la rampa cuando el hombre se detiene y, al hacerlo, también se detiene todo lo demás. Se escuchan quejas procedentes del muelle, pero el hombre levanta la cabeza y echa chispas por los ojos hasta que todo el mundo se calla. Todos menos Sienita, claro.

—Me aburro —dice, frustrada—. ¡Aquí no hay nada que hacer excepto pescar, esperar a que tú y los demás volváis de una incursión, cuchichear sobre gente a la que no conozco y contar historias sobre cosas que no me interesan! Me he pasado toda la vida entrenando o trabajando, por la Tierra, no puedes pretender que me quede todo el día sentada mirando el agua.

—Alabastro lo hace.

Es cierto, pero Sienita pone los ojos en blanco. Cuando Alabastro no está con el bebé, se pasa la mayor parte del tiempo sentado en las alturas sobre la colonia mientras observa el mundo y se sume en sus pensamientos insondables durante horas. La chica lo sabe. Lo ha visto.

—¡No soy como él! Innon, puedes contar conmigo.

En ese momento, Innon tuerce el gesto. Parece que le ha tocado la fibra.

Es algo que no hablan entre ellos, pero Sienita no es tonta. Un orograta experimentado puede hacer muchas cosas con las que compensar aquellas de las que la tripulación de Innon es incapaz. Nada que ver con los terremotos ni los estallos, es algo que ella nunca haría ni él le pediría, a diferencia de cosas más sencillas, como usar la energía ambiental para reducir la temperatura de la superficie del agua y cubrir el barco con niebla mientras se acercan o se retiran. También sería sencillo agitar los bosques de la ribera con unas vibraciones casi imperceptibles para que las bandadas de pájaros y las manadas de ratones huyeran despavoridas hacia los asentamientos más cercanos y distrajeran a sus habitantes. Y más cosas.

Sienita ha descubierto que la orogenia es muy útil y sirve para muchísimo más que sofocar temblores.

Sería útil, más bien, si Innon le dejara usar la orogenia de aquella manera. A pesar de su increíble carisma y de su destreza física, Innon no deja de ser un feral que no ha entrenado más allá de lo que le enseñó Harlas, quien a su vez es otro feral casi sin entrenamiento. La chica ha sentido cómo el pirata usa la orogenia para sofocar algunos temblores y a veces le sorprende la ineficacia de sus poderes. Ha intentado enseñarle a mejorar el control, y el hombre la escucha, pero no ha mejorado. Sienita no entiende la razón. Al no disponer de dichas habilidades, la tripulación del *Clalsu* saquea a la vieja usanza: luchan y mueren para conseguir cada migaja.

—Alabastro puede hacer esas cosas por nosotros —dice Innon, que parece incómodo.

—Alabastro —razona Siena mientras intenta calmarse— se marea con solo mirar esta cosa. —Señala la mole curva que es el *Clalsu*. En la comu se ríen de él porque, de alguna manera, a pesar de lo oscuro de su piel consigue ponerse verde siempre que lo obligan a subir a bordo. Hasta vomita más que Siena cuando tenía náuseas matutinas—. ¿Qué te parece si lo único que hago es ocultar la nave? O cualquier otra cosa que me ordenes.

Innon apoya las manos en las caderas, con aire burlón.

—¿Me estás diciendo que vas a seguir mis órdenes? Pero si eso no lo haces ni en la cama.

—Vaya, bastardo. —Eso ha sido de mal gusto, porque el hombre nunca le ha dado órdenes en la cama. Hacer bromas con el sexo en una costumbre meovense. Ahora que Siena entiende el idioma, se ha dado cuenta de la cantidad de comentarios sobre que comparte la cama con dos de los hombres más atractivos de la comu. Innon dice que la gente lo hace porque la chica se pone de un color muy interesante cuando las ancianas hacen chistes vulgares sobre posiciones en la cama o nudos de cuerdas. Todavía se está acostumbrando a ello—. ¿Eso no tiene nada que ver!

—¿Seguro? —El hombre le clava un dedo enorme en el pecho—. La norma que siempre he respetado es que no se permiten parejas a bordo. Cuando zarpamos, hasta tenemos que dejar de ser amigos. Todo el mundo sigue mis órdenes. De lo contrario, moriríamos. Tú lo cuestionas todo, Sienita, y en el mar no hay tiempo para cuestionarse nada.

Ahí... puede que tenga razón. Siena se mueve, incómoda.

—Puedo seguir órdenes sin cuestionarlas. Por la Tierra, sabes que ya lo he hecho antes. Innon... —Respira hondo—. Por la Tierra, Innon, haría cualquier cosa por salir un tiempo de la isla.

—Ese es otro de los problemas. —El hombre se acerca y baja la voz—. Corindón es tu hijo, Sienita. Siempre intentas tenerlo lo más lejos posible. ¿Es que no sientes nada por él?

—Me encargo de que lo cuiden bien.

Es cierto. Corindón siempre está limpio y bien alimentado. Nunca había pensado en tener algo así... alguien así, y ahora que lo ha tenido en sus brazos, lo ha cuidado y todo eso... se siente completa o quizás agradecida pero triste, porque Alabastro y ella han conseguido traer a este mundo un niño tan bonito. Cuando mira a su hijo a la cara, a veces se maravilla de su existencia, de que parezca tan sano y perfecto cuando sus padres solo tienen en común la fragilidad. ¿A quién pretende engañar? Eso es amor. Ama a su hijo, pero eso no significa que quiera pasar todos los minutos de su herrumbrosa existencia junto a él.

Innon niega con la cabeza y se da la vuelta mientras levanta las manos.

—Vale, muy bien, absurda mujer. Vete a decirle a Alabastro que nos marchamos los dos.

—Muy b...

Pero el hombre ya ha terminado de subir la rampa y se ha metido en la bodega, donde lo oye gritar a alguien algo que no entiende del todo, ya que todavía no es capaz de traducir bien el etúrpicos a ese volumen.

Baja a brincos por la rampa. Hace un ademán para pedirles perdón a los demás miembros de la tripulación que están a su alrededor y parecen molestos. Luego se dirige hacia la comu.

Alabastro no está en la casa, y Corindón no está con Selsi, la mujer que suele cuidar más a menudo de los niños pequeños de la colonia cuando sus padres están ocupados. Selsi arquea una ceja cuando Siena asoma la cabeza.

—¿Te deja?

—Me deja.

Sienita no puede evitar sonreír, y Selsi se ríe.

—Pues supongo que no te volveremos a ver. Las olas solo respetan las redes. —Sienita no sabe qué significa eso; supone que es un proverbio meovense—. Alabastro ha vuelto a subir con Corin.

Otra vez.

—Gracias —dice, y niega con la cabeza. Es un milagro que a su hijo no le hayan salido alas.

Siena sube por las escaleras a la parte más alta de la isla y los encuentra en aquel lugar, sentados en una manta cerca del acantilado. Corin la mira cuando se acerca, sin dejar de sonreír y señalarla. Alabastro, que tal vez sintiera sus pisadas en las escaleras, ni se molesta en darse le vuelta.

—¿Al fin has conseguido que Innon te deje ir? —le pregunta en voz baja cuando Siena está tan cerca como para escucharlo.

—Ajá. —Sienita se acomoda a su lado en la manta y abre los brazos para coger a Corin, quien gatea para salir del regazo de Alabastro y llegar hasta la chica—. De haber sabido que ya estabas enterado, no me habría molestado en subir todas esas escaleras.

—Lo he adivinado. No sueles subir hasta aquí con una sonrisa en la cara. Sabía que tenía que haber ocurrido algo.

Alabastro se gira al fin, y ve cómo Corin está en el regazo de la chica y juega con sus pechos. Sienita lo agarra sin prestar atención, pero consigue mantenerlo en equilibrio a pesar de lo irregular de su regazo. En ese momento, la chica se da cuenta de que Alabastro no solo mira a Corindón.

—¿Qué? —pregunta la chica, con el ceño fruncido.

—¿Volverás?

Lo repentino de la pregunta le hace aflojar las manos. Por suerte, Corin se las ingenia para sostenerse entre las piernas de Sienita mientras no deja de reír, y ella mira fijamente a Alabastro.

—¿Por qué...? ¿Qué?

Alabastro se encoge de hombros, y en ese momento Sienita repara en la arruga que hay entre sus cejas y en la funesta mirada que le dedica. Ahora comprende lo que Innon intentaba decirle. Para empeorarlo, Alabastro dice, resentido:

—No tienes por qué quedarte conmigo. Eres libre, como querías. E Innon también tiene lo que quería: un niño orograta para cuidar la comu si le ocurre algo. Incluso ha conseguido que entrene al niño mejor de lo que lo habría hecho Harlas, porque sabe que no me voy a marchar.

Por el fuego de las profundidades. Sienita suspira y aparta las manos de Corin, que le empezaban a hacer daño.

—No, avariciosillo, ya no me queda leche. Tranquilízate.

La cara de Corin se tuerce en un triste gesto de frustración, pero la chica lo rodea con los brazos y empieza a jugar con sus pies. Suele ser una buena forma de distraerlo antes de que se ponga a incordiar. Funciona. Al parecer, los bebés están muy obsesionados con sus pies. A saber. Ahora que el niño está tranquilo, se centra en Alabastro. Este mira otra vez hacia el mar, pero está igual de cerca que el niño de tener una rabieta.

—Puedes marcharte —dice ella, señalando lo evidente, algo que siempre hace cuando está con él—. Innon ya nos ha ofrecido más de una vez llevarnos al continente si nos queremos marchar. Tal vez podamos llevar una vida decente en algún lugar si no hacemos cosas estúpidas, como sofocar un terremoto delante de una multitud.

—Ya llevamos una vida decente aquí.

El viento hace que apenas pueda oírlo. Aun así, la chica sabe lo que quiere decir en realidad. «No me abandones.»

—Por el óxido descascarillado, Bastro. ¿Qué te pasa? No me voy a marchar. —Al menos, no ahora, pero el asunto del que hablan ya es bastante complicado y no quiere empeorar las cosas—. Solo voy a un lugar donde pueda ser útil...

—Ya eres útil aquí.

En ese momento se vuelve para mirarla muy fijamente, y aquello la incomoda. La incomodan la soledad y la aflicción que desprende aquella mirada detrás de la superficialidad de la ira que muestra. La incomoda más que lo que acaba de decir.

—No. No lo soy. —Y cuando el hombre abre la boca para replicar, ella lo interrumpe—. No lo soy. Tú mismo lo dijiste: ahora Meov tiene la protección de un decanillado. ¿Crees que no me he dado cuenta de que no hemos tenido ni una pequeña vibración del subsuelo en todo el tiempo que llevamos aquí? Has sofocado cualquier amenaza mucho antes de que Innon o yo podamos sentirla...

Pero la chica se queda en silencio y frunce el ceño, porque Alabastro niega con la cabeza y tuerce los labios en una sonrisa que hace que se ponga muy nerviosa de repente.

—No he sido yo —dice.

—¿Cómo?

—No he sofocado ningún terremoto desde hace un año.

Luego señala con la cabeza al niño, que está muy concentrado examinando los dedos de Sienita. La chica mira a Corin, y Corin la mira y sonrío.

Corindón es justo lo que el Fulcro pretendía obtener al juntarla con Alabastro. No ha heredado muchas de las facciones del hombre, solo tiene la piel un poco más oscura que Siena y le ha crecido el pelo hasta convertirse en un pequeño cepillo soplocinéreo. Ella es la que tiene ancestros sanzeditos, así que esa es una característica que tampoco viene por parte de Bastro. Lo que sí que ha heredado de su padre es la todopoderosa sensibilidad de la tierra. Hasta ese momento, a Sienita no se le había ocurrido que el bebé fuera capaz de sesapinar y sofocar microsismos. No es instinto, es habilidad.

—Aciaga Tierra —murmura la chica. Corin se ríe. De pronto, Alabastro se inclina hacia delante y se lo quita de los brazos mientras se pone en pie—. Espera. Un momento...

—Márchate —espetea el hombre mientras coge la cesta que ha subido hasta ahí arriba y empieza a tirar dentro los juguetes del bebé y un pañal doblado—. Márchate en ese barco herrumbroso a que te

maten junto a Innon, qué más me da. Yo me quedo con Corin. Tú verás lo que haces.

Luego se marcha, con los hombros tensos y la pisada firme, hace caso omiso de la protesta estridente de Corin y ni se preocupa de coger la manta en la que Siena sigue sentada.

Por el fuego de la Tierra.

Sienita se queda un rato sentada allí en las alturas mientras intenta descubrir cómo ha terminado por convertirse en el apoyo emocional de un decanillado loco y encerrada en medio de la nada más herrumbrosa con un bebé dotado de un poder inconmensurable. Luego se pone el sol y se cansa de pensar, así que se levanta, coge la manta y baja hacia la comu.

Todo el mundo se ha reunido para la cena, pero a Sienita no le apetece socializar y se limita a coger un plato de pescado asado y tréboles hervidos con cebada dulce que deben de haber robado de alguna comu del continente. Se lo lleva a la casa y no le sorprende descubrir que Alabastro ya está allí acurrucado en la cama con Corin, que duerme. Tras la llegada de Innon tuvieron que hacerse con una cama más grande. Tiene el colchón sobre una especie de hamaca de red sujeta por cuatro postes robustos y es más cómoda de lo que parece, y también resistente, teniendo en cuenta todo el peso y el movimiento que debe soportar. Alabastro está despierto cuando entra. La chica suspira y coge a Corin para dejarlo en una cama más pequeña, también suspendida, que está a menos altura, por si el niño se cae o sale de ella durante la noche. Luego la chica se mete en la cama con Alabastro y lo mira fijamente, hasta que el hombre se cansa de estar tan distante y se acerca un poco. No la mira a los ojos mientras lo hace, pero Sienita sabe lo que necesita, así que suspira y se da la vuelta para ponerse bocarriba. El hombre se acerca más y apoya la cabeza en el hombro de la chica, que tal vez fuera lo que quería desde el principio.

—Lo siento —dice.

Sienita se encoge de hombros.

—No te preocupes. —Y como Innon tiene razón y en parte es culpa de ella, añade—: Volveré. Sabes que me gusta vivir aquí. Es solo que me... inquieta.

—Siempre has sido inquieta. ¿Qué es lo que buscas?

La chica niega con la cabeza.

—No lo sé.

Y en ese momento piensa, de manera casi inconsciente: «Una manera de cambiar las cosas, porque esto no es justo.»

Al hombre siempre se le ha dado bien saber lo que piensa.

—No puedes mejorar las cosas —dice con voz apesadumbrada—. El mundo es lo que es. No hay manera de cambiarlo a menos que lo destruyas y vuelvas a empezar de cero. —Suspira y frota la cara contra los pechos de la chica—. Aprovéchate de él cuanto puedas, Siena. Ama a tu hijo. Vive como una pirata si es lo que te hace feliz. Pero deja de buscar algo mejor.

Sienita se humedece los labios.

—Corindón merece algo mejor.

Alabastro suspira.

—Sí. Lo merece.

No dice nada más, pero el silencio se encarga de terminar la frase: «Pero no lo tendrá.»

No es justo.

Se deja dormir. Unas horas después se despierta porque Alabastro no para de susurrar:

—Joder, por favor, por la Tierra, Innon.

Lo dice mientras se apoya en el hombro de Innon y se mueve de una manera que agita la cama con suavidad, mientras Innon gime y no deja de rozarse contra él, frotando entre sí sus pollas lubricadas. Poco después, como Alabastro ya ha terminado pero él no y la ha visto mirar, Innon sonríe y besa al hombre mientras mete una mano entre las piernas de Siena. Est a húmeda, sin duda. Alabastro y  el siempre son algo digno de ver.

Innon es un amante muy considerado, por lo que se inclina para acariciar los pechos de la chica con la cara mientras hace cosas maravillosas con los dedos, sin dejar de penetrar a Alabastro. Pero luego Sienita demanda toda su atención durante un rato, lo que hace que el hombre se r a y se cambie de posición.

Alabastro mira cómo Innon la fuerza y cada vez se pone más cachondo, algo que Sienita no entiende a pesar de que llevan casi dos años haciéndolo los tres. Ella no le gusta a Bastro, al menos no de esa manera, ni  el a ella. Aun así, le excita muchísimo ver cómo Innon lo hace gemir y suplicar, y se podría decir que a Alabastro le pasa lo mismo con ella. De hecho, a la chica le gusta más cuando Alabastro mira. No soportan el sexo entre ambos, pero hacerlo de manera indirecta es fantástico.  C mo se llama algo así? No es ni un trío ni un triángulo amoroso. Es una pareja y media, o un diedro afectivo. (Y quiz a también sea amor.) Debería preocuparle la posibilidad de un nuevo embarazo, puede que de Alabastro, a la vista de cómo se mezclan las cosas cuando los tres est n juntos, pero en realidad le da igual. Da igual, porque alguien amar  a sus hijos pase lo pase. No importa, porque a nadie le importar  en Meov, de la misma manera que no piensa mucho ni en lo que hace en la cama ni en el tipo de relación que tienen entre los tres. Y tal vez eso la ponga aún más caliente: la certeza de que no tiene por qué tener miedo.

Se quedan dormidos: Innon ronca entre ellos mientras Bastro y Siena apoyan la cabeza en sus amplios hombros, y no es la primera vez que la chica piensa: «Ojalá esto pudiera durar para siempre.»

Sabe que es una tontería desear algo tan imposible.

El *Clalsu* zarpa al día siguiente. Alabastro est  en pie en el puerto junto a la mitad de la comu, que agita las manos para desearles buena suerte.  l no hace nada, pero señala el barco a medida que se aleja para animar a Corin a que se despida cuando vea que lo hacen Sienita e Innon. El niño levanta el brazo y, por unos instantes, Sienita siente algo parecido al arrepentimiento. No le dura demasiado.

Ante ellos quedan el mar abierto y mucho trabajo por hacer: arrojan las redes de pesca, suben a los mástiles para hacer lo que Innon les dice con las velas, y también aseguran unos barriles que se han soltado en la bodega. El trabajo es duro y, poco después de la puesta de sol, Sienita se duerme en su pequeño catre que est  debajo de uno de los mamparos. Innon no ha querido que duerma con él y, de todas formas, tampoco tendría fuerzas para hacerlo en su camarote.

Pero se acostumbra y se hace más fuerte a medida que pasan los días. Ahora entiende por qué la tripulación del *Clalsu* siempre le ha parecido un poco más apasionante e interesante que los demás habitantes de Meov. El cuarto día de viaje alguien lanza un grito desde la izquierda, por el óxido, desde babor, y tanto ella como el resto de la tripulación se acercan a la barandilla para observar algo increíble: cómo los penachos ondulados de las olas golpean contra los grandes monstruos marinos de las profundidades que han subido para nadar junto a ellos. Uno emerge de la superficie y los mira; tiene un

tamaño descomunal, el ojo es más grande que la cabeza de Siena. Con un golpe de sus aletas podría volcar el barco. Pero no hace nada, y una de los miembros de la tripulación le dice a la chica que solo está curioseando. A la mujer parece hacerle gracia ver la sorpresa en la cara de la chica.

Por la noche, miran las estrellas. Siena nunca ha prestado mucha atención al cielo, ya que el suelo bajo sus pies siempre le pareció más importante, pero Innon le dice que hay pautas en la manera en la que se mueven las estrellas y le explica que, en realidad, son otros soles, soles que alumbran mundos como el suyo donde quizás habiten otras personas que tienen vidas diferentes y se enfrentan a problemas distintos. Ha oído hablar de las pseudociencias como la astronometría, y sabe que los que la siguen hacen ese tipo de afirmaciones, pero ahora que puede ver cómo el cielo no deja de moverse, comprende por qué creen en ello. Comprende por qué les importa a pesar de que el cielo es tan imperturbable e irrelevante para el día a día. En noches como esa, por unos instantes, a ella también le importa.

De noche, la tripulación también bebe y canta canciones. Sienita pronuncia mal aquellas letras tan vulgares y las hace más vulgares aún, lo que le granjea la amistad inmediata de la mitad de sus compañeros.

La otra mitad de la tripulación se reserva su opinión, hasta que el séptimo día encuentran un posible objetivo. Han estado al acecho por las rutas marítimas que se encuentran entre dos penínsulas muy pobladas, y los vigías han usado catalejos para descubrir qué barcos merece la pena abordar. Innon no da la orden hasta que uno de los vigías le dice que ha visto una nave bastante grande de las que se suelen usar para comerciar con bienes demasiado pesados o peligrosos como para llevarlos en carros por tierra: aceites, piedras de las excavaciones, productos químicos volátiles o madera. El tipo de cosas que más necesita una comu aislada en una isla desierta en medio de la nada. La acompaña otra nave más pequeña y que, según los que la han visto por los catalejos y saben del tema, está a rebosar de soldados, arietes y armas. (Quizás una sea una carraca y la otra una carabela; son las palabras que usan los marineros, aunque ella no puede distinguirlas y le parece un horror pensar que va a tener que usar «el barco grande» y «el barco pequeño».) Los piratas se preparan para atacar, lo que confirma que la nave de carga transporta algo que merece la pena saquear.

Innon mira a Sienita, y ella sonríe con fiereza.

La chica levanta la niebla en dos lugares. El primero requiere que absorba la energía ambiental casi al límite de su alcance, que es donde se encuentra el barco pequeño. El segundo es el pasaje entre el *Clalsu* y la nave de carga, para que puedan abordarlo antes de que los vean llegar.

Todo va como la seda. La mayor parte de la tripulación de Innon tiene mucha experiencia. Son muy buenos. Los que son como Sienita y todavía no saben bien lo que hacen se mantienen al margen mientras los demás se preparan. El *Clalsu* sale de la niebla y en la otra nave empiezan a sonar las campanas de alarma, pero ya es demasiado tarde. Los de Innon disparan las catapultas, que lanzan cestas llenas de cadenas y destrozan las velas. Luego, el *Clalsu* se acerca de costado, tanto que Siena cree que van a chocar, pero Innon sabe lo que hace y, en ese momento, el resto de la tripulación lanza unos garfios con los que enganchan los barcos, que se empiezan a juntar gracias a un mecanismo que ocupa gran parte de la cubierta.

Ese momento es peligroso y uno de los miembros más ancianos de la tripulación le grita a Siena que se retire a las cubiertas inferiores cuando ve que los tripulantes de la nave de carga empiezan a disparar con arcos y hondas y a lanzar cuchillos. La chica se sienta a la sombra de los escalones con el corazón en

un puño y las manos sudorosas mientras el resto de la tripulación se afana de un lado a otro. Siente cómo algo pesado golpea el casco de la nave a metro y medio de su cabeza y se asusta.

Pero, Aciaga Tierra, eso es mucho mejor que estar sentada en la isla pescando y cantando nanas.

Todo termina en apenas unos minutos. Cuando se acaba la conmoción y Sienita se atreve a aventurarse a la superficie, ve que se han colocado tablones entre las dos naves y la tripulación va de un lado a otro. Algunos han atrapado a miembros de la nave de carga y los han acorralado a punta de cuchillo de cristal, mientras que los demás se han rendido, depuesto las armas y entregado sus objetos de valor para que no les hagan daño a los rehenes. Algunos de los de Innon ya salen de la bodega con cajas y barriles y los llevan hasta la cubierta del *Clalsu*. Ya se encargarán más tarde de ordenar el botín. Lo que importa ahora es la rapidez.

Pero de repente se escuchan gritos y alguien en las jarcias no para de tocar sin descanso una campana para anunciar que la nave de batalla que acompañaba a la de carga se empieza a entrever a través de la turbulenta niebla. Está justo al lado de ellos, y Sienita comprende cuál ha sido su error: supuso que la nave de batalla se detendría al no tener visibilidad y saber que se encontraba cerca de otros barcos. Pero la gente no es tan lógica. La nave de batalla se dirige hacia ellos a toda velocidad a pesar de los gritos de alarma que vienen de su propia cubierta, pues también se han dado cuenta del peligro: es imposible detenerla antes de que arrolle al *Clalsu* y a la nave de carga. Es probable que se hundan las tres.

Sienita rebosa energía debido a la calidez y la vastedad de las olas del mar. Reacciona como le han enseñado multitud de veces en los ejercicios del Fulcro: sin pensar. Desciende a las profundidades, a través de los escurridizos minerales marinos y los inútiles y viscosos sedimentos oceánicos. Hay piedra debajo del océano, piedra antigua y desnuda, piedra que puede controlar.

En otro lugar, entrecierra las manos, grita y piensa en ascender, y de repente la nave de batalla emite un gran crujido y se detiene. Los pasajeros de las tres naves dejan de gritar y se quedan en silencio: tal es su sorpresa. Y esa sorpresa se debe a la aparición de un cuchillo de piedra gigantesco y aserrado que sale del relieve oceánico, se eleva unos metros sobre la cubierta de la nave y la atraviesa desde la quilla.

Sienita tiembla mientras baja las manos poco a poco.

Los gritos que se oyen a bordo del *Clalsu* pasan de la alarma al júbilo. Incluso algunos de los tripulantes de la nave de carga parecen aliviados: mejor un barco dañado que tres hundidos.

Después de eso, y ahora que la nave de batalla está destrozada e inservible, todo transcurre muy rápido. Innon se acerca a ella cuando la tripulación le avisa de que la bodega de la nave de transporte ya está vacía. Siena se encuentra en la proa, desde donde ve cómo los tripulantes de la nave de batalla intentan romper el pilar en la cubierta.

Innon se detiene a su lado, y ella mira hacia arriba, con furia. Pero el hombre no está enfadado.

—No sabía que pudiéramos hacer esas cosas —comenta, perplejo—. Pensaba que lo que decíais Alabastro y tú eran fanfarronadas.

Es la primera vez que alguien que no es del Fulcro felicita a Sienita por su uso de la orogenia. Si no estuviera enamorada de Innon, habría quedado prendada de él en ese momento.

—No debería haber hecho que se elevara tanto —responde, avergonzada—. Si lo hubiera pensado mejor, habría elevado la columna lo justo para romper el casco y que pensarán que habían chocado contra un obstáculo.

Innon se tranquiliza en cuanto lo comprende.

—Vale. Entonces ahora saben que tenemos a un orogén muy habilidoso a bordo.

Su expresión se ensombrece de una forma que Sienita no llega a entender, pero decide no hacer preguntas. Se encuentra muy bien junto a él en aquel lugar, disfrutando de las mieles de la victoria. Se limitan a mirar juntos cómo vacían la bodega de la nave de carga.

Justo en ese momento, uno de los miembros de la tripulación de Innon corre hacia ellos para anunciar que ya han terminado, retirado los tabloneros y recogido la cadena de los ganchos. Están listos para zarpar, pero Innon anuncia, con voz grave:

—Un momento.

La chica adivina lo que sigue. Aun así, se le revuelve el estómago cuando la mira con gesto frío.

—Hunde las dos.

Prometió que nunca cuestionaría las órdenes de Innon, pero duda. Nunca ha matado a nadie; al menos, no de manera consciente. Elevar la piedra de ese modo ha sido un error. ¿De verdad tiene que morir gente porque ella ha cometido una estupidez? El hombre se acerca, y ella se amedrenta, por si acaso, a pesar de que nunca le ha hecho daño. Nota una punzada en los huesos de la mano.

Pero Innon se limita a decirle al oído:

—Hazlo por Bastro y Corin.

No tiene sentido. Bastro y Corin no están allí. Pero luego descubre el verdadero significado de sus palabras: que la seguridad de todos los habitantes de Meov depende de que los habitantes del continente sigan pensando que son una pequeña molestia en lugar de una amenaza. Lo descubre, y un frío le recorre el cuerpo, que ya empezaba a enfriarse.

—Deberíamos alejarnos —dice a continuación.

Innon se gira justo en ese momento para ordenar que zarpe el *Clalsu*. Cuando han llegado a una distancia prudencial, Sienita respira hondo.

Lo hace por su familia. Le resulta raro pensar en ellos en esos términos, a pesar de que eso es lo que son. Le resulta más raro aún no hacer algo como eso porque se lo hayan ordenado, sino por una razón sincera. ¿Significa que ya no es un arma? De lo contrario, ¿en qué la convierte algo así?

No importa.

Se vale de la voluntad para extraer la columna de relieve oceánico del casco de la nave de batalla, lo que deja un agujero de treinta centímetros cerca de la popa. El barco empieza a hundirse de inmediato y se inclina hacia arriba a medida que penetra en el agua. Luego la chica reúne más energía de la superficie oceánica y crea una niebla que dificulta la visión a lo largo de kilómetros. Sienita gira la columna para que apunte hacia la quilla de la nave de carga. La impulsa hacia el barco y la retira aún con más presteza, como si matase a alguien con un puñal. El casco de la nave se resquebraja como un huevo y, un momento después, se parte por la mitad. Se acabó.

La niebla cubre por completo los dos barcos, que se hunden mientras el *Clalsu* se aleja. Sienita no deja de escuchar los gritos de las dos tripulaciones a medida que penetra en la blancura de la niebla.

Esa noche, Innon hace una excepción. Más tarde, cuando ya están sentados en la cama del capitán, Siena dice:

—Quiero ver Allia.

Innon suspira.

—No, no quieres.

Aun así, el hombre da la orden, porque la ama. El barco cambia de ruta.

Cuenta la leyenda que al principio el Padre Tierra no odiaba la vida. De hecho, como afirman los acervistas, hubo un tiempo en el que la Tierra hacía todo lo posible para facilitar la extraña vida que aparecía en su superficie. Creó estaciones predecibles, hizo que los cambios de vientos, mareas y temperaturas fueran lentos para que todas las formas de vida se pudieran adaptar y evolucionar, y reunió aguas que se purificaban por sí solas y cielos que se despejaban después de las tormentas. No creó la vida, eso ocurrió por accidente, pero era algo que le gustaba y fascinaba, y estaba orgulloso de cuidar de una belleza tan salvaje y extraña en su superficie.

Pero entonces la gente empezó a hacerle cosas horribles al Padre Tierra. Envenenaron las aguas hasta extremos que no podían depurar y mataron a gran parte de la vida que poblaba la superficie. Atravesaron la corteza de su piel y la sangre de su manto, y llegaron hasta el dulce tuétano de sus huesos. Y cuando la humanidad se encontraba en la cúspide de su poder y arrogancia, los orogenes hicieron algo que ni la Tierra fue capaz de perdonar: destruyeron a su única hija.

Ninguno de los acervistas con los que ha hablado Sienita ha sido capaz de decirle qué significa esa frase tan críptica. No proviene del litoacervo, sino del registro oral que a veces ha quedado grabado en medios tan efímeros como el cuero y el papel, y que ha ido cambiando a lo largo de las estaciones. Unos dicen que los orogenes destruyeron el cuchillo de cristal favorito de la Tierra. Otros, su sombra. Y otros, su Semental más valioso. Signifiquen lo que signifiquen esas palabras, los acervistas y los mestros coinciden en lo que ocurrió justo después de que los orogenes cometieran su gran pecado: la superficie del Padre Tierra se quebró como una cáscara de huevo. Casi todas las formas de vida murieron cuando manifestó su ira con la primera y la más terrible de las quintas estaciones: la estación del Desastre. Por muy poderosos que fueran, aquellos vetustos habitantes del planeta no recibieron ninguna advertencia ni dispusieron de tiempo para preparar abastos ni litoacervo que los guiara. La humanidad sobrevivió por pura suerte y consiguió reponerse, aunque ya no volvió a alcanzar tales cotas de poder. La furia incesante de la Tierra no volvió a permitirlo.

A Sienita siempre le han llamado la atención aquellas leyendas. Tienen algo de licencia poética, claro, de gente de un pasado remoto que intenta explicar algo que no entiende, pero toda leyenda tiene algo de verdad. Quizá los antiguos orogenes resquebrajaron la corteza del planeta de alguna manera. Pero ¿cómo? Está claro que la orogenia va mucho más allá de lo que enseña el Fulcro, y quizás haya una razón para que el Fulcro no la enseñe, si es que la leyenda es cierta. Pero los hechos son los hechos: aunque todos los orogenes que existen, también los más pequeños, pudieran aunar sus poderes, serían incapaces de destruir la superficie del mundo. Lo congelarían todo, ya que no hay calor ni energía cinética suficientes para realizar tal destrozo. Acabarían con sus vidas al intentarlo y morirían.

Eso significa que es imposible que esa parte de la leyenda sea cierta. No tiene sentido culpar a la orogenia de la ira de la Tierra. Pero solo un orograta sería capaz de entender algo así.

Es impresionante que la humanidad haya conseguido sobrevivir a los fuegos de aquella primera estación, porque si le ocurrió al mundo entero lo que le acaba de ocurrir a Allia... Ahora Sienita es capaz

de cuantificar el odio que les profesa el Padre Tierra.

Allia se perfila como una muerte roja y abrasadora contra el oscuro paisaje nocturno. No queda nada de la comu, a excepción del anillo de la caldera en la que se encuadraba, y hasta eso es difícil de ver. Cuando fija la mirada en las ondulaciones rojas y abrasadoras del calor, Siena cree vislumbrar las ruinas de calles y edificios por la pared de la caldera, pero quizá solo sean producto de su imaginación.

El cielo nocturno está encapotado con nubes de ceniza, y el brillo del fuego se refleja en su parte inferior. En el lugar en el que se encontraba el puerto, ahora hay un cono volcánico que crece y expulsa a borbotones una humareda letal y un líquido sanguinolento a medida que sale del mar. Ya es enorme, ocupa casi la totalidad de la caldera y le han salido retoños. Otros dos conductos se agazapan contra sus flancos y expulsan gases y lava como su padre. Es probable que los tres terminen por convertirse en un único monstruo que sepulte las montañas circundantes y amenace a todas las comus cercanas con sus estallos y sus nubes de gas.

Toda la gente a la que Sienita había conocido en Allia ha muerto. El *Clalsu* solo puede acercarse hasta unas cinco millas de la costa. Acercarse más sería peligroso: el calor del agua podría deformar el casco del barco, o podrían ahogarse con las nubes ardientes que expulsaba la montaña cada cierto tiempo. También podrían cocerse bajo uno de los conductos subsidiarios que seguían formándose en la zona como si se trataran de los radios de una rueda y que yacían debajo de las aguas de la costa como minas alrededor de lo que en otros tiempos había sido el puerto de Allia. Siena es capaz de sesapinar cada uno de aquellos puntos calientes, que para ella son como impetuosas y resplandecientes tormentas que sacuden el interior de la piel de la Tierra. Hasta Innon puede sesapinarlos y ha hecho girar el barco para evitar a los que parece que pueden explotar antes. Pero los estratos están muy débiles en esos momentos, y se podría abrir un nuevo conducto debajo de ellos antes de que Siena tuviera siquiera la oportunidad de detectarlo. Innon ha arriesgado mucho por consentirle el capricho.

—Muchos de los que se encontraban en las afueras de la comu consiguieron escapar —comenta Innon en voz baja a su espalda. Toda la tripulación del *Clalsu* ha subido a la cubierta y mira hacia Allia en silencio—. Dicen que vieron un relámpago de luz roja proveniente del puerto y luego una serie de fogonazos rítmicos. Como si algo... latiera. Pero el primer impacto, el que hizo que el puerto quedara inundado de agua hirviendo en un instante, arrasó la mayor parte de las casas pequeñas de la comu. Así murieron la mayoría de los habitantes. Sin previo aviso.

Sienita se estremece. Sin previo aviso. Allia tenía casi cien mil habitantes. Era una ciudad pequeña para los estándares de las Ecuatoriales, pero grande para ser una comu de las Costeras. Sus habitantes estaban orgullosos del lugar, con razón. Tenían grandes esperanzas.

Que la herrumbre la consuma. La consuma y arda en las tripas infectas y aborrecibles del Padre Tierra.

—¿Sienita? —Innon la mira. Lo hace porque Siena ha levantado los puños, como si agarrara por las riendas una montura inquieta e impaciente. Y también porque un toro estrecho, alto y ajustado se ha manifestado a su alrededor de repente. No ha enfriado el ambiente, a su alrededor hay muchísima energía de la tierra susceptible de utilizarse, pero sí es muy poderoso y hasta un orograta sin entrenamiento ha sido capaz de sesapinar la demostración de fuerza de voluntad de la que acaba de hacer gala. Innon toma aire y da un paso atrás—. ¿Siena? ¿Qué hac...?

—No puedo dejarla así —murmura, como si hablara sola.

La zona que los rodea es un hervidero mortal que crece y está a punto de estallar. El volcán no es más que un aviso. La mayor parte de los conductos de la tierra están formados por elementos pequeños y retorcidos que intentan escapar hacia fuera a través de varias capas de piedra y metal gracias a la inercia. Que se filtran, enfrían y se taponan, para luego volver a filtrarse hacia la superficie, retorciéndose y enrollándose en el proceso. Aquel es un tubo de lava gigantesco que asciende directamente desde el lugar que ocupaba el obelisco granate y canaliza el odio más puro de la Tierra hacia la superficie. Si no se hace nada, toda la región estallará pronto por los aires en una explosión terrible que desencadenará una estación. No puede creer que el Fulcro permita algo así.

Por ese motivo Sienita se abalanza sobre ese calor retorcido que no para de crecer y lo rompe con toda la furia que siente al ver Allia. Allia, un lugar habitado por humanos, un lugar donde había gente. Gente que no merecía morir por...

... por culpa mía...

... porque la única estupidez que cometieron fue no tocar un obelisco en letargo, o quizás atreverse a soñar con tener un futuro. Nadie merece morir por algo así.

Es fácil. Al fin y al cabo, los orógenos están acostumbrados y el punto caliente está listo para el que lo usa. Lo peligroso sería no usarlo. Si recibe todo ese calor y energía y no la reconduce a otro lugar, la destruirá. Pero por suerte (se ríe para sí misma y le vibra todo el cuerpo) tiene un volcán para expulsarla.

Encoge los dedos de una mano hasta cerrar el puño, y su conciencia desciende por la chimenea, no para avivar las llamas sino para enfriarlas, al tiempo que revierte la furia y sella cada una de las brechas. Impulsa hacia el interior de la tierra la cámara magmática, cada vez más, y mientras lo hace reúne estratos y los ordena en patrones que se superponen y que ayudan a hacer presión para mantener el magma a raya, al menos hasta que encuentre otra manera más lenta de abrirse camino hacia la superficie. Es una operación delicada debido a que requiere millones de toneladas de roca y una presión similar a la existente cuando se forman los diamantes. Pero Sienita es una de las niñas del Fulcro, y el Fulcro la ha entrenado bien.

Abre los ojos y se da cuenta de que está en los brazos de Innon mientras el barco se mueve a sus pies. Parpadea, sorprendida, y mira al hombre, que tiene los ojos abiertos como platos y parece intranquilo. Él se da cuenta de que ella ha vuelto en sí y las expresiones de alivio y miedo de su cara son, al mismo tiempo, esperanzadoras pero realistas.

—Le he asegurado a todo el mundo que no nos ibas a matar —dice mientras de fondo se escuchan el batir de las olas y los gritos de la tripulación. La chica mira a su alrededor y ve cómo los marineros se afanan para bajar las velas y tener así más control en aquel mar, que ahora es de todo menos tranquilo—. No me dejes por mentiroso, por favor. ¿Vale?

Mierda. Está acostumbrada a usar la orogenia en tierra firme y se ha olvidado de los posibles efectos de sellar la falla en mar abierto. Los temblores fueron por una buena causa, pero no dejan de ser lo que son y... Vaya, siente algo. Ha desatado un tsunami. Tuerce el gesto y gruñe cuando sus glándulas sesapinales empiezan a protestar en la nuca. Se ha pasado.

—Innon. —La cabeza le duele horrores—. Tienes q-que... hacer que la amplitud de las olas sea la misma bajo la superficie...

—¿Cómo dices?

Deja de mirarla y grita algo en su idioma a una de las de la tripulación, que maldice para sí. No tiene

ni idea de lo que ha dicho Sienita, claro. No habla el idioma del Fulcro.

Pero de repente el aire se torna frío a su alrededor. La madera del barco cruje debido al cambio de temperatura. Siena jadea por el cambio, pero la diferencia no es mucha, poco más que la que hay entre una noche de verano y una de otoño, aunque haya tenido lugar en cuestión de minutos. Además, en aquel cambio siente una presencia muy familiar, como la de unas manos cálidas y reconocibles en mitad de la noche. Innon inspira con fuerza cuando también la reconoce: Alabastro. Era de esperar que su alcance llegara hasta ahí. En apenas unos instantes, calma las aguas que empezaban a agitarse.

Cuando termina, el barco se vuelve a mecer sobre las plácidas aguas y encara el volcán de Allia, que ahora está quieto y oscuro. No ha dejado de humear y seguirá caliente por décadas, pero ya no expulsa magma ni gases. Los cielos que lo rodean empiezan a despejarse. Leshiye, el primer oficial de Innon, se acerca y le dedica a la chica una mirada incómoda. El hombre dice algo demasiado rápido como para que Sienita lo entienda por completo, pero capta lo esencial: «Dile que la próxima vez que decida detener un volcán se baje primero del barco.»

Leshiye tiene razón.

—Lo siento —murmura la chica en etérrico, y el hombre gruñe y se marcha zapateando.

Innon niega con la cabeza y la suelta, al tiempo que da la orden para que se vuelvan a izar las velas. La mira.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —responde mientras se frota la cabeza—. Nunca había trabajado con algo tan grande.

—No sabía que pudieras. Creía que solo los que son como Alabastro, los que tienen más anillos que tú, eran capaces de hacer algo así. Pero eres igual de poderosa que él.

—No. —Sienita ríe un poco mientras se agarra a la barandilla y se apoya en ella para dejar de depender de la ayuda del hombre—. Yo me ciño a los límites de lo que es posible. Él es capaz de reescribir las herrumbrosas leyes de la naturaleza.

—Je. —La voz de Innon suena extraña. Sienita lo mira y se sorprende al ver el gesto de arrepentimiento que ilumina su cara—. Cuando veo las cosas de las que sois capaces él y tú, a veces pienso que me habría gustado ir a ese Fulcro.

—No, no te habría gustado.

No quiere ni pensar en cómo sería aquel hombre si se hubiera criado en cautividad con el resto. Un Innon sin aquella risa estruendosa, sin aquel hedonismo vivaracho ni esa apasionada seguridad en sí mismo. Un Innon con esas manos fuertes debilitadas y torpes porque se las habrían roto. No sería Innon.

El hombre le dedica una sonrisa arrepentida, como si supiera en qué piensa.

—Algún día tendrás que contarme qué tal se vive en ese lugar y por qué todos los que salís de ahí sois tan buenos... y tenéis tanto miedo.

Al decirlo, le da una palmada en la espalda y se marcha para dirigir el cambio de ruta.

Sienita se queda en el mismo lugar de la barandilla y el frío le cala los huesos, un frío que no tiene nada que ver con la energía de la que ha hecho gala Alabastro.

Mientras el barco se escora para girar, la chica dedica un último vistazo al lugar en el que se encontraba Allia antes de que la estupidez que cometió la destruyera...

... y en ese momento ve a alguien.

O cree verlo. Al principio no está segura. Entorna los ojos y logra vislumbrar una línea más pálida

que recorre la caldera de Allia por la curvatura que se encuentra al sur, que es mucho más visible ahora que se ha atenuado el resplandor rubicundo del volcán. Tiene claro que no es la carretera imperial por la que Bastro y ella llegaron a Allia hace mucho tiempo, antes de cometer aquel error colosal. Le da la impresión de que es poco más que un camino de tierra que usan los oriundos y que se ha formado entre los árboles del bosque que rodea el lugar gracias a décadas de andar por él.

Un punto pequeño se mueve por el camino y, a lo lejos, parece una persona que desciende. No es posible. Nadie en su sano juicio se acercaría tanto a un estallo activo y mortal que ya ha matado a miles de personas.

La chica entorna aún más los ojos mientras avanza hacia la popa del barco para no perder de vista la imagen mientras el *Clalsu* se aleja de la costa. Si tuviera uno de los catalejos de Innon... Si pudiera asegurarse...

Por un momento cree, por un momento lo ve o lo alucina debido a la fatiga, o se lo imagina a causa de la ansiedad...

«Los superiores del Fulcro no dejarían a su suerte un desastre de estas características. A menos que creyeran que hay una buena razón para hacerlo. O a menos que les hayan ordenado no prestarle atención.»

Cree ver que esa figura que anda por el camino lleva un uniforme bermellón.

* * *

Hay quien afirma que la Tierra está disgustada
Porque le gustaría estar desolada.
Yo digo que la Tierra está enfadada
Porque se siente sola.

Canción popular antigua
(antes del Imperio)

Consigues reunir de nuevo al grupo

—Tú —le dices de repente a Tonkee. Sabes que no se llama Tonkee.

Tonkee se acerca a las paredes de cristal con los ojos resplandecientes y un pequeño cincel que ha sacado de vete a saber dónde, pero se detiene y te mira, confundida.

—¿Qué?

El día toca a su fin y estás cansada. Descubrir una comu oculta e imposible en el interior de una geoda gigante subterránea ha sido demasiado para ti. Los de Ykka os han hospedado en un apartamento situado en mitad de uno de los pilares cristalinos más grandes. Para llegar aquí has tenido que andar por un puente de cuerda y rodear una plataforma de madera. El apartamento está nivelado, no como el cristal en el que se encuentra. Los que ahuecaron esos cristales obviaron que, por mucho que el suelo sea plano, es difícil de olvidar que vives dentro de algo que tiene una inclinación de cuarenta y cinco grados. Has intentado no tenerlo en cuenta.

Y en algún momento mientras recorrías el lugar, dejabas el equipaje y te sumías en tus pensamientos («Este será mi hogar hasta que pueda escapar de él»), de pronto te das cuentas de que ya conocías a Tonkee. De que la has conocido, por alguna razón, durante todo este tiempo.

—Binof. Líder. Yumenes —espetas, y cada palabra le sienta a Tonkee como una puñalada. Se estremece y da un paso atrás. Después otro. Luego un tercero, hasta que llega a la pulida pared cristalina del apartamento. Muestra un gesto de terror, o quizá de una pena tan grande que parece miedo. Llega un punto en el que ambas cosas son lo mismo.

—Creí que no te acordabas —susurra.

Te pones en pie y apoyas las palmas de las manos contra la mesa.

—No puede ser casualidad que hayas venido con nosotros. Imposible.

Tonkee intenta sonreír, pero tuerce el gesto.

—Hasta las casualidades más improbables son posibles...

—Contigo no. —No con una niña que fue capaz de colarse en el Fulcro para descubrir un secreto que terminó con la muerte de una Guardiania. La mujer en la que se convertiría una niña así no creería en las casualidades. Estás segura—. Al menos, tus herrumbrosos disfraces han mejorado con el tiempo.

Hoa, que está en pie en la entrada del apartamento (haciendo guardia de nuevo, o eso crees), mueve la cabeza de la una a la otra mientras habláis. Quizá se limite a ver cómo se desarrolla el encuentro y, de ese modo, prepararse para el que vas a tener luego con él.

Tonkee aparta la mirada, un poco temblorosa.

—No, no lo es. No es una casualidad, quiero decir... —Respira hondo—. No te seguía yo. He hecho que te sigan, para ser exactos. No empecé a seguirte yo misma hasta hace unos años.

—¿Has hecho que otros me sigan? ¿Que me sigan durante casi treinta años?

Parpadea, se relaja un poco y suelta una risilla.

—Mi familia tiene más dinero que el emperador. Fue fácil durante los primeros veinte años, más o menos, pero casi te perdemos hace unos diez. Y... bueno.

Golpeas la mesa con las manos y quizás es tu imaginación, pero los muros de cristal del apartamento brillan con un poco más de intensidad por un momento. Aquello casi te distrae. Casi.

—No es un buen momento para sorpresas —mascullas.

Tonkee suspira y se desploma contra la pared.

—Lo siento...

Niegas con la cabeza, con tanta fuerza que hasta se estiran algunos rizos.

—¡No te disculpes! Explícate. ¿Eres Innovadora o Líder?

—¿Ambos?

Estás a punto de congelarla. Lo ve en tu mirada y espeta:

—Nací Líder. ¡De verdad! Me llamo Binof, pero... —Abre las manos—. ¿Qué voy a liderar yo? No se me da bien. Ya viste cómo era de niña. No tenía sutileza ninguna. No se me da... la gente. Pero las cosas sí.

—Tu herrumbrosa historia me interesa más bien poco.

—¡Pero es importante! La historia siempre es importante. —Tonkee, Binof o quienquiera que sea se aleja de la pared, con gesto de súplica—. Soy geomestra de verdad. Fui a la Séptima, aunque... aunque...

—Tuerce el gesto de una manera que no alcanzas a comprender—. No fue bien. Aun así, me he pasado la vida estudiando aquella cosa, aquella hendidura que encontramos en el Fulcro. Essun, ¿sabes lo que era?

—No me importa.

Cuando lo dices, Tonkee-Binof frunce el ceño.

—Sí que importa —dice. Ahora es ella la que te mira enfadada, y tú la que retrocede ante la sorpresa—. He dedicado mi vida entera a ese secreto. Importa. Y a ti también debería importarte, porque eres una de las poquísimas personas de toda la Quietud que pueden hacer que importe.

—Por los fuegos de la Tierra, ¿qué quieres decir?

—Ese lugar es donde los construyeron. —Binof-Tonkee se acerca, rauda y con la cara iluminada—. La hendidura del Fulcro. La hendidura es el lugar de donde provienen los obeliscos. Y también el lugar donde se torció todo.

Termináis volviendo a presentaros. Esta vez bien.

Tonkee en realidad se llama Binof, pero prefiere que la llamen Tonkee, el nombre que se puso para entrar en la Séptima Universidad. Resulta que para un niño del Liderazgo Yumenescí es inapropiado dedicarse a algo que no sea la política, la judicatura o el comercio a gran escala. También es inapropiado que un niño que nació hombre quiera ser mujer: parece que las familias del Liderazgo no usan Sementales entre ellos y que la feminidad de Tonkee sabotó uno o dos matrimonios de conveniencia. Podrían haber acordado otros matrimonios, pero entre aquello y que la joven Tonkee tenía tendencia a decir cosas que no debería y que no tenían sentido, todo se fue al traste. Y por eso la familia de Tonkee la envió al mejor centro de aprendizaje de toda la Quietud y le dieron una nueva identidad y una nueva casta al uso, para luego desheredarla sin que se armara un revuelo ni un escándalo.

Pero Tonkee salió adelante en la Universidad, con alguna que otra pelea acalorada con académicos de renombre de las que salió airosa. Se había pasado toda su vida profesional estudiando la obsesión que la llevó al Fulcro hacía ya tantos años: los obeliscos.

—No es que me interesaras demasiado —explica—. O sea, me ayudaste y no quería que sufrieras por haberlo hecho, pero eso solo fue el principio. Te investigué y descubrí que tenías potencial, que eras una

de las que tarde o temprano desarrollarían la capacidad de controlar los obeliscos. Lo cierto es que se trata de una habilidad poco común. Y... esperaba que...

Os habéis vuelto a sentar y ambas habláis en voz baja. No puedes seguir enfadada mientras te cuenta eso, ya que hay demasiadas cosas que procesar. Miras a Hoa, que sigue en pie en la salida de la habitación y os mira a las dos, con cautela. Todavía tienes que hablar con él. Se están revelando todos los secretos, incluidos los tuyos.

—Morí —dices—. Era la única manera de ocultarme del Fulcro. Morí para escapar de ellos y, aun así, no me he podido librar de ti.

—Cierto. Los míos no usan poderes extraños para rastrearte; tan solo la deducción, que es mucho más fiable. —Tonkee se acomoda en la silla que hay al otro lado de la mesa. El apartamento tiene tres habitaciones: esta sala parecida a una madriguera es la central, que se comunica con dos dormitorios. Tonkee necesita quedarse sola en una de ellas porque vuelve a oler fatal. Cuando consigas algunas respuestas, solo te van a quedar ganas de compartir habitación con Hoa, por lo que tal vez te quedes a dormir en la madriguera durante un tiempo.

—Durante los últimos años he trabajado con... alguien. —De repente, Tonkee se muestra mucho más reservada, algo que no le cuesta mucho—. Otros mestros, en su mayor parte, que se han hecho las mismas preguntas que nadie parece querer responder. Especialistas de otros campos. Durante los últimos diez años, hemos rastreado todos los obeliscos que nos ha sido posible. ¿Sabías que se mueven con arreglo a patrones establecidos? Se dirigen, muy despacio, hacia los lugares donde hay un orogén dotado de la habilidad necesaria. Alguien que sea capaz de usarlos. Había dos que se dirigían hacia ti cuando vivías en Tirimo. No son muchos, pero nos resultó fácil darnos cuenta.

Miras hacia arriba y frunces el ceño.

—¿Se dirigían hacia mí?

—O hacia algún otro orogén que tuvieras cerca, sí. —Tonkee parece más relajada y come un pedazo de fruta deshidratada que ha sacado de su mochila, ajena a la manera en la que la miras ahora que se te ha helado la sangre—. Los triangulamos y todo parecía bastante claro. Se podría decir que Tirimo era el centro del círculo. Al parecer, estuviste allí muchos años, porque uno de los obeliscos que se dirigía hacia ti llevaba casi una década sin cambiar de rumbo. Venía desde la costa oriental.

—El de amatista —murmuras.

—Exacto. —Tonkee no te quita el ojo de encima—. Por eso sospechaba que seguías viva. De alguna manera, los obeliscos se enlazan con algunos orogenes. No sé exactamente cómo funciona ni por qué, pero es muy exacto y predecible.

Por deducción. Niegas con la cabeza. No articulas palabra porque estás impresionada. Ella prosigue:

—Sea como fuere, aumentaron de velocidad en los últimos dos o tres años, así que me dirigí a la región y me hice pasar por una comubunda para seguirles mejor el rastro. No pretendía acercarme tanto a ti, pero entonces ocurrió eso del norte y consideré importante estar cerca de un operador, un operador de obeliscos. Por eso me puse a buscarte. De camino a Tirimo te vi en aquella estación de carretera. Tuve suerte. Te iba a seguir unos días mientras pensaba si decirte o no la verdad sobre quién era... pero entonces el chico convirtió aquella kirjusa en una estatua. —Señala a Hoa con la cabeza—. Y por eso decidí que lo mejor sería no decir nada y observaros durante un tiempo.

Comprensible.

—Dijiste que había más de un obelisco de camino a Tirimo. —Te humedeces los labios—. Pero solo debería haber sido uno.

El de amatista es el único al que estás enlazada. El único que queda, al menos.

—Eran dos. El de amatista y otro que venía de Merz.

Se refiere al gran desierto que se encuentra al nordeste.

Niegas con la cabeza.

—Nunca he estado en Merz.

Tonkee guarda silencio por unos momentos, no sabes si intrigada o irritada.

—¿Cuántos orogenes había en Tirimo?

Tres. Pero...

—Aumentaron de velocidad.

En ese momento, dejas de pensar. No puedes responder a su pregunta ni articular frases completas. Aumentaron de velocidad en los últimos dos o tres años.

—Sí. Fuimos incapaces de descubrir a qué se debía. —Tonkee hace una pausa y luego te mira de soslayo con los ojos entrecerrados—. ¿Lo sabías?

Uche tenía dos años. Casi tres.

—Lárgate —murmuras—. Ve a darte un baño o lo que sea. Necesito pensar.

La mujer duda y da la impresión de que tiene muchas más preguntas, pero cuando la miras se levanta de improviso para marcharse. Unos minutos después de que se haya ido, los cortinajes todavía no han dejado de mecerse (los apartamentos no tienen puertas, pero basta con los cortinajes para mantener la intimidad) y tú estás sentada en silencio, sin pensar en nada durante un rato.

Entonces miras a Hoa, que se encuentra al lado de la silla que Tonkee ha dejado vacía y espera el momento para hablar.

—Eres un comepiedras —dices.

El niño asiente, con majestuosidad.

—Pareces... —Haces una serie de gestos, sin saber muy bien cómo decirlo. Nunca te ha parecido que sea normal de verdad, pero tampoco tiene la apariencia que debería tener un comepiedras. A ellos no se les mueve el pelo. Ni tampoco sangran. Son capaces de moverse por la roca en un suspiro, pero tardarían horas en subir unas escaleras.

Hoa se mueve un poco y se pone la mochila en el regazo. Hurga en ella por unos momentos y saca el fardo andrajoso que no veías desde hace tiempo. Parece ser que lo lleva ahí. Lo abre, y por fin puedes ver lo que ha llevado consigo todo el tiempo.

Por lo que ves, el fardo contiene muchos pedacitos de cristales sin pulir. Algo parecido al cuarzo o al yeso, menos algunos otros que no son de aquel blanco tan turbio, sino de un color más bien rojo sangre. No estás segura, pero te da la impresión de que el fardo es mucho más pequeño que la última vez que lo viste. ¿Habrá perdido algunos?

—Piedras —dices—. ¿Has estado cargando con... piedras?

Hoa titubea, y coge uno de los pedazos blancos. Lo levanta. Es más o menos del tamaño de uno de tus pulgares, cuadrado y parece roto por uno de los lados. También parece duro.

Se lo come. Te quedas mirando, y él te mira a ti mientras lo hace. Lo mueve por la boca unos instantes, como si buscara el ángulo perfecto para atacar o quizá solo para saborearlo con la lengua.

Quizá sea sal.

Entonces ves cómo cierra la mandíbula. Se escucha un crujido que resuena mucho debido al silencio de la habitación. Varios crujidos más, no tan altos pero que no dejan lugar a dudas de que lo que mastica no es comida. Luego traga y se relame.

Es la primera vez que lo ves comer.

—Comida —dices.

—Yo.

Estira la mano y la pone sobre la pila de rocas con una delicadeza que te resulta extraña.

Frunces un poco el ceño, porque lo que hace tiene menos sentido del habitual.

—¿Q-qué es eso? ¿Algo que hace que te parezcas más a nosotros?

No sabías que pudieran hacer algo así, pero los come Piedras no hablan mucho sobre su naturaleza y no toleran bien las preguntas. Has leído registros de cómo la Sexta Universidad de Arcara intentó capturar come Piedras para estudiarlos hace dos estaciones. El resultado fue la creación de la Séptima Universidad de Dibars, que se consiguió construir después de que se rescataran libros suficientes de entre las ruinas de la Sexta.

—Las estructuras cristalinas son un medio de almacenamiento muy eficiente. —Sus palabras no tienen sentido. Pero entonces Hoa lo aclara—: Esto soy yo.

Te gustaría hacerle más preguntas, pero decides no hacerlo. Si quisiera hacerte comprender, te lo habría explicado él mismo. Y aun así, eso no es lo importante.

—¿Por qué? —preguntas—. ¿Por qué te obligas a ser así? ¿Por qué no te limitas a ser... lo que eres?

Hoa te mira con un escepticismo que te hace darte cuenta de lo estúpida que ha sido esa pregunta. ¿Habrías dejado que viajara contigo de haber sabido lo que era? De todos modos, si hubieras sabido lo que era tampoco habrías intentado detenerlo. Nadie se atreve a obligar a los come Piedras a no hacer lo que les plazca.

—Quiero decir, ¿por qué te has tomado la molestia? —preguntas—. ¿No podrías haber...? Los tuyos pueden viajar a través de la piedra.

—Sí, pero quería viajar contigo.

Y entonces llega el quid de la cuestión.

—¿Por qué?

—Porque me gustas.

Lo dice y se encoge de hombros. Se encoge de hombros, como un niño a quien se le pregunta algo que no sabe cómo expresar o que no quiere hacerse entender. Quizá no sea importante. Quizá sea tan solo un impulso. Quizá termine por marcharse detrás de cualquier otro capricho. Pero por el óxido que sabes que es mentira, mentira por el hecho de que no es un niño, de que tampoco es un hombre, de que es probable que haya vivido durante varias estaciones y de que forma parte de una herrumbrosa especie que no se deja llevar por los caprichos.

Te frotas la cara, y cuando apartas las manos las tienes llenas de ceniza. También necesitas un baño. Suspiras y lo escuchas decir, en voz baja:

—No te voy a hacer daño.

Parpadeas cuando lo dice, y luego vuelves a bajar las manos, despacio. No se te había ocurrido que podía hacerlo. Ni en este momento, ahora que sabes lo que es y has visto lo que puede hacer. Te resulta

difícil verlo como algo insondable y misterioso que da miedo. Y justo por eso ha hecho lo que ha hecho. Le gustas. No quiere que le tengas miedo.

—Es bueno saberlo —dices. Ahí acaba la conversación. Os quedáis mirándoos el uno al otro durante un rato.

—Aquí no estamos seguros —dice luego.

—Sí, me lo imaginaba.

Nada más decirlo, reparas en que lo has dicho con sarcasmo. Pero bueno, tampoco es ninguna sorpresa que últimamente te has sentido un poco arisca. En realidad, eres brusca con todo el mundo desde lo de Tirimo, pero te das cuenta de que esa no era tu forma de ser con Jija ni con nadie hasta la muerte de Uche. Antes de eso eras más amable y sosegada. No eras sarcástica y, cuando te enfadabas, no lo mostrabas. Se supone que no te comportas como Essun.

El problema es que ya no eres Essun. Ya no eres solo Essun.

—Les gustas a los demás que están por aquí —empiezas a decir. El chico se pone tenso: sin duda, se ha enfadado. Sorprendida, no añades nada.

—No son como yo —responde él, con frialdad.

Vale, pues es por eso. Suficiente.

—Tengo que descansar —dices. Te has pasado todo el día caminando, y también te gustaría darte un baño, aunque no estás segura de que vayas a poder desvestirte y quedarte más expuesta delante de los habitantes de Castrima. Sobre todo, si tienes en cuenta que en realidad te mantienen cautiva; eso sí, de una manera educada y sencilla.

Hoa asiente mientras empieza a juntar de nuevo su fardo de rocas.

—Haré guardia.

—¿Duermes?

—A veces. Menos que tú. Ahora no lo necesito.

Qué casualidad. Aun así, confías en él más que en los habitantes de esa comu. No deberías, pero así es.

Te levantas, te diriges hacia el dormitorio y te tumbas en la cama. Es discreta: una funda de lona rellena de paja y algodón, pero mejor que el suelo recio o que tu saco de dormir. Te derrumbas en ella y apenas tardas un momento en quedarte dormida.

Cuando te despiertas, no estás segura de cuánto tiempo ha pasado. Hoa se acurruca contra ti, como ha hecho durante las últimas semanas. Te incorporas y lo miras con el ceño fruncido, y él te devuelve la mirada, preocupado. Niegas con la cabeza y luego te levantas mientras murmuras algo.

Tonkee ha vuelto a su habitación. La oyes roncar. Sales del apartamento y reparas en que no tienes ni idea de qué hora es. Si estuvieras en la superficie, al menos podrías distinguir si es de día o de noche, a pesar de la ceniza y de las nubes. De día las cenizas y las nubes son claras y, de noche, oscuras y salpicadas de rojo. Pero aquí abajo... echas un vistazo alrededor y lo único que ves son cristales gigantes que brillan y la ciudad imposible que sus habitantes han construido a su alrededor.

Caminas por la pasarela de madera irregular a la que da la puerta de tu apartamento y echas un vistazo hacia abajo por encima de una barandilla que no te da seguridad ninguna. Sea la hora que sea, siempre hay varias docenas de personas deambulando por aquí. Tienes que descubrir más cosas sobre la comu, por si intentan evitar que te marches y tienes que destruirla.

(No le prestas atención a la vocecilla de tu cabeza que te dice: «Ykka también es una orograta, ¿seguro que quieres enfrentarte a ella?»)

(Se te da muy bien no prestarles atención a las vocecillas.)

Te cuesta descubrir cómo bajar al nivel inferior de primeras, porque todas las plataformas, puentes y escaleras del lugar están contruidos para conectar los cristales, y hay cristales por todas partes. No es en absoluto intuitivo. Subes por un tramo de escaleras y luego tienes que rodear uno de los cristales más amplios para encontrar otro tramo de escaleras que descienda y llegar así a una plataforma que no tiene escalera ninguna, lo que te obliga a volver sobre tus pasos. Hay gente por aquí y por allá, y te miran al pasar, algunos con curiosidad y otros con hostilidad, porque das la impresión de ser nueva en el lugar: ellos están limpios y tú gris, debido a la ceniza de la carretera. Ellos están rollizos, y a ti las ropas te quedan grandes porque lo único que has hecho durante las últimas semanas es caminar y comer raciones de viaje. No puedes evitar ofenderte cuando te miran, así que te niegas a pedir indicaciones.

Aun así, terminas por llegar al nivel del suelo. Abajo te resulta más obvio que caminas por la superficie de una burbuja de piedra, porque la superficie sube y baja ligeramente y se curva a tu alrededor de una forma bastante evidente, como si se tratara de un cuenco enorme. Castrima se encuentra en el fondo de aquel ovoide. Ahí abajo también hay cristales, pero son pequeños y gruesos y la mayoría no te pasa del pecho; los más grandes no superan los tres o cuatro metros. Algunos están rodeados con muros de madera, y hay lugares en los que el suelo es más claro e irregular debido a que se han quitado algunos de esos cristales. (Te preguntas, sin darle muchas vueltas, cómo lo habrán hecho.) Aquello forma un laberinto de caminos entrecruzados que llevan hasta algún lugar relevante de la comu: un fogón, un herrero, un vidriero o una panadería. A los lados de algunos de los caminos te parece ver tiendas de campaña y campamentos, algunos de ellos ocupados. Es obvio que no todos los habitantes del lugar se sienten cómodos entre montones de tablones de madera atados con cuerdas a cientos de metros de altura sobre un suelo cubierto de pinchos gigantes. No te extraña.

(Ahí está otra vez ese sarcasmo tan impropio de Essun. Al óxido con todo, estás cansada de refrenarlo.)

Te resulta fácil encontrar los baños, porque descubres un rastro de huellas de agua en el suelo de piedra verde grisácea y todas se encaminan en la misma dirección. Las sigues y te sorprendes al descubrir que el baño es una piscina enorme de agua limpia y humeante. La piscina tiene unos bordes que están un poco por encima del nivel del suelo de la geoda, y de ella sale un cauce de agua que se recoge con unas grandes tuberías de latón que van hacia... alguna parte. Al otro lado de la piscina ves una especie de catarata que surge de otra tubería y con la que se repone el agua. Tal vez el agua circule durante horas hasta volver a estar limpia. En uno de los lados ves una zona claramente preparada para lavarse en la que hay dispuestos varios bancos de madera y unos estantes con enseres. Varias personas se restriegan antes de meterse en la piscina.

Cuando ya estás desvestida y te has frotado durante un rato, se abalanza sobre ti una sombra que te sobresalta y hace que te tropieces, tires al suelo el banco y te enlaces con la tierra antes de que se te ocurra pensar que quizás estés exagerando. Pero luego la esponja empapada está a punto de caérsete de la mano porque...

... es Lerna.

—Sí —dice el hombre cuando lo miras—. Pensé que podrías ser tú, Essun.

Lo miras fijamente. Parece algo diferente. Como más pesado, aunque también más flaco, como tú, de tanto viajar. ¿Han pasado semanas? ¿Meses? Empiezas a perder la noción del tiempo. Pero ¿qué hace aquí? Debería estar en Tirimo. Rask nunca dejaría que un médico...

Vaya. Muy bien.

—Parece que Ykka se las ha arreglado para que vengas. Qué sorpresa. —Cansado. Parece cansado. Tiene una cicatriz que le recorre el borde de la mandíbula, una marca pálida y con forma de luna creciente que parece que no recuperará el color. No dejas de mirarlo. El hombre se mueve y dice—: Menuda casualidad que hayamos acabado en el mismo sitio. Quizá sea el destino. O quizá sea cierto que hay otros dioses aparte del Padre Tierra. Dioses que se preocupan por nosotros de verdad, quiero decir. Aunque quizá también sean malvados y todo esto sea una broma. Al óxido, qué más da.

—Lerna —dices, y se da cuenta.

Baja la mirada de improviso y ve que estás desnuda.

—Debería dejarte terminar —dice, apartando la mirada—. Luego hablamos.

No te importa que te vea desnuda. Por el óxido: pero si fue él quien te ayudó a dar a luz a uno de tus hijos. Es probable que lo diga por educación. Es una costumbre que tiene: tratarte como una persona a pesar de que conoce tu naturaleza, algo alentador después de tantas cosas raras y de todo lo que ha cambiado tu vida. No estás acostumbrada a que el pasado te persiga después de haberlo dejado atrás.

Se marcha y desaparece de la zona de baño. Te sientas de nuevo y terminas. No te molesta nadie más, aunque ves que alguno de los habitantes de Castrima te mira con gesto curioso. Y también con menos hostilidad, algo natural: no es que luzcas muy amenazadora. Lo que haría que te odiaran son justo las cosas que no pueden ver.

Te vuelves a preguntar si sabrán qué es Ykka en realidad. La rubia que estaba con ella en la superficie lo sabe, sin duda. Quizás Ykka también sepa algo de ella, algo con lo que asegurarse su silencio. No crees que sea así. Ykka es muy abierta con su naturaleza y se siente muy cómoda cuando habla de ella con desconocidos. Tiene carisma y es muy atractiva, actúa como si ser orogén no fuera más que otra habilidad, otro rasgo de su personalidad. Solo en una ocasión has visto algo parecido y que una comu acepte a alguien así.

Sales del baño una vez que has terminado de enjuagarte y te sientes limpia. No tienes toalla, solo la ropa sucia y llena de ceniza, que también frotas hasta que queda limpia en la zona de baño. Está húmeda cuando terminas, pero no eres tan audaz como para caminar desnuda por una comu llena de desconocidos. Y, de todos modos, dentro de la geoda parece verano. Por eso, y como harías en verano, te pones la ropa mojada con la esperanza de que se seque pronto.

Cuando te marchas, ves que Lerna te esperaba.

—Por aquí —dice mientras se gira para caminar a tu lado.

Lo sigues y te lleva por un laberinto de escaleras y plataformas hasta que llegáis a un cristal bajo y gris que apenas sobresale unos seis metros por encima del muro. Allí tiene su apartamento, que es más pequeño que el que compartes con Tonkee y Hoa. Ves estanterías cargadas de hierbas y vendas dobladas, y supones que los extraños bancos de la habitación principal son catres improvisados. Un médico preparado para pasar consulta en casa. Te indica que te sientes en uno de los bancos y se sienta delante de ti.

—Me marché de Tirimo después que tú —susurra—. Recordarás que Oyamar, el ayudante de Rask,

era un idiota integral e intentó forzar elecciones paranombrar un nuevo jefe. No quería enfrentarse a la responsabilidad ahora que se avecinaba una estación. Todo el mundo sabía que Rask no lo habría nombrado, pero estaba ahí porque la familia de Oyamar le hizo un favor con los derechos de comercio de la explotación forestal de la zona occidental... —Se le apaga la voz: aquello ya no le importa a nadie—. Da igual. La mitad de los malditos Lomocurtido iban por ahí borrachos y armados, asaltaban los abastos y acusaban a todo el mundo de ser orograta o ser pareja de uno. La otra mitad hacía lo mismo, pero estaban más tranquilos y sobrios, lo que era peor todavía. Sabía que solo era cuestión de tiempo que fueran a por mí. Todos sabían que era tu amigo.

También tienes la culpa de eso. Por tu culpa, este hombre tuvo que abandonar un lugar donde habría estado a salvo. Agachas la mirada, incómoda. Ahora él también usa la palabra «orograta».

—Pensé que podía llegar a Brilliance, el lugar de donde proviene la familia de mi madre. Apenas me conocen, pero saben que existo y soy médico, por lo que... supuse que tendría alguna posibilidad. En todo caso, era mejor que quedarme en Tirimo y que me lincharan. O que morirme de hambre cuando llegara el frío y los Lomocurtido se hubieran comido o robado todo. También pensé... —Duda y desvía la mirada hacia ti por un instante. Luego se vuelve a mirar las manos—. Pensé que si iba rápido te encontraría en la carretera, pero aquello fue una estupidez. Es obvio que no te encontré.

Entre vosotros siempre ha habido esa complicidad silenciosa. Lerna descubrió tu naturaleza cuando vivías en Tirimo. No le dijiste nada. Lo descubrió porque te miró lo suficiente como para darse cuenta de las señales y porque es inteligente. Siempre le has gustado, siempre le has gustado al hijo de Makenba. Supusiste que se olvidaría con el tiempo. Te mueves un poco, incómoda, al darte cuenta de que no lo ha hecho.

—Salí de allí por la noche —continúa—, por una de las grietas del muro cerca de... cerca del lugar donde intentaron detenerte. —Tiene los brazos apoyados en las rodillas y no deja de mirar hacia sus manos cerradas. Casi no las mueve, pero frota un pulgar contra el nudillo de la otra mano, una y otra vez, despacio. Parece un gesto contemplativo—. Anduve junto a todo el mundo mientras seguía un mapa que tenía... pero nunca he estado en Brilliance. Por los fuegos de la Tierra, esta es casi la primera vez que salgo de Tirimo. Solo había salido de allí una vez; en realidad, fue cuando me marché para estudiar medicina en Hilge... Da igual. O el mapa estaba mal o no sé seguirlos. Puede que ambas cosas. Tampoco tenía brújula. Me salí de la carretera imperial demasiado pronto y puede que... puede que caminara hacia el sudeste cuando creía que marchaba hacia el sur... No lo sé. —Suspira y se frota una mano contra la cabeza—. Cuando me di cuenta de lo perdido que estaba, me había alejado tanto que solo pensaba en encontrar un camino mejor sin alejarme de aquel en el que me encontraba. Pero en un cruce de caminos me encontré con un grupo. Eran bandidos o comubundos o algo. Yo también viajaba con un pequeño grupo: un anciano con una cuchillada muy fea en el pecho al que había ayudado, y su hija, que tendría unos quince años. Los bandidos...

Hace una pausa y aprieta los dientes. Te imaginas lo que ocurrió. Lerna no es un guerrero, pero sigue vivo, que es lo que importa.

—El hombre se llamaba Marald. Se lanzó él solo contra una de ellos. No tenía armas ni nada, y la mujer tenía un machete. No sé en qué estaba pensando. —Lerna respira hondo—. Pero me miró y yo... yo cogí a su hija y salí corriendo. —Aprieta los dientes aún más. Te sorprende que no los hayas oído rechinar—. La chica me dejó poco después. Me llamó cobarde y se marchó sola.

—Si no te la hubieras llevado en aquel momento —dices—, también la habrían matado. —Lo dice el litoacervo: la seguridad nos honra, hay que sobrevivir a las amenazas. Mejor vivir como un cobarde que morir como un héroe.

Los labios de Lerna se tuercen un poco hacia arriba.

—Es lo que no paraba de repetirme todo el tiempo. Pero cuando se marchó... Aciaga Tierra. Quizá solo conseguí aplazar lo inevitable. Una chica de su edad, desarmada y sola en los caminos...

No dices nada. Si la chica está sana y tiene la complexión adecuada, alguien se la llevará, como mínimo para ser una Semental. También es posible que sea digna de un apellido al uso mejor, consiga un arma y suministros y se valga por sí misma. Sea como fuere, habría tenido más oportunidades de haberse quedado con Lerna, pero ella tomó la decisión.

—Ni siquiera sé lo que querían. —Lerna se mira las manos. Quizá no ha parado de pensar en ello desde entonces—. Lo único que llevábamos eran los portabastos.

—Es suficiente. Si se estaban quedando sin suministros... —dices antes de pensar que es mejor que te calles. Parece que él no se da cuenta.

—Seguí andando yo solo. —Suelta una risilla nerviosa—. Estaba tan preocupado por ella que ni me di cuenta de que yo estaba igual de mal. —Y es cierto. Lerna es un medlatino normal y corriente, como tú, con la diferencia de que él no ha heredado ni la altura ni la complexión de los sanzedinos..., quizá por todo lo que se ha entregado a su agudeza mental. Pero ha terminado de buen ver, puede que a causa de su herencia, y hay gente que busca esas características para reproducirse. Una nariz larga de cebaki, hombros y color de piel sanzedinos, labios de las Costeras occidentales... Es demasiado multirracial para los gustos de las comus de las Ecuatoriales, pero para los de las Surmelat es un buen partido.

—Cuando pasé por Castrima —continúa—, parecía abandonada. Estaba muy cansado después de haber escapado de... aquello. Pensé que me vendría bien pasar la noche, descansar en una de las casas y quizás encender un fuego con la esperanza de que nadie se diera cuenta. Comer algo decente, para variar, y también quedarme quieto durante el tiempo suficiente para decidir qué hacer a continuación. —Sonríe un poco—. Y, cuando me levanté, me vi rodeado. Les dije que era médico y me trajeron aquí abajo. Quizás hayan pasado dos semanas de eso.

Asientes. Luego le cuentas tu historia, sin molestarte en ocultar cosas ni mentir. Todo, no solo la parte de Tirimo. Quizá lo hagas porque te sientes culpable. Merece escuchar la verdad.

Tras un prolongado silencio, Lerna niega con la cabeza y suspira.

—No esperaba tener que vivir una estación —susurra—. Llevo toda la vida escuchando el acervo, como todos, pero... siempre me imaginé que eso no me ocurriría a mí.

Es lo que piensa todo el mundo. Tú igual: lo último que esperabas era tener que enfrentarte al fin del mundo.

—Nassun no está aquí —dice Lerna al rato. Lo dice en voz baja, pero te sobresaltas. Se le amilana la expresión cuando ve la tuya—. Lo siento, pero llevo en el lugar el tiempo suficiente como para haber conocido a los demás recién llegados a la comu. Sé que esperabas encontrarla.

Nassun no está. Y ahora no sabes ni dónde buscar ni una forma realista de encontrarla. Te acaba de despojar de toda esperanza de un plumazo.

—Essun. —Lerna se inclina hacia delante de improviso y te coge las manos. Te das cuenta de que te han empezado a temblar, y calma tus dedos con los suyos—. La encontrarás.

Pero eso no significa nada para ti. No es más que el tipo de tonterías que se dicen para tranquilizar a los demás. Esa noticia te ha roto por dentro, más que el momento en que te derrumbaste delante de Ykka. Se acabó. Todo ese extraño viaje, todo lo que has hecho para mantener la compostura y centrarte en tu objetivo... no ha servido para nada. Nassun no está, la has perdido. Jija nunca pagará por lo que ha hecho, y tú...

Por el óxido, ¿qué más da? No le importas a nadie. Es por eso, ¿no? Llegaste a tener personas que se preocupaban por ti. Llegaste a tener niños que te respetaban y a los que les importabas. Una vez (dos; no; tres, aunque las dos primeras no cuentan) llegaste a tener un hombre a cuyo lado te despertabas todas las mañanas y a quien no le importaba tu existencia. Llegaste a vivir rodeada de los muros que él construyó para ti, en un hogar que construisteis juntos, en una comunidad que decidió acogerte.

Todo era mentira y era cuestión de tiempo que se viniera abajo.

—Escucha —dice Lerna. Su voz te hace parpadear y se te derraman las lágrimas. Más lágrimas. Llevas un rato ahí sentada y llorando en silencio. El hombre se acerca a tu banco y te inclinas sobre él. Sabes que no deberías, pero lo haces, y él te rodea con el brazo y te consuela. Tienes un amigo, al menos. Siempre será un amigo—. Quizá... quizás estar aquí no sea tan malo. A saber, con todo lo que está pasando. Esta comu es muy rara. —Tuerce el gesto—. No creo que me guste estar aquí, pero ahora mismo es mejor que estar en la superficie. Quizá si te paras a pensar un tiempo, descubras adónde puede haber ido Jija.

No ha dejado de consolarte. Niegas un poco con la cabeza, pero estás demasiado vacía como para llevarle la contraria.

—¿Tienes dónde quedarte? A mí me metieron aquí, así que supongo que tú tendrás algún sitio también. Hay mucho espacio. —Asientes, y Lerna respira hondo—. Pues vamos y así me presentas a tus compañeros.

Venga. Te recuperas, sales de allí y lo guías en la dirección que crees que te llevará hasta el apartamento que te asignaron. Por el camino te da tiempo de apreciar de nuevo lo inaudita que es esta comu. Pasáis por una sala enclavada en uno de los cristales más blancos y brillantes, y que está llena de estantes con bandejas. Otra de las salas no parece muy transitada, está llena de polvo y contiene lo que supones que son máquinas de tortura, aunque construidas de una forma un tanto torpe: no te imaginas cómo se puede hacer daño con un par de anillas que cuelgan del techo. También pasáis por escaleras metálicas, construidas por los mismos que crearon este lugar. Hay escaleras más recientes, pero es fácil distinguirlas porque las originales no se oxidan ni se han deteriorado ni se construyeron solo para cumplir su función. Tienen unas decoraciones extrañas por las barandillas y los bordes de los escalones: caras labradas, enredaderas forjadas de plantas que no has visto nunca, y algo que podría ser algún tipo de escritura, aunque no parecen más que formas angulosas de varios tamaños. Intentas olvidarte de tu estado de ánimo e intentar darle un sentido a todo eso.

—Es una locura —dices, mientras pasas los dedos por un elemento decorativo que parece una kirjusa gruñendo—. Este lugar se parece a las ruinas de una civitusta enorme, otra más de los cientos de miles que hay por toda la Quietud. Las ruinas son trampas mortales. Las comus de las Ecuatoriales las arrasan o las entierran si pueden. Es lo mejor. Si quienes construyeron este lugar no han sobrevivido, ¿por qué deberíamos intentarlo nosotros?

—No todas las ruinas son trampas mortales. —Lerna camina por la plataforma, sin alejarse del

cristal que rodea, y con la mirada fija hacia delante. Su labio superior está cubierto de sudor. No te habías dado cuenta de que tiene vértigo, pero es normal en Tirimo, que es llana y aburrida. Su voz sigue relajada—. Corre el rumor de que Yumenes se construyó sobre un montón de ruinas de civitustas.

«Y mira cómo ha acabado», piensas para ti.

—Esta gente debería haberse limitado a construir un muro, como todos —dices. Luego te detienes, porque te das cuenta de que el objetivo de todo aquello es sobrevivir y, en ocasiones, los cambios son necesarios para sobrevivir.

El hecho de que las estrategias de siempre (como construir un muro, reunir a los que son útiles, echar a los inútiles, armarse, acaparar bienes y esperar un golpe de suerte) hayan funcionado no significa que no se pueda sobrevivir mediante otros métodos. Pero ¿esto? ¿Descender a un agujero y esconderse en una bola llena de rocas afiladas con un puñado de comepiedras y de orogratas? Esto parece una locura.

—Y si intentan retenerme aquí, se lo demostraré —murmuras.

No sabes si Lerna te ha oído, pero no dice nada.

Acabáis en tu apartamento. Tonkee está despierta y se encuentra en la sala comiéndose un gran tazón de algo que no llevabais encima. Parecen gachas, y en su interior hay unos tropezones amarillentos que al principio te dan un poco de asco, pero luego gira un poco el cuenco y ves que son brotes. Comida normal y corriente de un abasto.

(Te mira con cautela al entrar, pero lo que reveló antes es tan nimio en comparación con lo que has descubierto hoy que te limitas a saludarla con la mano y a sentarte enfrente, como sueles hacer. Se relaja.)

Lerna se comporta con educación, pero es precavido con Tonkee. Ella hace lo mismo, hasta que el hombre menciona que les ha realizado análisis de sangre y de orina a los habitantes de Castrima por si encontraba deficiencias vitamínicas. Casi sonrías cuando ves que la mujer se inclina hacia delante y dice:

—¿Con qué equipo los has hecho?

Sus ojos brillan con una avaricia que te resulta familiar.

Luego Hoa entra en el apartamento. Te sorprendes, porque no te habías dado cuenta de que había salido. Sus ojos geliris se posan de inmediato en Lerna y lo examina de arriba abajo. Luego se relaja de una manera que te hace darte cuenta de que Hoa llevaba tenso desde que encontrasteis aquella comu de locos.

Pero aunque sea algo raro, te olvidas de eso por el momento cuando Hoa dice:

—Essun. He encontrado a alguien a quien deberías ver.

—¿Quién?

—Un hombre. De Yumenes.

Los tres os quedáis mirando al chico.

—¿Por qué...? —preguntas, despacio, por si hay algo que no hayas entendido—. ¿Por qué crees que quiero ver a alguien de Yumenes?

—Ha preguntado por ti.

Decides tomártelo con calma.

—Hoa, no conozco a nadie de Yumenes. —Ya no, al menos.

—Dice que te conoce. Te ha seguido hasta aquí y llegó antes que tú cuando descubrió que este era el lugar hacia el que te dirigías. —Hoa frunce un poco el ceño, como si eso le molestara—. Dice que quiere

verte, que quiere saber si todavía puedes hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Es lo que ha dicho. —La mirada de Hoa pasa por Tonkee y por Lerna antes de volver a fijarse en ti. Quizás es algo que no quiere que ellos escuchen—. Es como tú.

—¿El qué...? —Vale. Te frotas los ojos, respiras hondo y lo dices, para demostrarle que no hay razón para ocultarlo—. ¿Te refieres a un orograta?

—Sí. No. Como tú. —Hoa mueve los dedos al ver que no le salen las palabras. Tonkee abre la boca y le haces un gesto brusco. Ella te mira fijamente. Un momento después, Hoa suspira—. Ha dicho que vayas, que se lo debes. Por Corindón.

Se te hiela la sangre.

—Alabastro —susurras.

—Sí —dice Hoa, más animado—. Se llama así. —Luego frunce aún más el ceño, pensativo esta vez—. Se muere.

* * *

La estación de la Locura: 3 antes del Imperio - 7 del período Imperial. La erupción de los Picos de Kiash, varias aperturas volcánicas de un antiguo supervolcán (el mismo responsable de la estación Gemela que había tenido lugar unos diez mil años antes) expulsó al exterior grandes depósitos de minerales olivinos y otros piroclastos de colores oscuros. Aquello tuvo como resultado diez años de oscuridad que fueron devastadores, no solo por el hecho de que se tratara de una estación, sino también porque causó enfermedades mentales en mayor grado de lo normal. La caudilla sanzédina Verishe conquistó muchas comus afectadas usando tácticas de guerra psicológica para convencer a sus enemigos de que los muros no ofrecían protección suficiente y que había espectros que los acechaban. Verishe se autoproclamó emperadora el mismo día en que regresó la luz del sol.

Las estaciones de Sanze

Sienita, fracturada

La noche después de la llegada del *Clalsu* a buen puerto, los meovenses dan una fiesta muy escandalosa para celebrar el regreso del barco y la adquisición de algunos bienes muy preciados: piedra de muy alta calidad para tallas decorativas, madera aromática para la fabricación de muebles, brocados muy sofisticados que valen el doble de su peso en diamantes y una gran cantidad de objetos para comerciar, como papeles de mucho valor y pedazos grandes de madreperla. No han conseguido comida, pero con las cosas de valor que han traído pueden enviar a comerciantes al continente para comprar barcos enteros llenos de cualquier cosa que necesiten. Para celebrarlo, Harlas abrió un tonel de hidromiel muy fuerte de las Antárticas, y la mitad de la comu se pasa la mañana siguiente durmiendo la mona.

Han pasado cinco días desde que Sienita extinguió el volcán que ella misma había activado, el mismo que sepultó toda una ciudad, y ocho días desde que destruyó dos barcos llenos de gente con el fin de ocultar la existencia de su propia familia. Es como si todo el mundo celebrara sus matanzas.

Sigue en la cama. Se acostó en cuanto se descargó el barco. Innon todavía no ha llegado a casa. Sienita le dijo que se marchara a contar la historia del viaje, porque era lo que la gente esperaba de él y porque no quería que tuviera que aguantar su melancolía. Se ha llevado con él a Corin. Al niño le encantan las celebraciones porque todo el mundo lo cuida y le da de comer. A veces incluso trata de ayudar a Innon a contar las historias, gritando disparates a voz en cuello. Se parece mucho al pirata, en todo menos en sus características físicas.

Alabastro se queda con Siena y le habla a pesar del silencio de la chica, que le responde a regañadientes cuando lo único que quiere es dejar de pensar. El hombre dice que sabe lo que siente, aunque no le dice por qué ni qué le ocurrió. A pesar de todo, ella le cree.

—Deberías marcharte —dice ella—. Únete a la fiesta y recuérdale a Corin que al menos tiene dos padres que merecen la pena.

—No seas tonta. Tiene tres.

—Innon cree que soy una madre terrible.

Alabastro suspira.

—No. Lo que ocurre es que no eres el tipo de madre que le gustaría a él, pero eso no quita que seas la madre que nuestro hijo necesita. —La chica gira la cabeza para mirarlo con el ceño fruncido, pero él se encoge de hombros—. Llegará el día en el que Corindón sea un hombre fuerte. Necesita unos padres fuertes. Yo... —La voz se le quiebra de improviso. Casi puedes sentir cómo decide cambiar de tema—. Mira, te he traído algo.

Siena suspira mientras se incorpora, y él se agacha al lado de la cama y desenvuelve un pequeño paquete de tela. A ella le vence la curiosidad y, cuando se acerca, ve dos anillos de piedra pulida que parecen encajar en sus dedos. Uno está hecho de jade; el otro, de madreperla.

Mira a Alabastro, y él se encoge de hombros.

—Extinguir un volcán activo va más allá de las capacidades de un tetranillado.

—Somos libres —dice ella, con cabezonería a pesar de que no se siente libre. Ayudó en Allia, a pesar de todo, terminó la misión que le había encargado el Fulcro, aunque haya sido con retraso y de una

manera un tanto perversa. No puede evitar soltar una carcajada cada vez que piensa en ello, así que continúa hablando antes de reírse—. Ya no necesitamos llevar ni anillos ni uniformes negros. Llevo meses sin hacerme un moño. Tú tampoco tienes que complacer a todas las mujeres que te envíen, como si fueras un animal de cría. Se acabó el Fulcro.

Bastro esboza una sonrisa triste.

—No podemos, Siena. Uno de nosotros va a tener que entrenar a Corin...

—No tenemos que entrenarlo para nada. —Siena se vuelve a tumbar y desea que se marche—. Que aprenda lo más básico de Innon y Harlas. Es suficiente, y a esta gente le ha servido para sobrevivir desde hace siglos.

—Innon no podría haber extinguido ese estallo, Siena. De intentarlo, podría haber hecho explotar el punto caliente de debajo y desencadenar una estación. Tú lo has evitado.

—Pues dame un premio, no anillos. —La chica mira hacia el techo—. Pero yo soy la razón de que ese estallo estuviera así, por lo que quizá no sea lo mejor.

Alabastro extiende la mano para apartarle un mechón de pelo de la cara. Lo hace a menudo ahora que lo lleva suelto. La chica siempre ha estado un poco avergonzada de su pelo: lo tiene rizado pero nada tieso, ni suelto y tieso como los sanzeditos, ni encrespado y tieso como los habitantes de las Costeras. No es más que una medlatina mestiza que ni siquiera sabe a qué antepasados culpar por el pelo que le han dado. Al menos, eso no le pone barreras de ningún tipo.

—Somos lo que somos —dice el hombre, con tal delicadeza que le entran ganas de llorar—. Somos los Misalem, no las Shemshena. ¿No te han contado esa historia?

Los dedos de Sienita se retuercen por el dolor.

—Sí.

—Tu Guardián, ¿verdad? Les gusta contársela a los niños.

Alabastro cambia de postura y se apoya contra la cama para relajarse, dándole la espalda. Sienita se plantea decirle que se marche, pero no lo dice en voz alta. No lo ha mirado, así que no sabe qué ha hecho con los anillos que le ha ofrecido el hombre. Por ella como si se los come.

—Mi Guardián también me contó esas estupideces, Siena. También me habló sobre el monstruoso Misalem y cómo decidió declararles la guerra a toda una nación y al emperador de Sanze sin razón aparente.

Sienita no puede evitar fruncir el ceño.

—¿Tenía razones?

—Aciaga Tierra, pues claro que las tenía, pedazo de cabeza herrumbrosa.

Le molesta que la regañen. El enfado le hace dejar de lado la apatía. El bueno de Alabastro la anima echándole la bronca. Mueve la cabeza para mirar la nuca del hombre.

—Bueno, y ¿por qué lo hizo?

—Por la razón más simple y poderosa de todas: la venganza. El emperador de la época era Anafumeth, y todo ocurrió justo después de que terminara la estación de los Dientes, esa estación de la que no se habla mucho en ningún creche. En las comas del hemisferio boreal hubo una hambruna enorme. La estación les afectó mucho más, ya que el terremoto que la desencadenó tuvo lugar cerca del polo norte. Las Ecuatoriales y el sur se vieron afectadas por ella un año después...

—¿Cómo lo sabes?

Siena no había oído nada al respecto, ni en los crisoles del Fulcro ni en ningún otro lugar.

Alabastro se encoge de hombros, lo que hace que vibre toda la cama.

—No se me permitía entrenar con el resto de balastos de mi promoción. Conseguí anillos antes de que a ellos les empezara a salir vello púbico. Los instructores me dejaban deambular por la biblioteca para compensarme. No le prestaban mucha atención a lo que leía. —Suspira—. Además, en mi primera misión... Conocí a un arqueomestro que... Bueno, hablamos y más cosas.

No sabe por qué a Alabastro le preocupa tanto hablar sobre sus relaciones. Ha visto a Innon follárselo porque sí en más de una ocasión, pero quizá no sea el sexo lo que le avergüenza.

—Da igual. Tiene sentido, si unes los hechos y examinas con ojo crítico lo que nos han enseñado. En aquel entonces, Sanze era un Imperio nuevo que no dejaba de crecer y estaba en la cumbre de su poder, pero en su mayor parte se encontraba en la región septentrional de las Ecuatoriales, Yumenes todavía no era la capital, y algunas de las mayores comus sanzedinas no se preparaban para las estaciones tan bien como lo hacen ahora. De alguna manera perdieron los abastos con las provisiones de comida. Un incendio, hongos o la Tierra sabe qué. El hecho es que, para sobrevivir, decidieron unirse y atacar a las comus de las razas menores. —Frunce los labios—. Empezaron a llamarnos así en aquel preciso momento: razas menores.

—Vale, se saquearon los abastos de las otras comus. —Siena ha entendido hasta ahí, pero empieza a aburrirse.

—No. Cuando llegó el final de la estación a nadie le quedaban suministros. Los sanzedinos secuestraron gente.

—¿Gente? ¿P-para qué...?

Entonces lo entiende.

Durante las estaciones no hacen falta esclavos. Todas las comus cuentan con Lomocurtido y, si necesitan más, siempre hay comubundos desesperados por trabajar a cambio de comida. Pero cuando las cosas se ponen muy mal, la carne humana se usa para otras cosas.

—Pues —continúa Alabastro mientras Siena reprime las náuseas— fue en esa estación cuando los sanzedinos desarrollaron un gusto por ciertas exquisiteces poco comunes. Y las mantuvieron incluso cuando todo había terminado, los prados volvieron a llenarse de verde y el ganado volvió a ser herbívoro o dejó de hibernar. Enviaban grupos para asaltar pequeños asentamientos y novacomus que pertenecían a razas sin aliados sanzedinos. Ningún registro concuerda en los detalles, pero todos coinciden en una cosa: Misalem fue el único superviviente de su familia cuando asaltaron su hogar. Se supone que asesinaron a sus hijos para servirlos en la mesa de Anafumeth, pero sospecho que se dice para darle aún más dramatismo. —Alabastro suspira—. No obstante, murieron, y fue culpa de Anafumeth, por lo que el hombre quiso matar al emperador. Como querría cualquier humano.

Pero los orogratas no son humanos. Los malditos orogratas no tienen derecho a enfadarse ni a exigir justicia ni a proteger a sus seres queridos. Por eso lo mató Shemshena... y por eso, esta se había convertido en una heroína.

Sienita lo sopesa en silencio. Luego, Alabastro se mueve un poco, y ella siente cómo la mano del hombre empuja el paquete que tiene los anillos contra la suya, que no se resiste.

—Los orogenes construyeron el Fulcro —dice él. Es de las primeras veces que escucha de sus labios la palabra «orogén»—. Lo hicimos bajo la amenaza de un genocidio y lo usamos para ponernos una

cadena alrededor de nuestros propios cuellos. Somos la razón por la que la Antigua Sanze se volvió tan poderosa, resistió tanto tiempo y más o menos sigue controlando el mundo, aunque nadie quiera admitirlo. Somos nosotros los que hemos comprendido por fin lo maravillosa que es la bendición con la que hemos nacido si somos capaces de refinarla.

—Es una maldición: no es nada bueno. —Sienita cierra los ojos, pero no aparta el paquete.

—Nos hace mejores, así que es una bendición. Solo es una maldición si permitimos que nos destruya. Eso no tienen que decidirlo ni los instructores ni los Guardianes ni nadie: solo tú. —Vuelve a moverse, y la cama se agita un poco cuando Alabastro se inclina sobre ella. Un instante después, la chica siente sus labios secos y aporreados en la frente. Luego se vuelve a acomodar en el suelo junto a la cama y no añade nada más.

—Creo que he visto a un Guardián —dice la chica al rato, en voz muy baja—. En Allia.

Por un momento, Alabastro no responde. Y cuando Siena pensaba que no iba a escuchar respuesta del hombre, este dice:

—Como nos vuelvan a hacer daño, destrozaré el mundo entero.

«Aun así nos harán daño», piensa la chica.

Pero aquello la reconforta de alguna manera. Es la típica mentira que necesita escuchar. Sienita deja los ojos cerrados y no se mueve durante mucho rato. No duerme: piensa. Alabastro se queda a su lado mientras lo hace, cosa que le alegra muchísimo.

El mundo termina tres semanas después. Es el día más hermoso que Sienita ha visto jamás. Sobre ella, kilómetros de cielo despejado a excepción de alguna que otra voluta de nubes. El mar está en calma, y hasta el viento omnipresente es cálido y húmedo en lugar de frío y árido.

Hace un día tan espléndido que toda la comu decide subir a la zona alta. Los que tienen mejor forma física ayudan a subir los escalones a los que no pueden, mientras los niños se les cuelan entre los pies y están a punto de matarlos a todos. Los que tenían tareas de cocina preparan pasteles de pescado, trozos de fruta y pasta de cereales condimentados y los meten en pequeños cazos que pueden cargar con facilidad. Todo el mundo lleva mantas. Innon ha cogido un instrumento musical que Sienita no había visto hasta ahora. Se parece a un tambor con cuerdas de guitarra que causaría sensación en Yumenes si lo escucharan allí. Alabastro lleva a Corindón. Sienita, una novela terrible que alguien encontró en la bodega de una nave de carga, de esas cuya primera página es de vergüenza ajena y te partes de risa. Ha seguido leyendo, sin duda. Le gustan los libros que entretienen.

Los meovenses se reparten por la ladera de una cresta que bloquea la mayor parte del viento, pero donde el sol da directamente. Sienita coloca su manta lejos de los demás, pero todo el mundo se acerca y coloca las suyas alrededor mientras le sonrían cuando ella les lanza una mirada.

Después de los tres años que ha pasado en el lugar se ha dado cuenta de que los meovenses los miran a Alabastro y a ella como si fueran animales salvajes que han decidido rebuscar en la morada de los humanos, como si resultara imposible civilizarlos y fueran adorables, una molestia agradable. Por esa razón, cuando queda patente que la chica necesita ayuda aunque no lo admita, la ayudan de todos modos. Y no paran de acariciar a Alabastro, lo abrazan y le agarran de las manos para hacer que baile. Siena se alegra de que no lo hagan con ella. Lo hacen porque todo el mundo se ha dado cuenta de que a Alabastro

le gusta que le toquen, por introvertido que pueda parecer. Tal vez no pudiera disfrutar de aquella sensación en el Fulcro, donde todo el mundo temía su poder. Quizá también crean que a Siena le gusta que le recuerden que ahora forma parte de un grupo en el que ayuda y se la ayuda, y que ya no necesita protegerse de todo y de todo el mundo.

Tienen razón, aunque eso no significa que lo vaya a admitir.

Al rato, Innon se pone a lanzar por los aires a Corin mientras Alabastro hace como que no está aterrorizado, aunque su orogenia emite microsismos hacia los estratos submarinos de la isla cada vez que ve al niño en el aire. Hemoo se pone a jugar con los demás a una especie de juego de interpretación de poesía que termina convirtiéndose en una canción que parecen conocer todos los meovenses. Owel, la bebé de Ough, se dedica a correr sobre las mantas extendidas y pisa al menos a diez personas antes de que alguien la coja para hacerle cosquillas. Y por el lugar se pasa una cesta con botellitas de arcilla que contienen un líquido que le quema a Siena las fosas nasales cuando lo olisquea. Vaya.

Vaya.

A veces cree que podría amar a toda esa gente.

Quizá lo haga ya. No está segura, pero cuando Innon se tumba a echarse una siesta con Corin dormido sobre su pecho, la poesía se ha convertido en un concurso de chistes chabacanos y ella está tan borracha que el mundo empieza a girar a su alrededor. Levanta la mirada y ve a Alabastro. Está incorporado sobre un hombro y le echa un vistazo al terrible libro que ella ya había abandonado. Pone unas expresiones espantosas y muy divertidas mientras lo hojea. Con la mano que le queda libre juguetea con un mechón de pelo de Innon, y no se parece en nada al monstruo medio demente al que Feldespato la había enviado a ver al comienzo de aquel viaje.

El hombre también eleva la mirada y se topa con la de ella, y por un momento hay desconfianza en ellos. Siena parpadea, sorprendida al verlo. Es cierto que la chica es la única persona que sabe cómo era antes la vida de aquel hombre. ¿Está resentido con ella por estar ahí junto él? ¿La ve como un recordatorio constante de algo que quiere olvidar?

Sonríe, y ella frunce el ceño, una respuesta automática. Aquello hace que la sonrisa del hombre se ensanche.

—Sigo sin gustarte, ¿verdad?

Sienita resopla.

—¿Qué más te da?

Él niega con la cabeza, como si aquello le resultara divertido, y luego extiende la mano y le atusa el pelo a Corin. El niño se agita y murmura algo en sueños, lo que hace que la expresión de Alabastro se relaje.

—¿Te gustaría tener otro hijo?

Aquello deja a Sienita con la boca abierta, y luego dice:

—Claro que no. Ni siquiera quería tener este.

—Pero lo tuvimos. Y es muy guapo, ¿verdad? Tus hijos son muy guapos. —Es una de las mayores tonterías que podría haber dicho, pero claro, es Alabastro—. El próximo podrías tenerlo con Innon.

—Quizás Innon quiera opinar antes de que decidamos sobre su futura descendencia.

—Quiere mucho a Corin y es un buen padre. Ya tiene otros dos hijos y les va bien, aunque son táticos.

—Se queda pensando—. Quizás el hijo que tengas con Innon también salga tático. Estando aquí, no sería

ninguna desgracia.

Sienita niega con la cabeza mientras piensa en el pequeño pesario que las mujeres de la isla le han enseñado a usar. Piensa que quizá sea el momento de dejar de usarlo. Pero luego dice:

—La libertad significa que somos nosotros quienes decidimos lo que queremos hacer. Nosotros y nadie más.

—Claro. Pero ahora que tengo la posibilidad de pensar en lo que quiero hacer... —El hombre se encoge de hombros, despreocupado, pero les dedica una mirada significativa a Innon y Corin—. Nunca le había pedido mucho a la vida. Solo poder vivir. Yo no soy como tú, Siena. No necesito ponerme a prueba. No quiero cambiar el mundo, ni ayudar a los demás, ni que se me recuerde. Lo único que quiero... es esto.

La chica lo entiende. Cada uno se tumba a un lado de Innon y se relajan para disfrutar de aquella sensación de plenitud y alegría durante un rato. Porque pueden hacerlo.

Pero es evidente que no durará.

Cuando Sienita se despierta, Innon se ha sentado y proyecta su sombra sobre ella. La chica no tenía intención de dejarse dormir, pero se ha echado una buena siesta y el sol ya descende sobre el océano. Corin está inquieto, y la chica se sienta de inmediato, se frota la cara con una mano y extiende la otra para comprobar si el pañal de tela del niño está sucio. No lo está, pero suena muy angustiado, y cuando la chica se despierta un poco más descubre la razón. Innon está sentado y sostiene a Corin con un brazo de manera distraída mientras mira a Alabastro con el ceño fruncido. Alabastro está de pie, en una postura muy tensa.

—Algo... —murmura. Mira hacia el continente, pero es obvio que desde donde están no se ve nada porque tienen la cresta delante. No está usando los ojos.

Siena también frunce el ceño y se enlaza con la tierra, preocupada por que pueda haber un tsunami o algo peor en camino. Pero no siente nada.

Una nada demasiado manifiesta. Debería haber algo. Siente el borde que separa la placa de la isla de Meov y el continente, y los bordes de las placas nunca están quietos. Se mueven, se retuercen y vibran entre ellos de millones de formas infinitesimales que solo un orograta puede sesapinar, como la electricidad que los genieros pueden crear con turbinas de agua y cubas de productos químicos. Pero ahora sesapina lo imposible: los bordes de las placas no se mueven ni un ápice.

Sienita, confundida, empieza a buscar a Alabastro, pero tiene la atención puesta en Corindón, que no deja de moverse y forcejear en manos de Innon mientras llora, moquea y monta un berrinche de los grandes, a pesar de que no es el típico bebé que suele hacerlo. Alabastro lo mira también. Su expresión es ahora horrible y retorcida.

—No —dice. No deja de negar con la cabeza—. No. No. No lo permitiré. Otra vez, no.

—¿Qué pasa? —Sienita lo mira e intenta no hacer caso del pavor que se apodera de ella a medida que siente, más que ve, cómo quienes la rodean se empiezan a levantar entre murmullos y alarmados, como si reaccionaran al miedo—. Bastro, por la Tierra, ¿qué pasa?

El hombre articula un sonido que la chica interpreta como una negación, no una palabra, y de repente se lanza a correr cresta arriba hacia el acantilado. Sienita lo mira y luego mira a Innon, que parece hasta más confundido que ella y niega con la cabeza. Los que han seguido a Bastro por la cresta empiezan a gritar y hacerles aspavientos a los demás. Algo va mal.

Sienita e Innon suben corriendo por la cresta junto a los demás. Llegan juntos a la cima y, desde ahí, miran hacia el océano que los separa del continente.

En el horizonte ven cuatro barcos, pequeños pero que sin duda se acercan a la isla.

Innon suelta un improperio y le pasa a Corin a Sienita, que casi lo deja caer antes de agarrarlo bien mientras Innon hurga en los bolsillos y en la mochila hasta que encuentra un pequeño catalejo. Lo extiende y, por un momento, pone gesto de preocupación. Luego frunce el ceño mientras Sienita intenta consolar a Corin, sin éxito. Corin es inconsolable. Innon baja el catalejo, y Sienita le pasa a Corin y coge el dispositivo de manos del hombre.

Ve los cuatro barcos más grandes. Tienen las velas blancas, normales. No es capaz de adivinar qué ha inquietado tanto a Alabastro. Hasta que ve una figura de pie en la proa de uno de los barcos.

Lleva ropaje bermellón.

La impresión que recibe al verlo le roba el aliento. Da un paso atrás, articula las palabras que Innon esperaba oír, pero le sale una voz queda, inaudible. El hombre vuelve a coger el catalejo porque da la impresión de que la chica va a soltarlo. Tienen que hacer algo, ella tiene que hacer algo, así que se concentra y dice, en voz más alta:

—Guardianes.

Innon frunce el ceño.

—¿Cómo es que...?

La chica no ha dejado de mirar, y el hombre se da cuenta de lo que significa eso. Desvía la mirada por un momento, pensativo, y luego niega con la cabeza. Da igual cómo hayan encontrado Meov. No pueden permitir que lleguen a tierra. No pueden dejarlos vivir.

—Que alguien cuide de Corin —dice Innon mientras baja por la cresta, con gesto serio—. Te necesitamos, Siena.

Sienita asiente y se gira, sin dejar de mirar alrededor. Deelashet, una de las pocas sanzedinas de la comu, pasa a su lado corriendo con su pequeño, que tendrá unos seis meses más que Corin. Cuidó de Corin una vez y se encargó de él cuando Sienita estaba ocupada. La chica le indica que se detenga y corre hacia ella.

—Por favor —le ruega mientras pone a Corin en brazos de la mujer. Deelashet asiente.

Pero a Corin no le gusta el plan. Se aferra a Sienita mientras grita, patalea y, Aciaga Tierra, toda la isla se sacude de improviso. Deelashet se tambalea y mira a Sienita, aterrorizada.

—Mierda —murmura Sienita mientras vuelve a coger a Corin. Ahora que está con ella, el niño se calma de inmediato, y la chica corre para alcanzar a Innon, quien se dirige a toda prisa hacia las escaleras de metal mientras grita a su tripulación que suban al *Clalsu* y se preparen para zarpar.

«Esto es una locura. Todo es una locura», piensa mientras corre. No tiene sentido que los Guardianes hayan descubierto aquel lugar. No tiene sentido que estén de camino. ¿Por qué están aquí? ¿Por qué en ese momento? Meov saquea la costa desde hace generaciones. La única diferencia es la llegada de Sienita y Alabastro.

No hace caso de la vocecilla de su mente que le susurra: «No sabes cómo, pero te han seguido. Sabías que lo harían, que no debiste haber vuelto a Allia. Era una trampa. No deberías haber venido a este lugar. Todo lo que tocas muere.»

No se mira las manos, manos en las que se ha puesto los cuatro anillos que tenía en el Fulcro y los

dos que le dio Alabastro, para demostrarle que aprecia el regalo. Al fin y al cabo, aquellos dos anillos no son de verdad. No ha aprobado ningún examen para obtenerlos, pero ¿quién mejor que un hombre que ha conseguido diez para valorar si es merecedora de ellos? Es que, vamos, extinguió un volcán herrumbroso que se había formado por culpa de un obelisco roto que tenía un come piedras en su interior.

En ese preciso momento, Sienita decide que le va a enseñar a esos oxidados Guardianes de lo que es capaz una hexanillada cuando se enfada.

Baja hasta el nivel de la comu, donde reina el caos. La gente saca cuchillos de cristal, catapultas y bolas de cadenas de herrumbrosos lugares insospechados, reúne sus pertenencias y carga botes con arpones de pesca. Siena cruza corriendo la pasarela para subir al *Clalsu*, donde Innon grita para que leven anclas, y justo en ese momento se le ocurre pensar dónde se habrá metido Alabastro.

Se detiene de improviso sobre la cubierta del barco y, justo entonces, siente una llamarada de orogenia tan profunda y potente que por un momento es como si temblara el mundo entero. El agua del puerto se mece en pequeñas vibraciones por unos instantes. Siena sospecha que eso también se ha podido sentir en los cielos.

Y en ese preciso momento, un muro surge de las aguas a menos de medio kilómetro del puerto. Es enorme y de pura roca, un rectángulo perfecto, como pulido, y de un tamaño descomunal que... ¡Por el óxido descascarillado! Ha dejado el puerto incomunicado.

—¡Bastro! La Tierra lo maldiga...

Es imposible que su voz se haya escuchado por encima del rugido de las aguas y el rechinar de la roca que ha levantado Alabastro, que tiene el mismo tamaño que la isla de Meov. ¿Cómo ha sido capaz de hacer algo así sin que haya cerca un punto caliente? La mitad de la isla debería haber quedado congelada. En ese momento, algo titila por el rabillo del ojo de Sienita y, al girarse, ve el obelisco de amatista a lo lejos. Está más cerca que antes. Se dirige hacia ellos. He ahí el porqué.

Innon maldice, furioso. Entiende que Alabastro se esté comportando como un idiota sobreprotector, pero eso no lo reprime. Su rabia se transforma en energía. Del agua que rodea el barco surge una niebla, y los tablones de la cubierta que tiene alrededor empiezan a crujir a causa del frío que emite cuando intenta destrozar la parte de aquel muro que tiene más cerca para que el barco pueda zarpar a combatir. El muro se resquebraja y se escucha una ligera explosión en la parte de atrás. La zona que ha roto Innon se derrumba, pero detrás de ella hay otro bloque de piedra.

Sienita hace todo lo que puede para modular las olas del mar. La orogenia se puede usar en el agua, pero es complicado. Más o menos le ha pillado el truco después de vivir tanto tiempo junto a una superficie de agua tan grande, una de las pocas cosas que Innon ha podido enseñarles a Alabastro y a ella. En el mar hay calor y contenido mineral suficientes para que ella pueda sentirlo, y el agua se mueve como las rocas (solo que algo más rápido), por lo que también puede manipularla un poco. Con cuidado. Es lo que hace en ese momento, mientras aprieta contra sí a Corin para que quede dentro de la zona de seguridad de su toro, y se concentra mucho para enviar ondas sísmicas contra las olas que se dirigen hacia ellos, con la potencia suficiente para romperlas. Funciona en gran parte: el *Clalsu* se mece salvajemente y se suelta de sus amarres y uno de los atracaderos se derrumba, pero no se vuelca nada y no muere nadie. Sienita lo considera una victoria.

—Por el óxido, ¿qué está haciendo? —dice Innon, entre jadeos. La chica sigue su mirada y por fin ve a Alabastro.

Está de pie, en el lugar más alto de la isla, encima de la ladera. Aunque está lejos, Siena puede ver desde donde se encuentra el frío abrasador de su toro, cómo vacila el aire caliente a su alrededor a medida que cambia la temperatura y la humedad del viento se transforma en nieve cuando sopla a su paso. Si es cierto que usa el obelisco, ¿por qué parece que está usando la energía ambiental? Puede que necesite tanta que ni siquiera el obelisco sea suficiente.

—Por los fuegos de la Tierra —dice Siena—. Tengo que ir con él.

Innon la coge por el brazo. Cuando mira al pirata, ve que tiene los ojos muy abiertos y se nota que está un poco asustado.

—Lo único que haríamos sería entorpecerlo.

—¡No podemos quedarnos sentados y esperar! Alabastro no es... fiable.

Lo dice y hasta le da un vuelco el estómago. Innon nunca ha visto a Alabastro perder el tino. No quiere que lo vea. Alabastro se ha portado muy bien en Meov, como si ya no estuviera loco. Pero la chica cree que

«lo que se rompió una vez, se puede romper otra con más facilidad».

Niega con la cabeza e intenta pasarle a Corin al hombre.

—Tengo que hacerlo. Quizá pueda ayudar. Corin no querrá quedarse con otra persona. Por favor...

Innon suelta un improperio, pero coge al niño, que se aferra a su camisa y se mete el pulgar en la boca. Luego Siena se marcha al trote por los salientes de la comu y comienza a subir por los escalones.

Cuando se encuentra a más altura de aquella barrera de roca, por fin ve lo que hay al otro lado y, por un momento, se detiene a trompicones, sorprendida. Los barcos están mucho más cerca, justo al lado del muro que ha levantado Alabastro para proteger el puerto. Solo quedan tres, porque uno de ellos parece haberse desviado de la ruta y se escora de una forma muy peligrosa. No, se hunde... No tiene ni idea de cómo el hombre ha conseguido hacer algo así. Otro de los barcos surca las aguas de una manera muy extraña: con el mástil roto, la proa levantada y la quilla a la vista. En ese momento, Sienita se da cuenta de que hay unas grandes rocas apiladas en la parte de atrás de la cubierta. Alabastro se ha dedicado a lanzar rocas contra esos malnacidos. No tiene ni idea de cómo lo ha hecho, pero al verlo le entran ganas de vitorearlo.

Las otras dos naves se han separado: una viene directa hacia la isla y la otra se aleja, quizá para rodearla o quizá para evitar el alcance de las rocas de Alabastro. «No escaparéis», piensa Siena al tiempo que intenta hacer lo mismo que hizo para atacar los barcos durante su viaje anterior: levantar una esquirla de roca desde el relieve oceánico para atravesarlo. Hiela un radio de tres metros a su alrededor y hace que en la extensión de agua que hay entre ella y el barco empiecen a surgir pedazos de hielo, pero al final logra formar la esquirla de roca, la libera y empieza a levantarla...

Y se detiene. Y la energía orogénica que había acumulado... se disipa. Jadea al notar que el calor y la energía se dispersan. Y entonces lo comprende: en ese barco también hay un Guardián. Quizás haya uno en ambos, y por eso Alabastro no ha podido destruirlos. No puede atacar directamente a un Guardián, tiene que limitarse a lanzar rocas desde fuera del radio de negación. No puede ni imaginarse la cantidad de energía que debe de haber usado para hacer algo así. No lo habría conseguido sin el obelisco, ni tampoco de no ser el decanillado loco y malhumorado que es.

Que no pueda atacarlo directamente no significa que no pueda encontrar la manera de hacerlo, por lo que Siena corre por la cresta para mantener a la vista el barco que intenta destruir y que rodea la isla.

¿Creerán que hay otra manera de atracar? Si lo hacen por eso, van a quedar muy decepcionados: el puerto de Meov es la única zona de la isla a la que una nave se puede acercar. El resto no es más que una columna muy escarpada.

Eso le da una idea. Sienita sonrío y se detiene. Se coloca a cuatro patas y se concentra. La unión entre las placas está demasiado lejos y no hay ningún punto caliente ni chimenea volcánica cerca. Pero tiene Meov, llena de ese esquisto encantador, pesado y descascarillado.

No tiene la fuerza de Alabastro. Ni siquiera sabe cómo enlazarse con el obelisco de amatista sin la ayuda del hombre y, después de lo ocurrido en Allia, le da miedo intentarlo.

Se enlaza con el suelo. Profundo. Muy profundo. Por el camino siente las crestas y capas de roca que conforman Meov y busca el punto más adecuado para quebrarla: el fulcro. No puede evitar reír para sí. Al cabo lo encuentra, bien. Y ve cómo el barco aparece por la curva de la isla. Fantástico.

Sienita reúne todo el calor y la vida infinitesimales de las rocas y la concentra en un único punto. Todavía hay humedad, y es justo eso lo que se hiela y expande a medida que Sienita lo hace cada vez más frío, a medida que extrae la energía y su toro gira delgado y alargado y corta la roca como si fuera mantequilla. A su alrededor se forma un anillo de hielo, pero no es nada comparado con la plataforma de hielo abrasadora que se está formando en la roca de debajo y que empieza a hacer palanca para levantarla.

Y justo en el momento en el que el barco se acerca a ese punto, la chica desata toda la fuerza que le ha proporcionado la isla y la devuelve al lugar del que la obtuvo.

Un dedo de piedra estrecho y gigantesco se separa de la pared del acantilado. La inercia lo mantiene en el lugar por un instante, pero luego emite un crujido quedo y hueco y se separa de la isla por la base, cerca de la superficie del mar. Sienita abre los ojos, se levanta y empieza a correr hacia esa parte de la isla, no sin resbalarse una vez en el anillo de hielo que ella misma ha formado. Está cansada, y al poco siente unas punzadas en el costado, y tiene que bajar el ritmo hasta seguir caminando. Pero llega a tiempo para verlo.

El dedo de roca ha aterrizado de lleno en el barco. Sonríe con furia al ver que ha destrozado la cubierta, al oír los gritos y al ver que ya hay gente en el agua. Llevan ropas de todo tipo, no parecen más que mercenarios. Pero entonces ve unos ropajes bermellón debajo de la superficie del agua, que se hunden cada vez más bajo una de las mitades del barco.

—Guardianes a mí, rumbrientos hijos de un caníbal.

Sienita sonrío, se levanta y se vuelve a dirigir hacia donde se encontraba Alabastro.

Lo ve mientras baja de las alturas, una pequeña silueta que sigue rodeada de frío y que, por un momento, no puede evitar admirar. Es increíble, a pesar de todo. Pero de improviso se escucha un estruendo silencioso que proviene del mar, y algo explota alrededor de Alabastro y levanta una andanada de rocas, humo y una onda expansiva que los deja aturridos.

Un cañón. Un cañón herrumbroso. Innon les ha hablado de ellos: son un invento con el que las comus de las Ecuatoriales llevan años experimentando. Era de esperar que los Guardianes tuvieran uno. Movida por el pánico, Sienita empieza a correr, con movimientos torpes y las ropas llenas de desgarrones. No puede ver bien a Alabastro a través de la polvareda que ha levantado la explosión del cañón, pero sí que ve que está en el suelo.

Sabe que está herido nada más acudir a su encuentro. El viento helado ha dejado de soplar, y ve que

Alabastro está de cuatro patas y rodeado por un círculo de hielo burbujeante de unos metros de diámetro. Sienita se detiene en el borde del anillo exterior del círculo en lugar de entrar: mejor prevenir, por si está embobado y no se da cuenta de que la chica está al alcance de su poder.

—¡Alabastro!

El hombre se mueve un poco, y la chica lo oye gemir y murmurar algo. ¿Tan malherido está? Sienita titubea al borde del hielo por un instante y decide arriesgarse. Se lanza hacia la zona segura que rodea al hombre. Alabastro sigue en pie a duras penas, le cuelga la cabeza, y Sienita se estremece cuando ve regueros de sangre en la roca que tiene debajo.

—Me he encargado del otro barco —dice ella para calmarlo cuando llega a su lado—. También puedo con este si tú no lo has hecho ya.

No es más que palabrería. No está segura de si le queda energía para hacerlo. Espera que él se haya encargado ya, pero cuando mira hacia arriba maldice para sus adentros, porque el barco sigue ahí, indemne. Han soltado el ancla. Esperan. O al menos eso es lo que ella cree.

—Siena —llama Alabastro, con voz fatigada. ¿Será miedo u otra cosa?—. Prométeme que no dejarás que se lleven a Corin. Pase lo que pase.

—¿Cómo? Pues claro que no. —Se acerca y se agacha a su lado—. Bastro... —El hombre levanta la cabeza para mirarla, aturdido, quizá por el cañonazo. Tiene un corte en la frente y, como todas las heridas de la cabeza, sangra en abundancia. La chica comprueba que esté bien y le palpa el pecho para asegurarse de que no tiene otras heridas. Sigue vivo, por lo que el cañonazo debe de haber fallado, pero ha levantado rocas y puede que, con esa velocidad, alguna haya golpeado donde no debiera...

Y entonces se da cuenta al fin. Le han desaparecido las manos por las muñecas y las piernas desde las rodillas hasta los tobillos. No es que se las hayan cercenado a causa de la explosión, sino que cada miembro termina de forma natural y sin un rasguño justo donde empieza el suelo. Y los mueve debajo como si estuvieran en el agua y no estuviera atrapado en roca maciza. La chica se da cuenta de que forcejea para salir. No está a cuatro patas porque no se pueda poner en pie, sino porque algo lo atrae hacia el suelo, en contra de su voluntad. La come piedras, por la Tierra herrumbrosa.

Sienita lo coge por los hombros y tira de él hacia arriba, pero es como si intentara mover una roca. Por alguna razón, pesa más de lo normal. Su carne no tiene el tacto de la carne. La come piedras ha conseguido que el cuerpo de Alabastro sea capaz de atravesar la roca y se parezca a la piedra, y Sienita no puede sacarlo de allí. Se hunde más y más en la roca con cada jadeo, ya está hundido hasta los hombros y las caderas y no se le ven los pies.

—¡Suéltalo! ¡Que la Tierra te lleve! —No se da cuenta hasta más tarde de la ironía de aquella frase. En ese momento, lo único que se le ocurre es enlazar su conciencia con la piedra. Intentar sentir a la come piedras...

Allí hay algo, pero es algo diferente de lo que ha sentido nunca: es algo pesado. Un peso demasiado profundo, sólido y gigantesco como para poder existir en un espacio tan pequeño y compacto. Es como si ahí debajo hubiera una montaña que tirara de Alabastro con todo su peso. El hombre lucha contra ello y por eso todavía sigue ahí, pero es débil y empieza a perder la pugna. La chica no tiene ni idea de cómo ayudarlo. La come piedras es demasiado... demasiado. Demasiado grande y poderosa, y ella no puede evitar sentirse asustada y que lo ha perdido por poco.

—Prométemelo —jadea el hombre mientras ella no deja de tirar de sus hombros y sacarlo de la

piedra con toda su fuerza, tirar contra ese peso terrible que lo es todo—. Sabes lo que le harán, Siena. Mi hijo, un niño con esa fuerza criado fuera del Fulcro. Sabes lo que le harán.

Una silla de malla en una oscura estación de nódulo... No, no puede pensar en algo así. Nada de lo que ha hecho ha servido, y el hombre ya casi se ha sumergido en la roca. Solo se le ven los hombros y la cara porque ha intentado mantenerlos sobre la superficie. La chica balbucea y solloza, desesperada, y busca las palabras adecuadas para solucionar aquello.

—Lo sé. Lo prometo. Por el óxido, Bastro, no puedo... No puedo hacerlo sola...

La mano de la comepiedras surge del suelo, blanca, maciza y con las puntas de los dedos oxidadas. Sienita grita por la sorpresa y se aparta porque cree que la criatura va a atacarla, pero no. La mano agarra a Alabastro por la nuca con una delicadeza inesperada. Es una sorpresa que las montañas tengan tanto cuidado, pero no que sean inexorables, por lo que cuando la mano desciende, Alabastro lo hace con ella. Los hombros se escapan de las manos de Siena. Se sumergen su barbilla, su boca, su nariz y, al final, su ojos aterrorizados.

Desaparece.

Sienita se pone de rodillas en aquella piedra fría y sólida. Grita. Lloro. Las lágrimas se derraman sobre la piedra donde hace un momento se encontraba la cara de Alabastro. La piedra no se humedece. Las lágrimas se limitan a salpicar.

Entonces lo siente, se siente caer, cómo algo tira de ella. La sorpresa hace que se olvide de su dolor, se incorpora a duras penas y se tambalea hacia el borde del acantilado, desde donde ve el barco que faltaba. Los barcos, ya que parece que aquel al que Bastro le tiró piedras ha conseguido mantenerse a flote de alguna manera. No; de alguna manera, no. Hay hielo en la superficie del agua que rodea ambos barcos. En alguno de ellos hay un orograta que trabaja para los Guardianes. Uno que es al menos tetranillado, o eso es lo que supone la chica al ver el tipo de control que ha ejercido. Y tanto hielo... Ve una manada de marsopas que se alejan del hielo mientras se extiende, pero las alcanza y rodea y solidifica sus cuerpos: la mitad debajo del agua y la mitad en la superficie.

¿Cómo es que ese orograta tiene tanto poder?

Luego ve cómo tiembla un pedazo del muro de roca que había levantado Alabastro.

—No...

Sienita se da la vuelta y empieza a correr, sin aliento, mientras sesapina cómo el orograta de los Guardianes ataca la base del muro. Es débil en el lugar donde se curva para acomodarse a la curva natural del puerto de Meov. El orograta va a derrumbarlo.

Tarda una eternidad en alcanzar el nivel de la comu y llegar al puerto. Le aterra pensar que Innon zarpe sin ella. El hombre también tiene que haber sido capaz de sesapinar lo que ocurre. Gracias a la piedra, el *Clalsu* sigue atracado, y cuando la chica logra llegar a la cubierta a trompicones, varios miembros de la tripulación la cogen y la ayudan a sentarse antes de que se desmaye. Cuando ha subido, quitan la pasarela, y consigue ver cómo izan las velas.

—Innon —resuella mientras intenta recuperar el aliento—. Por favor.

La llevan a duras penas hasta la presencia del hombre. Se encuentra en la cubierta superior, con una mano en el timón y la otra sujetando a Corin contra su cadera. No la mira, tiene toda la atención puesta en el muro, muro en cuya parte superior ya hay un agujero. Cuando Sienita se acerca al hombre, tiene lugar una explosión. El muro se resquebraja y comienzan a llover pedazos enormes que golpean la nave con

dureza, a la que Innon responde con una templanza impertérrita.

—Zarpamos para enfrentarnos a ellos —dice, con tristeza, mientras se deja caer en el banco cercano y la nave se aleja del puerto. Todos están listos para luchar. Tienen las jabalinas preparadas y han cargado las catapultas—. Lo primero será alejarlos de la comu para que los demás la puedan evacuar en los botes de pesca.

«No hay botes de pesca suficientes para todos», piensa Sienita, que no dice nada. Innon ya lo sabe.

El barco surca las aguas a través del hueco estrecho que ha creado el orograta de los Guardianes y, casi al mismo tiempo, tienen encima el otro barco. Cuando el *Clalsu* llega al otro lado del muro, de la cubierta del barco de los Guardianes surge una humareda al tiempo que se escucha un zumbido quedo: otra vez el cañón. Falla por poco. Innon grita, y uno de los encargados de la catapulta les responde con un cesto lleno de cadenas pesadas que destroza la vela mayor y uno de los mástiles. Lanzan otro proyectil, un barril lleno de alquitrán incendiado, y Sienita ve gente en llamas correr por la cubierta cuando este explota en el barco. El *Clalsu* pasa de largo mientras el otro barco se va a pique contra la pared de roca de Meov con la cubierta anegada por las llamas.

Pero antes de que pueda ir muy lejos, surge otra humareda, se escucha otra explosión, y ahora el *Clalsu* se mece por el impacto. Por el magma y el óxido, ¿cuántas de esas cosas tienen? Sienita se levanta y corre hacia la barandilla para ver el cañón, aunque todavía no sabe qué hacer con él. Hay un orificio en uno de los flancos del *Clalsu*, y oye gritar a la gente de las cubiertas inferiores. Por ahora la nave no ha dejado de moverse.

Ha sido el barco al que Alabastro le lanzó las rocas. Han conseguido sacar algunas de ellas de la cubierta de popa, y ahora la nave vuelve a flotar en las aguas como si nada. Sienita no ve el cañón, pero sí tres siluetas cerca de la proa: dos con ropaje bermellón, y la tercera, de negro. Cuando los ve, se une a ellos otra silueta ataviada también de bermellón.

Siente cómo la miran.

El barco de los Guardianes se escora un poco, como si se preparara para marcharse. Sienita siente una ligera esperanza que se desvanece cuando disparan los cañones. Esta vez los ha visto: tres cosas negras cerca de la barandilla de estribor que se sacuden y rebotan al disparar, casi al unísono. Un momento después, el *Clalsu* cruje y chasquea, como si hubiera recibido el impacto de un tsunami de cinco grados. Sienita alza la mirada justo a tiempo de ver cómo se astilla el mástil y todo se va al traste.

El mástil cruje y cae con la fuerza de un árbol talado sobre la cubierta. La gente no para de gritar. El barco rechina y comienza a escorarse hacia estribor bajo las velas, que se desploman bajo su propio peso. Ve cómo dos hombres caen al agua junto a ellas, aplastados o asfixiados por el peso de la tela, la cuerda o la madera y, misericordiosa Tierra, no puede hacer nada por ellos. El mástil se encuentra entre ella y la cubierta de mando, la separa de Innon y Corin.

El barco de los Guardianes se acerca.

«¡No!»

Intenta enlazarse con el agua, usar cualquier cosa con sus desgastadas glándulas sesapinales. Pero no puede hacer nada. Tiene la mente herrumbrosa como el metal. Los Guardianes están demasiado cerca.

No puede pensar con claridad. Escarba entre los pedazos de mástil y se queda enredada en un manojo de cuerdas con el que le da la impresión que necesitaría horas para escapar. Consigue zafarse, pero todos corren hacia ella armados con cuchillos de cristal y jabalinas, porque el barco de los Guardianes los ha

alcanzado y han empezado a abordarlos.

No.

Oye cómo la gente muere a su alrededor. Los Guardianes han traído con ellos tropas de alguna clase, la milicia de alguna comu a la que han pagado o de la que se han apropiado, y a la que les es imposible hacer frente. Los de Innon son buenos y experimentados, pero sus objetivos suelen ser mercaderes sin apenas protección y barcos de pasajeros. Cuando Sienita llega a la cubierta de mando, Innon ya no se encuentra ahí, debe de haber bajado. En su lugar ve cómo Ecella, la prima de Innon, cruza la cara de un miliciano con un cuchillo de cristal. El hombre se tambalea por el tajo, pero se recupera y la apuñala en el vientre con su arma. El hombre empuja a la mujer mientras cae, y esta se desploma sobre el cuerpo de otro meovense que ya estaba muerto. Las tropas no paran de subir a bordo.

En el resto del barco se repite la misma imagen. Están perdiendo la batalla.

Tiene que encontrar a Innon y a Corin.

En las cubiertas inferiores no hay casi nadie. Todos han subido para defender, pero la chica siente el temblor que desprende el miedo de Corin, y lo sigue hasta el camarote de Innon. La puerta se abre de improviso cuando se acerca, y de ella sale Innon con un cuchillo en la mano, que casi la apuñala. El hombre se detiene, sorprendido, y la chica mira detrás de él para comprobar que Corin está amarrado en una cesta debajo del mamparo delantero. Tal vez sea el lugar más seguro del barco. Se queda inmóvil como una idiota, e Innon la agarra y la mete en el camarote.

—¿Qué pasa...?

—Quédate aquí —dice Innon—. Tengo que ir a luchar. Tú haz lo que tengas...

No dice nada más. Algo se mueve detrás de él demasiado deprisa. Sienita no tiene tiempo de gritar para avisarlo. Un hombre, desnudo hasta la cintura, golpea con las palmas de ambas manos los lados de la cabeza de Innon y extiende como arañas los dedos por sus mejillas mientras sonrío a Sienita. Innon abre los ojos de par en par.

Y en aquel momento...

Por la Tierra, entonces...

Cuando tiene lugar, siente cómo ocurre. No solo con sus glándulas sesapinales. Es como si una piedra se hubiera pulverizado contra su piel, como si notara cómo se le muelen los huesos... es... es... como si todo lo que representa Innon, esa energía, intensidad, brutalidad y belleza se convirtieran en algo negativo. Como si se amplificaran, se concentraran y se volvieran contra él de la peor manera posible. A Innon ni siquiera le da tiempo de sentir miedo. A Sienita ni siquiera le da tiempo de gritar cuando Innon se desmorona.

Es como ver un terremoto de cerca. Ver cómo se abre el suelo, cómo los fragmentos se pulverizan y se rompen en esquirlas antes de separarse. Es como ver eso, pero en un cuerpo humano.

«Bastro, nunca me dijiste cómo ocurría en realidad.»

Innon cae al suelo reducido a un montículo de carne. El Guardián que lo ha matado sigue en pie, salpicado de sangre y sin dejar de sonreír.

—Pequeña —dice una voz que la deja de piedra—, por fin te encuentro.

—No —murmura la chica. Niega con la cabeza y da un paso atrás. Corin no ha dejado de llorar. Sienita vuelve a dar otro paso atrás y se tropieza con la cama de Innon, al tiempo que busca a tientas la cesta y coge al niño. Corin se aferra a ella con fuerza—. No.

El Guardián descamisado mira hacia un lado y se aparta para franquearle la entrada a otro de ellos.

«No.»

—No hay necesidad de montar estos numeritos, Damaya —dice Schaffa Guardián Warrant, en voz baja. Luego hace una pausa y pide perdón con la mirada—. Sienita.

Lleva años sin verlo, pero tiene la misma voz. Ese hombre no cambia nunca. Parece que hasta sonrío, aunque se corta un poco cuando ve los despojos que antes eran Innon. Schaffa mira al Guardián descamisado, que no ha dejado de sonreír. Suspira, pero le devuelve la sonrisa. Luego ambos miran a Sienita con un gesto entre divertido y horrible.

No puede volver. No va a volver.

—¿Qué tenemos aquí? —Schaffa sigue sonriendo, pero ahora mira a Corin—. Qué encantador. ¿Es de Alabastro? ¿También está vivo? Nos gustaría hablar con Alabastro, Sienita. ¿Dónde está?

Está demasiado acostumbrada a responder por inercia.

—Se lo ha llevado una comepiedras.

Le tiembla la voz. Vuelve a dar un paso atrás y aprieta la cabeza contra el mamparo. No tiene ningún lugar al que huir.

Por primera vez desde que lo conoce, Schaffa parpadea, sorprendido.

—Una come... Vaya. —Se pone serio—. Ya veo. Deberíamos haberlo matado antes de que lo cogieran, pues. Por misericordia, claro: ni te imaginas lo que le van a hacer, Sienita. Pardiez.

En ese momento, Schaffa vuelve a sonreír, y la chica recuerda todo lo que había intentado olvidar. Se vuelve a sentir sola e indefensa, como aquel día cerca de Palela, perdida en un mundo que la odiaba y sin nadie en quien confiar excepto en aquel hombre, cuyo amor también era sinónimo de dolor.

—Pero su hijo será un sustituto muy bien recibido —dice Schaffa.

Sabes que hay momentos en los que todo cambia.

Corin llora, desconsolado y aterrorizado, quizás hasta comprenda de alguna manera lo que les ha ocurrido a sus padres. Sienita es incapaz de consolarlo.

—No —repite la chica—. No. No. No.

La sonrisa de Schaffa se desvanece.

—Recuerda, Sienita. Nunca me digas que no.

Hasta la piedra más sólida se puede fracturar. Solo hay que aplicar la fuerza necesaria en el ángulo específico. La presión adecuada en el fulcro.

«Prométemelo», había dicho Alabastro.

«Tú haz lo que tengas que hacer», había intentado decir Innon.

—Te he dicho que no, gilipollas —dice Sienita.

Corin no para de llorar, y ella le cubre la boca y la nariz con la mano para hacer que se calle e intentar consolarlo. Lo mantendrá a salvo. No permitirá que se lo lleven, lo esclavicen, conviertan su cuerpo en una herramienta, su mente en un arma y su vida en una parodia de la libertad.

Creo que el instinto hace que sepas cuáles son esos momentos. Nacemos de esa opresión y, a veces, cuando la situación es insostenible...

Schaffa se detiene.

—Sienita...

—¡No me llamo así, por el óxido! ¡Os diré que no todo lo que quiera, cabrón! —vocifera. Le salen espumarajos de la boca. En su interior hay algo mucho más macizo que la come Piedras, mucho más que una montaña, algo que consume todo lo demás con la inestabilidad de un sumidero. Todas las personas a las que ha amado están muertas. Todas menos Corin. Y si se lo llevan...

Es en esos momentos cuando nos... rompemos.

Para un niño, es mejor no haber existido que vivir como un esclavo.

Es mejor la muerte.

Ella también prefiere la muerte. Alabastro la odiará por hacer algo así, por dejarlo solo, pero él no está allí. Y sobrevivir no es lo mismo que vivir.

En ese momento se enlaza. Con algo de fuera. El obelisco de amatista se encuentra encima de ellos, esperando con la paciencia de los muertos, como si de alguna manera supiera que llegaría ese momento.

La chica se enlaza con él y reza para que Alabastro tuviera razón cuando afirmó que el poder de aquella cosa era demasiado para ella.

Y entonces su conciencia se deslía entre luces que parecen piedras preciosas y ondulaciones facetadas. Entonces Schaffa jadea y arremete contra ella. Entonces los ojos de Corin se cierran bajo la mano opresora de Sienita...

Y entonces la chica se abre ante ese poder vetusto y misterioso. Entonces la chica destruye el mundo.

Nos encontramos en la Quietud, en un lugar alejado de la costa oriental y un poco hacia el sur del Ecuador.

Nos encontramos en una isla que forma parte de un archipiélago precario constituido por unas pequeñas masas de tierra que no suelen durar más que unos pocos cientos de años. Esta en particular lleva ahí desde hace varios miles, como testimonio de la sabiduría de sus habitantes. En este preciso instante desaparece dicha isla, pero al menos algunos de sus habitantes deberían sobrevivir y salir de ahí. Quizás eso te haga sentir mejor.

El obelisco púrpura que flota sobre ella late una vez y emite un zumbido de energía que les resultaría familiar a todos aquellos que se encontraran cerca de la comu llamada Allia el día de su destrucción. Cuando se extingue ese latido, el relieve oceánico vibra y hace que se estremezcan las aguas. De ellas surgen esquirlas de roca húmedas y afiladas como cuchillos que destrozan las naves que flotaban cerca de las costas de la isla. Las esquirlas atraviesan a algunos de los que se encontraban a bordo, entre ellos piratas y enemigos. Esa maraña de muerte los rodea por todas partes.

Esa conmoción recorre toda la isla en una oleada extensa y ondulante que forma una cadena de lanzas terribles y aserradas desde el puerto de Meov hasta lo que queda de Allia. Un puente de piedra, aunque quizá nadie se atrevería a cruzarlo.

Cuando la muerte llega a su fin y el obelisco queda en calma, solo quedan con vida unas pocas personas en el océano que aquella cosa tiene debajo. Una de ellas es una mujer, que flota inconsciente entre los restos destrozados del barco donde se encontraba. No muy lejos de ella, hay otra silueta. Más pequeña, del tamaño de un niño; también flota, pero bocabajo.

Los demás supervivientes la encontrarán y se la llevarán al continente. Allí, ella se dedicará a deambular, perdida en lo físico y en lo mental, durante dos largos años.

Pero no lo hará sola, porque ese fue el momento en el que la encontré, ¿sabes? Ese momento en el que latió el obelisco fue el momento en el que su presencia se hizo notar por todo el mundo: como una promesa, una exigencia, una invitación demasiado seductora como para resistirse. En ese momento, muchos de nosotros fuimos capaces de verla, pero yo fui el primero en encontrarla. Me deshice de ellos y la seguí. La vigilé y la protegí. Me alegré cuando encontró aquel pequeño pueblo llamado Tirimo y, aunque quizá no fuera feliz, sí que estuvo cómoda durante un tiempo.

Terminé por presentarme ante ella diez años después, cuando se marchó de Tirimo. No de la manera en que lo hago habitualmente, claro, no solemos buscar ese tipo de relación con los de su especie. Pero ella es... era especial. Tú eras... eres especial.

Le dije que me llamaba Hoa. Un nombre tan bueno como cualquier otro.

Fue así como empezó. Escucha. Aprende. Así fue como cambió el mundo.

Eres lo único que necesitas

En Castrima hay una estructura que brilla. Se encuentra en el nivel inferior de la gran geoda, y crees que lo deben de haber construido, en lugar de haberse formado como el resto: los muros no están hechos de cristal denso y excavado, sino de bloques de mica moteados de minúsculas limaduras de cristal que son igual de bonitas que sus primos mayores, aunque no tan espectaculares. No tienes ni idea de por qué alguien se ha encargado de bajar esos bloques hasta aquí y construir con ellos una casa en mitad de las que ya estaban construidas. No preguntas. No te importa.

Lerna va contigo porque se trata de la enfermería oficial de la comu y vais a encontraros con uno de sus pacientes. Pero te detienes en la puerta, y algo en tu cara le advierte de que notas el peligro. No protesta cuando entras sin él.

Atraviesas despacio el umbral de la puerta abierta y te detienes cuando ves a la come piedras al otro lado de la gran sala principal de la enfermería. Sí, es Antimonio. Casi habías olvidado el nombre que le había puesto Alabastro. Te mira sin inmutarse, y casi no la distingues de la pared, blanca a excepción del óxido de la punta de sus dedos y de la oscuridad de su supuesto pelo y de sus ojos. No ha cambiado desde la última vez que la viste: hace doce años, cuando tuvo lugar la destrucción de Meov. Sabes que, para los de su especie, doce años no es nada.

Aun así, la saludas con la cabeza. Lo haces por educación, todavía queda en ti algo de aquella mujer criada en el Fulcro. Puedes ser educada con cualquiera, sin importar cuánto los odies.

—No te acerques más —dice.

No habla contigo. Te giras y no te sorprendes al ver que tienes a Hoa detrás. ¿De dónde habrá salido? Está igual de quieto que Antimonio, de una manera sobrenatural, lo que hace que por fin te des cuenta de que no respira. Nunca ha respirado, desde que lo conoces. Por el óxido, ¿cómo se te puede haber pasado algo así? Hoa la fulmina con la misma mirada que le dedicó a la come piedras de Ykka. Quizá ninguno de los suyos se lleve bien con los de su especie. Las reuniones deben de ser muy incómodas.

—Ese hombre no me interesa —dice Hoa.

Antimonio te mira por unos instantes, y luego vuelve a girarse hacia Hoa.

—A mí ella solo me interesa por su relación con él.

Hoa no dice nada. Quizás esté sopesando lo que le acaba de decir, quizá sea una tregua o quizá lo haga para dejar claro que le perteneces. Niegas con la cabeza y los dejas atrás.

Al fondo de la sala principal, sobre una pila de mantas y cojines, yace entre estertores una figura negra. Cuando te acercas, se agita y levanta un poco la cabeza, despacio. Te agachas cerca de él y te sientes aliviada al ver que lo reconoces. Está muy cambiado, pero al menos sus ojos son los mismos.

—Siena —dice, con una voz rasposa como la gravilla.

—Ahora me llamo Essun —respondes, sin pensar.

El hombre asiente y parece que le causa dolor, ya que por un momento cierra los ojos. Luego respira hondo, con esfuerzo, para relajarse y parece como si resucitara de improviso.

—Sabía que no habías muerto.

—¿Y por qué no viniste a buscarme? —preguntas.

—Tuve que encargarme de ciertos problemas.

Sonríe un poco. Cuando lo hace, oyes cómo se arruga la piel de la parte izquierda de su cara, una zona que tiene muy quemada. El hombre mira a Antimonio, al mismo ritmo que los pausados movimientos de la come piedras. Luego se vuelve a centrar en ti.

(En ella. En Sienita.)

En ti, en Essun. Por el óxido, te alegrarás cuando por fin descubras quién eres en realidad.

—También he estado ocupado.

En ese momento, Alabastro levanta el brazo derecho. Ves que no lo tiene entero y que termina a mitad del antebrazo. No lleva ropa a partir del torso, y también ves con claridad lo que le ha ocurrido. No queda demasiado de él. Le faltan muchas partes del cuerpo, y huele a sangre, pus, orina y carne chamuscada. Pero la herida del brazo ya la tenía antes de los fuegos de Yumenes, o al menos no fue causa directa de ellos. Tiene algo duro y parduzco sobre el muñón que no se parece en nada a la piel: es demasiado sólido y de una composición demasiado uniforme, como la tiza.

Piedra. Su brazo se le ha convertido en piedra. Aun así, le falta un buen pedazo, y el muñón...

... el muñón tiene marcas de dientes. Son marcas de dientes. Vuelves a mirar a Antimonio y te viene a la mente una sonrisa diamantina.

—Me han dicho que tú también has estado ocupada —dice Bastro.

Asientes y terminas de apartar la mirada de la come piedras. (Ahora ya sabes la clase de piedras que comen.)

—Después de que ocurriera lo de Meov, me... —No estás segura de cómo decirlo. Hay penas demasiado grandes como para expresarlas, y son precisamente esas las que te han asolado más de una vez—. Necesitaba un cambio.

Eso no tiene sentido. Alabastro afirma con un gruñido, como si lo comprendiera.

—Al menos has conseguido ser libre.

Eso, en caso de que la libertad sea sinónimo de ocultar todo lo que eres en realidad.

—Sí.

—¿Has sentado cabeza?

—Me casé. Tuve dos hijos. —Alabastro permanece en silencio. Tiene la cara llena de zonas chamuscadas y otras de piedra parduzca, y no distingues si sonríe o frunce el ceño. Supones que esto último, así que añades—: Los dos eran... como yo. Yo... Mi marido...

Las palabras hacen que las cosas parezcan mucho más reales que en los pensamientos, así que dejas de hablar.

—Entiendo por qué mataste a Corindón —dice Alabastro, en voz muy baja. Te balanceas un poco, como si te hubiera golpeado de verdad con aquellas palabras. Luego te remata—. Pero nunca te perdonaré por haberlo hecho.

Maldición. Maldito. Maldita seas tú también.

Tardas un poco en responder.

—Si quieres matarme, lo entenderé —consigues articular al fin. Luego te humedeces los labios. Tragas saliva. Y espetas—: Pero primero tengo que matar a mi marido.

Alabastro suspira con fuerza.

—Tus otros hijos.

Asientes. En ese momento da igual que Nassun siga viva. Jija te la arrebató, es más que suficiente.

—No voy a matarte, Sie... Essun. —Parece cansado. Quizá no haya escuchado el pequeño sonido que sueltas cuando lo dice, un sonido que no es ni de alivio ni de decepción—. No lo haría aunque pudiera.

—¿Aunque pudieras...?

—¿Todavía eres capaz de hacerlo? —Hace caso omiso de tu confusión, como tenía por costumbre. Lo único que ha cambiado de él es su cuerpo destrozado—. Usaste el obelisco granate en Allia, pero ese estaba medio deteriorado. En Meov supongo que habrás usado el obelisco de amatista, pero aquello fue... fruto de la desesperación. ¿Eres capaz de hacerlo a voluntad?

—No... —No quieres entender lo que dice, y apartas la vista de la imagen horrenda en la que se ha convertido tu mentor, tu amante, tu amigo. Detrás, a un lado de Alabastro, hay un extraño objeto apoyado contra la pared de la enfermería. Parece un cuchillo de cristal, pero la hoja es demasiado larga y ancha como para usarla con comodidad. Tiene una empuñadura enorme, sin gavilanes, porque tendrían que ser tan grandes que serían muy incómodos para cortar carne o deshacer nudos. Y no está hecha de cristal; al menos, no de un cristal que hayas visto antes. Es rosada, casi roja, y...

... Y. La miras. Miras en su interior. Sientes que intenta llamar tu atención, atraerte. Hacer que caigas. Que caigas hacia arriba, hacia un pasaje interminable de luz rosada, intermitente y facetada...

Jadeas y te echas un poco hacia atrás, a la defensiva. Luego miras a Alabastro. El hombre vuelve a sonreír, a pesar del dolor.

—La espinela —dice, y confirma tu sorpresa—. Esa es mía. ¿Ya has conseguido apropiarte de alguna? ¿Acuden a tu llamada los obeliscos?

No quieres entenderle, pero lo haces. No quieres creerle, pero la verdad es que siempre lo has hecho.

—Eres el responsable de la hendidura del norte —dices entre jadeos. Cierras los puños—. Has dividido el continente. Has provocado la estación. ¡Con la ayuda de los obeliscos! Es... es cosa tuya.

—Sí, con los obeliscos y la ayuda de los responsables de los nódulos. Ahora todos descansan en paz —responde, constreñido—. Necesito tu ayuda.

Niegas con la cabeza por instinto, pero no para rechazarlo.

—¿Para arreglar las cosas?

—Claro que no, Siena. —Ya ni siquiera te molestas en corregirlo. No puedes apartar la vista del gesto divertido que asoma por su semblante esquelético. Cuando habla, te das cuenta de que alguno de sus dientes también se ha convertido en piedra. ¿Cuántos de sus órganos estarán igual? ¿Cuánto tiempo podrá vivir así? ¿Debería aguantar?

—No quiero que arregles las cosas —dice Alabastro—. Son daños colaterales, pero Yumenes tiene lo que se merecía. No, lo que quiero que hagas, mi Damaya, mi Sienita, mi Essun, es empeorar las cosas.

Lo miras, sin decir nada. Luego el hombre se inclina hacia delante. Su dolor se hace patente cuando oyes cómo su carne cruje al estirarse, como si se rompieran pedazos de roca en su interior. Cuando lo tienes cerca, vuelve a sonreír, y justo en ese momento lo entiendes todo. Aciaga e insaciable Tierra. No está loco. Nunca lo ha estado.

—Dime —prosigue—, ¿has oído hablar de algo llamado luna?

Apéndice 1

Una lista de las quintas estaciones que se han registrado antes y desde la creación de la Afiliación Ecuatorial Sanzedina, de la más reciente a la más antigua.

La estación de la Asfixia: 2714-2719. Período Imperial. Causa más probable: una erupción volcánica. Lugar: las Antárticas, cerca de Deveteris. La erupción del monte Akok cubrió un radio de más de ciento cincuenta kilómetros de nubes de fina ceniza que se solidificaba en los pulmones y las membranas mucosas. El resultado fue de cinco años sin luz solar, aunque el hemisferio boreal no se vio tan afectado (allí solo duró dos años).

La estación del Ácido: 2322-2329. Período Imperial. Causa más probable: un terremoto de nivel superior a diez. Lugar: desconocido, en medio del océano. Un desplazamiento de placas repentino dio lugar a una cordillera de volcanes que se interpuso en una corriente en chorro. Esta corriente se acidificó, sopló hacia la costa oeste y, más tarde, a lo largo de toda la Quietud. La mayor parte de las comus costeras quedaron bajo el tsunami que tuvo lugar al principio, y las demás no salieron adelante o se vieron obligadas a mudarse cuando sus flotas y sus instalaciones portuarias fueron pasto de la corrosión y dejó de haber pesca. La oclusión atmosférica de las nubes duró siete años. Los niveles de pH en la costa siguieron siendo inaceptables durante muchos años más.

La estación del Hervor: 1842-1845. Período Imperial. Causa más probable: una erupción con hipocentro debajo de un gran lago. Lugar: Surmelat, cuadrante del lago Tekkaris. La erupción precipitó al aire millones de litros de vapor y partículas, que provocaron lluvias ácidas y oclusión atmosférica en la mitad meridional del continente durante tres años. La mitad septentrional no sufrió efectos negativos, por lo que algunos arqueomestros no se ponen de acuerdo en considerarla una verdadera «estación».

La estación de los Jadeos: 1689-1798. Período Imperial. Causa más probable: accidente minero. Lugar: Normelat, cuadrante de Sathd. Una estación causada únicamente por humanos que dio comienzo cuando unos mineros que se encontraban en la frontera nordeste de los yacimientos de carbón de las Normelat prendieron un fuego subterráneo. Se trata de una estación no demasiado acusada en la que hubo luz solar ocasional y no contó con lluvias de ceniza ni acidificación, excepto en la zona afectada. Unas pocas comus declararon la Ley Estacional. Unos catorce millones de habitantes de la ciudad de Heldine murieron en la primera explosión de gas natural. Los cúmulos de fuego se propagaban con rapidez, hasta que los orogenes imperiales consiguieron controlar y sofocar los focos externos para evitar que se siguiera propagando. El resto del fuego solo se pudo aislar y continuó ardiendo durante ciento veinte años. A causa de los vientos, el humo resultante provocó problemas respiratorios y asfixias en masa en la región durante décadas. La pérdida de los yacimientos de carbón de Normelat provocó un aumento catastrófico en el coste del combustible para la calefacción y el desarrollo de la calefacción geotérmica e hidroeléctrica, lo que provocó la creación de la Acreditación Geniera.

La estación de los Dientes: 1553-1566. Período Imperial. Causa más probable: sismo oceánico que provocó la erupción de un supervolcán. Lugar: Grietas Árticas. Una réplica del sismo oceánico activó un punto caliente desconocido cerca del Polo Norte. Esto provocó la erupción del supervolcán. Algunos testigos certificaron que la explosión se oyó desde las Antárticas. La ceniza llegó hasta la exosfera y cubrió el mundo muy rápido, aunque las Árticas fueron el lugar más afectado. Si esta estación causó más

daño del habitual se debió a lo poco preparadas que se encontraban algunas comus: ya habían pasado novecientos años desde la última estación y la creencia popular las consideraba meras leyendas. Se dieron casos de canibalismo desde las zonas septentrionales hasta las Ecuatoriales. Al final de la estación, se creó el Fulcro en Yumenes, con instalaciones auxiliares en las Árticas y las Antárticas.

La estación de los Hongos: 602. Período Imperial. Causa más probable: erupción volcánica. Lugar: Ecuatoriales occidentales. Una serie de erupciones durante el monzón aumentaron la humedad y redujeron la luz solar en más o menos la quinta parte del continente durante seis meses. Pese a ser una estación tranquila en comparación con las demás, llegó en un momento perfecto que hizo proliferar los hongos desde las Ecuatoriales hasta las medlat septentrionales y meridionales, lo que afectó a los cultivos establecidos del ya extinto miroq. La hambruna resultante duró cuatro años: dos para que la plaga fúngica terminara su ciclo de vida, y otros dos para que la agricultura y la distribución de alimentos se recuperara. La mayoría de las comus afectadas pudieron sobrevivir con sus abastos, lo que ayudó a certificar la eficacia de las reformas imperiales y la preparación de las estaciones. Además, el Imperio se mostró generoso y en las zonas que dependían de los cultivos de miroq repartió semillas que tenía almacenadas. Como consecuencia, muchas comus de las latitudes medias y regiones costeras se unieron por voluntad propia al Imperio, que duplicó su tamaño. De este modo comenzó la Era Dorada.

La estación de la Locura: 3 antes del Imperio - 7 del período Imperial. Causa más probable: erupción volcánica. Lugar: Picos de Kiash. La erupción de varias aperturas volcánicas de un antiguo supervolcán (el mismo responsable de la estación Gemela que había tenido lugar unos diez mil años antes) expulsó al exterior grandes depósitos del mineral oscuro conocido como augita. Aquello tuvo como resultado diez años de oscuridad que fueron devastadores, no solo por el hecho de que se tratara de una estación, sino también porque causó un incremento notable de las enfermedades mentales. La Afiliación Ecuatorial Sanzedina (conocida como el Imperio Sanzedino) se creó en esta estación, cuando la caudilla Verishe de Yumenes conquistó muchas comus afectadas usando tácticas de guerra psicológica. (Véase VV. AA., *El arte de la locura*, Editorial de la Sexta Universidad.) Verishe se autoproclamó emperadora el primer día que regresó la luz del sol.

[Nota del editor: La mayor parte de la información sobre las estaciones anterior a la fundación de Sanze o bien es contradictoria, o bien no se ha podido confirmar. La siguiente lista de estaciones se configuró durante la Conferencia Arqueométrica de la Séptima Universidad que tuvo lugar en 2532.]

La estación de los Errantes: *Circa* 800 antes del Imperio. Causa más probable: cambio en los polos magnéticos. Lugar: imposible de determinar. Esta estación conllevó la extinción de varios cultivos importantes para el comercio de la época y veinte años de hambruna debido a la confusión que experimentaron los polinizadores al desviarse el norte geográfico.

La estación de los Vientos Cambiantes: *Circa* 1900 antes del Imperio. Causa más probable: desconocida. Lugar: imposible de determinar. La dirección de los vientos dominantes cambió durante varios años antes de volver a la normalidad. Se ha establecido que se trata de una estación pese a la ausencia de oclusiones atmosféricas, ya que lo único que puede haber dado lugar a un cambio de estas características es un acontecimiento sísmico (probablemente, en alta mar).

La estación de los Metales Pesados: *Circa* 4200 antes del Imperio. Causa más probable: erupción

volcánica. Lugar: Surmelat, cerca de las Costeras orientales. Una erupción volcánica (se cree que del monte Yrga) causó una oclusión atmosférica que duró diez años, a lo que hay que sumar la contaminación por mercurio que se extendió por toda la región oriental de la Quietud.

La estación de los Mares Amarillos: *Circa* 9200 antes del Imperio. Causa más probable: desconocida. Lugar: Costeras orientales y occidentales, y zonas costeras meridionales hasta llegar a las Antárticas. Esta estación solo se conoce gracias a los escritos que se han encontrado en las ruinas de las Ecuatoriales. Por razones desconocidas, una plaga bacteriana afectó a prácticamente todas las formas de vida marinas y causó enfermedades en la costa durante varias décadas.

La estación Gemela: *Circa* 9800 antes del Imperio. Causa más probable: erupción volcánica. Lugar: Surmelat. Según las canciones y registros orales de la época, la erupción de un conducto volcánico causó una oclusión que duró tres años. Cuando se empezó a despejar, tuvo lugar una segunda erupción en un conducto diferente, por lo que la oclusión se prolongó otros treinta años.

Apéndice 2

Glosario de términos usados con regularidad en todos los cuadrantes de la Quietud

Abasto: Reserva de comida y suministros. Las comus tienen abastos protegidos y resguardados en todo momento en caso de que tenga lugar una quinta estación. Solo los miembros reconocidos de una comu tienen derecho a compartir un abasto, aunque los adultos pueden usar su parte para alimentar a niños y a otros que no estén reconocidos. Los hogares individuales suelen tener su propio abasto personal, que también está protegido contra aquellos que no pertenecen a dicha familia.

Acervista: Persona que estudia el litoacervo y la historia desconocida.

Anillos: Se usan para indicar rangos entre los orogenes imperiales. Los aprendices sin rango deben superar una serie de pruebas para conseguir el primer anillo. El rango más alto al que puede aspirar un orogén es el decanillado (diez anillos). Cada anillo está fabricado con una piedra semipreciosa pulida.

Antárticas: Las latitudes más meridionales del continente. «Antárticos» también se utiliza como gentilicio para los habitantes de las comus de estas regiones.

Apellido al uso: Primer apellido de la mayoría de los ciudadanos, que indica la casta al uso a la que pertenece dicho individuo. Hay veinte castas al uso reconocidas, pero solo siete de ellas son comunes en la actualidad y desde la época del Imperio de la Antigua Sanze. Un individuo hereda el apellido al uso de su progenitor del mismo sexo, ya que se da por hecho que los rasgos más característicos son más propensos a heredarse así.

Apellido de comu: El segundo apellido que usa la mayor parte de los ciudadanos y que sirve para indicar la lealtad y los derechos que le corresponden de la comu a la que pertenecen. El apellido se suele conceder en la pubertad como prueba de que se ha alcanzado la edad adulta y para indicar que a dicha persona se la considera un miembro valioso de la comunidad. Los inmigrantes que llegan a una comu pueden solicitar el ingreso en ella y, después de ser aceptados, pueden usar el apellido de dicha comu con normalidad.

Árticas: Las latitudes más septentrionales del continente. «Árticos» también se utiliza como gentilicio para los habitantes de las comus de estas regiones.

Balastos: En el Fulcro, niños orogenes desanillados que no han superado el entrenamiento básico.

Bastardo: Una persona que nace sin casta al uso, lo que solo ocurre con los varones de padre desconocido. Aquellos que consiguen ser valorados pueden obtener el permiso para usar el nombre de la casta al uso materna en el apellido de la comu.

Carretera imperial: Una de las mayores innovaciones del Imperio de la Antigua Sanze. Se trata de vías rápidas (carreteras elevadas para caminar o para el tráfico a caballo) que conectan todas las grandes comus y la mayor parte de los grandes cuadrantes entre sí. Un equipo de genieros y orogenes imperiales construyen estas vías rápidas. Los orogenes se dedican a determinar la ruta más estable a través de las zonas con más actividad sísmica (o de reprimir dicha actividad si no hay una ruta estable), mientras que los genieros redirigen el agua y otros recursos importantes cerca de los caminos para facilitar los viajes durante las estaciones.

Cebaki: Miembro de la raza cebaki. Cebak llegó a ser una nación (parte de un sistema político que cayó en desuso, anterior al Imperio) de las Surmelat, aunque se redistribuyó dentro del sistema de

cuadrantes cuando el Imperio de la Antigua Sanze la conquistó hace siglos.

Comepiedras: Una especie humanoide consciente y no demasiado común cuya piel, pelo y demás elementos físicos tienen aspecto pedregoso. Se sabe poco de ellos.

Comu: Comunidad. La unidad sociopolítica menor dentro del sistema de gobierno del Imperio, que se suele corresponder con una ciudad o un pueblo, aunque las ciudades muy grandes pueden estar formadas por varias comus. Los miembros reconocidos de una comu son aquellos a quienes se les ha facilitado el derecho de compartir y proteger el abasto y que a cambio apoyan la comu mediante impuestos y otras contribuciones.

Comubundos: Criminales y otros indeseables a los que se les ha negado el reconocimiento en cualquier comu.

Costero: Habitante de una comu de la costa. Son pocas las comus costeras que se pueden permitir contratar a un orogén imperial para crear barreras de coral y protegerse de los tsunamis, así que las ciudades costeras deben reconstruirse una y otra vez. Por ello suelen tener pocos recursos. Los habitantes de la costa occidental del continente suelen ser pálidos, de pelo lacio y, en ocasiones, tener pliegue epicántico en los ojos. Los habitantes de la costa oriental suelen ser de piel negra, pelo rizado y, en ocasiones, tener también pliegue epicántico en los ojos.

Creche: Lugar donde se cuida a los niños que son demasiado jóvenes para trabajar mientras los adultos realizan trabajos para la comu. Cuando las circunstancias lo permiten, también es un centro de enseñanza.

Cuadrante: La unidad sociopolítica intermedia dentro del sistema de gobierno del Imperio. Un cuadrante está formado por cuatro comus geográficamente adyacentes. Cada cuadrante cuenta con un gobernador ante el que responden los líderes individuales de las comus y que, a su vez, responde ante el gobernador regional. La comu más grande de cada cuadrante se convierte en su capital, y las capitales de los cuadrantes más grandes están conectadas entre sí mediante el sistema de carreteras imperiales.

Ecuatoriales: Las latitudes del ecuador y las que se encuentran en las inmediaciones, a excepción de las regiones costeras. «Ecuatoriales» también se utiliza como gentilicio para referirse a los habitantes de las comus de la región ecuatorial. Gracias a las temperaturas cálidas y relativamente estables de las llanuras centrales del continente, las comus ecuatoriales suelen ser prósperas y ostentar poder político. Las Ecuatoriales fueron en sus tiempos el corazón del Imperio de la Antigua Sanze.

Esmerador: Un artesano que utiliza herramientas pequeñas y trabaja la piedra, el cristal, el hueso y otros materiales. En las comus más grandes se puede dar el caso de que los esmeradores utilicen técnicas mecánicas o de producción en serie. Los esmeradores que trabajan el metal, o aquellos que son incompetentes, se llaman, de manera informal, «rumbrientos».

Estación de carretera: estaciones dispuestas a intervalos a lo largo de cada carretera imperial y en muchas carreteras secundarias. Todas las estaciones de carretera cuentan con un surtidor de agua y se encuentran cerca de terrenos cultivables, bosques u otros recursos útiles. Muchas de ellas se encuentran en zonas de escasa actividad sísmica.

Estallo: Un volcán. También se los llama montañas de fuego en algunos idiomas de las Costeras.

Falla: Lugar en el que debido a las grietas en la tierra hay sismos frecuentes e intensos y las erupciones son comunes.

Fulcro: Una orden paramilitar que se creó en la Antigua Sanze después de la estación de los Dientes

(en el 1560 del período Imperial). El cuartel general del Fulcro se encuentra en Yumenes y hay dos instalaciones auxiliares en las regiones ártica y antártica, lo que permite controlar la totalidad del continente. Los orogenes que se entrenan en el Fulcro, también denominados orogenes imperiales, son los únicos que tienen permitido practicar el arte prohibido de la orogenia bajo unas reglas organizativas muy estrictas y bajo la atenta vigilancia de la orden de los Guardianes. El Fulcro es autosuficiente y tiene un autogobierno. Los orogenes imperiales se caracterizan por sus uniformes negros, lo que les ha granjeado el nombre coloquial de «ropasbrunas».

Geniero: De «geoniero». Un ingeniero de lo relacionado con la tierra: mecanismos de energía geotérmica, túneles, infraestructuras subterráneas o minería.

Geomestro: Estudioso de la piedra y el papel que desempeña en la naturaleza. Término general para designar a un científico. En particular, los geomestros estudian litología, química y geología, que no se consideran disciplinas independientes en la Quietud. Algunos geomestros se han especializado en la orogénesis, es decir, el estudio de la orogenia y sus efectos.

Guardián: Miembro de una orden que dice controlar al Fulcro. Los Guardianes siguen, protegen, controlan y guían a los orogenes de la Quietud.

Herbaje: Una zona de tierra sin explotar que se puede encontrar intra o extramuros de la mayor parte de las comus, como dicta el litoacervo. Los herbajes de las comus se pueden usar para la agricultura o la cría de animales en cualquier momento, y también usarse como parques o terrenos en barbecho durante las épocas en las que no tiene lugar una estación. Las familias también suelen mantener sus propios vergeles o jardines.

Hervor: Un géiser, una fuente termal o una fumarola.

Innovadores: Una de las siete castas al uso. Los Innovadores son individuos que destacan por su creatividad y la manera en que utilizan su inteligencia. Son los responsables de resolver los problemas técnicos y logísticos durante una estación.

Kirjusa: Un mamífero de tamaño medio que en ocasiones sirve de mascota o se utiliza para proteger hogares o ganado. Suelen ser herbívoros, pero durante las estaciones se vuelven carnívoros.

Ley Estacional: Ley marcial que puede declarar cualquier líder de una comu, gobernador de un cuadrante, gobernador regional o un miembro reconocido de la Junta Yumenescí. Durante una Ley Estacional se suspenden los gobiernos de los cuadrantes y las regiones y cada comu funciona como unidad sociopolítica con autogobierno, aunque las normas del Imperio recomiendan encarecidamente la cooperación local con otras comus.

Lomocurtido: Una de las siete castas al uso. Los Lomocurtido son individuos que destacan por su habilidad física, que les permite realizar los trabajos más duros y encargarse de la seguridad en caso de que tenga lugar una estación.

Medlat: Las latitudes intermedias del continente; es decir, las que se encuentran entre el ecuador y las regiones árticas o antárticas. «Medlatino» también se utiliza como gentilicio para las regiones de las medlat. A pesar de que producen la mayor parte de la comida, materiales y recursos importantes del mundo, estas regiones se consideran el erial de la Quietud. En la medlat hay dos regiones: la septentrional (o Normelat) y la meridional (o Surmelat).

Mela: Una planta de las medlat, familia de los melones de los climas ecuatoriales. Las melas son un tipo de plantas de guía que suelen dar frutos sobre el nivel del suelo. Durante las estaciones, la fruta

crece bajo tierra, como si se tratara de un tubérculo. Algunas especies de mela cuentan con flores que atrapan insectos.

Metalocervo: Una pseudociencia refutada y repudiada por la Séptima Universidad, al igual que la alquimia y la astrometría.

Nódulos: Red de estaciones gestionadas por el Imperio que están repartidas por toda la Quietud para reducir o sofocar los acontecimientos sísmicos. Los nódulos suelen emplazarse en las Ecuatoriales, debido a la escasez de orógenos entrenados por el Fulcro.

Novacomu: Término coloquial que se usa para designar a aquellas comus que se han creado desde la última estación. Las comus que han sobrevivido al menos una estación se suelen considerar lugares más atractivos para vivir, al haber demostrado su resistencia y eficacia.

Orogén: Persona que posee la orogenia, la haya entrenado o no. Término despectivo: orograta.

Orogenia: Capacidad de manipular la energía térmica, cinética y otras relacionadas para intervenir en los acontecimientos sísmicos.

Pelo soplocinéreo: Una característica racial sanzédina que, según las reglas actuales de la casta al uso de los Sementales, es ventajosa. Por lo tanto, se le da prioridad en la selección. El pelo soplocinéreo es muy áspero y grueso, y suele crecer de punta. Cuando se lleva largo, cae y cubre la cara y los hombros. Es resistente al ácido, no retiene demasiada agua después de una inmersión y ha demostrado servir como depurador de ceniza en condiciones extremas. En la mayor parte de las comus, las reglas de los Sementales solo tienen en cuenta la textura, aunque los Sementales de las Ecuatoriales también exigen que tenga el color característico de la ceniza (entre gris pizarra y blanco, desde el nacimiento) para pertenecer a esta denominación tan codiciada.

Portabasto: Un abasto de suministros pequeño y fácil de transportar que muchas personas guardan en sus hogares en caso de que haya temblores o cualquier otra emergencia.

Quebraduría: Terreno que ha sufrido actividad sísmica muy reciente y pronunciada.

Quinta estación: Un invierno prolongado (que dura al menos seis meses, por designación imperial) que tiene lugar cuando hay actividad sísmica u otra alteración medioambiental a gran escala.

Región: La unidad sociopolítica mayor dentro del sistema de gobierno del Imperio. Las regiones reconocidas por el Imperio son las Árticas, las Normelat, las Costeras occidentales, las Costeras orientales, las Ecuatoriales, las Surmelat y las Antárticas. Cada región tiene un gobernador ante el que responden todos los cuadrantes locales. El emperador designa oficialmente a los gobernadores regionales, aunque en la práctica la Junta Yumenescí suele seleccionarlos y elegirlos de entre sus filas.

Resistentes: Una de las siete castas al uso. Los Resistentes son individuos que destacan por su capacidad para sobrevivir a las hambrunas o a las plagas. Son los responsables de cuidar a los débiles y los que se encargan de los cadáveres durante las estaciones.

Salvaguardia: Bebida que se sirve tradicionalmente en negociaciones, primeros encuentros entre bandos hostiles en potencia y otras reuniones formales. Contiene una leche vegetal que reacciona ante la presencia de cualquier otra sustancia.

Sanze: En origen, una nación (parte de un sistema político que cayó en desuso, anterior al Imperio) de las Ecuatoriales, lugar de procedencia de la raza sanzédina. Cuando terminó la estación de la Locura (año 7 del período Imperial), la nación de Sanze dejó de existir y se formó la Afiliación Ecuatorial Sanzédina, formada por seis comus de sanzédinos en su mayor parte bajo el gobierno de la emperadora

Verishe Líder Yumenes. La Afiliación se expandió con rapidez gracias a las consecuencias de la estación y consiguió aunar a todas las regiones de la Quietud en el año 800 del período Imperial. Cuando tuvo lugar la estación de los Dientes, la Afiliación empezó a denominarse coloquialmente como el Imperio de la Antigua Sanze, o solo Antigua Sanze. Debido a los Tratados de Shilteen del año 1850 del período Imperial, la Afiliación cesó de existir y se pasó a llevar a cabo un control más local (bajo la supervisión de la Junta Yumenescí), ya que se determinó que sería más eficiente durante las estaciones. En la práctica, la mayor parte de las comus siguen utilizando los sistemas de gobierno, económicos y educacionales propios del Imperio y la mayoría de los gobernadores regionales siguen pagando impuestos como tributo a Yumenes.

Sanzedinés: El idioma que hablan los sanzedinos y el oficial del Imperio de la Antigua Sanze. Se ha convertido en la lengua vehicular de la mayor parte de la Quietud.

Sanzedino: Miembro de la raza de los sanze. Para los estándares de los Sementales Yumenescí, los sanzedinos deben tener la piel bronceada y el pelo soplocinéreo, cuerpo mesomórfico o entomórfico y una altura en edad adulta de más de un metro ochenta.

Semental: Una de las siete castas al uso más comunes. Los Sementales son individuos que se seleccionan por su salud y estructura envidiables. Durante las estaciones, son los responsables de mantener saludables las líneas de sangre y de las mejoras en las comus o razas gracias a las medidas selectivas. A los Sementales nacidos en la casta que no reúnen los mínimos aceptables de la comunidad se les permite usar el nombre de la casta al uso de un familiar cercano en el apellido de la comu.

Séptima Universidad: Famosa universidad que estudia la geometría y el litoacervo, gestionada en la actualidad por el Imperio y que se encuentra en la ciudad ecuatorial de Dibars. Las versiones anteriores de esta universidad han contado con fondos privados o se han mantenido gracias a algunos colectivos. Nótese la Tercera Universidad de Am-Elat (del año 3000 antes del Imperio), que llegó a ser reconocida en la época como nación soberana. Las facultades regionales o cuadrantales más pequeñas pagan un tributo a la universidad a cambio de recursos y especialistas.

Sesuna: Conciencia de los movimientos de la tierra. Los órganos sensoriales que realizan esta función son las glándulas sesapinales, que se encuentran en el tronco del encéfalo. Dicha acción se denomina sesapinar.

Testático: Término despectivo que utilizan los orogenes para designar a aquellos que carecen de orogenia. Se suele utilizar la abreviatura «tático».

Tremor: Movimiento sísmico de la tierra.

Agradecimientos

Parte de esta novela de fantasía se gestó en el espacio.

Es probable que ya lo supierais si habéis leído hasta la última línea del manuscrito. El germen de la idea se me ocurrió en el Launch Pad, un taller financiado por la NASA al que asistí en julio del año 2009. El objetivo del Launch Pad era reunir a personas influyentes de los medios (entre los que, para mi sorpresa, contaron con escritores de fantasía y ciencia ficción) y asegurarse de que entendían «LA CIENCIA» en mayúsculas en caso de que la fueran a utilizar en su trabajo. Los escritores han perpetuado algunos de los bulos más sonados sobre astronomía en los que cree el gran público. Aunque, vaya, ahora que lo pienso no creo que comparar la astronomía con humanoides de roca dotados de conciencia sea la mejor manera de transmitir información científica rigurosa. Lo siento, compañeros del Launch Pad.

No puedo contaros mucho sobre la conversación maravillosa y animada que dio lugar a esta novela en mi cabeza, ya que se supone que aquí tengo que resumir, pero sí que os puedo asegurar que esas conversaciones maravillosas y animadas eran la norma en el Launch Pad, así que si sois personas influyentes de los medios y tenéis la posibilidad de asistir, os lo recomiendo encarecidamente. También me gustaría agradecer a todos los que acudieron al Launch Pad el mismo año que yo, pues todos contribuyeron a conformar la idea de esta novela, lo crean o no. También debo incluir a gente como Mike Brotherton (director del taller, profesor de la Universidad de Wyoming y también escritor de ciencia ficción), Phil Plait, *The Bad Astronomer* (el Mal Astrónomo es un apodo, no es que sea malo en realidad... Bueno, buscadlo), Gay y Joe Haldeman, Pat Cadigan, el cómico científico Brian Malow, Tara Fredette (que ahora se apellida Malow) y Gord Sellar.

También me gustaría dar las gracias a mi editor, Devi Pillai, y a mi agente, Lucienne Diver, por convencerme para sacar adelante esta novela. La Trilogía de la Tierra Fragmentada es el trabajo más exigente que he escrito nunca y en algunos momentos de la escritura de *La quinta estación* me pareció tan apabullante que estuve a punto de abandonarlo. Creo que lo que pensé en aquel momento para ser exactos fue: «Borra toda esta locura, piratea Dropbox para hacerte con las copias de seguridad, tira el portátil por un acantilado, pásale un coche por encima, prende fuego a ambas cosas y luego usa una excavadora para enterrar las pruebas. ¿Sabéis si hace falta un carné especial para conducir una excavadora?» Kate Elliott (a la que también me gustaría agradecerle el ser siempre una amiga y mentora) llama a estos momentos «el abismo de la duda», y dice que todo escritor pasa por ellos cuando se enfrenta a un proyecto muy grande. El mío era tan terrible y tenía la profundidad de la Hendidura Yumenescí.

Otros que me convencieron para salir del precipicio fueron Rose Fox, Danielle Friedman, mi asistente médica, Mikki Kendall, mi grupo de escritura, el jefe de mi trabajo fijo (que no estoy segura de si quiere que diga su nombre) y mi gato, el rey *Ozzymandias*. Sí, hasta el puto gato. Vaya si cuesta que un escritor no se vuelva loco, ¿verdad?

Y, como siempre, gracias a todos vosotros por leerme.